

GRIETAS EN EL
PARAISO

FERNÁNDEZ, MERCEDES

GRIETAS EN EL PARAÍSO / MERCEDES FERNÁNDEZ. - 1A ED. - MENDOZA : LIBREA, 2016.
260 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45187-8-1

1. NARRATIVA ARGENTINA. 2. NOVELAS POLICIALES. I. TÍTULO.
CDD A863

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: MAURICIO CHAAR

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: MARIANO RUSZAJ

MODELO: JANET PANELO

©2016 MERCEDES FERNÁNDEZ

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE DETERMINA LA LEY 11.723.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE LA OBRA, MEDIANTE CUALQUIER PROCEDIMIENTO DIGITAL O ANALÓGICO, SIN PREVIA AUTORIZACIÓN DE LA AUTORA.

GLIA
INSTITUTO

Rotary 

MERCEDES
FERNANDEZ

GRIETAS EN EL
PARAISO

editorial
Librea

MENDOZA
2016

A mis hijos, a mis incomparables hijos, una vez más.

A mis nietos, sangre que permanecerá y pervivirá.

AGRADECIMIENTOS

A Claudia Thierry, mi hija del alma, quien en todo momento me asesoró en los temas médicos y de investigación que se presentaron, pero quien además, con su entusiasmo y empeño se constituyó en una fuente inagotable de energía y estímulo.

A Flavia Cornejo, inteligente amiga, que se prestó a leer junto con Claudia, una y otra vez los originales, al tiempo que acompañó con comentarios acertados y esclarecedores el tiempo de elaboración de la novela.

A Alejandro Sarmiento, amigo especial, que leyó paralelamente la novela mientras iba apareciendo, y que supo acompañar estos momentos con reflexiones acertadas observaciones.

Al resto de mi familia, Nicolás, Marcelo, Alejandra, por la paciencia y apoyo inestimables a mi afán.

Gracias a Mauricio Chaar, que trató a este libro como si fuera suyo, interpretó y aclaró con ideas y sugerencias para completar esto en el diseño del mismo.

Gracias a todos porque me entienden.

*“Sí (como el griego afirma en el Cratilo)
El nombre es arquetipo de la cosa.
En las letras de rosa está la rosa
Y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

*Y, hecho de consonantes y vocales,
Habrá un terrible Nombre, que la esencia
Cifre de Dios y que la Omnipotencia
Guarde en letras y sílabas cabales.”*

J. L. Borges
(El Golem)

*“Ciudades mágicas de la infancia, salid a recibirme.
Vengo de los muertos en busca de un país que he perdido.”*

Raúl González Tuñón

*“Si un hombre atravesara el Paraíso en sus sueños,
y le dieran una flor
como prueba de que había estado allí, y si al despertar
encontrara esa flor en la mano... ¿entonces, qué?”*

S. T. Coleridge

UNO

La primera puñalada que Johnny Birman asestó sobre el pecho de Doreen McDouglas, prácticamente le partió el corazón a la muchacha, que cayó sobre la coqueta moquete. Con los últimos estertores sintió que aquella arista helada le entraba en el cuerpo una y otra vez. No pudo cerrar los ojos. La vigorosa luz de la mañana se arrojaba sobre ella ilustrando la escena con una fosforescencia cada vez más incandescente. Mientras la fascinación de los destellos le hería los ojos cuyos párpados ya no se cerrarían más, pensó que esa mañana, al mirar la apretada agenda que le esperaba, había pensado lo bien que le vendrían unas buenas vacaciones.

Johnny Birman tomó a la mujer de las manos y casi con delicadeza, la arrastró hacia la puerta que daba al pasillo. Abrió la puerta, se asomó y oteando, corrió hacia la siguiente. Buscando, husmeando, escuchó voces detrás del vidrio que daba a la sala de espera. Los lobos, los lobos, dijo entre dientes cuando tomó el pestillo para abrir. No, se dijo, esto quedará para después. Y cerró con llave la puerta que conectaba los ambientes.

Adentro, una música ambiental dejaba oír timbales y bronces. Odio Vangelis, dijo con la mandíbula apretada.

La doctora Mayra Sinekópolis estaba de espaldas, rodeada de redomas, muestras organizadamente clasificadas, tubos de ensayo, jeringuillas descartables y monitores encendidos en los que bailaban números, cifras y signos ininteligibles. En el aire del laboratorio se olía la eficiencia de los asépticos cuidados que la investigadora ponía en la tarea.

El hombre caminó sigilosamente hacia la desprevenida víctima.

Un movimiento detrás alertó a la mujer. Hizo que se incorporara un poco para volverse, contrariada. Había dado orden de que no la molestaran. Pero no alcanzó a voltearse del todo. Una mano poderosa le tomó la cabeza y el brillo le apareció ante los ojos al tiempo que sentía una clase de escarcha penetrando en la garganta. Trastabilló aturdida, se puso de pie y quiso decir algo pero no pudo pronunciar una palabra. Se llevó las manos a la garganta mientras caía en la cuenta de que una enorme herida arrojaba demasiada sangre. Cayó con los ojos quebrantados. Miró estupefacta al desconocido que sonreía con cierto aire de picardía mientras se inclinaba hacia ella asestando una y otra vez un cuchillo en el pecho.

Mayra quedó en el suelo, mirando cómo un cauce de sangre se escapaba de ella y se escurría por las baldosas del impecable laboratorio.

El hombre se incorporó en medio de ese charco que crecía, pasó sobre él y con paso lento se dirigió hacia la habitación donde estaba Doreen McDouglas. Tomó el cuerpo exánime de la joven y arrastrándolo, comenzó a llevarlo hacia el laboratorio.

Estaba en medio del pasillo cuando una sombra se proyectó detrás del vidrio de la sala de espera y unos golpes enérgicos hicieron que se detuviera.

Señorita..., señorita..., decía una voz de mujer.

¿Sí?, contestó Johnny Birman desde adentro.

Voy a tener que presentar una queja... Es imposible esperar tanto tiempo para que la atiendan a una. Sólo quiero un turno, un miserable turno para un análisis.

Pase, le contestó una amable voz de hombre.

Rosalind Chester se enderezó mejor y pensó que el que no llora no mama. Con setenta años de vida era reconocida por la firmeza de carácter. La puerta se abrió lentamente delante de ella. Con pose altiva dio unos pasos hacia el pasillo. No se percató de que la puerta volvía a cerrarse tras de sí. Y un gesto de horror comenzó a plasmársele en el rostro cuando sintió un golpe muy fuerte en la cabeza.

La elegante mujer cayó de bruces, desmayada.

Entonces el hombre completó el traslado del cuerpo de Do-

reen, a quien dejó junto al cuerpo de la doctora Sinekópolis. Hasta allí llevó a la laxa Rosalind Chester, que entreabriendo los ojos, con el terror pintado en ellos, alcanzó a ver a un hombre que arrojaba tubos de ensayo, muestras y elementos que había en la mesada, como buscando algo. La mujer continuó con los ojos entrecerrados, espíandolo.

El individuo se volvía, rebuscaba entre los frascos. Se movía liviano entre los cuerpos de las tres mujeres. Lo perdió de vista. Pasaron unos instantes hasta que un penetrante olor le hizo abrir los ojos. Vio con horror que él rociaba los cuerpos de las otras dos mujeres con algo. Quiso incorporarse, presa del pánico. Debía huir de esa demoníaca situación. Pero Johnny Birman le asestó dos feroces patadas que le dieron en el pecho y en el estómago. Casi sin aire, sintió cómo ese líquido de fuego caía sobre ella y entraba por la boca llegando a las entrañas.

•••

La hija de Rosalind Chester llegó hasta la sala de espera. Había salido de una consulta con el médico clínico e iba en busca de su madre, Rosalind, quien se adelantara a buscar un turno con la doctora Sinekópolis.

Le extrañó no verla en la sala. Era hora del almuerzo. Los empleados solían tomarse unos minutos para merendar. ¿Dónde se habría metido esa madre? Conociéndola como la conocía, la imaginó charlando con alguien que comería un sándwich mientras le daba el turno. La madre era una de esas personas siempre activa, exultante. Le había costado mucho que se decidiera a hacerse un control. Siempre se jactaba de haber llegado a los setenta años sin tomar medicación alguna. La cabeza constantemente fresca es lo que cuenta, decía enfática. En la familia todos eran centenarios, tendrían que aguantarla mucho todavía.

De todos modos, le preocupó no verla.

Se dirigió hacia la puerta de acceso al interior, y cuando ésta se abrió, un joven rubio cerró con llave.

Perdone, joven, dijo Karen Chester.

El muchacho se volvió y le ofreció una resplandeciente sonrisa.

–Disculpe, pero estoy buscando a mi madre. Vino hacia acá en busca de un turno. ¿No sabe usted si adentro hay alguna persona?

–No lo sé, señorita, tendrá que averiguarlo por usted misma.

El joven sacudió las llaves ante las narices de Karen, y empujando la salida agregó:

– Tal vez se la comió el lobo...

– ¿Qué?

Con una carcajada, el muchacho se fue y Karen vio como aquella refulgente melena se perdía entre la gente, mientras se preguntaba, perpleja, qué había sido aquello.

DOS

El escritorio de Ana Reyes dejaba siempre mucho que desear. De todos modos, la gente de la limpieza sabía que jamás debía tocar papeles aunque tuvieran pegados un pedazo de pizza de tres días, pues ella podía tener un teléfono anotado en los lugares más inverosímiles.

Ana había llegado cinco años atrás a Toronto escapando de una situación irrespirable en Mendoza, la tierra natal. A pesar de que había tenido la suerte —que no muchos corrían al pisar Toronto— de entrar a trabajar como periodista en un medio latino, ella no dejaba de suspirar recordando las calles mendocinas, las incomparables noches con las estrellas al alcance de la mano, los ocres intensos de los otoños amables. Y la casa, las hermanas, los libros, los amigos. No terminaba de adaptarse en la nueva tierra. Trabajaba con ahínco y responsabilidad, pero no dejaba de soñar con aquel mundo abandonado. Al terminar cada jornada corría a la casa, a encerrarse con libros, pinturas y con Rizo, el gato semi siamés, lo que le confería un aire de persona solitaria, con algo de intolerancia y excentricidad.

Aquella mañana se dejaba estar y la redacción del diario Los soles trabajaba a pleno. Ana daba forma a un artículo sobre una serie de robos que se había producido en la zona de Lawrence y Keele, y que la policía atribuyera a “personas de supuesto de origen latino”, según rezaba el parte policial. A Ana le molestaban los prejuicios. Y sabía que aunque estaban en un país aparentemente respetuoso de los derechos de los demás, se cometían excesos que tenían que ver con la discriminación y el preconcepto.

El teléfono sonó.

— Buenos días, Los soles...

— Ana, soy yo, ¿puedes venir un instante, por favor?

Claro que sí, Marcos, que allá iba, le respondió.

Marcos Aguirre era el editor en jefe de *Los Soles*. Ana se entendía bien con él. Ambos se respetaban y hacían el trabajo cuidando de no invadir espacios ajenos. A ella le caía bien ese jefe que había llegado veinte años atrás a Toronto, con un máster en periodismo que tuvo que guardar en un cajón para realizar trabajos que tenían que ver más con la subsistencia que con la capacidad intelectual. Aguirre se jactaba de haber limpiado pisos y envuelto pan mientras se adaptaba al nuevo sistema. Bien pronto había entrado a trabajar en una planta impresora del Toronto Group Press como ayudante. El viejo magnate Dan Anguzzi le había echado el ojo apostando a la dedicación. Anguzzi había hecho fortuna cincuenta años atrás, cuando la corriente inmigratoria italiana llegara a Canadá luego de la Segunda Guerra. Aquellos italianos bien pronto necesitaron de un medio de comunicación en el propio idioma y el padre de Anguzzi había sido un pionero. Dan, más canadiense que italiano, había heredado aquella vocación y con una visión más moderna que la del padre había hecho crecer las áreas familiares, que llegaron a ser propietarias de varios radios, un canal, un diario y periódicos comunales en el idioma del Dante. Pero ya aquellos italianos trabajadores y rudimentarios se habían afincado formando familias canadienses con hijos canadienses que muy poco tenían que ver con el idioma de los abuelos y los padres. La comunidad italiana, pujante y poderosa, con representación en el mismo Parlamento, empero, se sabía en decreciente fase, languideciendo por falta de sangre nueva. Anguzzi, alertado de eso supo que había que intentar nuevos horizontes. A instancias del propio Aguirre, fijó los ojos en la nueva corriente hispana que llegaba a Canadá en forma creciente, dejando atrás gobiernos corruptos, inseguridad y falta de trabajo, cuando no, horror y muertes. El italiano aceptó la propuesta del joven de poner un medio gráfico en español. Y no se había equivocado: *Los Soles* se había convertido bien pronto en el diario de mayor prestigio y tiraje en esa lengua. El magnate sabía que Marcos Aguirre era quien se llevaba los laureles en estos logros, por lo que lo había convertido en un mano derecha con todas las responsabilidades y prebendas que ello significaba.

Ana golpeó la puerta del editor en jefe, esperó unos instantes.

La vibrante voz de Marcos Aguirre la instó a pasar.

El hombre, impecablemente vestido con un traje de Gucci verde humo y una corbata al tono con la firma muy clara de Versace, se levantó al verla y vino al encuentro con los brazos extendidos y una sonrisa franca en el rostro. El apretado beso en ambas mejillas dejó a Ana una fuerte reminiscencia al perfume importado que siempre flotaba alrededor del hombre.

– Ana querida, ¿cómo estás?

– Bien, bien, ¿por qué lo preguntas? ¿Existe alguna razón en especial?

Ana escapaba siempre de las actitudes paternalistas. Se autodenominaba a sí misma una sentimental vergonzante y hacía gala de la distancia que gustaba establecer en las relaciones. Marcos lo sabía, por eso, prestamente aclaró sonriendo a la defensiva:

– No, ninguna, ninguna...

– ¿Cómo anda tu material de los robos?

– Bien, estoy terminando la nota.

– Me gustaría verla antes de que la envíes a Editorial.

Ana arrugó el ceño. Sabía lo que eso significaba. Ella no tenía necesidad de que nadie autorizara los materiales ya que era la jefa de la sección. La mecánica habitual era concluir el material y ponerlo en página en la red con las fotos si las hubiera, en Editorial, propiamente dicho. Se preparó: Marcos no se atrevería a pedirle que suavizara los embates contra la policía.

No pretenderás..., comenzó a decir. No te preocupes, sólo quiero verlo, simplemente Ana querida.

Cuando él decía *Ana querida*, era que el río sonaba.

– Está bien. Enseguida te lo paso para que lo veas. Aunque desde ya te digo: no aceptaré una sola coma cambiada.

Marcos Aguirre iba a contestar e inmediatamente sonó el teléfono del escritorio. Movié la cabeza como ante una criatura caprichosa. Ana se aprestó a salir para dejarlo con la conversación privada pero un ademán de Marcos la detuvo.

– Hola, sí, habla Marcos Aguirre... –se le opacó el rostro mientras escuchaba– ¿Dónde? –escribió en un papel–. Inmediatamente salimos para allá...

Colgó el teléfono y le pasó el papel a Ana:
TRIPLE ASESINATO. EN EL CENTRAL HOSPITAL. UNA
MASACRE.

TRES

Cuando llegó Sam Kolstack, sólo estaba Reynolds, un agente del servicio de patrullaje callejero, que escuchara el aviso por la radio y como se encontraba más cerca, había encontrado los cadáveres. El jovencito, pálido aún por lo que había visto, se encontraba apostado en la puerta de los consultorios impidiendo que alguien traspusiera siquiera a la sala de espera.

Kolstack arribó junto con los detectives Rossie Chedar y Walter Simmons.

Qué tenemos aquí, dijo el jefe avanzando sin detenerse a saludar siquiera mientras lo seguía casi corriendo, Reynolds, quien le daba las novedades.

— Estaba yo patrullando calle Jane...

— Ahorre detalles que no necesito, agente —cortó.

— Sí señor: son tres víctimas.

— ¿Quién es la mujer que llora en la entrada? —preguntó Kolstack poniéndose los guantes de látex.

— Creo que la hija de una de las víctimas, señor. Vio salir a alguien de acá hace unos minutos.

— Rossie, encárgate de que no hable con nadie. Acordone el área, Simmons... Que la detective Wingram se haga cargo de la mujer —dijo Kolstack mientras trasponía la puerta de acceso al interior—. Cuando lleguen los forenses, me avisan.

Como cada vez que se presentaba el caso de revisar la escena de un crimen, el detective sintió que una comezón le recorría cada una de las terminales nerviosas. No pasar nada por alto. Mirar todo varias veces: cualquier nimiedad podía constituir una clave. El pasillo unía varias habitaciones que parecían ser consultorios. En el aire se percibía un cargado e intenso y picante olor.

Santo cielo, dijo Rossie. Kolstack la miró sin decir nada, pero ella bien sabía que luego él comentaría la expresión usada. Tratando de no pisar la sangre, el hombre siguió el rastro y entró.

Nunca se acostumbraría a esto, pensó mientras sentía que las tripas podrían jugarle una mala pasada. La escena era apocalíptica. Las tres mujeres parecían un amasijo rojo de sangre que aún burbujeaba, lo que le indicó que no había pasado mucho tiempo desde que semejante atrocidad se había cometido.

El detective se inclinó para observar de cerca los cuerpos desgonzados de las mujeres cuyos rostros eran una masa informe. Del grupo se desprendía más nítidamente aquel extraño olor.

¿Qué carajo huele así?, dijo mareado por el intenso reflujo que manaba de esos cuerpos.

Parece vinagre, contestó Simmons.

— Se me hace que estas mujeres no preparaban ensalada alguna mientras alguien las cosió a puñaladas —replicó Kolstack buscando detalles junto a los cuerpos.

Dos de las víctimas, una con bata de laboratorio, presentaban cortes en diferentes partes del cuerpo y tenían laceraciones y quemaduras en el rostro y en las ropas. En la otra, ostensiblemente mayor, la boca y los párpados prácticamente no existían, carcomidos por alguna sustancia que bañaba los cuerpos y que era lo que olía como una condenación.

Algo en aquella cabeza que comenzaba a deformarse por la hinchazón producida por el tejido quemado, le hizo acercarse aún más. Una especie de crujido, una clase de suspiro salió expelido del agujero negro ubicado donde antes había estado la boca.

Kolstack se levantó de un salto.

— ¡Por mil demonios! ¡Está viva!

Simmons se hizo cargo de la emergencia y llamó a gritos por ayuda. A los pocos segundos entraron el médico y dos camilleros.

— Cuidado dónde pisa —alertó con rudeza Kolstack de nuevo en cuclillas ante los cuerpos.

Tanto a Rossie como a los demás integrantes del Departamento de Investigaciones de la Policía de Toronto, les admiraba ver en acción al energético jefe Kolstack, conocido por su fama de in-

investigador feroz y encarnizado. A la detective la magnetizaba ver ese enorme corpachón convertirse en una clase de animal en acecho, perder referencias humanas y olfatear como una bestia en celo, mirar viendo cosas que nadie podía naturalmente percibir, rugiendo en vez de hablar. La presencia de sangre era el estímulo necesario para poner en marcha aquella instintiva y clásica capacidad deductiva y la química de este proceso hacía que Sam Kolstack hiciera gala de un humor de los mil demonios mientras transcurría una investigación, pues el mundo bien podía caerse a pedazos sin que le importara. A partir del momento en que las terminales sensoriales del robusto hombrón captaban los restos en el aire de la adrenalina que había soltado un asesino, sólo cabían en el mundo él y el otro. Y uno de los dos sobraba.

Mientras entraban la camilla y procedían a las primeras atenciones a Rosalind Chester, los técnicos en levantamiento de huellas ya trabajaban a pleno, mientras Kolstack se paseaba por la estancia retratando detalles y elementos a tener en cuenta.

El laboratorio de análisis de la doctora Mayra Sinekópolis se componía de dos habitaciones conjuntas separadas por una pared incompleta que hacía las veces de biombo. La buena ventilación le hizo pensar a Kolstack que no había pasado mucho desde que el asesino había estado allí, de otro modo, el persistente olor áspero no sería aún tan fuerte. Hendió el aire adelantando la nariz, como un animal, para captar el olor de la bestia que había hecho aquello. Se quedó un instante como congelado mirándolo todo.

En la primera de las habitaciones recordó haber visto un escritorio, sillones, sillas, mesas pequeñas, organizadores de oficina. También un dispensador de agua, un archivo de pie y un par de computadoras.

En la segunda sala estaba el laboratorio propiamente dicho. Sobre la mesada había carteles indicadores de las áreas de clínica general, Bacteriología, Virología y Serología. Un cierto orden preestablecido de quien manejaba aquello, que intentaba mantener la independencia entre los sectores.

Organización, dijo el detective mientras escribía en una diminuta libreta de tapas blandas.

En esta estancia más grande que la anterior, había mesadas separadas por pasillos estrechos y una gran mesa central. Sobre las mesadas observó instrumentos de medición y de calibración además de una campana de protección biológica con guantes para trabajar en el interior.

Los aparatos de calibración o precisión como micro balanzas y espectro fotógrafos, servían para determinar pequeñísimas cantidades de material biológico, cuyas concentraciones podían leerse en una ventanilla de dígitos amarillos fluorescentes.

—Estas son micro balanzas, cajas de vidrio y metal con un solo plato o bandeja donde se coloca la muestra y un lector digital dice lo que pesa —escuchó que le decía Simmons desde atrás.

Kolstack miró sobre el hombro, con la cara pegada al aparato. Simmons, Simmons, sigue usted asombrando al departamento, dijo con sorna.

Perdone, jefe, pero es que la química fue siempre mi debilidad, respondió el joven sonriendo apenas.

No se disculpe, muchacho, siga conmigo, explíqueme qué es toda esta parafernalia de vidrios y máquinas estrambóticas con olores non sanctos.

El material de vidrio que se podía encontrar allí era gradillas con tubos de ensayos pequeños y grandes, frascos con pipetas de diferentes medidas (elementos de medición), micro pipetas calibradas y de calibración variable, explicó el joven investigador, mientras denominaba cada uno de los objetos y elementos que el laboratorio ofrecía. Frascos con portaobjetos en solución antiséptica, frascos de precipitados con varillas de vidrio, tubos de vidrio y de goma para aspiración, Erlenmeyers y matraces con soluciones preparadas, botellas de reactivos, pipetas de agua, esas botellas gorditas con agua destiladas, y frascos de cuello ancho para drogas sólidas, cajas de Petri, etc.

Vaya, vaya, cuántas cosas que aún no sabía, suspiró ruidosamente Kolstack.

— El ácido acético tiene que venir en unas botellas de plástico o vidrio por un litro o menos —dijo Simmons.

¿Ácido acético? ¿qué era eso?

Era lo que se olía en el aire y que empapaba a las víctimas...

El detective en jefe se ensimismó.

Ácido acético. El detective se rascó la barbilla.

Sí, jefe, ácido. Ese vinagre ardiente que quemó las caras de las víctimas...

Interesante dato, Simmons. Ácido. Quiere decir que el asesino sabía lo que hacía.

El no hubiera hecho más que una ensalada con ese vinagre. Pero esto no lo dijo: lo pensó.

CUATRO

Ana llegó al hospital luego de sortear un tránsito endiablado que los demoró más de lo previsto. La acompañaba Michael Cicconi, el fotógrafo con quien ella trabajaba personalmente.

Michael era el compañero ideal para el trabajo que Ana realizaba en la sección policial del diario. Un compañero lleno de sorpresas, imprevista y por qué no, de corazonadas de ella que sólo él entendía e interpretaba. Calmo y callado, dueño de una especie de ostracismo que lo separaba de los demás, Michael se soltaba y hablaba solamente con Ana. Como todo fotógrafo de diario, llevaba escondido dentro de él un artista, cuya obra siempre destacaba por los sorprendentes claroscuros logrados, por el exacto momento en que captaba los gestos y por la alta profesionalidad que se desprendía de ellas. Las fotografías de Michael eran el otro cincuenta por ciento que hacía de las notas un verdadero éxito y la mayoría de las veces ocupaban un buen lugar en la primera plana.

Entre ellos las consignas eran claras. Cargados con la misma dosis de adrenalina, la necesaria para buscar lo justo y desechar lo que no hace falta, al llegar al lugar de la nota, cada uno partía a buscar lo suyo: Ana, al o a los entrevistados, testigos, autoridades, y Michael, a sacar jugo de las primeras escenas, siempre expresivas y plenas de emociones. Luego, pasados los momentos, Michael se acercaba a Ana y entre los dos completaban las tomas que fueran necesarias.

De modo que en cuanto el taxi los dejó en la esquina del hospital, cada uno salió disparado a realizar lo que le correspondía hacer.

Michael comenzó a mover la cámara entre los curiosos congregados tras el cordón policial. Gatillaba diestramente, en un sólo

plano, para no perderse ni un instante de la originalidad del acontecimiento. Luego, a través del montaje podría conseguir una narración más correcta, con menos saltos o irregularidades, una serie fotográfica sin la pérdida de la densidad del significado. Y entonces, la nota obtendría el signo fílmico verdaderamente revelador. Y Ana estaría feliz. El pacto ficcional, uno de los mayores problemas que plantea la ficción (y el periodismo es ficción en definitiva) desde el punto de vista de la semántica, es el de cómo los lectores o consumidores, pueden no sólo aceptar la noticia pese a una evidente falsedad (en cuanto a recreación de una realidad) sino, además, realizar juicios acerca de la verdad, interpretación o disfraz de la información misma.

Numerosos coches patrulla impedían el estacionamiento y el lugar ya estaba cercado. La gente se arremolinaba contra las cintas amarillas, ávida por presenciar, por saber, por mecerse en emociones de violencia. Ésta era la magia de la imagen ofrecida: la gente que paseaba por el lugar, compraba, realizaba labores habituales, la que había sido sorprendida por la imprevisibilidad de un acontecimiento real. Nada más lejos de una concepción del lenguaje cinematográfico. Las cosas casi siempre suceden en las películas. Pero hoy me toca a mí, yo estoy acá, cerca de la historia viva, puedo oler la sangre fresca y si tengo suerte, hasta saldré en una fotografía en el diario o en la televisión. Adiós anonimato.

Ana caminó decididamente al encuentro del primer policía que vio custodiando la puerta. Con una credencial en la mano, preguntó por el oficial a cargo.

El joven agente sonrió de lado, ensayando una ferocidad que no sentía, y espetó: El jefe detective a cargo es Kolstack.

¡Cristo!, pensó ella, sólo eso le faltaba. Kolstack era un pesado que pocas veces accedía a hablar con la prensa.

Que cuántas eran las víctimas, aventuró Ana. No puedo dar información, señorita, lo lamento, y le ruego que se retire unos pasos para permitir que la gente haga el trabajo.

Yo también hago mi trabajo, pensó ella, al tiempo que encendía el rostro con una sonrisa que deslumbró al jovencito uniformado. Y vaya si lo haré.

En ese momento, se abrió la puerta y salió una camilla con Rosalind Chester con una mascarilla en el rostro. Ana no alcanzó a ver bien de qué se trataba, pues los hombres que transportaban a la mujer corrieron hacia la ambulancia que ya esperaba con la puerta abierta y el motor en marcha. Solo vio un brazo totalmente lacerado que en un momento dado, se escapó de la blanca manta que cubría el cuerpo, y se mecía como indicando un final imprevisto e ineluctable.

Es una de las tres mujeres que encontraron juntas, escuchó a alguien que desde el anónimo grupo comentaba.

Mientras la ambulancia arrancaba y la policía cuidaba que la gente no se abalanzara ávida e irresponsable, Ana se decidió. En una cuestión de minutos aprovechó para colarse por la puerta y entrar. Cuando estuvo adentro, escuchó la voz de trueno de Kolstack dando órdenes. El horno no estaba para bollos. Si la veía ahí, ardería Troya. Subrepticamente se metió en la primera habitación y cerró la puerta tras de ella.

La realidad supera la ficción, se dijo Ana. Sin embargo, a veces ocurre que, aunque la realidad iguale la ficción, esta última va más allá y nos expone las causas ocultas de los hechos aparentemente fortuitos, por ejemplo, con la presencia de un detective malhumorado y misógino. No pierdas tiempo, Ana, ésta es una de las magias del oficio: ordenar datos, redactar el artículo y publicarlo en tu sección mañana. Cuando termines la redacción, busca un titular para la noticia. Y listo el pollo y pelada la gallina. Ojalá Michael tenga buenas tomas. Pero de eso estaba segura, de modo, que a lo suyo.

Aquel lugar debía ser la secretaría de admisión de los consultorios. Un pequeño escritorio, papeles, un teléfono. Rodeó el escritorio dispuesta a sentarse para esperar un momento oportuno para salir. Entonces vio a la joven. Escondida tras el mueble, lejos de la vista de quien abriera la puerta.

Morena, delgada, no debía tener más de veinticinco años. Debió haber sido linda y agradable de no ser por la expresión de terror que aún permanecía en los ojos muy abiertos a quién sabe qué. El cabello ensortijado y negrísimo se pegoteaba en una laguna de sangre oscura que había fluido de la garganta abierta como una turbia

y ominosa boca más. El rostro evidenciaba en un gesto patético un grito que seguramente no había alcanzado a soltar.

Ana reprimió una exclamación. Se cubrió los labios con la mano y salió casi disparada hacia la puerta. Cuando la abrió, pasaba en ese momento Kolstack acompañado de otros dos oficiales. El detective iba hablando mientras los demás tomaban notas:

– Quiero inmediatamente sobre mi escritorio, el levantamiento de las huellas que puedan encontrarse y el informe del forense. Para esta tarde misma. Guardia permanente. No dejen acercarse a los curiosos. Me voy al hospital a ver a la mujer. Por Dios que encontraré al desgraciado que despanzurró a estas tres mujeres.

– Cuatro.

El grupo se detuvo en seco y se dio vuelta al escuchar esa palabra con la que alguien se había atrevido a pronunciar sin la autorización del jefe. Kolstack fulminó con la mirada a Ana, que se encogió ante el hombrón enfurecido por la intromisión.

– ¿Qué ha dicho usted?

– Que si en algún lado hay tres, las mujeres asesinadas son cuatro. Porque en esta habitación hay otra más.

CINCO

La sala de espera del Central Hospital de Toronto estaba atestada. Flor Chávez llegó alrededor de las siete de la mañana en busca de un médico que atendiera a la hija. Había esperado toda la noche que la niña se mejorara pero a pesar de los esfuerzos, la fiebre no había bajado y los vómitos se hicieron más persistentes.

La familia Chávez había llegado a Canadá escapando de las calles inseguras de El Salvador. En calidad de refugiados se habían establecido en Toronto, el Paraíso del año 2000. Canadá había abierto las puertas a la inmigración, consciente de que necesitaba gente nueva para desarrollar y explotar el extenso territorio del Norte. Así llegaron y seguían llegando, miles de latinoamericanos, mano de obra barata en los países de origen, mano de obra barata en los países desarrollados.

Como los Chávez, un alto porcentaje de los extranjeros que llegaban a Canadá, lo hacía escapando de países envueltos en guerras fratricidas, en pobreza extrema, en inseguridad y en persecuciones ideológicas y políticas. De este modo, el gran friso de extranjería que caminaba a diario especialmente por las calles de Toronto, ostentaba un multiculturalismo llegado desde los países más desprotegidos de Asia, África, Europa y América latina. En el 2001 habían entrado a Canadá más de cuarenta y un mil refugiados provenientes de distintas partes del mundo. Y se presumía que el 2002 sobrepasaría esas cifras.

Los Chávez no escapaban a la regla. La familia estaba compuesta por los padres y dos hijos, de doce y cuatro años. El padre hacía tareas de limpieza en un condominio, trabajo por el que le pagaban diez dólares con noventa y cinco la hora. Trabajaba en-

tre ocho y diez horas, con lo que apenas alcanzaba para pagar el alquiler del departamento en el que vivían como no habían vivido nunca en El Salvador. Por ello Flor, la esposa, tenía un part-time en un restaurante en el que, durante las horas de la mañana ayudaba en la cocina. Los hijos acudían a la escuela estatal en la que no les faltaban útiles ni libros. La inserción se estaba produciendo lentamente y los Chávez estaban más que agradecidos de haber elegido al Canadá como un sitio donde desarrollarse y lograr un futuro para los pequeños y para ellos mismos. Aunque para eso hubiera que dejar un poco de ser ellos mismos. Pero la mayoría de los llegados desde los mil rincones de una América empobrecida y maltratada no pensaba demasiado en eso. Al menos en voz alta.

Jacqueline había comenzado con dolores de cabeza y diarrea unos días atrás. Tés de granada y analgésicos no la habían calmado. Y cuando la fiebre subió sin dar un solo indicio de que bajaría, Flor decidió que el hospital sería lo más conveniente para consultar.

Con los papeles de identificación entregados por el Departamento de Inmigración de Canadá a los refugiados se les provee entre otras cosas, de una libre atención médica. Un clínico de cabecera atendía a los Chávez, pero para consultarlo debían solicitar un turno con suficiente antelación, por lo que Flor decidió que Jacqueline no podría esperar varios días más para que la viera algún facultativo.

Flor dejó a la hija sentada en una sala de espera mientras ella presentaba los papeles en administración. Le dijeron que aguardara porque el médico estaba atendiendo una urgencia. ¿Y lo de mi hija no lo es?, se preguntó mientras acomodaba la cabeza adormilada de la niña sobre el regazo. En este país, con un escaso inglés y con la sensación de que sin duda alguna era una persona diferente de las demás, la mujercita había aprendido a callar la mayoría de las veces lo que pensaba. A veces es mejor parecer tonta que maleducada, solía decirle a la pequeña, que había heredado de la madre el mismo carácter dulce y silencioso.

Cuando escuchó que la llamaban le costó levantar a la niña de la silla. Y en cuanto caminaron unos pasos, un vómito en cho-

rro sacudió el cuerpo de la jovencita. Ayudada por una enfermera que la miró con un aire de reconvención, madre e hija entraron al consultorio donde una joven médica de guardia esperaba haciendo unas anotaciones que, dedujo la madre, no tenían nada que ver con ellas, pues no había levantado la vista siquiera cuando se cerró la puerta tras ellas.

La revisión duró un largo rato. En dos oportunidades la niña vomitó y no colaboró mucho con el interrogatorio, que fue respondido por la madre con aprensión. Cuando la médica levantó la remera de Jacqueline para auscultarla, observó una serie interminable de puntitos rojos que cubrían el pecho y la espalda.

Vamos a tener que dejarla internada, dijo y levantó el teléfono.

¿Internarla? ¿Cómo, por qué?

Un ademán de la facultativa le indicó que se callara mientras le contestaban del otro lado de la línea.

— Páseme con el doctor Romero, por favor...

Luego de unos minutos, mientras escribía en la ficha de admisión de Jacqueline, la médica le explicó en confusas palabras a quien la había atendido:

— ... vómitos, diarrea, letargia, petequias. El pulso está acelerado y la presión es muy baja. Está semi inconsciente, tiene dolor abdominal a la presión, fotofobia y la rigidez del cuello es incipiente pero se está instalando. Me gustaría que me ayudara en la internación, doctor, es la primera vez que veo un cuadro tan agudo.

Flor se estremeció. No entendía casi nada, pero todas esas palabras indicaban que Jacqueline estaba mal. ¿Cuándo había sucedido eso, cómo había pasado sin que ella se percatara?

— Tome, señora, lleve esto a Admisión. Quedará internada, hay que tratarla en forma urgente.

Le extendió un papel que la mujer tomó con mano temblorosa. Mientras corría a hacer el trámite, Flor alcanzó a leer, debajo del nombre de Jacqueline, algo que no entendió: “Shock séptico”.

La doctora Fran Stevenson era la jefa de la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital. Hacía años que había ganado por concurso ese cargo que la hacía participar como miembro activo de las reuniones del Consejo Directivo del centro hospitalario, en las que participaba en calidad de consultora del Departamento de Epidemiología y Estadísticas.

La Unidad de Cuidados Intensivos era la sección dentro del hospital que se encargaba de la contención y tratamiento de los casos críticos, aquéllos con riesgo de muerte, es decir los que presentaran compromisos cardiorrespiratorios, fallos agudos multi-sistémicos (renales, hepáticos, encefálicos, cardíacos), con o sin trastorno de conciencia, es decir, con diferentes grados de coma. En una habitación con aireación filtrada permanente para evitar el paso de microorganismos desde el exterior a la misma, se realizaba el monitoreo de los signos vitales, en forma constante, imposible de aplicar en un espacio común o compartido. El paciente generalmente en este tipo de internación, no puede respirar ni alimentarse por sí mismo, por lo que la respiración es asistida y la alimentación siempre se realiza por medio de fluidos. En estos sitios, el enfermo se encuentra a expensas del tratamiento, por lo que el manejo de las emergencias es mucho más fácil de realizar.

La doctora Stevenson era endocrinóloga de formación y había hecho un máster en Salud Pública. Le interesaba todo lo que tuviera que ver con saneamiento básico y ambiental, políticas de atención médica, atención primaria en salud, demografía, epidemiología y estadística, en el contexto nacional para el establecimiento de estrategias y políticas de Salud Pública. Estaba siempre informada sobre las últimas directivas de la OMS, Organización Mundial de la Salud, por eso conocía al dedillo los movimientos de ese piso de terapia intensiva, con el giro de camas al día, entrada y salida de pacientes, cifras de morbilidad y mortalidad. Es decir, se interesaba en enfermedades y muertes. Lamentablemente, la unidad de cuidados intensivos tenía un alto índice de mortalidad, ya que la mayoría de los pacientes que allí ingresaban luchaban con pocas probabilidades de salir con vida de la contienda.

Fran Stevenson era una mujer madura, de estatura media, cabello semicrespo cortado carré. De una elegancia innata, el mayor atractivo mayor eran los ojos grises que transmitían una firmeza de carácter que la hacía reconocida por todos en el hospital.

Aquella mañana se había levantado dispuesta a hacer corta la jornada laboral. El cuerpo le pedía a gritos un par de horas en el baño sauna y un paseo por el Eaton Center a ver si conseguía algo para ponerse para asistir a la velada que daría William Cook. Consultó el reloj en la muñeca y se percató que la revista de sala estaba por comenzar. Se puso la bata blanca y salió.

Las instalaciones del piso, como siempre impecables, olían a desinfectante con cierto aroma flores. Del ojo crítico de la directora jamás escapaba nada y todos sabían que las normas de asepsia eran de rigurosa aplicación, ya que los pacientes llegaban allí casi siempre ya en estado crítico. Impedir las infecciones intrahospitalarias era casi una obsesión para ella.

En los pasillos no había familiares ni visitas. El acceso a los enfermos era restringido y se realizaba con todas las medidas de higiene que exigían los centros de alta complejidad como aquél. Los pacientes que admitidos en ese piso estaban delicados, por lo eran susceptibles a contagios de agentes oportunistas o microorganismos que, aprovechando la baja de defensas del enfermo, producen la infección que complica el cuadro. De allí la necesidad de que toda persona que se acercara al enfermo, debía usar barbijo, gorro, guantes y ropas especiales y descartables.

Estaba por comenzar la recorrida cuando el doctor Romero, médico residente del piso se le reunió presuroso.

Que Buen día, doctor Romero, que ¿cómo está usted?, que Buen día, jefa. Necesitaba que viera a una pacientita, ya mismo, por favor.

— ¿Un nuevo ingreso?

— Sí, una niña de doce años. Acaban de internarla.

Pero, doctor Romero, comenzaban la revista, ¿no podía esperar a que llegara hasta esa cama?

— Creo que no, jefa. Lo siento, pero me gustaría discutir con usted esto. Es un shock séptico...

Fran Stevenson miró a los ojos del joven médico y se dio cuenta de la urgencia.

Vamos para allá de inmediato. ¿Me acompañan, por favor?, dijo dirigiéndose al grupo de médicos residentes y estudiantes que constituían el grupo de la revista diaria.

•••

Jacqueline estaba ya en la cama. Había sido debidamente canalizada para posibilitar la terapia por vía endovenosa. La pequeña tenía los ojos semiabiertos y una vislumbre de temor se pintó en ellos cuando vio entrar al grupo uniformado de blanco.

Stevenson tomó la cartilla y leyó. Inclinandose sobre ella, le habló con dulzura.

— Hola, buenos días. ¿Cómo te llamas, preciosa?

— Yo...

La enferma quiso pronunciar un nombre pero una especie de nube le cerró los ojos con pesadez.

— Abre los ojos, mi niña, dime cómo te llamas. Soy la doctora Stevenson y todos estos señores son médicos. No temas nada, estamos aquí para ayudarte.

Jac, Jacqueline... —dijo en un soplo la niña.

— Jacqueline... Qué hermoso nombre, tan hermoso como tus ojos... A ver. Jacqueline, cuéntame cómo estás.

Mientras hablaba, la mujer descubrió un poco el pecho en el que destacaban pequeñas manchas rojas diseminadas por todo el torso. Petequias.

La muchachita se pasó la lengua por los labios secos. Miró a Stevenson pero la imagen se le iba deformada, afantasmada.

— Mi... mamá... no está, señor... No est...

Y la voz se hizo apenas un murmullo que terminó en una especie de sollozo leve.

El doctor Romero la miró preocupado. La desorientación de Jacqueline se hacía más ostensible a cada minuto.

Myrna, llamó la doctora Stevenson.

— Sí, doctora...

— Quédese junto a la niña. Está asustada, tranquilícela.

La médica se separó de la cama y con la cartilla en la mano se dirigió al grupo. Qué le estaba suministrando, preguntó a Romero en voz baja.

— Sólo intenté hidratarla en forma urgente. Está pasando albúmina humana al 5% y 0.09 % de cloruro de sodio.

¿Análisis?

Los estaban esperando. Sangre y orina, hemocultivo cada hora, en los picos febriles, eritrosedimentación, proteína C reactiva y totales, enzimas hepáticas y fosfatasa alcalina. Además había pedido un clearance de creatinina al segundo día.

Bien hecho. Habría que esperar los primeros resultados.

Uno de los médicos del grupo se adelantó y en voz alta, dijo:

— ¿No estaría indicado pedir además gases en sangre por la gravedad del cuadro de la paciente?

— Señores —dijo Stevenson siempre en voz baja mirando fijamente a quien había hablado y a los demás uno por uno—, debo aclarar una vez más, que la paciente se llama Jacqueline Chávez, que tiene 12 años, lo que la convierte en una niña, y que está asustada. Primera regla en CI: respetar al enfermo, bajar la voz cuando se discute el estado y no olvidar, bajo ningún concepto, cualquiera sea la edad o el estado en que se encuentre, que quien ocupa esta cama es una persona y como tal debemos respetarla.

El grupo quedó inmóvil. Eran conocidas las normas de Stevenson sobre la relación médico-paciente, y siempre había algún descolgado que hacía extensible al grupo de una reprimenda de la jefa. Miradas de recriminación cayeron sobre el que había hablado, a quien se dirigió Stevenson cuando agregó:

— Y..., doctor, la sugerencia es correcta. Los gases en sangre ya fueron pedidos por el doctor Romero.

Indicó luego al grupo que la esperara en la primera sala para comenzar con la revista. Se volvió a Romero y le dijo:

— La niña está muy grave. Es un shock endotóxico agudo. Téngame informada y avíseme cuando lleguen los primeros informes.

Cuando Jacqueline se quedó sola en la sala, sintió que aquella pesada nube la envolvía. Ya no quiso pensar. Los ruidos del hospital fueron alejándose y la soledad y el silencio la cercaron. No sintió nada cuando entraba en la profunda inconsciencia del coma.

Hacía exactamente una hora y cuarenta y cinco minutos que la habían internado.

SEIS

Kolstack salió a la calle seguido por Simmons. Rossie se había quedado con Karen Chester, la hija de la única sobreviviente. La cuidas con tu vida, le había dicho el jefe a la detective. Que nadie se atreva a dirigirle la palabra antes de que hable con nosotros, ni tú siquiera.

Rosalind Chester había ingresado a cuidados intensivos con el diagnóstico de politraumatismos y quemaduras de segundo y tercer grado en rostro y pecho. El estado era de pronóstico reservado pues se había agregado a la conmoción cerebral un cuadro de estupor post-traumático.

El detective pidió hablar con el médico a cargo y enseguida fue derivado a la dirección del piso. De pie frente a la puerta de Fran Stevenson esperó unos instantes mientras reflexionaba sobre todo lo sucedido.

Creo que estamos frente a una mente especial...

Simmons escuchó las palabras del jefe en silencio. Había aprendido a interpretar los distintos tonos de voz del investigador y a actuar en consecuencia. El jefe, pensó, está hablando consigo mismo, hay que dejarlo.

...un miserable hijo de puta que hizo lo que hizo a sabiendas, con toda sangre fría... Con ese runrún a media voz se paseaba mientras apretaba los puños ante la mirada estupefacta de Marilyn, la secretaria del piso.

— Buenos días, señores.

La doctora Stevenson apareció de regreso de la revista de sala. Kolstack no pudo menos que admirar la frescura que emanaba de aquella mujer. Parecía recién salida de un baño de espuma y estaban

en el promedio de la jornada, por lo que deducía que hacía varias horas que debía haber llegado al hospital.

Kolstack se presentó e hizo lo propio con Simmons. Fran Stevenson, entonces, los hizo pasar a l despacho después de decirle a la secretaria que trajera unos cafés.

— ¿En qué puedo servirle, detective?

Que necesitaba hablar con Rosalind Chester y le habían dicho que sólo ella podía autorizarlo.

En ese momento, la señora Chester estaba bajo un estado de shock profundo del que no creía que saliera fácilmente. Lo sentía, pero habría que esperar.

— ¿Esperar? —soltó Kolstack con el rostro encendido por la ira—. Pero, ¿tiene usted una idea de lo que ha sucedido hace un rato a unos metros de nuestras narices?

— Detective, por favor...

— Qué por favor ni por favor, señora mía... Esa mujer es la única testigo de tres asesinatos, y prosiguió alzando la voz: Tres mujeres fueron abiertas a puñaladas como conejas y luego quemadas con vinagre. Y el miserable que lo hizo anda por la calle lo más campante...

La doctora Stevenson miró a Kolstack aparentando serenidad mientras en realidad pensaba que aquél energúmeno le daría vueltas el escritorio en cualquier momento.

Marilyn dio unos tímidos golpes a la puerta y se asomó.

— Disculpe, doctora Stevenson, ¿necesita usted algo?

Kolstack giró sobre sí mismo y fulminó con la mirada a la muchacha que se sobrecogió.

— Está bien, Marilyn, muchas gracias, no te preocupes. Trae el café, por favor.

— No, señora, no hay nada que esté bien —bramó Kolstack—, esta no es una visita social. Necesito, de cualquier manera, hablar con esa mujer. Diga que sí y nos vamos. No tengo tiempo que perder.

Stevenson se levantó lentamente y conteniendo la rabia. Cuando habló, lo hizo con suavidad:

— Veo que usted no entiende, detective Kolsa, yo tampoco tengo mucho tiempo para dispensarle. Acompañeme, por favor, hasta la sala donde está la señora Chester.

— Bien... Veo que entra en razones. Y es Kolstack...

— ¿Cómo?

Kolstack, mi nombre es Kolstack, dijo el hombre, y al pasar junto al escritorio de la secretaria, agregó mirándola con rudeza:

— Suspenda los cafés.

Los dos hombres siguieron a Fran Stevenson hacia las salas y se detuvieron junto a ella delante de una ventana con vidrio sellado que daba a una habitación. Se veía a Rosalind Chester o lo que parecía ser ella, pues el rostro y la cabeza estaban deformados por las vendas especiales que cubrían las laceraciones provocadas por el ácido. Estaba con un brazo en cabestrillo, un tubo salía por la boca y se conectaba a una máquina y medicamentos y sueros con sondas conectadas a las venas completaban la escena. Un monitor lanzaba un bip-bip lento y acompasado que a Kolstack le crispó las venas.

— La señora Chester presenta un estado de estupor post-traumático...

¿...?

— Es decir —continuó siempre suave Fran Stevenson—, que está inmersa en un estado alterado de la conciencia en el que la fase cognoscitiva ha entrado en falla.

— ¿Es decir, que está asustada? ¿Sólo eso?

No, no era solamente eso. Rosalind Chester había recibido muchos golpes en el cuerpo, tenía tres costillas quebradas lo que le hubiera dificultado respirar en otra situación. Un brazo fracturado, contusiones serias en el cráneo. Pero lo más grave es que, al entrar en contacto con el ácido acético, ella había abierto la boca y había aspirado aquel líquido llameante que le produjo quemaduras graves en nariz, boca, faringe y esófago.

Esto provocó un edema en la laringe que le imposibilitaba respirar, por lo que el riesgo de daño cerebral por falta oxígeno iba en aumento. La doctora Stevenson concluyó mirando directamente a los ojos del detective.

Kolstack dio un respingo y dijo exaltado:

— ¡Pero eso es fantástico, doctora!, ¡fantástico!

— ¿Cómo dice eso? Usted no entiende la gravedad...

— La que no entiende es usted, doctora. Ya sé que está grave.

Lo que quiero decir es que cuando el hijo de la puta madre le echó el ácido, ella estaba consciente.

Y tomándole las manos con unción, le espetó:

— Gracias, gracias por el dato. No deje que se muera, doctora. Tengo que hablar con esta mujer a como que dé lugar...

•••

Ana Reyes entró al hospital acompañada por Michael, el fotógrafo, que iba logrando imágenes mientras apuraba el paso junto a la periodista.

El hall del inmenso hospital parecía un hervidero en el que corrían o parecían correr cientos de personas rumbo a distintos sitios del nosocomio. Un gran cartel en el centro anunciaba los sectores, los nombres de los especialistas y los horarios de atención, además de las horas de visita de cada sector, lo que hablaba de la independencia de cada uno de los pisos entre sí.

Ana no precisó mirar el cartel. Conocía bien el hospital pues venía a realizar periódicas consultas médicas a raíz de la diabetes mellitus que un par de años atrás le diagnosticaran y que exigía visitas asiduas al endocrinólogo.

Mucho le había costado a Ana entender que la vida había cambiado fundamentalmente a partir de una enfermedad crónica como aquella. Saltos de vida, de alimentación y una pastilla de Glibenclamida dos veces por día y sanseacabó. Se acostumbró a la idea de que ella era el propio reloj y que de ella dependía cuidar los ojos, por ejemplo, de un glaucoma invalidante, o evitar que el corazón sufriera excesos peligrosos.

Nunca hubiera pensado que tú fueras una diabética. Te ves siempre tan lozana, dijo Michael luego de que ella le contara.

— Es que aprendí a internalizar mi condición de enferma crónica. Si soy medianamente cuidadosa no me pasará nada. Cuando me enfermé, decidí que no moriré en una cama de hospital. Me aplastará un camión, estallaré en un avión rumbo al Cairo o a la Cochinchina, me congelaré en el Everest. Lo que sea, menos, una cama de hospital. Estos lugares me dan frío... Vade retro.

Se estremeció histriónicamente, lo que arrancó una carcajada al fotógrafo.

— Eres una payasa. Nadie sabe que en ti hay una artista frustrada. Si te viera Aguirre...

No te creería una palabra, contestó Ana contagiada por la risa del compañero.

Cuando salieron del ascensor en el quinto piso, se encaminaron a la administración de Cuidados Intensivos.

Buenos días señorita, necesito ver a la doctora Stevenson..., soy Ana Reyes, dijo a una joven muy pulposa que atendía tras el mostrador.

Luego de hacer la consulta telefónica pertinente, la succulenta muchacha le dijo que la secretaria de la directora la esperaba en la oficina. Y al decir esto, derramó sobre Cicconi una lánguida y expresiva mirada de femme fatale.

Gracias, señorita, conozco el camino. Y dirigiéndose al joven, le soltó risueñamente: Michael, vamos, el deber te llama...

Con un suspiro, el joven se desprendió de los ojos que lo reclamaban y dando media vuelta, se resignó:

Vamos, vamos. ¡Qué mujer, Dios! Cuando nos vayamos, ¿podemos pasar por aquí? Me gustaría hacerle unas tomas...

— Tanta dedicación al trabajo puede hacerte mal, amiguito, te lo he dicho mil veces.

Riendo los dos continuaron camino. Bien sabía ella que él sólo estaba haciendo una charada y que cuando dieran vuelta hacia el otro pasillo, se habría olvidado de la volcánica muchacha.

La doctora Fran Stevenson no estaba en el despacho le dijo Marilyn. Había salido para una reunión de la junta directiva de la que no regresaría sino para irse. Esas reuniones podían durar dos o tres horas o terminarse en forma abrupta, según el tema que se tratara.

Lo siento, señorita Reyes, le diré a la señora directora que usted vino a verla. La hice pasar para explicárselo personalmente.

Cuando estaban subiendo al remis que los llevaría de vuelta a la redacción, y mientras pensaba que necesitaba algunas precisiones sobre lo ocurrido en el laboratorio, Ana sintió que el teléfono estaba llamando. Era Fran Stevenson.

— Ana querida, siento que no me hayas encontrado. Hoy ha sido un día fatídico. ¿En qué puedo serte útil?

— ¿Tienes internada a la sobreviviente del laboratorio?

— ¿A la señora Chester? Pues sí... Está muy grave...

— Necesito hablar con ella.

— Alguien me dijo lo mismo hace un rato frente a la ventana de la sala en la que está...

— ¿Quién?

— Sam Kolstack, el detective a cargo del caso. No debo decirte nada más. Ha dado la orden de que sólo a él se le dé información...

— Dios me salve...

— Tú lo has dicho: Dios te salve.

SIETE

Rossie Chedar comenzó a colocar en la pizarra las fotografías sacadas en el laboratorio. Las tomas detallaban los cadáveres de las mujeres atacadas, las medidas de las incisiones provocadas por el arma homicida, la posición de los cuerpos. La pared parecía una composición distorsionada pero no lo era en realidad, simplemente mostraba un aspecto escalofriante de una realidad posibilitada por mentes enfermas.

— Cuatro víctimas, tres muertes. Arma blanca, ataque indiscriminado y caótico, sin aparente intención de robo. Sin duda alguna, un asesino es una persona extraviada, cegada por el bestial impulso momentáneo e irracional. Pero, ¿estamos frente a una persona que no piensa, desquiciada?

Kolstack estaba frente al grupo de investigadores de la sección. Era un momento crucial en cada investigación. La brainstorming, una etapa nutritiva de la que se descontaba el éxito, pues cada uno de los participantes aportaba la experiencia propia en las distintas fases de cualquier tipo de investigación. El resultado era positivo y descontado.

De todas formas, la mayoría de los analistas coinciden en que el criminal suele ser un demente, un chiflado, expresó Simmons.

Suele ser, bien dicho, recalcó el detective en jefe y escribió la palabra

DEMENTE

Y agregó signos de interrogación.

Y que la violencia va exacerbando la torcida mentalidad del

delincuente, ensañándolo contra la víctima, agregó el joven.

Sí, aportó Danny Vittorio, un sesentón con larga experiencia en la calle, el asesino pudo haber sido un paciente que se enojó por algo o por alguien. Tal vez no lo quisieron atender...

... o no le gustaron los resultados de los análisis que fue a retirar, terció Rossie.

Podía ser. Kolstack se volvió hacia las fotografías y puso los dedos sobre una de las que mostraban las incisiones y luego hizo lo mismo con otra.

Pero...

Se demoró recorriendo, acariciando esos bordes rojos, esas bocas obscenas de la muerte mientras los demás lo escuchaban sin hesitar, como pudiendo ver las sensaciones que percibía Kolstack.

Pero...—repitió volviéndose hacia el grupo—, no tenemos arma homicida.

Tal vez el tipo tomó cualquier cosa de los escritorios, de las mesadas, las despachó con eso y luego se llevó el arma consigo. Pasa muchas veces, aventuró Simmons.

Según el forense, dijo Kolstack, el tamaño de las incisiones había sido de seis centímetros cada una de ellas y había desgarró, pues la hoja del arma era, al parecer, gruesa.

— Descartemos, entonces un abrecartas o algún instrumento del laboratorio fino, filoso y de hoja angosta y refinada...

Entonces debió ser un cuchillo, dijo Vittorio.

Un cuchillo sí, de cocina tal vez, agregó Kolstack y escribió en la pizarra.

CUCHILLO ¿DE CARNICERO?

¿Qué más?, preguntó a todos.

Sam, dijo Rossie

— ¿Sí?

— No hubo violación. Muchas veces hemos visto que la agresión comienza en el ataque sexual. Es poco usual en un ataque de este tipo que la víctima no sea sometida...

Que eso era cierto, dijo Kolstack. Que las pruebas periciales de la autopsia habían comprobado que no hubo violación. Y agregó que cuando la agresión comienza, la violencia va creciendo hasta la bestialidad sin límites si el sujeto fuera capaz de sentir disfrute sexual con la violencia, la sangre y la indefensión de cualquier víctima.

Kolstack escribió:

SIN ATAQUE SEXUAL

Y añadió con voz oscura:

— Pero este tío no necesita del sexo para matar, este tío puede pertenecer a otro tipo de asesinos que va excitando de otra forma más y más los sentidos, hasta lograr el éxtasis macabro del crimen.

En vez de sexo usó ácido, dijo Simmons. Que era algo exótico, dijeran lo que dijeran. Aquél no era un tipo común.

Pero no es un asesino profesional, que sí acostumbran usar esas excentricidades, terció Rossie. Un asesino profesional utiliza otro tipo de métodos, revólver con silenciador, cortes mortales. Aquí hubo ensañamiento, hubo odio. Había ácido sobre las mesadas, en el suelo, en los papeles...

¿Para qué se usa el vinagre ése, Simmons?, Kolstack se plantó frente al muchacho.

Este explicó que servía generalmente para diluir reactivos, colorantes y bases químicas. Ese ácido, de un olor muy característico, era un acidificante muy usado en bacteriología y hematología, y no tan potente como el sulfúrico o el muriático, ejemplificó.

Kolstack asintiendo con la cabeza, escribió:

VINAGRE = ACIDO ACÉTICO

Simmons y Vittorio emitieron unas risitas, acostumbrados a las salidas extemporáneas del jefe.

— No tanta risa, señores.

La voz del investigador hizo que los carcajeos silenciaran:
 — Un tío llega cargando un cuchillo de carnicero y mata. Es un hombre joven que sale de la casita en la que tal vez vive con los suyos, con la idea de matar. No es un asesino profesional pero quiere borrar huellas. Usa un líquido que huele como mil demonios pero que ha podido identificar fácilmente porque la mamá se lo ha hecho tragar en más de una deliciosa ensalada. Ese tipo sabe lo que hace, pero no hubiera podido identificar otros ácidos entre todo el frasquerío.

Todos se removieron inquietos en los asientos. Sabían lo que eso significaba: un asesino serial. Y un asesino serial es como una maldición sobre un lugar, un dedo de Dios castigando quién sabe uno por qué.

Haga pasar al doctor Santana, agente, dijo Kolstack a una joven apostada junto a la puerta.

Enseguida entró un hombre de pequeña estatura, con una digna barba gris y el cabello crecido hasta cubrirle la nuca. Llevaba anteojos de carey oscuros que hacían juego con un traje marrón que acusaba muchos años de plancha, a juzgar por los brillos de las solapas. Bien hubiera podido pasar por un poeta o un profesor de literatura, porque del semblante emanaba una especie de radiante paz interior que se transmitía enseguida al entorno. Kolstack y Santana eran amigos del tiempo de la academia policial y solían encontrarse frecuentemente en la casona del médico, a jugar partidas de ajedrez mientras hablaban de bueyes perdidos.

El doctor José Santana era un psiquiatra especializado en criminología. Se manejaba como consultor psiquiátrico en el Central Hospital de Toronto, donde desarrollaba una investigación sobre conductas antisociales o conductas violentas. Kolstack hizo una pequeña pausa y prosiguió.

He creído necesario que nos diera unos conceptos sobre la clase de sujeto al que debemos buscar.

— Buenos días, señores, gracias Sam.

La voz sonó alta y desproporcionada con el frágil aspecto:

—Me gustaría comenzar con un caso con nombre y apellido, publicado en los Archivos Generales de Psiquiatría, pues no debemos olvidar que tanto víctima como victimario son personas que

andan y caminan muchas veces junto a nosotros por la calle y cuando no, se sientan con nosotros a la mesa. Quiero decir con esto que siempre, siempre, cuando se busca un asesino serial, hay que buscar a un hombre común.

Rossie Chedar sintió que se le paraban los pelos de la nuca, Simmons descruzó las piernas y se acomodó en la silla. Vittorio miró a Kolstack pero no pudo captar nada en los ojos de hielo del detective.

George Emil Banks fue un asesino serial, comenzó diciendo Santana y dirigiéndose a cada uno en particular, preguntó: ¿qué había hecho que aquel hombre se convirtiera en eso?, ¿qué lo impulsó a matar?

Investigadores y criminalistas habían debatido esta cuestión por décadas y décadas. Un punto en común de todas las respuestas posibles es la presión. Sí, la presión que sufren estos sujetos desde cualquier punto de vista. La historia parece sugerir que existe una serie de hechos anteriores al período del estallido de insania y furia, que empuja al individuo a matar.

Los detectives tomaban nota. Kolstack continuó con el rostro impertérrito fijo en las fotografías de la pared.

Para Banks, prosiguió el psiquiatra, estas presiones lo llevaron a matar a trece personas, a quienes convirtió en onerosos responsables de lo que sentía, a los que sintió como enemigos suyos y que lo habrían llevado a protagonizar esos enloquecidos crímenes.

Típicamente, los asesinos en serie son usualmente conservadores, de mediana edad, hombres blancos de clase media, o provenientes de una clase media empobrecida, aunque esto último está por verse. Lo que sí parece ser cierto es que estos individuos comúnmente aspiran a tener más de lo que pueden conseguir y cuando ven las ambiciones frustradas, acusan a otros de esos fracasos. Se sienten excluidos y desarrollan un irracional y a veces eventual odio homicida hacia cualquiera que ellos consideren un obstáculo para las propias aspiraciones.

El pequeño hombrecito miró a todos y a cada uno de ellos a los ojos, esperando que procesaran las palabras por él pronunciadas. Tomó unos tragos de agua del vaso descartable que le habían acercado cuando se sentara.

Vittorio aprovechó el impasse: ¿existía algún patrón que pudiera seguirse, para orientar la investigación y echarle el guante a ese hijo de perra?

Hay estudios que fundamentan que hay razones orgánicas para este tipo de conductas criminales y desviadas de la normalidad, dijo Santana acentuando esta última palabra y haciendo un gesto de comillas con los dos dedos índices. Estos estudios han encontrado que hay una reducción pre frontal en el volumen del cerebro en personas con APD

¿APD?, la voz de Rossie se escuchó claramente.

— Antisocial Personality Disorder, desorden antisocial de la personalidad, con conductas que evidencian irresponsabilidad, fraude, ausencia de emociones profundas y comportamientos antisociales. Estos sujetos que presentan esta disminución en el volumen cerebral, permiten hacer más efectivas las predicciones en la lista de factores psicosociales como la pobreza, ya sea ésta económica o afectiva o los abusos sexuales.

Santana agregó entonces:

— Estamos hablando de predisposiciones de conducta antisocial. Hay gente que tiene déficit pre frontal, pero no por ello se convierten en personas con conducta antisocial y hay gente antisocial que no posee ese déficit pre frontal.

— Es decir, que estamos como cuando vinimos de Italia.

Vittorio se resignó repantigándose en la silla y Kolstack respiró profundamente pero no levantó la vista del suelo.

No es tan así, dijo entonces Santana con amabilidad. Esos datos debían servir para orientar, no eran parte de una receta magistral. Los hombres con ese tipo de desórdenes de la personalidad a los que habían tenido oportunidad de estudiar, mostraron en las imágenes cerebrales espacios con ausencia de células nerviosas en algunas áreas cerebrales. Estas células, cuyo equivalente estaría en el valor de dos cucharadas de té, habían desaparecido en ellos, todas personas con psicopáticas personalidades y con actos de violencia en el haber.

El psicopatólogo expresó con un tono desánimo en la voz: Por eso aplicar terapias a prisioneros adultos es, además de inmoral, generalmente una pérdida de tiempo y fallan los intentos de lograr

políticas de rehabilitación efectivas. Es necesario tomar a los jóvenes antes de que sea demasiado tarde. Hay que trabajar en niños y jóvenes de forma temprana, cuando el cerebro es más elástico. Las políticas de prevención y de rehabilitación tienen que incorporar nuevos paradigmas que permitan incentivar y estimular en el individuo la autoestima, el aprender a pensar, el sentir que todos tenemos las mismas posibilidades. Es decir: hay que cambiar muchas cosas en el mundo, y desde el comienzo, los preconceptos y los prejuicios. En definitiva, habría que cambiar de mundo, mudarse de éste, bah.

¿Asumían entonces, intervino Simmons, que esas personas no eran responsables de los sesos reventados?

— Dañados.

— Bueno, dañados, ¿sería admitir que tampoco son responsables de esas carnicerías?

El psiquiatra respiró profundamente y dijo con aire de resignación:

— Esa es la pregunta del millón de dólares, qué quiere que le diga. Y yo no tengo la respuesta. “La naranja mecánica”, allá en los años 70, fue un filme esclarecedor sobre el papel del Estado represor. Y el libro de Anthony Burgess es más esclarecedor aún, pues inserta, en un mundo utópico un Estado aplacador de terapias de “aversión” más violentas aún que las del joven delincuente. Aconsejo ir hasta un internet esta noche y ver nuevamente la película. Y leer a Burgess también, que siempre viene bien.

Santana hizo un silencio, pensando en lo que iba a decir, y luego continuó:

— Nadie debería prejuzgar, para eso está la justicia. En el juicio, justo y fundamental, habrá tiempo de explayarse sobre las pruebas reunidas y dejar que quienes deben juzgar tomen las determinaciones. Ustedes, señores, y permítanme que se los diga, actúan, felizmente tal vez, en una etapa anterior al juzgamiento. Ahora, si me piden una opinión, creo que la base de este tipo de desviaciones, la posibilidad de hacer de un niño un delincuente, un asesino, un resentido social, está en la indiferencia, en la discriminación, en la falta de igualdades sociales. Hay muchos autores que han hablado de esto largamente, y yo creo, señores, que la sociedad en la que vi-

vimos está llena de injusticias, y que mientras no enmendemos eso seguiremos intentando disecar el cerebro de un asesino serial para ver dónde están insertas las culpas que no pueden observarse bajo un microscopio porque son intangibles. Porque tienen que ver con la ética y no con la microbiología o la psicología.

El grupo se movió inquieto. En algunos puños cerrados pudo verse blanquear los nudillos por la rabia contenida. Todos sabían que de alguna u otra manera hay en la policía quienes se sienten jueces y no herramienta de la ley. Consciente de esto, el especialista agregó: Por eso la búsqueda debe ser cuidadosa. Eso lo descuento, pues ustedes son profesionales, y de los mejores según me ha comentado Kolstack.

Pero era necesario que supieran, siguió casi implacable el especialista, que este tipo de sujetos psicopáticos muchas veces eligen morir en esas irrupciones de violencia. Que se sienten perseguidos por la sociedad, que han fallado en los empleos, en las vidas familiares. Son en definitiva, marginados sociales que viven generalmente en welfare, es decir, mantenidos por el gobierno, o por la familia, con la que generalmente no tienen vínculos afectivos, sino más específicamente de sumisión, de miedo o de resultados de conductas abusivas de cualquier clase. Cualquier indicio de que puedan ser atrapados hace que enloquezcan definitivamente y decidan quitarse la vida. Claro que antes de eso, habrán dejado tras de sí un inolvidable reguero de sangre.

Cuando terminó de hablar, Sam Kolstack, casi solemnemente, escribió:

**CONSERVADOR
MEDIANA EDAD
BLANCO (?)
CLASE MEDIA
POSIBLE DESEMPLEADO**

Y luego respirando profundamente, el detective en jefe dijo:

– Hay que trabajar deprisa, señores. Este tipo puede llegar a matar otra vez y tal vez otra y otra.

OCHO

Sam Kolstack vivía solo en un departamento en los alrededores de Lake Short, en el que recalaba solamente para ducharse, comer y dormir. Llamaba a la casa “el foso”: sólo habían allí los elementos imprescindibles y necesarios para las horas que pasaba en ella. No necesitaba nada más que una cama suficientemente cómoda para los dolores de espalda que eran cada vez más frecuentes, una mesa, un televisor y un buen sofá donde poder estirar las piernas cuando le viniera en gana. De vuelta de la jornada laboral, solía pasar por el supermercado para comprar las viandas y vituallas que picaba, se tiraba a ver un poco de mala televisión para luego dormirse pensando en lo que haría al otro día.

Aquella noche el detective llegó con un melón y una botella de un buen vino blanco. La dura y larga jornada pasada no permitiría que el estómago se cargara demasiado. Tratando de olvidar las imágenes que lo habían acompañado durante todo el día, encendió la luz y puso la radio en una frecuencia en la que pasaban música clásica. Madame Butterfly estaba en el momento del desgarrador encuentro con el amado infiel. Lástima, pensó extasiado, ya pasó el Coro a bocca chiusa, uno de los pasajes favoritos, pero luego vendría el lamento de amor de la japonesa y esa aria también lo embargaba.

Sam Kolstack era enorme, alto y robusto, con una complejión que lo asemejaba más a un ropero que a un ser humano. El rostro hermético y huraño parecía marcado en piedra y los ojos, de un color indefinido, eran helados y penetrantes como las aristas de un témpano. La cabeza remataba en un pelo hirsuto que cortaba casi a cero para no tener que lidiar con él. Hijo de rusos inmigrantes venidos de la sabana soviética, se había criado en una familia

disciplinada y voluntariosa, escueta en gestos de afecto, que hacía del trabajo una verdadera religión. El padre había sido un ateo militante comunista enojado para siempre con el régimen y amante de la música clásica, mientras que la madre era una campesina rusa católica que vivió suspirando por un hogar lejano y perdido. Nunca hubo grandes disidencias entre ellos, que se respetaron hasta el último día de la vida queriéndose sin estridencias. Sam y Katerina, cuatro años menor, fueron los dos hijos de la pareja. Cuando murió el esposo, Anniuska, la madre, había hecho las maletas para volver a la amada tierra natal. Katerina la había seguido, no así Sam, que decidió quedarse en Toronto, solo, con aquellos quince años a cuesta. Mucho le había costado la separación pero no podía quejarse. Nunca había vuelto a ver a la hermana ni a la madre. Hacía treinta años de aquello. Les hablaba por teléfono para las fiestas y muchas veces se dejaba estar imaginando cómo serían los rostros, cómo serían las miradas, cuántas arrugas tendría el rostro rubicundo de la madre. Esos eran los únicos momentos en los que los ojos de Sam cambiaban, haciéndose de agua y llenándose de puntitos brillantes. Esos, y la música clásica, eran las únicas oportunidades en que Sam Kolstack dejaba de ser impertérrito y hosco, únicos instantes que jamás alguien invadiría, pues bien se cuidaba él de que aquella privacidad no fuera pisoteada.

Dejando que la música lo separara del feo mundo en que le tocaba vivir, el detective se metió bajo la ducha dispuesto a dejarse estar en el agua tibia y reconfortante, cuando el teléfono comenzó a sonar. Mascullando insultos y palabras soeces, cerró el grifo y salió chorreando al tiempo que el aparato se silenció. Más insultos y más resbalones. Volvió al agua y se quitó el resto del jabón de la cabeza. Debía apurarse pues sabía que Rossie volvería a llamar.

Rossie Chedar. Apellido de Queso, la llamaba él cuando estaban juntos. Rossie era una buena compañera, tanto en el Departamento de Policía como en la cama. Hacía ya varios meses que tenían una relación más que laboral. El escapaba de ese tipo de situaciones, pero un hombre es un hombre, qué joder, se decía, y una mujer en la cama, a veces es necesaria. De todos modos, los dos se cuidaban de que aquello no se supiera, no sólo por una

cuestión de disciplina, sino porque ninguno de ellos quería ser el centro de comentarios y mofas que sin duda alguna los demás se sentirían tentados a hacer.

Sonó el teléfono justo cuando él se disponía a partir el melón por la mitad.

Hola, dijo una voz femenina, ¿detective Kolstack?

El mismo, ¿quién era?

No sé si me conoce... Soy Ana Reyes, de Los soles.

— Vagamente.

Kolstack sin embargo recordaba muy bien a la entrometida periodista.

— Necesito hablar con usted.

— ¿Ahora? —bramó él.

— Si usted lo quiere. Es sobre lo sucedido esta mañana en el labor...

— Ni lo sueñe —volvió a gruñir el hombre—. He tenido un día muy largo lo que me ha provocado un desagradable dolor de cabeza. Tal vez mañana llame a conferencia de prensa.

— No quiero el material de una conferencia de prensa.

— Pues no vaya, es una opción. Y no se atreva a aventurar nada sobre este caso. Nadie sabe nada.

— ¿Ni usted?

Ni yo, dijo. Y colgó.

Rossie no llamó, el melón tenía gusto a zapallo sin madurar y el vino sólo le incentivaría el dolor de cabeza. Le esperaba una noche de infierno en definitiva.

— Fisgones de mierda.

...

A la mañana siguiente los titulares de los diarios hablaban de lo sucedido. Era el comentario general cuando Sam Kolstack llegó a la dependencia policial.

— ¿Leíste los diarios? —preguntó Rossie poniendo un vaso de café sobre el escritorio.

— Mi religión me prohíbe leer esas porquerías por las mañanas. Dejo las estupideces para los que no tienen nada que hacer

—dijo él embroncado con la detective sin saber muy bien por qué.

— Si estás así sin leerlos, no quiero estar cerca cuando lo hagas —replicó ella saliendo de la oficina.

El detective dejó el saco en el perchero y se volvió, picado por la curiosidad.

— ¿De qué hablas?

— De tus declaraciones a la prensa...

— Mis decl..., ¿qué declaraciones?

En las mañanas era muy factible que Kolstack montara enseguida el picazo.

Sí, lo que había dicho sobre la investigación. Rossie se volvió y con cierta sorna extendió el diario ante el escritorio. Aquí está:

“Violencia en la ciudad: cuatro víctimas destrozadas”. La crónica seguía y más abajo, un recuadro: *“La policía está en pañales”*, con un subtítulo: *“Declaraciones del detective a cargo de la investigación, Sam Kolstack”*.

El rostro de él se crispó hasta adquirir niveles no mensurables de color púrpura. Rossie se alejó unos pasos, a la espera del estallido.

— ¡Maldita..., maldita tramposa!

Enfurecido, hizo volar el vaso de café por los aires.

Kolstack respiró hondo hasta que los dientes rechinaron. Cerró fuertemente los ojos durante unos segundos que le parecieron años a Rossie, y haciendo un gesto con la mano, le pidió, si aquello era un pedido, que saliera del privado.

Tras los cristales, los empleados de la sección, observaban en silencio la escena. Kolstack levantó la vista, los miró y como por arte de magia, todos encontraron en ese mismo instante qué hacer con las manos, los papeles o en los escritorios.

El detective dejó pasar unos segundos que parecieron siglos, tomó el teléfono y con el rostro impassible nuevamente, marcó.

— Ya sé que hablo con Los soles, eso marqué —dijo cortante a quien le atendió—. Quiero hablar con la periodista Reyes —y agregó con cierta sugestión en la voz—, *por favor...*

Tamborileando los dedos sobre la madera envejecida del escritorio, esperó pacientemente.

— Hola, sí, habla Kolstack —dijo cuando Ana levantó el auricular —y agregó muy suavemente—. ¿Podría tener la gentileza de venir a mi oficina esta mañana, señorita Reyes? ... Muy bien, la espero... No tiene por qué darlas... —escuchó un segundo y luego preguntó como si no entendiera bien qué le decía ella —¿Cómo?

El rostro de Kolstack se crispó.

— Sí..., gracias señorita Reyes..., mi dolor de cabeza está mejor.

NUEVE

Flor Chávez se estrujaba las manos con desesperación. Le habían permitido estar cerca de la jovencita en cuanto había ésta entrado en coma. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. ¿De qué valen las lágrimas, Dios, se preguntaba, si no había recuperación para la niña?

La hija. La hermosa Jacky. Flor había ido hasta la casa a cambiarse de ropa y a llevar la de la niña, porque en Cuidados Intensivos los enfermos no precisan ropa. El otro hijo, de cuatro años, sería atendido por Victoria, una vecina que cuidaba niños en el edificio en que vivían. El padre se había enterado de lo sucedido por teléfono pero el trabajo le impedía venir al hospital. De cualquier forma, todo lo concerniente a la salud y cuidado de los niños siempre fue cosa de Flor, de la mujer de la casa. Ella perdería una vez más el contrato en el restaurante, pero estaba acostumbrada. Por los hijos lo que fuera.

La salud de los niños era una de las cosas que siempre la habían ocupado para bien. Pero, ¿en qué se había equivocado?, ¿cuál había sido el error o la desidia con Jacky, que la había llevado al estado en el que se encontraba? Porque debía ser culpa suya, no había duda alguna. Tal vez estaba siendo castigada por algo, por haber dejado a la madre, vieja y enferma, allá, en las inestables calles salvadoreñas, para seguir al marido. O tal vez Dios le infligía este escarmiento para que no se olvidara de él, porque le quedaba poco tiempo para asistir a la misa de los domingos, donde el padre Castillo repetía que Dios no perdona a los descarriados.

Si no, qué otra explicación cabía.

Se había sentado desde el día anterior junto a la cama de Jacky y le había sostenido la mano blandita y pálida durante toda la larga noche, sin soltársela siquiera para limpiarse las lágrimas que

corrieron, libres y translúcidas por el moreno rostro de la morena mujercita.

Háblele, señora..., le había dicho Lori, la enfermera en jefe, Uno nunca sabe si escuchan o no en ese lugar en el que están. Si escuchan, les hace bien, les calma los temores. Si no escuchan, que es lo que asegura la mayoría de los médicos, será provechoso para usted.

Y había agregado con una sonrisa de solidaridad: Háblele, dí-gale lo que la quiere, no hay nada que sea más poderoso que el amor de una madre. Eso la ayudará a luchar...

•••

Durante los últimos ciento cincuenta años la inmigración en Canadá ha mantenido una tendencia positiva. Sin embargo, la composición de esta corriente cambió en los años sesenta. El número de inmigrantes europeos y estadounidenses disminuyó, en tanto que la presencia de inmigrantes de minorías visibles aumentó en forma considerable. El Acta de Equidad en el Empleo define a las minorías visibles como “personas distintas de los grupos aborígenes, que no son de raza caucásica o blancos”. Estas minorías hicieron que la franja inmigratoria comenzara a crecer a tal punto que representó el 80 % del total de inmigrantes durante el período 1991 al 1996.

Olimpia Minopolus era la encargada del servicio de estadísticas del Central Hospital. Al depender directamente de la doctora Anderson, las oficinas se habían habilitado en el quinto piso para comodidad de la ajetreada actividad de ésta.

Minopolus llevaba un pormenorizado detalle del flujo y reflujo de pacientes en el nosocomio, precisando tanto el porcentaje de canadienses como de inmigrantes, el estado en el que se encontraban y el índice que presentaban en cuanto a giro de camas. Este era un objetivo determinante del seguimiento de las estadísticas a pedido de la dirección, ya que las prestadoras de salud y el gobierno eran, en definitiva, los beneficiados o damnificados del costo de cada caso en particular, cualquiera fuera el estado, diagnosis o prognosis.

La joven, morena y jugosa, había llegado a la edad de tres años desde Atenas. En Toronto había estudiado y se había enamorado y

desenamorado muchas veces pues, pletórica y vital, hacía de a vida una exaltación. Como Dionisos, el dios de la vegetación y las flores y sobre todo del vino, que infundía a seguidores, silenos, sátiros, ménades, ninfas, una clase de locura que les proporcionaba una fuerza extraordinaria y les hacía vivir la vida de una forma especial, la bella jovencita se bebía a grandes sorbos cuanto momento le fuera acordado. Era una típica mujer moderna, inteligente y algo zafada, que sabía que para triunfar en la vida, la belleza no sirve si no va acompañada de una gran dosis de perseverancia, voluntad y esfuerzo.

Por eso esta actitud de la hermosa Olimpia, que tenía a maltraer a médicos, enfermeros y pacientes cercanos en diez kilómetros a la redonda, no le impedía dedicar muchas horas diarias al ordenador.

La tarea de Olimpia en el hospital consistía en manejar las montañas de papeles que desde cada sector del hospital llegaban con números, datos, nombres y fechas, cosa que provocaba más de un gesto de extrañeza de alguna compañera y/o compañero. Pero esto a ella no le interesaba en absoluto, empeñada sólo en preparar la tesis de la maestría en Estadísticas.

Fran Stevenson llegó aquella mañana a la oficina de Estadísticas. Llevaba un chocolate con almendras en el bolsillo de la chaqueta, que compartiría con Olimpia durante la charla cotidiana como era habitual.

— No creerá lo que he conseguido, doctora Fran...

La entusiasta joven, luego de estampar dos ruidosos besos en las mejillas de Fran, dio rienda suelta a un exaltado comentario. Aunque la jefa conocía la extraversión de la jovencita, no cesaba de sorprenderse por la constante efusividad de los saludos.

— Tengo nuevos datos sobre la incidencia de la inmigración en la salud pública, especialmente los llegados en los últimos años. ¿Sabe usted que son menos propensos a tener enfermedades crónicas y discapacidades? Este efecto es más evidente entre aquéllos que no son de países europeos y que constituyen la mayor parte de los inmigrantes recientes en Canadá.

— Bueno, es un dato muy valioso para tu tesis, Olimpia. Fran se sentó junto a la muchacha.

— Aunque pero no sólo para mí, doctorcita —Olimpia reía mientras revolvía el cafecito que compartían—, para usted también. Podría ser parte del informe en la próxima junta directiva. Es una referencia importante a la hora de afiliar gente, ¿no le parece?

Sí, consintió Fran, sería muy impactante. Que le preparara el informe y le avisara cuando estuviera listo, le pidió. Esta semana no asistiría a la reunión. Tenía varios casos serios, dos graves.

— Sí, lo sé. Olimpia arrugó un poco el ceño. La señora Rosalind Chester y Jacqueline Chávez, cada una con cobertura total: una de la prepaga y otra del gobierno pues la familia es refugiada.

Y las dos en coma: una por trauma y la otra por razones aún no establecidas, agregó Olimpia.

A Fran le asombraba la mente despabilada de la joven y esa habilidad tan suya para comparar y relacionar datos y cifras que a la mayoría de las personas parecerían chino básico.

—Te has ganado el chocolate de hoy, Olimpia —dijo sonriendo mientras le entregaba el dulce.

•••

Fran Stevenson tomó la hoja clínica que colgaba a los pies de la cama de Jacqueline Chávez. La niña continuaba en inconsciencia profunda, sin reacciones a estímulos de luz, calor o dolor.

Se acercó a la cabecera. Jacky estaba extendida completamente. Comprobó la flacidez en las manos y levantó uno de los párpados de la pequeña. La pupila, de tamaño conservado, no reaccionó.

La escala de Glasgow es un sistema de score o calificación para documentar muerte cerebral o coma, generalmente causados por lesiones céfalo-craneanas. Sirve para determinar el diagnóstico, pronóstico y recuperación del estado comatoso. Si se obtiene un número de 10 o más, la recuperación es satisfactoria. Por debajo de 4 suele ser irreversible. El score total se consigue evaluando el estado, conservado o no, de reflejos neuronales como la tos provocada, los movimientos oculares y reflejos de córneas y pupilas.

Jacqueline estaba en el valor mínimo de esta escala.

Con la pesadumbre pintada en el rostro, la médica se acercó a la madre de la niña, que se había acurrucado en un rincón, respetuosa

de la presencia de la jefa aunque sin perder detalle de cada uno de los gestos de la médica, en busca de señales que le hablaran del estado de la hija.

—Señora Chávez, vamos un minuto afuera, ¿quiere usted?—le dijo Fran saliendo al pasillo.

Flor la siguió dócilmente y cerró la puerta tras de sí, aunque se colocó junto al vidrio que le permitía seguir observando atentamente a Jacky.

— Señora Chávez, lo siento mucho, pero...

Un gemido apretado amenazó con hacerle estallar el pecho a Flor, pero la mujer se contuvo.

— Jacqueline tiene una meningoencefalitis diseminada aguda. Y ante los ojos asombrados y expectantes, aclaró:

— Es una infección de las meninges del cerebro, las membranas cerebrales. Esta infección ha pasado a la sangre y se ha diseminado, se ha extendido a..., a todo el cuerpo, llegando a órganos fundamentales. La inflamación hace que no haya oxígeno y al faltar ese oxígeno en el cerebro, se pierde la conciencia. Por eso está en coma. El estado es grave, señora, lo siento mucho.

Flor sintió que el suelo se ablandaba, que perdía la consistencia, que caería en el mismo pozo negro en el que se encontraba la hija.

¿Cómo era posible eso? Ayer nomás estaba bien... Cuando vinieron...

— Es decir —respiró entrecortadamente, como alertada—, ¿cree usted que la traje demasiado tarde? ¿Es mi culpa, doctora, que Jacqueline esté ahora así?

— No, no, para nada, señora Chávez, aquí no hay culpables. La enfermedad de Jacqueline podría haber sido producto de mil cosas juntas.

La voz de la doctora se hizo casi inaudible:

— Podríamos decir que fue el azar...

Los ojos de Flor buscaron los de Fran y cuando se encontraron las dos miradas, la mujercita preguntó:

— ¿Se morirá mi hija, doctora?

Que estaban peleando, que le estaban suministrando antibióticos muy fuertes, cefotaxime cada cuatro horas, que tenía una hidrata-

ción completa, que el respirador funcionaba bien, que la monitoreamos en todo momento.

— ¿Por qué fue necesario abrirle la garganta, doctora? ¿Le quedará una cicatriz muy fea? Es tan linda Jacky, y tan coqueta...

— Las lágrimas arrasaron el rostro de la madre.

La traqueotomía fue necesaria para colocar el tubo para respirar. — Lo siento mucho...

Y ahora la voz de Fran apenas se escuchó.

— No me ha contestado, doctora, la cicatriz...

— Le prometo que si Jacqueline sale victoriosa, me haré cargo de que esa cicatriz no se vea.

Una mentira blanca, pensó Fran Stevenson, que sabía que la niña no estaba en condiciones de luchar con semejante enemigo. Con el pecho estrujado por la tristeza, no se atrevió a decírselo a esa madre y prefirió dejar que volviera a la silla junto a la muchachita.

— Vaya con ella, háblele, dígale cuánto la quiere.

Eran momentos en los que la jefa de servicio de Cuidados Intensivos se quedaba sin palabras. Mientras se alejaba se preguntó qué frecuentemente le sucedía esto y si ello no significaba que debía hacerse algún replanteo respecto de la vida como médico y decisión de dedicarse a la medicina.

DIEZ

Cuando Ana entró a la dependencia policial, ya había un móvil de la televisión en la puerta, lo que significaba que la entrevista con Kolstack no iba a ser una exclusiva. Rumiando rabia, resopló ruidosamente mientras mostraba la credencial. Debería investigar por cuenta suya.

Pase por la segunda puerta, siga el pasillo y encontrará la puerta del jefe Kolstack. La está esperando.

Sí, claro, me estará esperando bajo la luz de las cámaras y rodeado de micrófonos, maldito sea, se dijo Ana escuchando que Michael preparaba la cámara mientras se le acompasaba al lado. Al llegar a la puerta de la jefatura, Ana golpeó e inmediatamente se escuchó el vozarrón del investigador haciéndola pasar.

Kolstack estaba solo, contrariamente a lo que Ana había supuesto. Michael se preparó para tomar una foto y Kolstack lo fulminó con la mirada.

— Nada de fotos, por favor. Siéntese, señorita Reyes —le espetó.

— Necesito una fotografía suya, detective... —recriminó Ana.

— Lo siento. No me gustan las fotos. Esto está lejos de ser una boda. Vamos a lo nuestro, si gusta.

Por supuesto que ella aceptaba, pero, ¿no eran las cámaras de la televisión las que había visto en la puerta? Sí, contestó el hombre, ¿y eso?

Suponía Ana una conferencia de prensa.

Nada de eso. De los de la televisión se ocuparían los detectives Simmons y Chedar, que él no estaba para esas cosas, repuso Kolstack.

¿Por qué aceptó entonces conversar con nosotros?, continuó Ana ya con el grabador en la mano.

— Porque usted es un hueso duro de pelar, Reyes. Duro. Le revisé antecedentes, señorita. Y supe que usted ha sido un verdadero dolor de huesos para el fiscal de Toronto en varias oportunidades.

En verdad, Ana había logrado repercusiones con varios temas que salieron a la luz en Los soles en forma exclusiva, en oportunidad del asunto del terrorista acusado de participación del atentado a las torres que había sido puesto a buen resguardo de la prensa. Mientras los demás medios tuvieron que conformarse con comunicados oficiales, Ana, burlando toda indicación, había logrado declaraciones exclusivas del abogado defensor y de allegados, que dieron a la columna que ella firmaba, un toque distinto con información exclusiva. Otra ocasión había sido la del derrame de líquidos de la Exontec, una de las más grandes empresas químicas de Ontario. Los soles había conseguido impulsar la investigación a raíz de que Ana hablara con vecinos y especialistas que alertaron a la población y obligaron a las autoridades a actuar.

Sí, señor, un hueso duro, dijo Kolstack sacando un cigarrillo con toda parsimonia, mientras la miraba fijamente a los ojos. ¿Sería confiable esa mujer? Kolstack se lo preguntaba a sí mismo mientras simulaba demorarse en el perfecto encendido de la brasa.

Qué pensará el tipo éste, rumiaba en tanto Ana, molesta por la insistencia de la mirada de esos ojos huecos que parecían sin vida pero que sin embargo taladraban.

A grandes males, grandes remedios, suspirando aparatosamente el hombre.

— Vamos a lo nuestro.

¿Y qué es lo nuestro, si puede saberse?, preguntó a la vez Ana.

Kolstack se levantó del sillón y se dirigió al perchero mientras respondía:

— Si no puedes con tu enemigo, aliátele. La invito a comer mientras hablamos. Mis tripas piden a gritos una salchicha con salsa picante. ¿Y las suyas?

— Las mías están acostumbradas a que no dictan mis actos

cotidianos, de modo que no gritan —repuso sonriendo Ana mientras se levantaba y salía tras del hombrón.

— No digo yo... Si usted quiere saber lo que una mujer dice realmente, mírela, no la escuche.

— Eso lo dijo Oscar Wilde, pero el otro, el de los grandes males y grandes remedios, no sé.

— Eso lo dijo un matasanos, el del juramento creo que fue.

Kolstack escondió una sonrisa y salió sacudiendo la cabeza.

•••

— El hombre mide 1.70, tiene unos 30 años, cabello rubio, corto y bien peinado y actúa con resentimiento social con las víctimas. Podría haber estado en tratamiento psicológico alguna vez.

Y desplegando un dibujo del rostro de un hombre joven agregó:

— Este es.

El bosquejo mostraba un rostro de apariencia normal, sin cicatrices distintivas. Había sido confeccionado por el Laboratorio de Criminalística de Investigaciones con el testimonio de la hija de la única víctima sobreviviente del loco del laboratorio, Karen Chester.

Ana miró detenidamente el retrato. No se perdió detalle del rostro retraído, estrecho y alargado, con huesos prominentes y marcados que daban lugar a facciones cerradas. Los ojos hundidos y juntos, los labios delgados y la nariz estrecha componían un rostro que no decía mucho pero que a pesar de todo le produjo un escalofrío.

— Parece un muchacho de tantos. ¿Tienen ya un perfil psicológico?

— Sí lo tenemos —Kolstack hablaba tragando el bocado de salchichas y huevos revueltos con salsa picante—. Tal como usted dijo, por la forma en que actuó y por las características del “escenario” del crimen, hubo “un ritual que marca el comportamiento en un patrón de crueldad”. Y sí, este tío tiene de cabeza a la policía ante la sospecha de que volverá a atacar.

— Yo..., no quise decir eso.

— Pero es cierto, Reyes, mal que nos pese. Estamos en pelotas. Por eso quise hablar con usted. Tenemos que trabajar juntos.

— Me parece fantástica la idea. Cuente conmigo.

La mesera llegó a preguntar si deseaban algo más. Aún no habían concluido el plato. Kolstack pidió duraznos con almíbar. Ana nada.

¿Por qué dice usted que el asesino muestra resentimiento social?, inquirió Ana cuando la mujer se retiró.

— Hemos podido conectarnos con Rosalind Chester, la mujer que quedó viva.

Ana se sobresaltó. Fran Stevenson no le dijo nada. Y eso que me aseguró que me tendría al tanto, pensó.

— Me llamaron esta madrugada, muy temprano. No había tiempo que perder... La doctora Stevenson se portó bien.

La jefa de Cuidados Intensivos lo había llamado tan rápido como se enteró que la mujer salía del coma. Esos estados pueden ser pasajeros y en cualquier momento el cuadro podía revertirse. Cuando Kolstack le preguntó si recordaba lo que había sucedido, el rostro lacerado de Rosalind Chester se había crispado. Sin poder hablar por las lesiones que la quemaban por dentro, había hecho un gesto de que deseaba escribir. Con una letra vacilante pero no exenta de elegancia, había escrito: *“Él repetía los lobos, los lobos”*.

Karen, la hija, prosiguió el detective, contó además que el hombre había dicho que *“Tal vez se la comió el lobo”*, cuando ella le preguntara por la madre. Según el doctor Santana, el consultor psiquiátrico, aclaró, eso revela un alto resentimiento social con las víctimas. Esa frase tiene que ver con lo que dice la señora Chester que el hombre repetía. *“Tal vez se la comió el lobo”*. Podría ser una punta del ovillo.

Ana escuchaba atentamente, sin perder detalle de las palabras del investigador. Luego habría que pensar en qué decir y qué callar para no invalidar el proceso de la investigación. La entusiasmaba trabajar en forma conjunta.

De contextura media, reanudó Kolstack, el delincuente debe tener una fuerza considerable, pues durante el último de los ataques tomó a una de las víctimas, Rosalind Chester, que pesa 70 kilos, y posiblemente la golpeó junto a la puerta vidriera pues quedó en ella la cartera y una agenda. La había levantado sin problemas en brazos

para llevarla a la habitación en la que tenía a las otras dos mujeres. Esta mujer no se desangraba, tal vez por eso la levantó, mientras que a Doreen McDouglas la arrastró, dejando un rastro de sangre tras de sí.

— Quiere decir que se tomó todo un tiempo.

La voz de ella apenas fue musitada.

Así es, aceptó él a regañadientes. Por eso decían que al parecer, el sujeto poseía los típicos rasgos de un psicópata, lo que en criminología moderna se conoce como Trastorno Disocial de la Personalidad. Además, se había logrado establecer que tenía conocimientos, aunque fueran precarios, de los efectos que producen cierto tipo de sustancias como el ácido. Durante el ataque seleccionó y apartó prolijamente los frascos con el ácido para completar el trabajo.

Kolstack terminó de hablar y miró detenidamente a Ana.

— Espero no equivocarme con usted, periodista. No divulgue todos estos datos que le he dado. Sólo ponga el retrato, no una sino mil veces y escriba estupideces. Diga que la policía sigue en bolas, no me interesa, mientras tanto, esperaremos. Alguien debe conocerlo, alguien debe haberlo visto alguna vez en la vida. Y entonces, entonces lo agarraremos, le pondremos las manos al cuello y se lo retorceremos. Se lo aseguro, Reyes, se lo aseguro.

Ana no tuvo ninguna duda de que lo que decía Kolstack era cierto y deseó no estar en el momento que aquello ocurriera.

ONCE

El director técnico del Central Hospital de Toronto, entró al nosocomio. Había estacionado el coche como todas las mañanas, en el espacio que le correspondía en la playa de estacionamiento y había saludado a cada uno de los empleados por el nombre, sonriendo a todos por igual. William Cook era un hombre de innata elegancia y buen gusto en el vestir, que visitaba convenientemente al peluquero como para lucir siempre como recién salido del estilista aunque así no fuera. Dueño de una simpatía irradiante, hacía suspirar al paso a muchachitas y no tan muchachitas.

— Buenos días, Carmencita —dijo a la florista de la puerta—. ¿Su mamá se encuentra mejor?

— Oh, sí, muchas gracias, doctor Cook. Ese médico amigo suyo que nos recomendó dio en la tecla. La jovencita sonreía. ¿Va a llevar algo hoy?

— Sí, hoy quiero..., a ver, a ver..., algo simple y sorprendente, al mismo tiempo. Aconséjeme usted.

— ¿Estas rosas blancas, tal vez? ¿O mejor este ramillete multicolor?

— Eso es. ¡Precioso!

¿Las llevaba él o las entregaba ella, como siempre?

— Llévelas usted, Carmencita —dijo esplendente William Cook—. Y gracias. Pase por mi oficina, Tatiana le pagará. Hasta luego.

Mientras el hombre se alejaba saludando al paso, Carmencita pensó qué afortunada era la mujer a quien el apuesto director técnico del hospital enviaba siempre flores.

Ana salió del consultorio del doctor Emerson, el oculista que le hacía los controles y con paso decidido entró al ascensor. La puerta se cerró y volvió a abrirse para dejar entrar a William Cook, que venía acompañado de un médico con bata celeste.

— Buenos días, señorita Reyes, se adelantó él reconociéndola.

— Buenos días, doctor Cook.

Ana había conocido a Cook en una recepción que diera una vez la embajada de Argentina. Luego había hecho con él un par de notas, una sobre estadísticas y otra sobre el clostridium, la bacteria carnívora que había cobrado una víctima, en la que él había dado un marco referencial.

— ¿La trae por acá algún asunto profesional? —preguntó él.

— No, para nada... Sólo vengo a ver a una amiga aprovechando una consulta que debí hacer a mi oculista, respondió Ana.

El ascensor se abrió en el cuarto piso y William Cook salió. El tiempo que le dio la mano a Ana, se despidió diciendo:

— Para lo que necesite, recuerde que estoy siempre a las órdenes. No dude en llamarme. Y salude de mi parte al amigo Aguirre.

La puerta se cerró y el ascensor se llevó la respuesta de Ana, que quedó envuelta en una fragancia picante y fresca. Con algo de levadura, pimienta verde y notas ricas de disciplinada y voluntariosa mahogany, una esencia ideal para hombres, pensó Ana divertida, a quien le gustaba fantasear acerca de los perfumes y colonias de la gente que pasaba junto a ella. Este hombre sabe lo que se pone y para qué lo hace, se dijo.

—Ana querida, estás espléndida —dijo Fran Stevenson una vez que estuvieron sentadas a la espera del cafecito que traería Marilyn—. ¿Viniste por tu trabajo o por alguna razón en particular?

La misma pregunta que me hicieron recién en el ascensor. Ana sonrió: vino a ver al doctor Emerson.

Fran Stevenson y Ana Reyes eran amigas desde hacía cinco años atrás. Ana había sufrido un accidente a raíz de la caída de la bicicleta con la que hacía gimnasia diariamente en North Park. Una herida sin importancia que no cicatrizaba correspondientemente había degenerado en una consulta al hospital, donde le diagnosticaron una diabetes mellitus. Fran Stevenson era en ese momento la endo-

crinóloga del hospital. Ana había tenido que aprender a convivir con esa condición de enferma crónica y Fran había sido el soporte ideal, y de profesional a paciente habían devenido en grandes amigas.

— ¿Cómo te encontró Emerson?

— Bien, fantásticamente bien. De aquella llaga en el ojo no quedan rastros.

— Por lo que deduzco que te cuidas bien, cosa que me alegra, Ana.

La relación entre las dos mujeres era franca y amable, sin estridencias y sin ninguna sombra de competencia. Cada una admiraba el quehacer en la otra y se respetaban los tiempos. Solían encontrarse para ir al teatro o a alguna muestra de pintura de la que a ambas gustaban mucho.

— Menos mal que me prometiste informarme en cuanto hubiera novedades sobre la sobreviviente del laboratorio, Fran, reprochó suavemente Ana.

Lo sentía mucho, pero se produjo muy rápidamente, explicó Fran. La señora Chester había salido del coma poco después de las dos de la madrugada. Los acontecimientos se precipitaron velozmente, avisaron al detective a cargo de la investigación, pensando llamarla por la mañana. Pero, lamentablemente, Rosalind Chester había fallecido a las siete treinta.

Ana sacudió la cabeza apesadumbrada. En ese momento entró Marilyn con un ramillete de coloridas y vistosas flores.

— Para usted, doctorcita.

— Oh, la lá...

Ana sonrió ante el rostro arrebolado de Fran.

En ese momento sonó el teléfono. Fran levantó el auricular.

— Hola, sí... ¿Cómo estás?... Sí, muchas gracias, son preciosas —Fran hizo un silencio mientras sonreía contenidamente—. ... ¿Cuándo? Bueno, claro que sí. Oye, ¿puedo llevar a una amiga? ... Está bien, gracias, hasta luego...

Fran se volvió aún con las mejillas encendidas y luego de zambullir el rostro entre los pétalos fragantes y plenos de color, le dijo a Ana con una alegría casi infantil en el rostro:

— ¿Me acompañarías a una fiesta esta noche?

DOCE

Johnny Birman dejó vagar la mirada por el cuarto. Verificó que todo estuviera en el sitio estipulado, tal como él había dejado las cosas. Siempre que salía de la casa, lo asaltaba la duda repetitiva sobre si se habría apagado el gas o la luz, cerrado los grifos o la puerta. Además, ésa era la única forma de comprobar que la madre no había entrado a revolver las cosas al cuarto que dejaba convenientemente cerrado con candado.

La madre. La rubicunda profesora de piano que salía todas las mañanas a dictar clases a domicilio no sin antes corroborar que Johnny hubiera comido todos los cereales, el correspondiente vaso de vitamina C y la cantidad exacta de calcio y glúcidos que exige una dieta sana, que “logra una vida larga y esplendorosa”.

Megan Birman era una mujer de alrededor de cuarenta y tantos años, no hermosa pero con algo de atractivo en la cabellera roja y los pequeños ojos verdes de mirada inquisidora. Del padre de Johnny no había rastros pues fue sólo uno más de la patota que la había violado a la salida de la fiesta de graduación. Del hecho ella no recordaba mucho. El shock había borrado la dolorosa experiencia enterrándosela en el subconsciente. Pero había quedado el niño, en quien volcó todo el cariño de que era capaz y que se había convertido en casi una obsesión para ella.

Megan le había contado al niño que unos lobos la habían atacado cuando jovencita al salir de una fiesta, en medio de uno de los bosques de Wilson y Jane. Que habían saltado sobre ella y que las dentelladas de los lobos eran duras y afiladas, por lo que había que cuidarse de ellos. El pedía siempre que le contara una y otra vez aquella historia dantesca a la que a veces agregaba pasajes que parecían salidos de un entresueño angustioso, hasta que de pronto,

a partir de un día, no quiso escucharla más. De ahí que los lobos fueran para él una imagen de aterradoras pesadillas que frecuentemente permanecían latentes aún después de despertar.

La vieja casa en la que vivían era una herencia que le dejaran los padres de Megan fallecidos años atrás. Ella tenía dos hermanas mayores, que vivían una en Quebec y otra en British Columbia, con las que no se veía casi a raíz de la mala convivencia de Johnny con los sobrinos. Los críos jamás, desde pequeños, se habían entendido. Desde niño Johnny prefería no participar en actividades y juegos, y dedicar prácticamente todo el día a ordenar y colocar, una y otra vez objetos personales y juguetes, lo que lo dejaba exhausto, sin ganas ni tiempo para hacer nada más. Esta dedicación del tiempo a obsesiones y compulsiones, hizo que los demás chicos lo vieran como un niño raro y lo marginaran, aunque muchas veces él mismo huía anticipadamente del contacto con los demás.

Por todo esto Johnny fue un niño solitario, huraño y triste si se quiere. Sólo se lo veía sonreír, desde los primeros años, cuando por las noches, la madre contaba historias y cuentos de hadas, sin los cuales el pequeño no lograba conciliar el sueño.

La escuela también había sido un suplicio para él. Implicaba a chicos de la misma edad cerca de él. Había crecido, además con un temor exagerado a contaminarse por gérmenes y por ende, un miedo irrefrenable a tocar a cualquier persona o cosa. Desde la muerte de los abuelos no lo abandonaba el temor a que Megan desapareciera dejándolo completamente solo y expuesto a esos contagios y bacilos. El temor a equivocarse o hacer las cosas incorrectamente y la creencia de que pensar que las diferencias biológicas entre niño y una niña no estaban para nada bien, lo hizo llegar a la adolescencia sin tener en cuenta siquiera el sexo.

Estos comportamientos se habían iniciado en algún momento de la edad preescolar. La madre lo había percibido por lo que muchos habían sido los consultorios que visitaron, hasta que recién a los dieciocho años de edad, Johnny había comenzado a recibir apoyo terapéutico por esos trastornos obsesivo-compulsivos. Como la mayoría de las personas que padecen esta enfermedad, un TOC, él pudo guardar secretamente los síntomas.

Desde ese entonces Johnny asistía a las sesiones de terapia de comportamiento con un médico especialista, el doctor Vanderverd, con miras a reducir la ansiedad asociada con la obsesión y a eliminar en la medida de lo posible, las compulsiones. Las técnicas de la terapia de comportamiento-cognitiva, como las llamaba el médico, generalmente incluían el enfrentarse con situaciones muy temidas por Johnny, a quien le hacía exponer sobre estas experiencias, evitando recurrir a los rituales compulsivos de prevención de respuestas.

El doctor Vanderverd sabía que a Johnny no le gustaban del todo este tipo de sesiones, pero insistía ante Megan en la necesidad de continuarlas, del mismo modo que le recordaba, una vez al mes, es decir cada vez que concurrían a la consulta, que los antidepresivos que se le administraban eran sumamente útiles para reducir los síntomas del mal que sufría el joven. Y ella lo entendía así, aunque últimamente, Johnny volvía más taciturno que de costumbre de las sesiones y había cambiado tanto el comportamiento como el carácter, mostrándolo en ocasiones, más retraído, irritable y hostil o más triste sin motivo aparente, con reacciones bruscas ante sucesos sin importancia.

Debido a esta actitud, el médico prescribió más altas dosis de haloperidol, stelazine y clorpromazina, un cóctel que, aseguró, calmaba los ataques de angustia y las fobias recurrentes.

De todos modos, Johnny había desarrollado, como es de esperar en toda terapia de sillón, una gran dependencia con el médico y tenía el teléfono de Vanderverd a mano, en caso de sufrir algún episodio que él mismo no pudiera controlar o cuando sintiera la necesidad de la palabra orientadora del especialista. Cuando esto sucedía y no estaba en casa la madre, Johnny contaba la cantidad de hojas que tenía el empaquetado de la pared que había frente a la cama, en el que se repetía una y otra vez un árbol encantado con manzana rojas y doradas. Si no daba resultado, ordenaba una vez más el impecable cuarto o iniciaba una limpieza que duraba horas, tarea durante la que se lavaba constantemente las manos para paliar el temor a la contaminación. Realizaba estos actos cotidianos siempre de la misma manera como si fueran un ritual.

De persistir la ansiedad o la compulsión, allá estaba el número del doctor Vanderverd.

Aquella mañana, Johnny se había preparado meticulosamente. Antes de disponer y ordenar todo, había jabonado una vez más las manos. Ya en la cuarto hizo el bolso, en el que colocó una muda completa de ropa prolijamente doblada. En el compartimiento del costado dormía el cuchillo. Y en el del otro costado, los guantes. Todo estaba previsto, pero para cerciorarse, volvió a sacar todo y a armar el bolso una vez más, antes de lo cual había regresado al baño a lavarse nuevamente. Tenía que esperar a las dos de la tarde. Un lobo cruzaría la calle, entraría en el ascensor y lo saludaría con una sonrisa, sin saber que él lo despanzurraría con el arma de cazador, tal como se lo habían indicado.

•••

Robert Foster bajó de la Van en la esquina de Jane y Church luego de estacionar debidamente bajo el parque de estacionamiento del segundo subsuelo. Tomó la caja que debía entregar. Había escaso movimiento de coches pues era la hora de almorzar. Dejaría la encomienda en la mesa de entradas del quinto piso y regresaría de inmediato para luego partir a Mississauga y de ahí a Scarborough. Siempre antes de las cinco de la tarde. Lo haría a tiempo, pensó. Le gustaba el trabajo ya que la mayor parte del turno estaba manejando a flamante Van y conociendo personas nuevas todos los días. No soportaba estar encerrado, jamás hubiera aceptado un trabajo que le exigiera estar entre cuatro paredes, lejos del sol y de la gente.

Apagó el cassette de los Beach Boys que invariablemente escuchaba mientras conducía. Silbando al compás de Surfin U.S.A., se dirigió a paso vivo hacia el ascensor de servicio, el único que podía ocupar para hacer las entregas. En el momento de apretar el botón de llamada, vio al joven de amables facciones que entraba con él.

Hola, dijo, en medio del silbido. Hola, respondió el otro con una sonrisa y antes de que él pudiera oprimir el número cinco, puso una traba en la botonera y abrió el bolso.

El filoso cuchillo dejó en el aire una línea de ondulados relumbres. De no haber sido porque lo sintió entrar blanda y casi dul-

cemente en sus entrañas, Robert Foster hubiera podido decirse a sí mismo que la estela celeste de la fulguración del arma, le recordaba turbiamente imágenes fantásticas y ralentadas que le dejaran experiencias con el LSD. Pero no tuvo tiempo de detenerse a pensar en esas cosas: la mirada amable del joven rubio había trocado en una ferocidad tal que le desorbitaba los ojos transformando aquel rostro en algo estremecedor. Una y otra vez sintió los golpes del arma en el cuerpo. El otro lo sostenía contra la pared del ascensor con una mano mientras con la otra asestaba lo que él sintió como una sacudida tras otra. Una dentellada final a la garganta derrumbó a Robert Foster. Mientras sentía que se iban las últimas fuerzas con la sangre que salía a raudales del cuerpo, en medio de estremecimientos y convulsiones, vio cómo el atacante se limpiaba el cuchillo en el mono naranja, y sonriendo, se quitaba la ropa, que metía en un bolso al que fue a parar, además, el paquete con la correspondencia que había debido entregar.

Cuando Johnny Birman se quitó las zapatillas ensangrentadas y las cambió por otras, ya la víctima estaba agonizando. Amparado por las sombras frescas del estacionamiento se dirigió hacia la salida, silbando, entre dientes Surfin U.S.A. El elevador partió hacia arriba con la carga, en medio de un lago rojo e inútilmente brillante.

Un lobo menos, pensó. Iba liviano y relajado. Casi feliz.

TRECE

Ana se metió bajo la ducha, reconfortada de sentir en la piel la amabilidad del agua caliente. Se masajeó largo rato, dejando que la mente se perdiera en un ir y venir entre las volutas de espuma olorosa que le dejaba la esponja en el cuerpo.

Cuando salió del cuarto de baño se sintió relajada y contenta de saberse limpia. Le hacía bien la sensación de frescura que le proporcionaba siempre un buen baño. Se arrebujó en una chaise longue que tenía en el dormitorio y se hubiera adormilado si Rizo, el gato, no se hubiera arrebujado junto a ella. Le hizo lugar al animal que agradeció entre ronroneos y cerró los ojos.

Pareces una niña en esa posición, le había dicho alguna vez Guillermo, mirándola envolverse las rodillas con las manos, metida en un bañador. Y la había besado suavemente, como quien besa a una pequeña.

Abrió el libro que leía. *“No soy yo quien escucha / ese trote llovido que atraviesa mis venas... / No soy yo quien pasa la lengua entre los labios, / al sentir que la boca se me llena de arena. / No soy yo quien espera, / enredado en mis nervios, / que las horas me acerquen el alivio del sueño, / ni el que está con mis manos, de yeso enloquecido, / mirando, entre mis huesos, las áridas paredes. / No soy yo quien escribe estas palabras huérfanas.”*

Girondo, pensó mientras la voz de Guillermo leyendo aquellos poemas, se perdía en el recuerdo.

Con un escozor entre las pestañas se quitó la imagen como quien espanta moscas fastidiosas en verano. Pero aunque había aprendido que llorar a los muertos no remedia nada, sintió en el pecho la leve pesadez de la nostalgia. Todo había cambiado desde que él muriera fusilado por la iniquidad y la intolerancia militar, en una

esquina de una Mendoza convulsionada en un convulsionado mayo del 76. Ella era una adolescente. Y ya nada fue igual.

Rizo le exigió más arrumacos, como afanado por arrancarla de ese estado que él ya conocía. Los ojos verdes e intensos del gato atigrado se clavaron en las pupilas de Ana, enviándole mensajes de salvación. Yo estoy acá, no estás sola, pareció decirle. Ya sé que ahora estás vos, dijo Ana rascando entre las orejas peludas de Rizo, que le ofreció la cabeza una y otra vez, feliz con la caricia. Alguien alguna vez le había dicho que los gatos eran reencarnaciones de seres queridos que volvían a nosotros. Paparruchadas, pensó.

Recordar a Guillermo era revivir momentos que volvían a ella desde una clase de bruma caliente que al tiempo que le endulzaba el alma le enfermaba la piel. Era como estar inmersa en una rara metamorfosis que sufría por un instante mientras se le suspendía el tiempo. No imaginaba cómo hubiera sido un tiempo sin sentir la pérdida, un tiempo en el que sólo hubiera besos, abrazos, risas. Es lindo recordar, se dijo sintiendo tibias las pestañas. Recordar es vivir de nuevo, otra vez, es creer un relámpago de tiempo que es mentira que la vida se escapa, se esfuma sople a sople como arena entre los dedos. Tratá de olvidarlo, Ana, le había dicho muchas veces Lucy. Pero ella disfrutaba de ese poder de los recuerdos que nos permite vivir la vida dos veces.

Abrió la ventana que daba a la calle. La vista de Amesbury Park. Recordó cuando recién llegada, ella había visto ese bosque blanco por primera vez. Recordó que había tenido la necesidad de caminar por él. Recordó que cuando tocó aquel manto nevado sintió la hierba escarchada entre los dedos y el contacto le produjo escalofríos en la piel. Los millones de estrellas titilaban como las piedras brillantes del collar que Guillermo una vez le regalara. Contempló el cielo y se llevó la mano hacia el pecho, por si acaso Dios la estaba mirando. Aunque ya cada vez creía menos en Dios.

Sos una nostálgica, Ana, una tonta nostálgica. Pero esto se lo dijo a sí misma en voz alta. ¿Te parece Rizo que soy una tonta nostálgica?

El gato le respondió con un largo maullido que ella entendió perfectamente: los recuerdos perfuman el alma.

— Gracias, Rizo, pero no seás tramposo, eso lo dijo George Sand.

Antes de entrar a bañarse había llamado al jefe, Marcos Aguirre. No pasaba nada, la había tranquilizado entre risas, sólo la invitaba a salir. Y Ana se había disculpado diciendo que tenía un compromiso, que muchas gracias, que otra vez sería.

Aguirre la tenía acostumbrada a estos convites sorpresivos. Era un hombre con una importante agenda y siempre tenía algún compromiso social que atender. Pocas veces había aceptado las propuestas y apenas en un par de oportunidades habían ido a algún restaurante a cenar.

Marcos Aguirre era un hombre atractivo, se dijo Ana, y allí estaba el riesgo. Ella no quería volver a enamorarse. El corazón lanzaba aún punzadas de dolor muy afiladas por la muerte de Guillermo.

Miró la sonrisa desde el portarretrato en la mesita de noche. ¿Cuántos años hacían ya? ¿Ocho? ¿Nueve? ¿Veinte? ¿Más? Sin embargo, la sensación de desasimiento aún era muy grande y ella sabía que tal vez no la abandonaría jamás. Había que terminar con aquello alguna vez. Pero no esa noche.

Se dijo que había hecho bien en no aceptar una vez más el ofrecimiento de Marcos Aguirre y sí el de Fran. Con Fran era distinto. Sería una salida entre amigas y trataría de pasarla lo mejor posible.

Se colocó el vestido negro y ajustado que se había comprado esa tarde en el Eaton Center y se miró en el espejo con una sonrisa de aprobación. El pelo aún mojado iba adoptando la forma de siempre, suelta e informal como a ella le gustaba. Se maquilló con cuidado y se perfumó con unas gotitas de Ex, un nuevo perfume con feromonas que recientemente había adquirido y se sonrió a sí misma, con cierta picardía. Le gustaba aquello de los perfumes que trastornan. Completó el atuendo con un collar negro de cristal de roca que tenía pocas oportunidades de lucir y que le parecía que iba muy bien para el look de esa noche.

Te quedás de dueño de casa, Rizo. Y se inclinó para soltar un beso con la punta de los dedos al gato que se alzó en dos patas para tocarle la mano. Cuidado con lo que hacés. Ya tomaste tu agua y tu comida, sé buen chico, andá a dormir.

Sólo la intimidad con la casa y los recuerdos permitían a Ana no perder el voseo mendocino. En Toronto, el inglés impuesto y la mayoría de hispanohablantes con los que trataba, hacían imperioso el tuteo. Por eso amaba esos ratos a solas con ella misma y con Rizo, que entendía a las mil maravillas ese especial manejo del tratamiento y del amor.

Volvió a aprobarse ante el espejo, tomó una petaca, buscó las llaves y se dirigió a la puerta. Antes de abrir se percató de que aún iba descalza. Volvió a sonreír y se puso unas sandalias de tiras finas y tacón que le iban muy cómodas.

Deseáme suerte, le dijo al gato que la acompañó hasta la puerta mientras la miraba irse entre maullidos de reproche.

•••

La mansión de William Cook estaba en Richmond Hill, en medio de un campus privado, con varios acres de parques y jardines rodeando el casco de la casa. Al llegar al imponente portón, una voz le pidió amablemente desde el intercomunicador que se identificara. Luego de hacerlo, las puertas se abrieron mansamente, sin el menor sonido, y una potente luz iluminó el coche a la vez que le indicó, de ahí en adelante, el camino hacia la casa.

Altos cedros crecían al costado del acceso de algo más de cien metros. A cada tramo del camino Ana vislumbró cámaras filmadoras de seguimiento. Sí que sabes cuidarte, doctor Cook, se dijo en voz baja, y luego se arrepintió, pues no le hubiera extrañado que esas cámaras pudieran leer los labios de los conductores desprevenidos.

Una suave melodía fue anunciando la llegada a la mansión. Al final del camino se abría una circunvalación que en el centro ostentaba una enorme fuente con figuras helénicas de cuyas manos brotaban aguas danzantes. La música salía del centro escultórico mismo. Fascinada, se extasió en las luces que subían y bajaban al ritmo de la exquisita música que parecía salir de las gargantas encantadas de las figuras de piedra. Buen toque, pensó. Si alguien quiere quedarse con la boca abierta antes de entrar a la casa, lo hace acá. Buen toque, se repitió.

La importante escalinata con estatuas de dioses del Olimpo, exquisitamente talladas en mármol blanco, resplandecía bajo la iluminación que competía con las estrellas. La casa, de mármol y acero destacaba por la imponencia, semejando un búnker de apariencia inexpugnable. Esto último se desprendía de los guardias personales estrictamente vestidos de negro que se veían en los alrededores comunicándose por auriculares y teléfonos celulares.

Cuando el coche aparcó al pie de las gradas, uno de esos hombres le abrió la puerta, la saludó, llamándola por el nombre y le deseó una excelente velada. El llevaría el coche, que no se preocupara. La amabilidad del sujeto, empero, le hizo pensar que toda esa destacada afectación podía volverse peligrosa si algo lo enojara por cualquier motivo.

Una vez adentro se aprobó mentalmente la elección del vestuario pues la recepción era magnífica a todas luces. Entre las elegantes damas y caballeros reconoció a algunos jueces, abogados, funcionarios y artistas plásticos que destacaban por una excentricidad de clase alta.

William Cook vino enseguida al encuentro con las manos extendidas, enfundado en un excelente traje de seda blanca tipo Mao que le quedaba espléndidamente. He aquí a Zeus, el centro de este Olimpo, se dijo Ana al tiempo que recibía dos cálidos besos en las mejillas.

— Bienvenida, mi querida Ana. ¿Puedo llamarte así, verdad?
Que sí, por supuesto, doctor Cook. ¿Y Fran?

Que Fran estaba con un juez y un crítico de arte, enfrascada en una aburrida charla sobre semiótica de la comunicación, le dijo Cook mientras le presentaba a cuantas personalidades se encontraban al paso.

Ya con una copa de Dom Perignon en la mano, mientras el anfitrión se ocupaba de los invitados, Ana dio vueltas por el gran salón.

Hacia un costado se abría una galería con obras de arte. Las pinturas y esculturas se encontraban cuidadosamente iluminadas en estratégicas hornacinas y la colección ostentaba el buen gusto del dueño de casa. Y el poder adquisitivo, especuló Ana. Había allí obras de Frida Kahlo, Pablo Picasso, Henri Matisse entre las más notorias.

Se demoró en recorrer lentamente aquellas magníficas creaciones mientras esperaba a Fran, que la había saludado desde lejos haciéndole un gesto de que la esperara un momento.

Estaba detenida frente a una obra de Picasso, maravillada por aquella mujer azul, de espalda, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, cuando fue sobresaltada por la presión de una mano sobre el hombro.

— ¿Sabes qué decía Picasso cuando alguien se quedaba mirando alguna obra como lo haces tú?

La voz de William Cook la sorprendió por lo cercana e intimista.

Iba a volverse y el apretón de aquellos dedos se intensificó, obligándola a quedarse frente al cuadro.

— No, no te vuelvas..., sigue mirando el cuadro. El maravilloso español decía: “Cada pintura es un frasco con mi sangre. Eso es lo que hay en ellas”.

Y se notaba. Se veía la vida en cada trazo.

— Ana es una conoedora, te lo había dicho, William.

Ella se dio vuelta sorprendida. Marcos... ¿Qué hacía él allí?

— Es la velada a la que te invité, mi querida Ana.

Marcos Aguirre sonreía ampliamente. Le alegraba saber que los compromisos de la agenda de la periodista coincidieran con los suyos.

Ana emitió una risita algo incómoda mientras levantaba los hombros como toda respuesta.

— Bueno, veo que están cómodos. Los dejo un momento. Marcos, viejo amigo, te recomiendo que la señorita Reyes sea atendida espléndidamente.

Cook hizo un gesto de complicidad antes de salir a saludar a unos recién llegados.

Marcos Aguirre miró apreciativamente a Ana, que se turbó ante la mirada evaluadora.

— Estás espectacular. Si no fuera porque soy extremadamente celoso, te pediría que fueras a la redacción siempre vestida así.

Ana rió otra vez divertida y halagada.

— No seas exagerado, Marcos, pero te agradezco, de todos mo-

dos. ¿Dónde habrá otro poco de este excelente champagne?

Una copa de cristal tallado apareció mágicamente en la mano de Ana. Se sentía bien. Aquélla velada iba a ser un éxito. Todo era tan majestuoso, tan cuidado, tan esmeradamente pensado que, se dijo, no habría imprevistos. Y eso la tranquilizaba.

Conversaban sobre una escultura cuando Fran llegó hasta ellos.

Ambas mujeres se besaron cálidamente. Y hechas las presentaciones del caso, Fran se excusó: Perdón por el retraso, pero estaba en medio de una sesuda charla. Deberías haber escuchado al juez Gallaher: es un experto en metalenguaje.

Por cierto, él debe saber de polisemia y multiplicidad de signos y símbolos en el campo social con que trabaja, opinó Marcos.

— Sin duda, si es juez —terció Ana—. Tanto el arte como la ciencia muestran al público las estructuras básicas del mundo y de la vida humana, pero ambos lo hacen por un propio camino. Esta casa, por ejemplo: si pudiéramos expresarlo en sintagmas y paradigmas, diríamos, que por un lado quien vive acá es un ser espiritual y de exquisito buen gusto.

Y lo es, sin duda alguna, aceptó Fran.

Pero por otro lado, terminó vivamente Ana, todo ese conjunto hablaba a las claras, y eso podría ser el paradigma del mensaje: William Cook, un hombre de gran poder quien, además, gusta de ostentarlo.

El doctor Cook es un gran amigo mío, Ana, intervino Marcos. Yo puedo contestar a tu apreciación. Y usted doctora, dijo mirando a Fran, como amiga, puede ayudarme a dar un pantallazo general sobre nuestro anfitrión.

Mientras William Cook se paseaba entre los distintos núcleos de la concurrencia, con risas y charlas disfrutando de la velada, Marcos fue dejando ver un aspecto del dueño de casa que no todos conocían.

William Cook era el único hijo varón de la dinastía Cook-Reynolds, una de las firmas siderúrgicas más importantes del mundo, que desde hacía muchas décadas manejaba los mercados internacionales. Los padres, el magnate Ramsey Cook y Abiggahil Reynolds,

una rica heredera, hicieron construir aquella casa antes de que nacieran los hijos.

¿Esta casa tan, tan particular, fue construida hace más de ciento cincuenta años? Ana se asombró mirando los jardines iluminados escenográficamente.

Esto, que se llama prosaicamente una casa inteligente, es obra de William, por supuesto. Luego de que murieran los padres, él la aggiornó a gusto enamorado de la domótica, que es como se llama esta nueva técnica de seguridad en planificación de casas.

Marcos explicaba con sencillez mientras suspiraba gozando del aire fresco de la noche. Todo el predio se hallaba bajo un sistema de tele vigilancia para controlar y grabar cualquier área profesional o doméstica desde cualquier televisor o video. Era de largo alcance a través de paredes, techos y obstáculos del edificio y de excelente precisión en espacios abiertos.

Una preciosa excentricidad, apreció Ana

— No, lejos de eso —dijo riendo abiertamente William mientras entraba en la charla—. Me gusta vivir bien. Y siento, a medida que pasa, que el tiempo vale más aún que el oro, que hay que optimizarlo. Y bueno, pues me decidí y transformé esta vieja casa de mi familia y dispuse que un diseño arquitectónico permitiera tecnologías avanzadas, la domótica, como bien has dicho, querido Marcos. Integré e hice desarrollar todo conjuntamente para permitirme vivir más cómodamente según mis necesidades y deseos.

Y luego de tomar un sorbo de champaña dijo mirándola significativamente a los ojos.

— ¿Ve algo muy malo en eso, señorita periodista?

Pero antes de que Ana pudiera contestar, uno de los hombres de la seguridad se acercó y le dijo algo al oído a Cook, que hizo un gesto con la mano al grupo para que esperara un segundo.

— Pero dije claramente que no aceptaría llamadas...

La voz de Cook sonó secamente.

El hombre volvió a hablarle al oído. Cook se excusó un minuto y ya en un ángulo del balcón, recibió el teléfono que el otro le pasó.

Será alguien del hospital, dijo Marcos mirando hacia donde se dirigiera Cook. Esa casa producía ahorro energético con regulación

de temperatura, control de la iluminación, gestión de los consumos de cada electrodoméstico y de la potencia contratada, etc. La voz de Marcos intentó continuar con la charla. Seguridad: custodia y vigilancia frente a la intrusión, la inundación, el fuego, los escapes de gas, pero también la seguridad personal con alarmas de pánico, alarmas para emergencias, etc. Y comunicaciones, telecontrol y telemetría, acceso a Internet, comunicación interna Finalmente, confort: programaciones horarias de calefacción, escenarios luminosos, riego automático, etc.

That´s it.

Casi fastuoso, dijo Ana, volviéndose hacia el rincón en el que se hallaba el dueño de casa, enfrascado en una conversación algo exaltada.

“Te avisé que no me llamas acá, creí que había quedado claro...” , decía William. Pero la voz de Fran eclipsó la de Cook.

— Sí, es una concepción muy moderna del confort, ¿no creen? —decía Fran— Muy de William.

— Usted lo ha dicho, doctora Stevenson, muy de él —aceptó Marcos—. Desde que éramos muchachos, William Cook siempre fue una especie de genio, un adelantado, un personaje fuera sin tiempo.

En ese momento, el mismo hombre que le trajera el celular a Cook, se acercó a Marcos y le dijo ceremoniosamente:

— Señor Aguirre, el doctor Cook pide que se acerque usted al escritorio —y dirigiéndose a las mujeres—. Agregó que supieran ustedes, señoras, disculpar al señor Aguirre unos minutos nada más.

Fran y Ana se quedaron en el balcón bajo aquel cielo tan profusamente estrellado, con la vista en jardines ornamentales en los que hasta las sombras de los dioses del Olimpo habían sido previamente estipuladas.

— Esto es casi el Paraíso, ¿no te parece Fran?

— No sé si lo es realmente, Ana, no lo sé.

— Al parecer, Cook lo tiene casi todo: dinero, prestigio, solvencia. Es agradable, simpático, sumamente apuesto...

Que parara, que parara ya. Sabía bien ella hacia a dónde se dirigía Ana.

— Es un excelente partido...

— Pero aunque eso lo sé, a veces me asusta un poco esa disponibilidad que tiene de todo.

Cómo no tenerla si había nacido en una cuna de oro.

Sí, pero esa cuna se había hecho añicos. No tenía familia, estaba solo en el mundo.

William Cook, explicó Fran ante la atenta mirada de Ana, tuvo una hermana menor a la que adoraba. El padre, como todo magnate, era autoritario y déspota sobre todo con la esposa. Helen, la hermana, enfermó de leucemia mieloide. Un trasplante de médula podría haberla salvado. Se prestaron William y la madre a la verificación de compatibilidad, pero los especialistas prefirieron no perder tiempo y probar con el padre, pues la de Abbigahil y la de William solamente alcanzaban a ofrecer el noventa y cinco por ciento de que el trasplante funcionara. Ramsey Cook en ese momento tenía que viajar para cerrar unos contratos en el Japón. El viaje aplazó la verificación de compatibilidad, única esperanza para Helen.

— No me digas que la hermana...

Sí, Helen falleció antes de que llegara el padre. Abbigahil enloqueció de dolor. Una semana después de que enterraran a la hermana de William, la madre se suicidó.

— Qué horror...

Desde allí en adelante, la relación de William con el padre había sido distante. William nunca volvió a dirigirle la palabra. Un par de años después, Ramsey Cook falleció de una crisis alcohólica.

Detrás del cristal de la puerta que daba al estudio, se veía, desfiguradamente, a William Cook y Marcos Aguirre enfrascados en lo que parecía una discusión. La puerta se abrió y ambos hombres aparecieron con sonrisas en los rostros. William apoyaba protectivamente un brazo sobre los hombros de Marcos quien, sonriendo también, se limpió la frente y se arregló, sin necesidad, el impecable cabello de las sienes plateadas. En esta casa, nada es todo lo que parece, se dijo Ana viendo a los dos llegar hasta ellas francamente agradables.

— ¿En dónde estábamos?

La palabra de William tenía matices ondulantes y cuidados, como quien desea llegar a los recovecos más íntimos del interlocutor.

El brazo de William rodeó la cintura de Fran y ésta acusó, en el rostro y la actitud, el mensaje implícito de aquellas manos.

Es Zeus en el Olimpo, se dijo Ana. Y se alegró por Fran y por lo que a ella le tocaba.

La vuelta a casa le permitió a Ana reflexionar sobre muchas de las cosas que aquella velada le había hecho conocer. Jamás hubiera pensado que el director adjunto del Central Hospital de Toronto fuera un hombre tan poderoso e influyente. Tampoco había sabido cuán estrecha era la relación entre Cook y Marcos. Y finalmente, Fran debía sentirse muy a gusto entre los brazos de un hombre tan encantador y atractivo como Cook. Aunque ello tal vez implicara ponerse en manos de alguien que sin duda alguna intentaría controlar la vida absolutamente.

Qué tontera, se dijo Ana, no todos los hombres son iguales.

En medio de los pensamientos llegó hasta la casa. En la puerta había un viejo Pontiac aparcado. Sintió cierto temor. Tomó el celular, lista para apretar la tecla automática de emergencia, cuando vio a Kolstack salir del coche.

— ¿Dónde se había metido, Reyes? —le clavó sin saludarla siquiera.

Había sucedido de nuevo. Otro asesinato. Sin conexiones aparentes. Sólo la similitud de las heridas y la medida de las incisiones.

Quedaron en verse a la mañana siguiente luego de intercambiar algunas frases sobre lo acontecido. Kolstack se despidió de ella luego de esperar que entrara a la casa y encendiera las luces.

— Le queda bien el color negro, periodista. Pero no es bueno andar sola en la noche vestida de esa forma. Hay muchos depredadores peligrosos. ¿O acaso no lo sabe? —bramó antes de dar media vuelta y dirigirse a su auto y agregó ya de espaldas que asegurara bien la puerta.

Ana cerró con una semisonrisa entre los labios. Rizo vino a recibirla entre maullidos de amor y recriminación al mismo tiempo. No, por favor, se dijo. Dos controladores en una sola noche eran demasiado.

Llegó hasta el teléfono y marcó el número de Los Soles. Nadie contestaba. No insistió. Eran las tres de la madrugada. Quería meter

una pequeña información de la última muerte. Tal vez Marcos estuviera aún despierto. Marcó.

Contestó la voz soñolienta.

— Marcos, perdona...

— ¡Ana! ¡Qué grata sorpresa! Dime...

Que al parecer hubo un nuevo asesinato, un mensajero. Y que posiblemente se tratara del mismo asesino.

¿Y cómo sabía eso?, contestó Marcos todavía con restos de sueño en la voz.

Bueno, eso parecía, por el arma, por la clase de heridas. Hablé con Kolstack.

— Mañana vemos.

— ¿No quisieras que haga unas líneas para la edición de mañana?

Desde el otro lado de la línea se escuchó a Marcos ya definitivamente despierto. La risa le llegó fresca una vez más.

— Anita querida...

Ya el diario debía estar casi en la calle. Además, no había muchos datos, era sólo un mensajero. Sería un atraco más. Ya vería ella.

Está bien, respondió Ana no muy convencida. Perdóname por haberte despertado.

— ¿Me crees si te dijera que comenzaba a soñar contigo? De modo que estás perdonada. Me gustas tanto en mis sueños como fuera de ellos.

Te dura todavía el efecto del champagne, dijo Ana incómoda porque la voz de Marcos la turbaba.

— Sabía que dirías eso. Ve y descansa, Ana. No especules sobre el trabajo ahora. Piensa sólo en ti. Y si quieres, en mí también, ya que estamos.

— Pero...

— Es una orden, señorita Reyes.

Ana frunció los labios mientras pensaba que para esa noche, aquélla era la segunda de las órdenes recibidas de dos hombres, cosa que a ella no le gustaba demasiado.

CATORCE

El tiempo pasa, inexorable e impúdico mientras los hombres pretenden que nada sucede. Casi nada. Nada más que el tiempo. Poca cosa para nosotros, pequeños seres arrogantes. Hablo de mí, se dijo Ana en medio del atascamiento de la Highway 401 y Keele Avenue. De ella, que había vivido la mayoría de las veces ocupada en futilidades y que pretendía ahora, al final de la partida, jaquear al Señor Inexorable con movidas previsibles.

Es día de contriciones al parecer, prosiguió. Y puso nuevamente primera para entrar de lleno en la autopista.

La pasada noche había sido especial, distinta. Primero la velada en la casa de Cook, luego la presencia de Kolstack esperándola hasta la madrugada para comunicarle un nuevo ataque y finalmente, la charla con Marcos y la lluvia de estrellas, ese fenómeno en el que se vieron caer millones de astas luminosas en la oscuridad.

El cielo. Este cielo tan extraño para los que emigramos al norte, pensó, este cielo que nos conmueve por lo distinto, por lo alto, por lo intensamente azul en plena medianoche. Ese cielo que no puede tocarse con la mano como el de Mendoza. Ese cielo al que le acontecían otras cosas, otras lunas enormes y naranjas igual a la que sólo había atisbado en los cuentos de la infancia. Ese cielo que marcaba otras rutas, otros mapas estelares, otra hoya. Ese cielo que se surcó de estrellas que caían y caían diciendo mil cosas, aunando millones de deseos musitados en voz baja, miríadas de pares de ojos abismados ante el misterio de aquello que nosotros, los dueños de la tierra no podemos torcer por más Bruce Willis que nos inventemos.

Lo había visto desde el balcón del departamento. Esa noctámbula costumbre suya de vivir intensamente de noche aún per-

vivía y el insomnio le había posibilitado presenciar el milagro de la luz en la oscuridad. De la maravilla en la soledad. De la magia en el corazón de la ciudad de cemento que la hizo pelear contra la temporalidad del lenguaje y la simultaneidad del tiempo cuando intentó describir el momento en una carta para las amigas. Porque en cada una de esas estrellas que cayeron repetidamente, Ana tuvo un solo y gran deseo: volver a abrazar a los seres queridos, a los amigos. Y volver a abrazarlos significaba para ella retornar a verlos, a escucharlos, a reírse con ellos, a sentir que algún día, tal vez, no volvería nunca más a concebirse así de desamparada en el Gran Norte. Pero el tiempo pasaba y aún no habían cicatrizado las heridas.

Suspirando se enfrascó en el tránsito que parecía hacerse más fluido. Miró el reloj: estaba a tiempo todavía. Puso un CD en la compactera y la maravillosa voz de Carreras la llevó de la mano. *“No puede ser, una mujer malvada, no puede ser...”*. La Tabernera del Puerto con la triste historia, la conmovía como si la escuchara por primera vez. Y volvió a escuchar la voz aflautada de don Antonio, en el Mesón Español, allá en Mendoza, frente a la plaza de azulejos moriscos, cantando sólo para ella acompañado por el piano del ciego. La soledad ya no fue tanta. Tenía alrededor, cosas que la identificaban: los recuerdos y la música.

Sorteando calles y circunvalaciones llegó a Los Soles. Debía salir inmediatamente a buscar información del asesinato del mensajero.

Ya en el escritorio marcó el teléfono de la Sección Fotografía. Michael Cicconi aún no había llegado. Le dejó un mensaje a Rómulo, el jefe del departamento.

Michael llegó a los pocos minutos e inmediatamente se dispusieron a marchar. En el camino se comunicaría con Kolstack para verificar la dirección del sitio donde se había producido el nuevo asesinato.

El fotógrafo se veía exultante. Había logrado unas muy buenas tomas para una muestra fotográfica que estaba preparando. En verdad, Michael Cicconi era un artista. Soy fotógrafo para comer y artista para vivir, gustaba decir, y era cierto. La tarea en Los Soles sólo le significaba la seguridad de pagar renta y comida. El

verdadero afán del muchacho estaba en la fotografía artística que le había valido algunas nominaciones y premios. Ahora preparaba una muestra de gran formato sobre los lagos de la zona. ¿Sabías, le había dicho a Ana cuando le contaba sobre un nuevo proyecto, que Ontario es la segunda provincia en tamaño de Canadá, que cubre más de un millón de kilómetros cuadrados y se ufana de tener más de medio millón de lagos y 60.000 kilómetros de ríos? Esto lo había decidido, contó entusiasmado. Desde entonces, gustaba caminar y caminar largamente por las playas, dejando “que el paisaje se le metiera en la máquina”, como él decía.

— ¿Lograste buenas tomas?

Creía que sí. Esa tarde trabajaría en el laboratorio de la casa. De modo que esperaba que no hubiera trabajo sorpresivo en el diario.

— Está bien, daré la orden de que no maten ni asalten a nadie en horas de la tarde —bromeó Ana, que sentía un gran afecto por ese compañero—. Algún día serás solamente un gran artista y yo te echaré de menos.

— Ese día estarás a mi lado escribiendo mi biografía y la historia de cómo, para sufragar mis gastos, tuve que prostituir mi arte en un diario, y entonces, Ana, habrás dejado de escribir crónicas sobre la miseria humana.

Rieron juntos, contentos de compartir muchas horas de trabajo y felices de poder hacerlo sin temor a la competencia o al personalismo.

Los pies en tierra, dijo Ana cuando llegaron.

La terrible cinta amarilla indicaba el sector donde se había hallado el cuerpo. El elevador estaba clausurado y grandes trazos de tiza demarcaban la forma del cadáver. El contorno blanco indicaba que la víctima había muerto sentada con la espalda contra la pared del ascensor y con la cabeza levemente inclinada. La figura de alguien triste, pensó Ana. Debe ser penoso sentir que la vida se le va a uno con la sangre que fluye, reflexionó mirando cómo el reguero del rastro oscuro y seco se perdía varios metros más allá hasta llegar a una alcantarilla.

— Déjenla pasar.

La potencia de la voz de Kolstack abrió un claro entre la multitud de agentes e investigadores que pululaban por el parking. Afuera quedaban los curiosos y muchos de los dueños de los vehículos que no podían moverse porque alterarían el escenario. Se hallaba en plena marcha la compleja maquinaria de investigación en la que participaban policías uniformados y civiles, además de médicos, psiquiatras, forenses, investigadores, especialistas en informática, biólogos y químicos. Todos con el objetivo de explicarse el crimen y encontrar al culpable.

Se había realizado ya la inspección ocular, proceso clave en la investigación y se habían tomado las fotos del lugar, de la posición del cadáver y de cada una de las heridas.

El siguiente paso sería la autopsia. En ella, se revelaría el cómo y cuándo del asesinato. Pero no siempre era fácil saber quién era la víctima. En este caso, la necroscopia, las huellas tomadas del cadáver, la ficha dental y la ficha antropométrica (medidas del cráneo, cicatrices, edad aproximada) habían sido los puntos de partida para la identificación.

Robert Foster, mensajero de la empresa Velox Delibery, 23 años, blanco, soltero, informó Kolstack. La familia había denunciado la falta del hogar la noche anterior, antes de que se descubriera el cuerpo. Habían desaparecido además, los sobres y paquetes que debía entregar.

— Limpiaron la Van pero dejaron la billetera, las CD, las llaves del auto.

— Dios mío, es un niño apenas.

— Era un niño, ahora es un número más en la morgue gracias al hijo de puta ése — tronó Kolstack en pronunciación baja—. Mi gente se encuentra en este momento reconstruyendo y buscando algo en la vida del muchacho. Amigos, costumbres, si tenía deudas, si tenía antecedentes policiales. Indagan todo, detalles que ni siquiera los familiares tal vez conozcan.

Kolstack la guió entre los agentes llevándola hasta la puerta del ascensor.

— Estamos levantando huellas. Recogiendo todos los objetos posibles en busca de rastros, pelos, sangre o cualquier otro posible

indicio. Pero el muy hijo de perra no dejó casi nada, al parecer usó guantes. Mire aquí.

A la salida del ascensor se veía bien marcada la huella de un zapato con sangre.

Una sola huella. Ana se inclinó para mirar bien. ¿Cómo era posible, si alrededor del cuerpo hay tanta sangre?

¿Qué les decía eso?

— Que el asesino o es cojo o que se quitó las zapatillas inundadas de sangre y se fue descalzo hacia la salida. A juzgar por el reguero que hay en el suelo y en las paredes del ascensor, es lo más parecido a una carnicería que yo haya visto alguna vez.

Las gotas de sangre, la dirección y forma con que se estampan en las paredes y el piso, indican la secuencia de las cuchilladas, explicó Forrester, el médico forense a cargo. Que observara ésas. Señaló unas huellas oscuras, estrelladas junto al trazo de tiza: la forma indicaba que tal vez fueron las gotas que cayeron inicialmente. Pensaba que los primeros cortes se produjeron en el estómago. De ahí que la forma estrellada fuera más clara:

— La víctima está de pie, la sangre recorre más distancia, aumenta el peso con la velocidad de la caída y se estrella dejando estos picos bien claros. Las otras gotas ya se ven como menos formadas y la mayoría fueron arrastradas por el cuerpo cuando la víctima cayó.

Pero había algo más, agregó Forrester. La imagen del cuerpo caído estaba prácticamente enmarcada por el lago de sangre, pero el reguero se demarcaba arriba, en la pared lateral.

— Esto indica que la víctima recibió el corte en la garganta estando de pie. Tal vez fue la última cuchillada. Una especie de firma del asesino. El corte de las arterias provoca una especie de surtidor que puede llegar hasta tres metros: éste que se ve acá en la pared y en la puerta. Si observan, a medida que baja, las manchas de sangre se hacen más anchas: es el trayecto que marca el cuerpo cayendo.

El tipo sabe lo que hace, apuntó Kolstack.

Por lo menos, sabe que un corte en la garganta, a esa profundidad, es el final. Venga afuera, le mostraré cómo creo que sucedió.

Forrester se acercó a Kolstack. Imprevistamente, sin darle tiempo a nada, le puso un brazo en la garganta y mientras lo empu-

jaba contra la pared simuló dar varios puntazos. Finalmente, ante los ojos desorbitados de Ana, bajó el brazo y se lo apoyó contra el hombro para sostener a Kolstack e hizo el ademán de un limpio corte en el cuello.

Debe haber sido muy rápido, no le dio tiempo a defenderse al muchacho...

— ¿Y cómo sabe eso, Forrester?

Kolstack habló alisándose la chaqueta que se había desacomodado durante el simulacro.

Porque no había heridas en brazos ni manos, ni material aparente debajo de las uñas. No, definitivamente, no había rastros de defensa de ninguna especie. El ataque había sido sorpresivo.

Pero el asesino, por lo que usted dice, doctor, debe haberse llenado de sangre también, aportó Ana.

Forrester miró a Kolstack antes de contestar. Conocía bien las reglas: jamás informar nada a la prensa. El detective hizo una seña de asentimiento, entonces el médico ya autorizado por el jefe, se dispuso a responder.

— Es impensable que no se ensuciara con sangre. Impensable. Debe haber salido lleno de salpicaduras tanto en manos como en el cuerpo...

— Una roña el tipo ése —dijo Kolstack—. Igual que la vez anterior. Karen Chester, la testigo ocular, no observó que estuviera pringoso de sangre...

— Se cambia en el lugar, musitó Ana—. De lo que se deduce que viene preparado.

— Como quien va de fin de semana. Se echa en un bolso guantes, zapatillas, ropa. Viene preparado y es más frío que el mismo hielo. Una verdadera roña.

¿Usted cree que se trata del mismo sujeto, Kolstack?

— Me juego mis..., mi apellido, por decirlo elegantemente, que sí, que el mismo tipo de mierda.

•••

Michael Cicconi salió de Los Soles rumbo a la casa ansioso de llegar. Debía pasar primero a comprar revelador y películas. Se sen-

tía contento con las tomas realizadas el día anterior en la playa de North Bay y estaba deseoso de verlas.

Tal como era costumbre, había dejado en el diario el rollo con alguna toma realizada durante esa tarde que no servía para la muestra artística pero que tal vez resultaría de interés. Como buen reportero gráfico tenía el ojo clínico y la cámara siempre dispuesta a captar imágenes que resultaran de provecho.

En esa tarde las aguas del lago se habían mostrado profundamente acerasadas y mansas, con apenas una que otra pequeña ola que rompía apacible contra la arena amarronada de la playa. Las gaviotas hacían alharaca en el aire y bajaban en picada en busca de comida, provocando cientos de círculos en la superficie espejada del agua. Y el revuelo de las palomas disputándose alguna que otra migaja dejada por los paseantes, ponía en el aire una especie de aire cargado de voces claras.

En un momento de la caminata, en medio de varios buenos enfoques a retazos de paisajes, agua y nubes, se había topado con una playa privada. Consciente de que hay quienes se sienten molestos con la presencia de intrusos, pensó en volverse cuando vio un movimiento interesante de personas que abordaban un velero, en medio de un gran dispositivo de seguridad. Dedujo por esto que se trataba de personalidades de importancia. Michael se había escondido tras unos arbustos mientras cambiaba el rollo y preparaba la máquina. En el grupo había varios hombres reconocidos y algunas muchachas elegantes y parlanchinas, jóvenes y muy hermosas. Reconoció a un juez, a un senador y a un empresario del que no recordaba el nombre pero a quien sabía conectado con las altas esferas del poder. También estaba con ellos Dan Anguzzi, el dueño de Los Soles y de la cadena editorial más importante de Canadá. Poco había en el archivo sobre estos personajes, por lo que tomó varios primeros planos. Con Anguzzi había una jovencita de formas espectaculares que decía cosas al oído del jerarca, quien a la vez, reía feliz. Los hombres, a medida que subían al barco, se ubicaban junto a cada una de las muchachas, mientras los guardias de seguridad les servían champagne. Todos sonreían. Le pareció bueno tomar fotos del festivo grupo y de cada una de las parejas. Marcos Aguirre estaría feliz, no lo dudaba.

Una vez en el diario, ya de vuelta de la playa, pudo comprobar que las tomas habían salido bien. Las reveló antes de salir hacia la casa y las puso sobre el escritorio de Aguirre, que en ese momento estaba en una reunión con el personal gráfico del diario. Las de Anguzzi no se la había dejado todas: sin duda algunas parecían algo comprometedoras. Pero en la nota que adjuntó le aclaró a Aguirre que tenía más negativos en archivo sobre el tema.

Antes de salir, dijo a Ana:

— Me parece que he pescado a un pez gordo ayer. Le dejé el material a Aguirre sobre la mesa.

Bueno, hasta mañana, le había respondido Ana enfrascada en lo que escribía.

•••

Michael Cicconi terminó las compras a las que agregó unos sándwiches preparados de jamón ahumado y jugo de naranja. No tenía ganas de cocinar. Iba a dedicar todo el tiempo a revelar las fotos de la playa. Si sacaba de ellas por lo menos cinco más, tendría finalizado el material de la muestra que preparaba y de la cual ya tenía el nombre: “Memorias del agua”.

Cuando llegó a la casa, en Eglinton y Davenport, el ocaso se insinuaba. El cielo se había teñido de un naranja poderoso y el sol, inmensa lumbre ya en el horizonte, hacía restallar de fuegos incomparables los cristales y espejos de los edificios que emergían entre los oscuros bosques de North York.

Michael vivía casi humildemente, en una típico dúplex de soltero empedernido. Arriba tenía una habitación amoblada de forma austera y con los elementos imprescindibles como el resto de la casa. Poco acostumbrado a recibir visitas, cuando debía encontrarse con alguien lo mejor era hacerlo en cualquiera de los pubs a los que iba en algunas ocasiones a escuchar jazz o reggae. En realidad, se había mudado un año atrás a esa vivienda, atraído por el basement, el sótano, espacio que había destinado al laboratorio. El sótano tenía ventanas que daban exactamente a la vereda, por lo que le resultaba muy conveniente cuando necesitaba convertir el laboratorio en cuarto oscuro hermético a la luz. Las claraboyas eran más bien pe-

queñas y fáciles de cubrir con un trozo de lámina de fibra. El sitio, además, era suficientemente seco, aunque de todos modos, Michael había colocado en él un deshumidificador. Así lograba una infiltración relativa de entre 45 y 50 por ciento y una temperatura de 70 a 75 grados Fahrenheit, es decir, entre 18,5 y 21 grados Celsius, necesarios para el trabajo.

Un sótano saturado sin un deshumidificador no es un buen lugar para un cuarto oscuro permanente, le había explicado a Ana cuando comprara el aparato. La humedad produce moho y óxido en los suministros y equipos y es también la causante del deterioro de películas y papeles, lo que puede terminar en fotografías sin contraste y veteadas. De todos modos, en el sótano no guardaba los productos químicos, películas y papeles de impresión, para evitar riegos.

Cuando Michael bajó al laboratorio, se llevó el sándwich de jamón ahumado y el jugo que serían la cena. Antes de cerrar la puerta que daba a la escalera, para salvar que alguien estropeará el trabajo aunque fuera accidentalmente, colgó el cartel:

CUARTO OSCURO EN USO NO ENTRAR

Se calzó los auriculares y colocó un CD con El Apocalipsis de los Animales, de Vangelis, a todo volumen. Vangelis Papathanassiou era un músico que admiraba y que se ajustaba para poner en el trabajo un marco acorde.

•••

En algún lugar de Toronto mientras la tarde se iba desmayando en ocres, alguien levantó el teléfono. Y en otro sitio, alguien transmitió la orden.

•••

Mientras, en el diario Los Soles, Ana completaba la crónica de esa mañana. Las fotografías de Michael eran buenas y el material ameritaba ocupar la primera plana.

Marcos Aguirre se acercó al escritorio de Ana y con una sonrisa profesional le preguntó cómo andaba todo.

— Bien, Marcos. Creo que salió un buen artículo. El material gráfico es excelente. Hay declaraciones exclusivas del forense.

— Descuento, mi querida, que es bueno. Ustedes dos hacen una buena dupla. A propósito, ¿has visto por ahí a Cicconi?

Oh, no, Michael ya se había retirado. Debía estar en la casa. Dijo que quería trabajar en el laboratorio. ¿Qué necesitas, puedo yo serte de alguna utilidad?

— Vaya —dijo Marcos ya volviéndose al escritorio—, no, no te molestes, sólo quería charlar sobre un asunto ajeno al diario. Pero está bien, ya lo ubicaré yo, y si no, lo dejaré para mañana.

Sería mejor si pudieras esperar hasta mañana, respondió Ana. Michael había dicho que trabajaría toda la noche.

•••

Durante largo rato Michael se ocupó en el nuevo material. Estaba contento, realmente había sido una tarde afortunada. Después de haber expuesto el papel una vez más, se dispuso a pasarlo sobre el revelador y por el resto de las soluciones de procesamiento. Colocó el negativo en la ampliadora y compuso la imagen en el marco de máquina, acomodó un pliego fotográfico y lo expuso. La luz central estaba apagada y sólo permanecía encendida la roja, que pintaba todo de una grana carmesí. Michael se concentró en los detalles de la obra, ensimismado en los detalles técnicos de la misma. Esa muestra era muy importante para él. No debía haber falla alguna, porque de otro modo la crítica dejaría pasar el trabajo restándole importancia al esfuerzo realizado.

Arriba, una puerta se abrió silenciosamente y unos pasos resonaron en el techo del basement, pero Michael no se percató de ello. En ese instante, Vangelis estaba llegando a un arrebato de timbales y pianos electrónicos y él se encontraba inclinado sobre el surtidor de agua fría donde lavaba las cubetas.

La puerta del sótano se abrió y una ominosa opacidad caminó hacia el fotógrafo. Cuando la sombra cruzó sobre él, Michael se dio

vuelta. No era la primera vez que Ana subrepticamente se acercara para husmear sobre los trabajos, como ella misma decía.

Pero no era Ana. Era Johnny Birman. Un Johnny Birman en carne y hueso, distinto del retrato hablado que una y otra vez habían mirado en el diario y en la televisión, distinto de ese muchacho con rostro angelical que publicaran los medios. Un Johnny Birman con una ferocidad homicida en los ojos, reconoció Michael antes de sentir la primera cuchillada.

Cuando terminó con aquella víctima tirada a los pies en medio de un creciente lago de un encarnado brillante, el asesino miró en derredor. Las fotografías pegadas en la pared lo atrajeron poderosamente. Durante unos minutos repasó cada una de ellas. Esos lagos encendidos, esas aguas, ora plateadas, ora marrones, ora de oro, le parecieron muy bellos. Despegó una foto tomada desde la rama de un sauce tras la que se veían gaviotas jugando en la arena, en la que también se destacaba como fondo, una laguna extraordinariamente mansa. La enroscó y se la metió en el mono naranja que llevaba. Luego, con un gesto displicente, sacó una caja de fósforos del bolsillo y prendió fuego a las fotografías restantes.

Mientras las llamas se extendían, Johnny buscó con la mirada y vio el bolso con la máquina, lo tomó. Verificó: sí estaba en él la cámara. Luego subió las escaleras sin demasiada prisa. Ya arriba, se quitó la ropa con cierta parsimonia, se cambió las zapatillas encharcadas de rojo y salió, no sin antes acomodar el cartel del cuarto oscuro en la puerta cerrada. El aire se llenaba de un humo oscuro e intensamente perfumado que él atribuyó a la belleza de las fotos.

Mientras se alejaba de la casa, por la calle solitaria, envuelto en la noche solitaria y cómplice, Johnny iba pensando cómo estaría retorciéndose en las llamas el cuerpo del lobo fotógrafo de aquellos lagos que tanto le habían gustado.

QUINCE

Ana quiso encargarse personalmente del velatorio y entierro del compañero. Superadas las primeras horas de llanto incontenible, se había comunicado con el Instituto Saint Denise, de Montreal, donde estaba internada la madre de Michael. El mal de Alzheimer hacía años envolvía a la señora Cicconi con un manto de indiferencia y silencio. La directora del centro geriátrico había dado la noticia a la señora.

— ¿Mi hijo? Yo no tengo ningún hijo, señorita. Se equivoca, dispéñeme, tengo que terminar mi tarea.

La mujer había vuelto la mirada hacia la ventana, lugar desde el que contemplaba el jardín horas y horas por día.

— Haga lo que considere necesario, señorita Reyes —le había dicho la directora—. Yo tenía mucho afecto por ese muchacho. Una pérdida, una lamentable pérdida. Lo siento mucho. Gracias en nombre de la señora.

Michael se hubiera alegrado de saberla a cargo de todo. Eliigió la Iglesia San Lorenzo, una capilla pequeña, para el sermón religioso. Allí el padre Castillo dijo frases hermosas y vacías. Ya nada era importante para Michael, se lamentó Ana. El entierro había sido sencillo.

Ella se encargó de darle el último adiós al compañero. Se va un amigo, dijo frente al foso abierto, pero lo más terrible es que se va también un artista, ya nada entre nosotros será igual. Un llanto acongojado la había acometido y hubiera caído si los brazos de Aguirre no se hubieran aprestado a sostenerla. Se sintió reconfortada al sentir la presencia de Marcos al lado y al otro la de Fran Stevenson. No estaba tan sola, pensó. Le costaría volver a trabajar como antes, reponerse, pero ellos, los amigos, la ayudarían. Lo sentía.

Cuando se repuso, la mano de Marcos Aguirre le pasó un puñado de tierra para cerrar la ceremonia. Como una autómatas la recibió y la dejó caer. El hizo lo propio con la consternación pintada en el rostro. Se alejaron lentamente escuchando cómo las paladas de tierra sepultaban definitivamente a Michael Cicconi.

En el momento de subir al automóvil de él, una mano potente se apoyó sobre el hombro de ella. Antes de darse vuelta, Ana supo que era la de Sam Kolstack.

— Lo siento mucho, Reyes. Sé lo mucho que usted quería al muchacho.

— Gracias, detective Kolstack.

— Tengo novedades importantes que usted debe saber. Tenemos que conversar.

— Ahora no estoy en condiciones, lo siento...

— Es imprescindible. Dígame cuándo...

Marcos Aguirre, que ya se había sentado al volante del lujoso automóvil, salió nuevamente y dando vuelta se enfrentó a Kolstack:

— ¿Por qué no la deja en paz, detective? — lo tomó del brazo y lo llevó aparte con un gesto de elegancia —. No es momento, caramba, para hablar de trabajo. Estamos enterrando a un amigo...

Kolstack miró fijamente la mano de Aguirre sobre el brazo, con un gesto suficientemente claro como para que éste lo soltara.

— Lo siento, señor Aguirre, éste es un asunto oficial. Es de la muerte del muchacho de lo que quiero hablar.

— ¿Qué sucede, detective? ¿Algo que yo deba saber?

Marcos habló en voz baja para evitar que lo oyera Ana, que estaba ya sentada con la cabeza reclinada y los ojos cerrados, abatida.

— No sé si usted debiera saberlo, pero lo cierto es que la muerte de Michael Cicconi presenta varios flancos, misteriosos, si se quiere.

¿Por qué decía eso?, ¿acaso no había sido un accidente?

— Por ahora no diré nada más. Estamos investigando.

— ¿Me tendrá al tanto? —sacó la billetera de la que extrajo una tarjeta personal—. Se lo ruego, yo le diré a Ana, a la señorita Reyes, lo que usted acaba de decirme. Nos pondremos en contacto con usted a la brevedad.

Pues no es contigo con quien deseo conversar, pensó Kolstack mirándolo subir al auto y partir en medio de una polvareda que lo envolvió momentáneamente. Una jodienda de tipo, un pelafustán, volvió a decirse sacudiéndose la tierra que comenzaba a posarse en las solapas de la campera.

— ¿Qué quería Kolstack, Marcos? —preguntó Ana sin ganas de conversar.

— Nada, simplemente dar el pésame. ¿Te llevo a cenar?

— No, por favor, no podría pasar un solo bocado, lo siento, Marcos.

Que la llevara a casa. Lo único que quería era darse un buen baño y luego dormir, dormir, dormir.

— Como desees querida, pero quiero que sientas que no estás sola...

Ana le sonrió con tristeza y luego volteó la cabeza y la apoyó en el vidrio de la puerta. Entrevió desfilas las calles de Toronto, enormes conglomerados de edificios, inmensos paños verdes y gaviotas disputando el cielo con otras mil variedades de pájaros. Un país con el cielo como techo. ¿No te parece una vana pretensión, si uno quisiera imitarlo para crecer, verdad?, le había preguntado una vez Michael. Canadá era un sueño para él y para la madre, que había venido cuando jovencita desde Italia, país en el que había nacido ella. Él, que se decía ítalo-canadiense, había heredado de los padres el amor por esta tierra que a la familia le permitiera conseguir el sueño de la búsqueda de la dignidad que traen todos los que llegan desde lejos. Un sueño de que hay una vida mejor, de que hay un espacio destinado para cada uno de nosotros donde se nos escucha, donde se nos respeta, donde uno puede realizar actividades mostrando la mejor de las capacidades, había dicho exaltadamente Michael. Un lugar elegido para vivir, había agregado Ana, donde todos tienen derecho a lo mismo, donde el orden y la seguridad son algo previsible, donde se puede salir a caminar con la familia sin tener que andar mirando para todos lados, donde al cruzar la calle los autos se detienen porque lo de la prioridad del peatón no es un verso, donde un africano, un hindú, un sudamericano, un judío, un chino, pueden encontrarse y mixturarse sin miedo a la xenofobia. Un sitio donde los niños no

lavan autos sino que van a la escuela, había proseguido él, sino que tienen campus de vacaciones, se preparan para el futuro. Un lugar donde los viejos son respetados y las mujeres ocupan el cincuenta y uno por ciento del mercado laboral.

Le llovieron las palabras de aquellas charlas sostenidas con Michael, copa de vino en mano, sentados ambos frente a la estufa de la casa que ya no existía.

¿Cómo superaría todo lo sucedido? No podría volver a escribir una crónica más sin que se sintiera ese flujo de ausencia y presencia con la que se teñiría cualquier texto. Se sintió envuelta en un escenario armado por Kafka, operado como una voz que pasa a ser sólo apariencia. Habría un paisaje que no sabría más de certezas. Sabía que de nada vale la negación, etapa del duelo que no sería una consecuencia, ya que en el campo de la ficción como es la crónica periodística, los textos operan con un engranaje diferente. La escritura se desenvuelve librándose de amarras. Pero así como los relatos de Kafka son textos que prefiguran una salida a la que nunca se llega, sería difícil para ella enfrentar el quehacer diario sin Michael. Un mar de incertidumbres la sitiaba. Un sin estar ya segura de nada. Como si tras las fotografías que de ahora en más serían distintas, el reflejo e ilusión de un significado no fueran más que eso: aquella vieja utopía de la que siempre hablaban con el amigo desplomado. De ahora en adelante, en medio de tanta muerte y tanta locura, afirmaría sin estar demasiado segura de lo que debería afirmar.

La memoria es lo único que puede sobrevivir a la muerte, pensó Ana sintiendo arder los ojos nuevamente, y una de las formas más abominables de morir es ser olvidado. No te olvidaré, querido Michael, no te olvidaré, prometió en silencio entre hipidos de un llanto tibio que dejó caer mansamente sobre el rostro.

Cuando llegaron, Marcos hizo el ademán de bajarse pero ella se lo impidió. Lo abrazó fuerte dándole las gracias y él buscó los labios, apretándolos contra los suyos con gran dulzura.

— Te acompaño hasta tu casa...

No pudo sustraerse a la envolvente voz de Marcos, que la siguió cuando entró en el elevador y aún cuando abrió la puerta del departamento.

Una vez adentro, un rato después, Marcos había llenado la bañera de agua tibia y agregado unas perlas aromáticas que encontrara a mano. Luego la había levantado del sillón donde ella se había quedado tomando una copa de coñac que él le sirvió. De la mano de Marcos se dejó conducir hasta el baño. Cuando él comenzó a desprender los botones de la blusa, ella intentó resistirse.

— Déjame hacer, pequeña —dijo mansamente Marcos apagando la luz del baño y dejando la puerta abierta.

Ana, turbada, sintió cómo las manos hábiles de Marcos la despojaron de las prendas que una a una resbaló hacia el suelo dejando al descubierto la piel sumisa y pudorosa. Sentía que el contacto de aquellas manos provocaba en ella una conmoción desconocida. Una vez desnuda, iluminada sólo por la luz indirecta que llegaba de afuera, ella se dejó sumergir en la acogedora agua espumosa. Marcos le colocó una toalla doblada bajo la nuca. Ella comenzó a cerrar los ojos, transida del placer de la molicie.

Marcos Aguirre se inclinó entonces y volvió a besarla nuevamente con gran dulzura. Como se besa a una niña, pensó ella, antes de verlo salir.

A Ana le pareció escuchar el teléfono y la voz masculina atendiendo. Luego el sonido de la puerta de calle al cerrarse tras de él. Gracias, Marcos, dijo en voz baja cerrando los ojos.

Largo rato se dejó estar, relajada, en medio de la bruma de todo lo acontecido.

Cuando salió ya envuelta en la bata, se secó y arrojó la prenda en una silla. Desnuda, como la había visto Marcos hacía unos instantes, se metió entre las sábanas frescas y antes de dormirse se prometió hablar en la mañana con Kolstack. Ahora no estaba en condiciones de hacerlo. Habían sucedido demasiadas cosas que aún tenía que procesar.

•••

Sam Kolstack apretó el botón del departamento de Ana maldiciendo porque los paquetes que traía para desayunar quemaban demasiado en las manos ateridas.

La mañana se había presentado inusualmente fría, presagian- do la primera tormenta de nieve que daría comienzo al largo y crudo invierno de Toronto. El cielo semejaba una masa plomiza de una in- describable consistencia. Cuando la voz adormilada de Ana respon- dió, Sam se sintió como ese cielo que dejaba afuera: oscuro y denso.

— Imaginé que todavía estaría en los brazos de Morfeo y que desistiría de hacerse un buen desayuno. Mi madre decía que para las penas no hay otra cosa mejor que una mesa succulenta.

Ana dejó pasar al detective aún con las telarañas del sueño pe- gadas a las pestañas. Había dormido con un peso ominoso sobre el pecho. Tenía retazos de imágenes colgando en la memoria. Michael. Había soñado con él y con lagos. El aroma intenso del café irlandés y las bagels con manteca y queso, humeantes y olorosas, le quita- ron parte del embotamiento. ¿Marcos le habría dado a tomar algo anoche? No lo recordaba, pero sentía la cabeza como saliendo de un sueño provocado por hipnóticos. Aceptó el vaso con jugo de naranja que le tendía Kolstack. El trago dulce la despejó un poco más.

— ¿Qué pasa, Kolstack? Usted no suele ser obsequioso por lo que lo conozco.

¿A qué se debía todo aquello?

— Pensé que decidiría pasarse todo el día en la cama, llorando y recordando al amigo.

— Es precisamente lo que pensaba hacer. Adivinó usted.

— Es necesario que hablemos. Pero coma antes.

Kolstack se quitó la chaqueta y la colgó en la silla que tenía junto a él. Luego organizó el desayuno, alcanzó una bagel a Ana y le arrimó el vaso con café. Ella se dejó guiar, comiendo como una niña mientras la tristeza volvía a aflorar y amenazaba con comenzar a descolgarse por las pestañas.

Hable, dígame, me intriga usted, dijo con voz apenas audible.

Hace mucho tiempo que ninguna mujer suficientemente atractiva como para hacerme sentir bien, no me dice que le parezco intrigante, murmuró Kolstack con la boca llena mirándola a los ojos sin un asomo de sonrisa en el rostro.

Está bien, dijo Ana devorando todo a grandes tragos. Ya está, ya comió, ahora, que hablara.

El hombrón se limpió la boca varias veces mientras pensaba cómo decir lo que había venido a decir.

— No fue un accidente.

— ¿Qué cosa no fue un accidente? ¿De qué me habla, Kolstack?

— Al fotógrafo. Lo mataron.

— ¡¡¿Cómo?!!

— Varias puñaladas, con un cuchillo de carnicero, una final en la garganta. Luego prendieron fuego al laboratorio. ¿Le parece eso un accidente todavía? El cadáver tenía aún los auriculares puestos. Lo sorprendieron en plena tarea.

La voz de Kolstack estaba tan helada como la mañana que se observaba tras los cristales de la ventana.

No, no podía ser, era imposible. ¿Qué tenía que ver?

Ana sintió que le flaqueaban las piernas mientras se paseó por la cocina incapaz de contenerse. ¿Creía él que fue el mismo asesino? Pero, ¿qué estaba diciendo?, era impensable, ¿quién querría hacerle daño a Michael? El era incapaz, incapaz...

Se detuvo y lo miró fieramente:

— ¿Cuándo se enteró usted?

Ayer.

— ¿Y por qué no me lo dijo? Yo lamentándome, llorando como si eso le devolviera la vida, mientras ese loco sigue suelto por ahí.

El detective agregó que por eso fue a verla al entierro: creyó que podrían hablar.

— ¿Y por qué no lo hizo?

— Ese jefe suyo me impidió prácticamente abordarla. Pero me dijo que le contaría... Y me lo repitió a la noche, cuando la llamé y él atendió el teléfono.

El teléfono había sonado, ahora lo recordaba bien. Y Marcos había atendido antes de marcharse.

— No me dijo nada, sólo me...

Y Ana vuelve a recordar, ahora lúcida y despierta, la sensación de las manos de Marcos, hábiles y cálidas, quitándole la ropa, metiéndola en la bañera, dejándola acunada por aquella agua perfumada. Y esos labios, esa solicitud. Por qué no me lo dijo, se preguntó preocupada

— ¿En qué andaba Cicconi?

— En nada que yo no supiera. Trabajaba en mis temas policiales y en la preparación de una muestra fotográfica.

— ¿Qué muestra era ésa? ¿Algo relacionado con las muertes?

Ana le explicó entonces a Kolstack cuál era la temática que Michael preparaba y mientras se lo decía, una luz roja se encendía en el cerebro, algo le indicaba que hiciera un alto.

Nada más que eso: una muestra de arte...

Habría que investigar. Tenía que hablar con los compañeros del diario, con los jefes del muchacho. Y ella también tendría que venir a declarar, Reyes, ella era la persona más cercana a la víctima.

Mientras se vestía para salir con Kolstack rumbo al diario, Ana no podía dejar de preguntarse qué era lo que estaba pasando por alto. La luz de alerta seguía soltando parpadeos dentro de la cabeza.

Ya en la redacción, mientras veía a Kolstack entrevistarse con el resto de periodistas, administrativos y personal de maestranza, Ana permaneció con la computadora encendida. Miró titilar el cursor durante largos minutos.

“Me parece que he pescado a un pez gordo ayer...” La voz de Michael le vino de golpe. Eso había dicho en el momento de marcharse. Aquellas habían sido las últimas palabras. “Le dejé el material a Aguirre sobre el escritorio...”

Casi maquinalmente estiró la mano hacia el teléfono y marcó el interno de Marcos.

— ¡Buenos días, señorita dormilona!

Esa voz volvió a sacudirla.

Marcos...

— ¿Dormiste bien, querida? Te dejé anoche tan relajada, te veías tan indefensa... Hubiera querido quedarme.

Las palabras de Ana sonaron algo turbadas.

— Hiciste bien en acompañarme, Marcos, te agradezco todo lo que hiciste.

— Ana, quiero que sepas que tú eres para mí...

No, le rogó, ahora no. Lo interrumpió apaciblemente. Aunque ella pensó que tal vez le gustaría escucharlo hablar, decirle cosas, tocarlo de nuevo, aunque sólo fuera una vez más.

— Necesito hablar contigo un minuto, ¿puedes atenderme?

— Por supuesto, Ana, nada me agradecerá más que verte en mi escritorio esta mañana.

Kolstack, a lo lejos, en medio de una entrevista a la archivistista del diario, levantó la mirada en el momento en que ella se dirigía al despacho de Aguirre y siguió la silueta hasta que la puerta se abrió. Tras los cristales esmerilados pudo percatarse muy claramente de la efusividad con que Aguirre saludaba a la periodista.

Ana volvió a salir unos minutos más tarde. Esta vez se dirigió al encuentro del detective, con el rostro tenso y preocupado.

— ¿Alguna novedad, Reyes?

Ninguna en especial. Sólo que. Ana dudó antes de hablar, tal vez no fuera nada, pero...

— Hable, Reyes. Los detalles sin importancia suelen ser finalmente pruebas irrefutables a la hora de la verdad, en cualquier investigación.

— Lo que sucede es que ayer, antes de irse, Michael me comentó que tenía algo importante. Me parece que he pescado a un pez gordo, me dijo.

Kolstack sintió que una descarga eléctrica lo recorría.

— ¿Y qué era?, ¿se lo dijo?

No, respondió Ana en voz muy baja. Me dijo que le había dejado los negativos a Marcos...

— ¿Y?

— El dice que no le dejó nada...

Puede que se traspapelaran, que otra persona los tomara, que los dejara en otro lugar donde Aguirre aún no miró...

No, le explicó Ana, los materiales de ella y Michael quedaban sobre el escritorio. Visibles, pues generalmente eran cosa del día. Y nadie tocaba un solo papel del escritorio de Marcos Aguirre a riesgo de pescar una sanción.

Un pez gordo. ¿A qué se referiría?, ¿dónde había estado él la tarde anterior?

— Fue a recorrer unas playas. Me dijo que iría a North Bay.

— ¿Qué pudo fotografiar, además de playas, latas de cerveza aplastadas y pajarracos?

Ana lo miró directamente a los ojos para decirle vivamente:

— Michael siempre hacía una copia de seguridad del rollo.

— Pero la casa se quemó y con ella todos los trabajos —dijo Kolstack, y le devolvió la viveza de la mirada—. ¿No me estará queriendo decir que hacía un archivo paralelo?

— Exactamente, mi estimado. Compartíamos una gaveta en la que nos dejábamos mensajes, trabajos, notas. Ambos teníamos una copia de la llave.

Rato después salían de Los Soles con los rollos de Michael fechados en la última semana. Antes de subir al Pontiac del policía para ir al laboratorio de la dependencia a revelar el material, Kolstack le preguntó a Ana con cierta suspicacia:

— ¿Me parece o nos hemos saltado por encima el decirle a Aguirre lo de las copias de seguridad?

Ana hizo un gesto vago. Por un lado, porque no hubiera querido responder al detective una obviedad y por otro lado, porque en realidad no sabía qué decirle.

DIECISÉIS

Esa mañana el Central Hospital de Toronto estaba más concurrido que otras veces. Los diferentes consultorios se encontraban repletos de pacientes en consulta y la guardia de emergencia no daba abasto, a pesar de que el plantel de médicos, residentes y estudiantes que conformaba la nutrida planta de ese centro asistencial era muy numeroso.

El doctor Mickey Bramston, joven médico de guardia mostraba rastros de cansancio en el rostro. Miró el reloj y pensó que todavía le faltaban dos horas para que la guardia concluyera. Pero, ¿qué otra cosa más podría sucederle, en esos ciento veinte minutos, reflexionó con cierto pesimismo, además que ver, diagnosticar, medicar o derivar a doce pacientes nuevos?

Estaba previsto que la atención que cada médico debía dedicar a un enfermo regular (considerando que el caso no se presentara con mayores dificultades) eran entre diez y quince minutos. Había entrado a la guardia veintidós horas atrás y llevaba asistidos a más de cincuenta casos, que en la mayoría se resolvieron dentro de los primeros momentos. Pero también había realizado varias internaciones, atendido a seis heridos, uno de bala y cuatro de diferentes caídas y un gran quemado. Había tenido en el libro de partes, además, dos ataques cardíacos, una convulsión y varios intoxicados con alcohol y con drogas. Tenía el día casi cumplido. Se dirigía ahora a controlar a los nuevos internados para derivarlos correspondientemente al jefe del servicio en el que cada uno de ellos se encontraba.

Se encaminó en primer lugar a Clínica Médica. Allí habían internado a Janet Hernández, una jovencita de 15 años que llegara a la guardia con tos, fiebre, decaimiento y debilidad. También se quejaba de dolor en las articulaciones y en el pecho. Durante el momento

de la auscultación, la joven había sufrido un acceso de tos seguido por un escupitajo brillante de sangre. Esto, y el estado general de la enfermita, habían impulsado al doctor Bramston a sugerir la internación y a solicitar radiografías y análisis. Al final de cada orden había indicado “HEMOPTISIS”, es decir, sangre por boca, y agregado la necesidad de que los resultados fueran suministrados en forma urgente. Esa expectoración sanguinolenta bien podía ser indicadora de una hemorragia pulmonar.

Entró a la sala donde Janet Hernández dormía. Una sudoración febril humedecía el rostro evidentemente latino de la muchacha.

Bramston recordó perfectamente que el padre de la enferma se había resistido a la internación de la hija. Habían necesitado de una enfermera que ofició de traductora porque el hombre no hablaba fluidamente inglés y con los nervios la comunicación se hacía poco menos que imposible. A duras penas alcanzó a balbucear que él debía trabajar y que no podía dejar a la hija allí. Cuando le explicaron que Janet necesitaba de cuidados especiales, Tomás Hernández había agregado que no tenía medios económicos para sufragar ninguna clase de gastos. Le explicaron, entonces, que la internación y el tratamiento que demandara el cuadro de Janet estaban cubiertos por el gobierno, ya que ellos eran refugiados.

Tomás Hernández había llegado de El Salvador un año y medio atrás a Toronto huyendo de la grave situación política del país. Estaba reuniendo el dinero suficiente para traer a la esposa y dos hijos pequeños. El había traído a Janet con él por varias razones. Para que estudiara en Toronto, para que lo acompañara realizando las tareas de la casa, pero fundamentalmente para sacarla de las inseguras calles salvadoreñas, donde regía la ley del más fuerte, en las que las mujeres y las niñas corrían graves riesgos de ser avasalladas, violadas o arrebatadas a las familias, tanto por guerrilleros como por militares o paramilitares.

Ajeno al drama social de la identidad de la muchachita, Bramston había actuado pensando que la delgadez y la palidez de esa paciente podían deberse a la escasez o falta de alimentos que habría sufrido en el país de donde venía.

Dana Stewart, la jefa de enfermeras, entró a la sala detrás del médico de guardia, con la tablilla con la historia clínica.

— ¿Se está administrando ya la medicación, enfermera Stewart?

— Sí, doctor, yo misma hice la preparación, tal cual usted indicó: trimethoprim y sulfametoxazole cada ocho horas. Tuve que darle ya varias veces proventil pues la respiración estaba muy dificultosa. Los fluidos tienen 5% de albúmina y 0,09 % de cloruro de sodio. También le he tomado la temperatura, que no baja de los 39,5 C.

Mala señal, la fiebre debería haber bajado ya, repuso el médico. ¿Sabía ella si ya le hicieron los análisis?

Bramston había pedido un recuento de glóbulos blancos, sangre y orina completos, gases en sangre, cultivo de esputo y coloración de Gram y bacilos de TBC. Desde el primer momento sintió que estaba ante una posible tuberculosis. Además había agregado que se investigara HIV, chagas y sífilis.

— Están haciéndolos en este momento, doctor.

— Hay que estar dispuesto a encontrarse con cualquier cosa. Nunca se sabe —y había agregado sin despegar los ojos de Janet—: ¿podría avisarme cuanto antes? Quisiera estar seguro de saber que evoluciona bien cuando me vaya.

•••

Cuando la llamaron de Clínica Médica, Fran Stevenson no sabía qué iba a encontrarse. El jefe de servicio, Dan Moldison, le había solicitado una consulta por una paciente de reciente ingreso cuyo estado era de pronóstico reservado. Se dirigió allá prestamente.

— ¡Doctora Stevenson!, gracias por venir tan prontamente.

Moldison era considerado en el hospital un médico responsable y estudioso. Gustaba estar en cada uno de los casos que llegaban al servicio y era reconocido por los acertados diagnósticos.

— ¿Cómo está, Moldison? Me alegra verle. Durante la última reunión de consejo no tuve oportunidad de felicitarlo: revela usted el mayor giro de camas del hospital.

— Así es, gracias, doctorcita. Mis médicos están trabajando muy bien, a Dios gracias.

“Doctorcita”. Así la había llamado Moldison desde el primer día en que se conocieron, hacía ya años, cuando ella aún era una joven residente y él, el jefe de guardia. Allí habían tenido oportunidad de conocerse y respetarse el uno al otro, sentimiento que aún persistía luego que cada uno de ellos alcanzara distintas funciones jerárquicas dentro del hospital.

— Me gustaría discutir un caso nuevo que ingresó ayer, doctora.

Mientras caminaban hacia la sala correspondiente, Moldison la impuso de la situación y cuando Fran vio a Janet sintió que la tristeza la acometía. El mismo color de piel de la niña que falleciera días atrás en cuidados Intensivos, la misma macilenta carita, el mismo cabello rizado y negro, la misma sensación de desvalimiento.

La enfermera Dana Stewart se acercó prontamente cuando vio al jefe de servicio avanzar junto a la doctora Stevenson.

— Aquí están los resultados de los análisis, doctor...

Las cabezas de los dos facultativos se inclinaron en forma conjunta sobre el informe de laboratorio.

— Una marcada neutropenia. Tiene sólo 1.500 leucocitos por milímetro cúbico.

Y la eritrosedimentación está alta, agregó Moldison.

—... la expectoración es azulada... exclamó Fran —, es un pio-ciánico... ¡una pseudomona aeruginosa!

Esa bacteria, la gram negativa, es temida en todo centro asistencial porque es capaz de producir infecciones intrahospitalarias muy resistentes a los antibióticos. Ese tipo de bacteria es anaerobica, vive en lugares de escasa concentración de oxígeno como catéteres, tubos naso-endotraqueales o sondas. Esa presencia provoca neumonías, meningitis, infecciones urinarias, afecciones de muy difícil tratamiento si el paciente está inmunodeprimido, es decir, si tiene escasas defensas. Esta última condición es aprovechada por la pseudomona, que de otra forma jamás atacaría.

— El médico de guardia creyó que sería una TBC o un SIDA... Nada de eso. Chagas negativo también.

La voz de Moldison estaba cargada de preocupación. Una pseudomona...

Dana Stewart limpiaba la frente de la niña, que tenía los ojos semicerrados.

— Veo que la fiebre no ha bajado —dijo Fran en voz baja—. Hola, preciosa, ¿cómo te llamas?

Janet emitió un sonido apenas inteligible, abrió los ojos y al verse rodeada por aquella gente desconocida, se replegó con miedo. Se aferró a la sábana, estrujándola, pero inmediatamente la soltó y cerró los ojos en una sonrisa inexplicable. Un acceso de tos la sacudió luego y de la boca salió una expectoración roja que Dana Stewart recogió en un salvador. Janet entonces se revolvió quejándose de dolor sin dejar de toser.

— ¿Dónde te duele, querida?

Janet se arqueó indicando que era de la espalda de donde provenía el dolor. Fran la levantó ayudada por Dana y abriéndole la bata la auscultó.

— Tiene rales crepitantes, silbidos. Me gustaría ver una nueva radiografía. Urgente.

Y que le avisaran de inmediato. Habría que internarla en Cuidados Intensivos.

— Doctor Moldison: una pseudomona en el servicio puede ser el origen de un desastre. De todos modos tendrá usted que hacer una limpieza a fondo del piso.

Dana Stewart se dirigió con premura al teléfono de enfermería y llamó al camillero y a Rayos X. Luego hizo lo propio con Cuidados Intensivos para comunicar el traslado. Una vez que se llevaran a la niña se haría cargo con el personal de la asepsia.

En pocos minutos llegaba el equipo portátil de radioterapia y tomaba las radiografías de Janet, que prácticamente no se resistió a ser levantada y acostada reiteradas veces.

Enseguida, sin mediar tiempo alguno, Dana ayudó a Nick, el camillero, a traspasar el delgado cuerpo de Janet. La cubrió con una manta y le acomodó el cabello revuelto.

— Te pondrás bien, pequeña... Llévala pronto, Nick... Y no te distraigas por el camino, que aquí hay mucho trabajo.

— Pero no, mi bella, ¿cómo cree usted? El viejo Nick es una luz. Ya verá usted.

Nick era un jamaquino simpático y dicharachero al que todos apreciaban en el hospital. Era conocido por las rastas hasta la cintura que esa mañana llevaba tomadas con un elástico de colores del que colgaban cintas con cuentas de cerámica. Vestía además de forma estrafalaria. Debajo del guardapolvo celeste se dejaban ver unos enormes pantalones caídos hasta casi la mitad de los muslos.

Silbando una balada, contoneándose, llegó hasta el ascensor de las camillas y marcó el piso cinco.

— Jefa Lori, aquí le traigo este candelito. Me manda la bella Dana.

Estaba esperando a Nick. La pondrían en la sala siete.

— El siete es número mágico, mi chica —dijo entonces Nick inclinándose hacia Janet, que tosía ininterrumpidamente—. Eso quieres decir que pronto estarás en condiciones de bailar una buena salsa, mi cielo, ya tú lo verás...

Mientras Lori acomodaba las sábanas de la cama de Janet, otra enfermera acercó los aparatos y monitores a los que enseguida sería conectada. Nick miraba todo desde afuera con ojos lánguidos: Janet estaba entrando en aislamiento.

En ese momento pasó junto al muchacho, Olimpia Minopolus, que venía con un alto de carpetas en los brazos.

— ¡Por Dios, mujerona hermosa! —exclamó Nick al verla—. Deja que este pobre mulatico te ayude.

— Gracias, Nick, te lo agradezco mucho, de veras...

Olimpia rió y entregó las carpetas al muchacho que, dejando la camilla a un costado, cargó con las carpetas.

— ¿Qué mirabas con tanto detenimiento?

— Miraba a la nueva enfermica que traje de Clínica. Me dan una pena los latinitos enfermos, tan solos, tan pobres... Me recuerdan a los de mi pueblo...

— ¿Una nueva inmigrante? ¿Y de dónde es esta vez?

De Guatemala o de El Salvador, no sé bien —respondió Nick llegando al escritorio de Olimpia—. Pero ¿qué importa eso ya, muchachota? ¿Para cuándo ese baile que me tienes prometido? Tengo un lugar para llevarte, rico, verás, salsa, merengue, batucada, reggaetón. De morirse, chica...

Riendo, Olimpia lo empujó amablemente hacia la puerta.

— No estoy para bailes, Nick. Tengo mucho trabajo que hacer.

— Pues que yo te ayudo, hermosa... Vengo a trabajar contigo en cuanto salga.

— Está bien, si quieres, acepto la ayuda. Te espero a las seis de la tarde. En dos horas tenemos listo todo...

— Ay, chica, qué noche nos espera, qué noche... Después de verme bailar, sólo pedirás que me case contigo, hermosa, ya tú verás... ya tú misma lo verás con tus propios ojitos... Tenemos una cita.

•••

El informe de radiología le dijo a Fran Stevenson que Janet sufría una neumonía lobular diseminada. Un cuadro tan agudo imponía un cambio de antibióticos, ya que la pseudomona aeruginosa es resistente a la mayoría de los antibióticos, por lo que debe realizarse una mezcla de un aminoglucósido y una cefalosporina de tercera generación. Escribió la indicación: Gentamicina y Ceftazidime cada ocho horas.

Una infección intrahospitalaria, pensó Fran. ¿Qué podría haberla causado si el Central Hospital de Toronto era un centro reconocido por severas normas de asepsia? Esto no es normal, se dijo. Debía hablarlo con William. O mejor aún, lo informaría en la reunión de consejo que se llevaría a cabo en dos horas.

•••

Olimpia Minopolus había trabajado toda la tarde. La doctora Stevenson le había pedido que le tuviera el informe a la mañana siguiente. En la reunión de consejo ya se había informado sobre la infección hospitalaria, por lo que las conclusiones debían estar en la mañana sobre el escritorio del director técnico.

Aceptar la ayuda de Nick había sido una buena idea, pensó. No era la primera vez que el joven la ayudaba en esas cosas. Debajo de la apariencia estrambótica de Nick se escondía el joven universitario que buscaba especializarse en Estadística Paramedicinal.

— ¿Cómo vamos, mi primor? El oscuro y sonriente rostro del muchacho asomó por la puerta.

Nick había cambiado os pantalones astrosos por unos tejanos grises por el uso.

Se pusieron manos a la obra.

Olimpia tecleó:

CASOS CLÍNICOS RELACIONADOS CON INFECCIONES INTRAHOSPITALARIAS

La pantalla comenzó a arrojar nombres, registros, número de historias clínicas. La lista era importante.

— ¡¿En los últimos seis meses hemos tenido, de un total de 1.800 internaciones, 178 infecciones intrahospitalarias?! —Nick silbó alborotado—. Diez por ciento... ¡Mamacita querida!

Los dedos de Olimpia volvieron a teclear:

DIAGNÓSTICO DE INGRESO

La lista apareció luego de varios parpadeos de la pantalla. Los casos de emergencia habían sido por diferentes afecciones: 88 por Síndrome Febril Prolongado con deshidratación, 29 encefalitis bacterianas, 21 neumonías focalizadas, 10 bronquitis obstructivas, 12 shocks por anemia y otras infecciones como las genitourinarias, 18.

—No entiendo nada —dijo Nick enfurfurruñado—, no hay denominador común. Es muy amplia la gama de agentes etiológicos.

— No, si pensamos que son todas infecciones aunque de distintas patologías.

— Algo se nos escapa. Déjame pensar...

— ¿Qué pasa —se preguntó Nick en voz alta—, en un enfermo para que éste pueda infectarse?

—Primero, no todos se infectan...

Luego, estaban ante casos especiales. Pero, ¿qué de especiales?

Todos debían tener un pedido de análisis. Por lo menos, sangre y orina completos.

Olimpia marcó los 178 casos y tecleó

ANÁLISIS

Las cifras y porcentajes eran disímiles. Ajustó el pedido.

SANGRE

Los recuentos de blancos, rojos y plaquetas aparecieron en la pantalla. Cada uno de ellos tenía al lado el valor normal. Nick volvió a silbar.

¡Los blancos estaban todos bajos! Estos tipos tenían, todos, una leucopenia.

O peor aún: una neutropenia: estaban indefensos como niños de pecho, agregó el muchacho.

¿Y aquello era grave?

— Eso significa, mi niña, inmunodeficiencia.

— ¿Como en el SIDA?

— Como en el SIDA.

Olimpia escribió SIDA.

Todos ellos habían sido negativos al HIV. Ninguno de ellos tenía SIDA. ¿Qué era aquello que tenían en la pantalla? ¿Qué lugar común espantoso los había convocado a morir en un hospital?

No solo el HIV produce inmunodeficiencias, enfatizó Nick. Muchos otros virus las pueden producir. Virus como el de la mononucleosis infecciosa, el herpes, las hepatitis y otros bicharracos tan malos como éstos.

¿Y qué otras causas pueden producir una absoluta disminución de defensas?, inquirió Olimpia volviendo a teclear.

La pantalla arrojó los datos que encontró más frecuentes: A) Tóxicos. A la vez estos se abrían a una subdivisión: Medicamentos (quimioterapia), Alcohol y Drogas. B) Tumores y C) Desnutrición. D) Infecciones por bacterias y virus.

De los 178, se preguntó Nick en voz alta, ¿cuáles de ellos tenían antecedentes de alcoholismo?

La pantalla volvió a parpadear.

¿Y adicciones?

DOS

¿Tumores o desnutriciones? Pregúntaselo a esta preciosura de programa.

La palabra UNO volvió a resaltar.

Vaya pues, iban adelantando, palmoteó el moreno. Aquello les permitía asegurar que casi todos los otros pacientes estaban inmunodeprimidos por alguna infección.

— ¡Guau! Te portaste, chiquita...

Se abrazaron los dos alborozados. Cualquiera hubiera dicho que los jóvenes festejaban felices el triunfo de algún equipo deportivo. Pero el regocijo se debía a que ambos avizoraban la luz que los sacaría del laberinto.

Que no cantaran victoria aún, Nick. Faltaba convertir todo eso en datos representativos. En estadística, él lo sabía bien, todo debe ser comparado con una muestra mayor antes de sacar conclusiones. Tenía que poner todo en un cuadro que a la mañana siguiente pudiera interpretar sin inconvenientes la jefecita.

Cuando los datos fueron volcados, la pantalla arrojó los nombres de cada uno de los pacientes, el lugar de origen, el área en la que habitaban, los nombres de los médicos de familia que alguna vez los atendieran, la aseguradora de salud a la que pertenecían.

— No puedo creerlo, dijo Olimpia, mira esto...

De los ciento 178 casos, 170 tenían cobertura total del gobierno.

— Todos nuevos inmigrantes...—exclamó Nick.

Y no sólo eso, dijo Olimpia en voz casi inaudible: los médicos de familia eran Fong, Hesser y Rohbinson.

— Me parece, chica, que has arribado a toda una conclusión: inmigrantes, refugiados, recién llegados.

Pero, ¿todos con inmunodepresión? No le cuadraba a la joven.

Que le hiciera una copia. Lo charlaría con el monitor en la

universidad. Tal vez él se diera cuenta de algo más, algo que a ellos se les escapaba. La voz de Nick sonaba entusiasmada.

Sí, dijo Olimpia poniendo un disquete, pero a la que va a intrigar mucho es a mi jefa, la doctora Stevenson.

— Te anotarás un poroto, mi chica, ya lo verás...

Estos datos deberían ser enviados al CDC.

Sí, claro, Olimpia también sonaba entusiasmada: al Centro de Control de Enfermedades de Atlanta le gustaría saber que entre los inmigrantes que llegan a Canadá, existe una gran mayoría con inmunodepresiones.

Habría que hacer un rastreo en los otros hospitales antes de enviar los datos a ningún lado.

— ¿Qué te parece?, ¿se lo proponemos a tu jefa?

— Me encanta la idea. Es más, voy a llamarla. Saca tú la copia y cierra todo —levantó el teléfono y marcó un interno—: hola, ¿con la dirección?, habla Minopolus, ¿se encuentra allí la doctora Stevenson?

Olimpia tamborileó con los dedos sobre el escritorio en espera de la respuesta.

— Hola, está bien..., pero no..., no lo moleste, nooo...

Miró a Nick enfáticamente levantando las cejas y mordándose los labios.

— Doctor Cook, buenas noches, no pretendía molestarlo, pero la secretaria insistió en pasarme con usted. Habla Olimpia Minopolus, creí que mi jefa estaría todavía en la reunión.

— Buenas noches, señorita Minopolus, no es ninguna molestia, es un placer escucharla. La doctora Stevenson ya se retiró. ¿Trabajando a estas horas aún?, ¿puedo serle útil en algo?

— No, doctor, muchas gracias, la buscaré en la casa...

—¿Algo relacionado con el servicio, señorita?

— Y sí...

Olimpia miró expresivamente a Nick. Era algo relacionado con las estadísticas y las recientes infecciones intrahospitalarias que habían sufrido, doctor.

— Qué interesante... ¿Y cuándo podré yo acceder a ese material? ¿O piensa dejárselo todo para la doctora nada más? Sabe que

al consejo nos interesa lo atinente a estadísticas hospitalarias...

– No, doctor Cook, no se preocupe –la risa de Olimpia se destacó limpia y clara–, podrá leerlo todo usted también, pero quiero entregárselo primero a mi jefa.

– Si será compradora, con razón la doctora habla maravillas de usted...

Mañana le entregaría el informe a la doctora Stevenson y los datos estarían a tiempo para la reunión de consejo. Y agregé con picardía: Lo que sí le aseguro es que esto dará que hablar. Pero no le quito más tiempo, hasta mañana, doctor Cook...

– Hasta mañana, y desde ya la felicito por el entusiasmo y aplicación. Ojalá muchos compañeros pudieran emularla, Minopolus...

Olimpia colgó el teléfono y suspiró estrepitosamente mientras se apantallaba con las manos.

– ¡Madre mía, qué hombre! Esto es precisamente lo que a cualquier mujer le recetaría el doctor... Espero que mi jefecita no se enoje por haberle dado la noticia a él antes que a ella.

Nick rió al verla y se cruzó de brazos varonilmente frente la muchachita.

– Mi chica, qué ardores, ese doctor se las trae con las mujeres...

– Nada de con las mujeres. El doctor Cook es más que correcto. Siempre se lo digo a mi jefa: ¿qué hace que no termina por aceptarlo de una vez? Es tan, tan encantador, tan galante, tan seductor...

– Para, para ya, que no será para tanto. Por algo ella no se decide.

– Porque es una excéntrica con el trabajo. Que él dale que flores, dale que miradas, dale que sonrisas, y ella, nada, hospital y nada más que hospital. Tuviera yo un hombre a sí a mis pies. Se me pone la piel de punta sólo de pensarlo...

– Tienes uno, aquí mismo, mi chica, todo para ti, hecho un paquetico para que hagas de él lo que quieras. Se llama Nick. Y enseguidita, bailando con él, este Nick que tienes a tu lado te dirá de unas ideícas que se le ocurren cada vez que te ve andando por los pasillos del hospital.

Nick se balanceó seductoramente y ensayó unos pasos histriónicos. Olimpia rió simplemente.

— Bueno, bueno, payaso, date prisa, termina con todo que yo llamo a la doctora.

La joven marcó el teléfono. Luego de varias llamadas, la voz de Fran se escuchó diciendo que no estaba en casa, que dejara el mensaje.

Olimpia esperó hasta que terminara y luego dijo:

— Hola, jefecita, le habla Olimpia... He encontrado algo realmente fantástico. Lamento que no esté en la casa, le hubiera gustado saberlo. Creo que es una bomba que hará saltar para arriba la reunión de consejo... Nos vemos mañana.

Olimpia colgó el teléfono y tomó el bolso mientras Nick trabajaba con la computadora, dejaba salir el disquete y la cerraba. Ella apagó las luces y salieron.

La noche, como un trueno, recorría ya las salas del hospital. La oscuridad lamía las manos de los pacientes y los corazones de familiares. Y también entraba en la blancura de las páginas que llevaba Olimpia en los brazos. El hospital estaba menos concurrido que en horas de la mañana. Sólo se veía en los pasillos al personal de guardia, ocasionales visitas y a nadie más.

Cuando entraron en el ascensor Nick se sobresaltó: Pero chica, qué tonto soy, con el entusiasmo dejé el disquete sobre el escritorio. Voy a buscarlo.

Que fuera rápido, ella iría bajando. Pasaría a dejar las notas en los pisos 5 y 6 y luego sacaría el coche del parqueo.

— Pasaré por ti por la puerta del hospital, en menos de media hora. ¡No olvides apagar las luces!

— OK, mi linda, OK...

Olimpia abrió el bolso y sacó un espejo. La bruñida superficie le arrojó la imagen de un rostro con signos de fatiga. Se revolvió el cabello crespo con la mano, se pellizó las mejillas y se mordió los labios para que se vieran más sonrosados. No necesitaba más y lo sabía. Se sonrió a sí misma y guardó el espejito en el bolso.

Caminó con ganas hasta los ascensores, entró y salió de ellos varias veces, saludó a compañeras de guardia, entregó los informes

correspondientes. Consultó el reloj: veintiocho minutos. Qué precisión, se dijo iluminada.

Cuando llegó al segundo subsuelo se encaminó prestamente al coche, un Volkswagen amarillo. Estaba por abrir la puerta luego de dar vuelta la llave, cuando una voz detrás de ella la sorprendió.

— Hola, lobita —dijo Johnny Birman sonriendo.

Pero cuando Olimpia se dio cuenta de que esos ojos helados no sonreían, ya era demasiado tarde para ella.

DIECISIETE

El cadáver de Olimpia Minopolus fue encontrado por un médico anestesista que había sido llamado a atender una emergencia quirúrgica.

Cuando llegó Kolstack ya estaba acordonado el sitio. Olimpia había caído junto al coche, que se encontraba con la puerta abierta con claros indicios de que el agresor había buscado algo en el interior del bolso, que también estaba en el suelo. Todas las pertenencias se veían desparramadas, algunas con indicios de restos de sangre.

El detective en jefe al primer vistazo, había marcado el teléfono de Ana. El chiflado atacó de nuevo, le dijo, en el hospital, la dejarán pasar.

Fran Stevenson se enteró de la muerte de Olimpia cuando llegó al hospital e intentó estacionar en el sector superior, sitio en el que dejaban los vehículos médicos con determinada jerarquía. Sin poder entender del todo lo que sucedía, se dirigió agitada hacia el lugar. No podía ser, Olimpia no podía haber sido asesinada. ¿Quién podía desear hacerle mal a una joven llena de vida, cordial, inteligente? No se acostumbraría a no verla más todas las mañanas.

Cuando llegó al lugar un policía le impidió el paso.

Soy la doctora Stevenson, jefa del servicio donde ella trabajaba, dijo Fran exasperada.

— Lo siento, doctora, nadie puede pas...

— Déjela pasar, agente...

¡Kolstack!

Ver allí al detective le dio la certeza de que todo aquello no era un sueño.

— Venga, doctora, tengo entendido que ella trabajaba con usted...

La ambulancia policial arrancó en ese momento llevándose el cuerpo. En el sitio quedaban la demarcación del cuerpo, los elementos esparcidos por el suelo, el auto acordonado. Un fotógrafo hizo res-tallar un flash. Cuando el móvil salió y Ana apareció detrás, ambas mujeres se abrazaron.

Ana... Un hombro amigo fue todo lo que necesitó Fran para romper a llorar desconsolada.

Ana la envolvió con ternura. ¿Qué decirle, cómo hacer para que el dolor de Fran no la abatiera a ella del mismo modo? Se sintió so-lidarizada. Ella también había perdido un amigo tan sólo unos días atrás. Sabía lo que era eso.

La voz de William Cook llegó las hizo volverse.

— Qué lamentable pérdida, Fran... Sé lo que era para ti como empleada, sé que respetabas esa eficiencia...

— Era una muchacha aún, tenía tanto por vivir.

— Me alegro de verlos juntos —la voz de Kolstack resonó seca y dura—. Me gustaría hablar con los dos. Venga usted también, Reyes.

Perdón por lo que voy a decir, dijo Cook con suma amabilidad, pero creo que la prensa no debería tener acceso. Si la gente cree que el hospital es un sitio poco seguro, podrían dejar de venir, sería una mala promoción, no sé si me entiende.

Kolstack se volvió y deteniéndose frente al escarabajo amarillo de Olimpia dijo señalando el lugar:

— Como entenderlo, *creo* que lo entiendo. ¿Y le parece a usted, *doctor Cook* —acentuó el título del interlocutor—, que un sitio donde se ha cometido una carnicería como ésta, no es condenadamente in-seguro?

Los ojos acerados del investigador se clavaron en los del mé-di-co, que recibió impasible la mirada.

Más de diez cuchilladas en el estómago, pecho y cabeza. Claros indicios de que ella se defendió o intentó hacerlo, al menos, a juzgar por las cortadas en brazos y manos. Un profundo corte en la garganta para asegurarse de que cuando cayera, caería bien muerta. Cuchillo de carnicero. Buen trabajo.

El detective se puso en cuclillas y fue señalando en la silueta en tiza las zonas de las heridas. Un lago rojo rodeaba la forma de lo que

alguna vez fue la jovencita. Fran se estremeció. Por más que lo intentó no pudo imaginar la escena de Olimpia defendiéndose, gritando sin que nadie la ayudara.

— ¿Quién pudo hacerle algo así? Ella no tenía enemigos.

De eso quiero que hablemos, dijo Kolstack incorporándose y volviéndose hacia Ana, agregó.

— Venga, Reyes, necesito otro olfato. No se preocupe, doctor, ella sabe que debe escribir nada más que lo que se le autorice.

Cook y Ana se miraron midiéndose. El, con un ademán galante, le cedió el paso. Te debo una, Kolstack, pensó ella.

El grupo se encaminó hacia los ascensores. Empleados y público se habían apiñado tras los vidrios para tratar de ver qué estaba pasando.

¿Qué hace toda esta gente aglomerada? ¿Es que hoy no va a trabajar nadie en este hospital?, dijo Cook malhumorado.

— Deje que se acerquen doctor. Solo será unos minutos, luego se abrumarán y se irán. Además, nunca hay que descartar un axioma en criminalística —mientras hablaba Kolstack apretó el botón para llamar al ascensor—: el criminal siempre vuelve al lugar donde mató...

Ana y Fran se miraron nerviosamente entre sí. William Cook no pudo evitar echar un vistazo, antes de que se cerraran las puertas, al grupo que miraba tras las cintas amarillas.

Hicieron en silencio el viaje al quinto piso, cada uno de ellos imbuido en propios pensamientos, en propias reflexiones. Cada uno asimilando temores y dudas. Cuando llegaron al despacho de Fran, Marilyn, la secretaria, con los ojos hinchados de tanto llorar, dijo que uno de los médicos tenía algo que decirle.

— Pásame la llamada, Marilyn... Disculpen un instante, puede ser una emergencia.

Mientras todos tomaban asiento en los mullidos sillones del escritorio, Fran levantó el teléfono. El semblante de la médica reflejó una honda preocupación mientras del otro lado alguien hablaba. Fran agradeció y colgó.

Janet Hernández, una jovencita que ingresó hace dos días por la guardia, acaba de morir, dijo mirando a Cook. Tenía quince años.

— Qué decirte, hiciste todo lo que podías.

Los ojos de Cook recorrieron al grupo a modo de explicación: Fran no puede dejar de sentirse comprometida personalmente con cada uno de los pacientes...

— ¿Y no piensa usted que la muerte compromete de cualquier manera a quienes se encuentran alrededor, doctor Cook?

Kolstack habló mientras jugaba con un cenicero entre las manos.

— Sí, por supuesto, detective —el médico replicó rápidamente—. Pero eso ya atañe a otro tipo de discusión, filosófica si se quiere, que les llevaría más tiempo.

El pensaba, expuso, que los médicos necesitan la mente y el corazón fríos, de otro modo nuestra. Dijo “*nuestra*” y miró directamente a los ojos de Fran. Nuestra actividad nos destruye. Que siempre se lo dice él a Fran: que no se inmiscuya demasiado en la vida personal de los pacientes. Pero ella no hacía caso.

— Es inútil, pobrecita mía —y tomándole la mano sobre el escritorio, se la apretó cálidamente—. Perdón, querida Fran, pero sabes que no me gusta verte sufrir injustificadamente.

Ella sonrió apenas entristecida y retiró la mano. No le agradaba verse expuesta. William Cook no le había hablado a la médica sino a la mujer y eso no le parecía bien. Además, los ojos de Kolstack, más fríos que la escarcha, no se perdían detalle de lo que allí estaba pasando. Y Ana, bueno, Ana entendía, a juzgar por la expresión contrita del rostro.

— Está bien, volvamos a lo nuestro, yo también tengo que ir a trabajar.

Cook impostó cierto tono de declamación a la expresión. ¿Qué quería decirles el detective?

La voz de Kolstack resonó fuerte al explicar que todas las cosas de Olimpia serían confiscadas, incluso la computadora. Un grupo de expertos entraría en unos minutos para comenzar a evaluar todo tipo de indicios. Quería, además, hablar con amigos y compañeros de trabajo de la joven.

— Cualquier dato será bueno, doctora Stevenson, le ruego cooperación...

— Por supuesto, detective. Tiene las puertas del servicio abiertas. Sólo le exigiré, si me permite decirlo así, los cuidados necesarios para moverse aquí. ¿Te parece bien, William?

— Claro que sí, Fran, tú eres la jefa. Yo agregaría otra solicitud: que fuera lo más escueto posible para no demorar demasiado al personal.

Y antes de salir, se volvió:

— Encuentre a al responsable, detective, busque tal vez en un novio despechado, un frustrado amor. La señorita Minopolus era muy llamativa, no sé si lo sabe usted.

Fran tuvo una sacudida. ¿Cómo podía decir algo así William? Olimpia era una empleada muy seria.

Pero al mismo tiempo, joven y provocativa, agregó él con tono condescendiente y un brillo de picardía en los ojos. Bueno, al menos eso había escuchado alguna vez en los pasillos.

Kolstack miró a Ana y le hizo un gesto de hartazgo con los ojos. Me estufa este tío, pensó. Pero se contuvo de agregar más comentarios.

— Claro, entiendo.

Ana se movió quisquillosa hacia adelante. Una joven hermosa y atractiva... Podríamos decir que casi, casi, ella se lo buscó, ¿no, doctor Cook?

— Ay, ay, ay, las féminas defensoras de pobres y ausentes... —la risa de Cook dejó entrever unos dientes espléndidos—. Ya me van a dejar como un machista empedernido —levantó las manos en actitud defensiva—. Será mejor que me retire. Lo dejo en muy buena compañía, detective.

Con un ademán de estudiada elegancia, apretó las manos de todos y se retiró, despidiendo a Ana sin posibilidad de responder como hubiera deseado.

Fran se levantó con un gesto de impaciencia y pidió a Kolstack y a Ana que la acompañaran.

— Vamos al escritorio de Olimpia...

La oficina de la joven era más bien un archivo. Dos de las tres paredes estaban abarrotadas de carpetas perfectamente alineadas e identificadas por la ancha y clara letra de Olimpia. En la otra pared

se ajustaba el aerodinámico escritorio, con una computadora, teléfono y papeles cuidadosamente ordenados. En una repisa sobre la computadora, reposaba una fotografía de un grupo sonriente en algún tipo de fiesta familiar junto a un frasco con unas flores frescas aún, y un aromatizador ambiental. El cuarto muro no existía: era un vidrio de arriba a abajo que daba al pasillo del piso. Los tres recorrieron juntos cada rincón de la habitación, los tres miraron por todos lados en busca de cualquier cosa que les diera un indicio, los tres sintieron que la presencia de la joven aún permanecía en ese lugar.

Fran encendió la computadora, introdujo la contraseña y la pantalla se iluminó, mientras Ana y Kolstack revolían los cajones. Fran revisó los últimos archivos.

— Qué raro...

Kolstack y Ana la miraron.

— ¿Qué pasa, doctora?

El rostro de Fran se frunció con un dejo de frustración.

— Es que anoche, cuando volví de un seminario, encontré en mi teléfono un mensaje de Olimpia.

¿De ella?, preguntó él, ¿anoche?

Sí, estuvo trabajando toda la tarde, recuerda ella, y que le había pedido a la muchacha un informe sobre las últimas infecciones intrahospitalarias que habían tenido. La llamó cuando se iba. Eran las ocho y cuarto. Le decía que había encontrado algo muy importante, que sería una bomba, eso había dicho, cuando lo presentara hoy ante el consejo del hospital.

¿Tenía la costumbre de llamarla a deshora? Fran negó con la cabeza.

¿Le dejó el informe?, Kolstack insistió con vehemencia.

— Eso es lo raro —respondió Fran tecleando infructuosamente—, no lo encuentro. Es más, pareciera que durante todo el día de ayer Olimpia no hubiera trabajado con la computadora.

— Tal vez hizo apuntes a mano.

No, Ana, Olimpia era muy ordenada, todo lo hacía en la computadora.

— ¿Recuerda usted qué decía exactamente el mensaje?

— Lo podrá escuchar usted mismo, Kolstack... Espere un momento.

Fran tomó el teléfono, marcó un número y esperó. Escuchó un instante y le pasó el aparato a Kolstack.

“Hola, jefecita... le habla Olimpia... He encontrado algo realmente fantástico... Lamento que no esté en casa, le hubiera gustado saberlo... Creo que es una bomba que hará saltar para arriba la reunión de consejo... Nos vemos mañana.”

Kolstack escuchó sin inmutarse y luego colgó el teléfono lentamente.

Una bomba... ¿Qué puede ser una bomba para un hospital?

Ana y Fran se miraron sin atinar a saber qué contestar. Ellas también se lo preguntaban.

— He estado pensando que estas siete muertes... —reflexionó Ana abriendo la agenda en la que había un gráfico. Mejor que se los mostrara. Tal vez fuera una tontería, pero que miraran, que miraran aquello.

Kolstack y Fran se aproximaron al escritorio.

Siete casos. Garabateó el nombre de Olimpia al pie de la lista. Con Olimpia eran siete. Cuatro primeros ocurridos en el hospital. Lugar común, ninguno en apariencia, sólo el hospital. Dos de las víctimas, Doreen McDouglas y Mayra Sinekópolis, profesionales de la salud, una psicóloga y la otra bioquímica. La tercera empleada del hospital, Shirley García. La cuarta, Rosalind Chester una paciente ocasional. ¿Veían? Puso un signo a la última porque ella no pertenecía al primer grupo.

Luego estaba el muchacho del correo. ¿Conexiones con las primeras víctimas? Sólo que entre el material que debía entregar había un sobre para el laboratorio de la doctora Mayra Sinekópolis, una de las primeras víctimas.

— ¿Y eso cómo lo supo, Reyes, por un demonio?

Ana le guiñó un ojo al detective

Recursos. Un amigo mío me dio la lista de entregas que esa mañana debía hacer el chico.

— Yo tuve que conseguir una orden del juez para que me la dieran —bufó Kolstack.

— Eso pone a esa muerte dentro del primer grupo, Ana....

La voz de Fran era casi un hilo.

Luego había ocurrido la muerte de Michael.

Nada lo relacionaba con el primer grupo. Esta vez Kolstack no vociferó.

En principio no, dijo Ana, pero tal vez tuviera que ver con fotografías comprometedoras sacadas durante la investigación. Lo puso en el primer grupo. Agregó el nombre de Olimpia a la misma lista y escribió grande

HOSPITAL

Y encerró la palabra en un círculo.

Los tres observaron, abismados, a seis de las víctimas relacionadas entre sí. Bien por Ana, pensó Fran.

— ¿Doctora, en qué dijo usted que Olimpia Minopolus trabajaba?

— En infecciones intrahospitalarias...

¿Y a quién se le ocurriría matar por eso? Ana se frotó el rostro con la mano y volvió a quedar pensativa.

A alguien a quien le preocuparan las estadísticas. Kolstack miró hacia la computadora como si ésta pudiera responderle e hizo un ruido con la lengua.

— Vuelva a poner el retrato hablado en ese diario suyo, Reyes. Y esta vez diga que la policía está tras una pista segura. Diga que yo aseguré que éste sería el último asesinato, que gracias a un informante prácticamente hemos dado con el chiflado.

— Pero, ¿es cierto eso Kolstack?

— No, doctora, pero lo pondremos nervioso. Y cuando la gente está nerviosa, no piensa. ¿Trajo un auto, Reyes?

— Sí, detective, ¿adónde quiere que lo lleve?

— No quiero que me lleve a ningún lado, periodista, quiero que vaya hasta mi oficina. Tiene más de doscientas fotografías de Cicconi para ver...

Kolstack llamó a Rossie y le encargó que entrevistara a amigos y compañeros de la muchacha muerta. Y a Simmons que hiciera lo propio en el barrio donde ella vía, en el gimnasio, entre los vecinos.

Vittorio lo esperaba con una lista de posibles testimonios que aseguraban conocer o haber visto alguna vez al asesino del retrato hablado. Kolstack iría a entrevistarse con Cook. Habían quedado un par de preguntar por hacerle.

Luego de que Ana se fuera, Fran se dirigió al despacho. Al pasar pidió a Marilyn que le hiciera llegar las historias clínicas de Janet Hernández y de Jacqueline Chávez. Necesitaba saber qué había pasado con ellas.

...

Cuando llegó a la delegación, Kolstack se encontró ya a Ana enfrascada en observar las fotografías de Michael. Se desprendía en la actitud de ella una febril ansiedad.

— ¿Y, Reyes?

— He visto todas las de la última semana. Solo cosas convencionales. Pero el último día, al parecer, él vio algo. Creo que son éstas.

Puso delante del detective un grupo de fotos en las que aparecían varios personajes reconocidos con chicas vistosas, rodeados todos de una férrea guardia de seguridad. Las tomas habían sido hechas en el momento de abordar un lujoso yate.

— Estos eran los peces gordos que había pescado Michael...

— El juez Wilson, el senador Petersen... ¡Papá Tino Sargado! Hace mucho que no le veía la faccia bruta a este hampón. ¿Las conejitas le parecen conocidas?

— Las conejitas generalmente son descartables. ¿Y a éste lo conoce?

— Me resulta conocido el gordinflón. ¿No es acaso...? Claro, el jefe, Dan Anguzzi. ¡Mire usted qué bien se conserva! Debe tener cerca de ochenta ya. Y con ese pimpollo... ¿No tendrá miedo que lo acusen de estupro?

— Con razón se perdieron las fotos...

— Claro, Reyes, la fidelidad hace que los cargos se mantengan con clavos de acero, que son sordos y mudos. Al que vio estas fotos en el diario no debe haberle gustado mucho que Michael metiera las narices donde no debía.

— Pero, ¿es posible, Kolstack, que por una fotografía lo hayan matado? ¿Qué habrá detrás de todo esto?

— Un juez de la Suprema Corte, un empresario poderoso de un monopolio editorial, un senador, todos venerables abuelos de la alta sociedad de Toronto, de juerga con un padrino de la mafia... No creo que se trate tan sólo de una salida para tirar una cana al aire, Reyes. Aquí se cocina algo tan gordo que ya me empieza a dar asco de pensarlo.

— Le propongo algo, Kolstack..

Ana empezó a hablar bajo la mirada atenta y vigilante de Kolstack.

DIECIOCHO

Ese anoecer todo fue una vorágine de información. Los noticieros de TV se explayaron en detalles sobre la nueva muerte ocasionada por El Carnicero. En cámara se vio a William Cook haciendo declaraciones con los ojos llenos de lágrimas, en medio de las lamentaciones de los amigos y compañeros de Olimpia. La fotografía de la muchacha apareció con grandes titulares. Se habló de ella, de la belleza, del atractivo. Siempre es preferible para la prensa amarillista, cuando puede destacarse la desaparición de una bella joven. Las feas, gordas y pobres pueden ser menos lamentables. Anunciaban para las próximas ediciones, entrevistas de amigos íntimos y ex-novios tristes y compungidos.

Telejournal, un programa sobre chismes de política y espectáculo, al final de la edición y como al pasar, hizo una especie de homenaje a Michael Cicconi, “colega y amigo de tareas periodísticas” y destacó que entre las pertenencias del fotógrafo “recientemente desaparecido”, se habían encontrado algunas tomas de playas y personajes reconocidos. La fotografía del joven dividía la pantalla con un par de atardeceres en los lagos y una tercera, en la que podía verse desde lejos al juez Alfred Wilson, entrando al yate con Malena Heyers, una vistosa joven que en ese momento se encontraba entre las top models de Canadá. Una aproximación con la cámara mostró al juez volviendo el rostro y saludando a alguien con la mano en alto.

— Quisimos entrevistarnos con el juez Wilson —había dicho el conductor del noticiero—, pero nos fue imposible dar con él. Los allegados dijeron que no estaba ni en los tribunales ni en la casa. Nos preguntamos, ¿seguirá de viaje con la esplendente Malena?

Seguramente, pues el representante de la modelo tampoco quiso suministrar ninguna información.

•••

El plan de Ana estaba dando resultado. Ahora sólo había que esperar. El sobre que anónimamente hiciera llegar a Telejournal, surtió efecto. Ella sabía que ese material sería aprovechado por la prensa. Kolstack, entusiasmado, había preparado el sobre personalmente.

Ana apagó el televisor y sirvió más vino al detective, que se repantigó en el mullido sillón y se despezó sin preocuparse por parecer poco elegante.

— Bueno, Reyes, la primera parte del plan, se cumplió. Quienes gustamos de la pesca sabemos que para cada tipo de pez hay que usar un sedal distinto. Creo que elegimos bien. Ahora nos queda esperar a que piquen los peces de los que hablaba ese buen amigo suyo.

Ana, Fran y él habían quedado en reunirse esa noche en casa de Ana pero la médica se había excusado. Al otro día sería el sepelio de Olimpia y ella no se sentía con ánimos de salir. Los padres de la joven habían viajado desde Atenas y llegaban esa misma noche al aeropuerto Pearson y Fran iba a ir a recibirlos. Debía estar preparada para los tristes momentos que esperaban a todos los que habían conocido y querido a la joven.

Ana trajo la pizza con aceitunas negras que había preparado ella misma. Se había tomado el tiempo para preparar la masa y cortar la cebolla de verdeo en finas tiras, que había rehogado lo suficiente en aceite de oliva. Las aceitunas negras y el abundante huevo duro sobre la mezcla de muzzarela y sardo quedaron espectaculares.

— Está buena...

Rizo se había sentado junto a Kolstack y lo miraba fríamente. El detective se movió inquieto ante la empecinada actitud del animal.

— ¿Nada más que eso me va decir, después de lo que trabajé?

— ¿Y qué más necesita que verme comer? Las mujeres siempre quieren más —señaló al gato—. ¿No puede decirle que deje de mirarme tan fijamente?

— Lo está estudiando, no se preocupe, hace así con todos los extraños —Ana se sirvió un pedazo de pizza—. Al final de la noche sabremos si lo aceptó o no.

En ese momento sonó el teléfono. Era Marcos.

— Ana querida...

— Marcos... ¿co..., cómo estás? —tuvo que tragar para poder responder— Perdona, estoy comiendo...

— No quiero molestarte. Sólo quería escucharte. Hoy casi no te vi en la redacción.

— Es que tuve mucho trabajo, pero dejé el material en boca para una primera plana...

Le pareció tonto tener que dar explicaciones delante de Kolstack. Pero éste arremetía contra un nuevo pedazo de pizza y peleaba con los hilos del queso entre los dedos pringosos de aceite.

—No te llamo por eso, sino simplemente para escuchar tu voz y saber que estás bien... ¿Te apetece un café, ya que has comido?

— No, lo siento, Marcos, pero estoy muy cansada, ha sido un día duro para mí. Otra vez será.

— ¿Qué hacías?, ¿escuchabas música, veías televisión?

— ¿Televisión?

Kolstack hizo un ampuloso gesto negativo con la cabeza mientras masticaba ruidosamente y le daba un pedazo de queso al gato.

No, televisión no había visto, por qué, preguntó.

— Por nada, simple curiosidad, amor, simple curiosidad. Hasta mañana, que duermas bien.

Ana musitó unas gracias apenas audible. Las manos de Marcos volvieron a hacerse palpables sobre la piel y una sensación cálida le subió hasta el vientre.

— ¿Novedades?

La voz de Kolstack sonó casual pero fue suficiente para hacer desaparecer la sensualidad de la evocación.

— Ninguna...

— ¿Ese jefe suyo no habrá visto Telejournal pero no se atrevió a preguntarle claramente?

Los ojos del detective se demoraron en la textura de la pizza...

— ¿Usted cree?



A primera hora de la madrugada, una patrulla comandada por Simmons se dirigió a la casa del juez Wilson. En la propiedad no había nadie. Solamente un casero dijo a la policía que la familia había salido la noche anterior y que suponía que se dirigían a la casa de fin de semana, en Powasan.

— Jefe, el juez no está —la voz de Simmons interrumpió las abluciones matinales de Kolstack.

— Voló el pájaro... Maldito sea, debimos haberlo hecho ayer.

— Tiene una casa en Powasan. El casero piensa...

El detective salió para el pueblo de Powasan, una pequeña localidad de apenas 1.800 habitantes. El viaje duró más de cuatro horas y media de marcha regular hacia el Norte en línea recta. La ruta 11 estuvo bordeada de apretados bosques, de altísimos árboles en la mayoría coníferas en cuyo negro corazón convivían animales que solamente se ven en las películas de acción. Los carteles así lo anunciaban: ciervos, lobos, osos, alces, entre los más destacados. Los anuncios expresaban que había que andar con precaución, no sólo de no acampar en solitario ni adentrarse o detenerse, sino también, de andar a mucha velocidad, pues en forma desprevénida estos animales solían cruzar las rutas y provocar accidentes debido al gran tamaño de muchos de ellos.

Con el espíritu algo excitado por la magnificencia del paisaje boscoso, rocas de extrañas texturas y lagos, gran cantidad de lagos aportando magia, doblaron hacia la carretera 534 y llegaron a Cedar Grove. Cedar es cedro en inglés. Y eso se encontró Simmons: un sitio paradisíaco lleno de árboles. Cedros de todas clases además de mil variedades de pinares y álamos, incomparables álamos blancos, junto a un lago enorme y sereno, limpio y espejado.

Menudo sitio para pasar los fines de semana. Simmons codeó a Rossie, que como copiloto, había ido indicando los lugares señalados en el mapa desde que salieron de Toronto.

Un hombre de seguridad les cerró el paso.

— Policía de Toronto. Somos los detectives Simmons y Cheddar. Deseamos hablar con el juez Wilson.

— En la casa no hay nadie.

— ¿Sabe usted dónde podemos localizarlo? —Rossie puso el peor rostro para preguntar.

— No tengo la menor idea, señora.

El coche patrulla hizo marcha atrás y entre maldiciones, los dos investigadores rehicieron el camino que ya no les pareció tan espectacular.

•••

Dos días después, los acontecimientos se habían precipitado. Telejournal había proseguido con la “investigación”, y, envalentonado por la desaparición del juez, había conectado sin más, la fotografía con el asesinato del fotógrafo. El anónimo informante había suministrado bastantes indicios, claro que esto no se dijo al aire. El telenoticiero daba cuenta, además de denuncias dejadas sin efecto, acerca del enriquecimiento ilícito del magistrado que, amparado en las relaciones con las altas esferas del poder, se había escabullido saliendo ileso de las investigaciones.

Luego de muchas consultas con los editores, Los Soles apenas había colocado un recuadro comentando el hecho escuetamente y atribuyendo las informaciones transmitidas como una exclusividad del programa televisivo. Pero esta vez Ana no tuvo que escribirlo. Llegó redactado desde arriba.

Buscado por todos lados, el fiscal dictó una orden para que el juez compareciera amparado en los fueros de la magistratura. La familia Wilson tampoco parecía saber nada.

Al juez se lo había tragado la tierra.

•••

La señora Maclearens se acomodó el chal que llevaba sobre los hombros y entró a la delegación policial. Era una persona pequeña, de edad indefinible, conocida en las dependencias policiales por constantes denuncias. Gritos del vecindario, niños malcriados, perros que ensuciaban las veredas en medio de la indiferencia de los dueños, personas de mal vivir que cortaban flores por la noche.

— Quiero hablar con el detective en jefe.

— No está.

El agente miró fascinado el cabello naranja vivo de la mujer.

— Pues busque al que le sigue —replicó la señora Maclearens con viveza.

—Tampoco está.

— Quiero hablar con alguien, inmediatamente... Debo comunicar algo muy importante.

La voz comenzaba a aumentar decibeles, lo que significaba un escándalo en puerta. El agente, resignado, marcó un número.

— Aló, aquí el agente de guardia, oficial Barton, aquí hay una señora que quiere verlo.

El hombre hizo un gesto con la boca, ocultando la sonrisa y le dijo a la mujer que pasara.

Adentro las distintas tareas de cada uno de los detectives y oficiales, moviéndose, discutiendo, tomando declaraciones o hablando por teléfono y tomando café entre risas y bromas, hacían que aquel ámbito pareciera un hormiguero enloquecido con humo.

La señora Maclearens se detuvo frente al escritorio que llevaba el nombre de Barton. Este levantó la vista e hizo un gesto de impaciencia. Junto a él, Vittorio lanzó por lo bajo una carcajada sofocada.

— ¿Señora? —la voz de Barton era de resignación.

— ¿No me hace sentar?

— Sí, por supuesto, siéntese, por favor.

— Gracias. Yo ya hablé con usted alguna vez...

— Creo que sí, vamos al grano, por favor, señora...

— Maclearens...

— ¿Cómo?

— Me llamo Dana Maclearens... Dana, como la agente de los Expedientes X...

Varias risas se escucharon entre el ruido del ambiente.

— Conozco al asesino...

— ¿A qué asesino?

— Al carnicero, al que acuchilla a la gente...

La voz de Barton siguió adormilada

— ¿Ah, sí? ¿Y de dónde lo conoce, señora Maclearens?

— De mi barrio. Va todas las mañanas a comprar el pan fresco

a una panadería que hay frente a mi casa. Vive a dos cuadras de Dufferin con la madre.

•••

La orden de captura del juez Wilson seguía en pie. Se habían practicado, sin resultado alguno, allanamientos en distintas casas de la familia. El abogado defensor del juez se presentó ante el fiscal y pretendió negociar la entrevista, pero el intento fue infructuoso. Sólo la presencia del juez podía detener a la prensa.

Kolstack estaba empecinado, no podía ser que se lo hubiera tragado la tierra. Había dispuesto que las salidas del país, aeropuertos y estaciones, estuvieran día y noche custodiadas, y los hombres barrían prácticamente todo Toronto, buscando en los sitios a los que frecuentaba el hombre, clubes privados inclusive. Había sido en vano.

Ana fue a hablar con el cuidador de la gran casona familiar. Este había vuelto a asegurar que el juez estaba en la residencia de campo. El hombre le había dicho esto luego de escuchar la historia de Michael y el triste final. Y se había conolido del más débil. Maravillosa solidaridad, había pensado Ana, que hacía que los hombres más desprotegidos se aúnen entre sí para luchar contra los poderosos.

Cuando se lo contó a Kolstack, éste impartió la orden.

— Iremos otra vez a Powasan. Es el único sitio que no se ha barrido como se debe.

Simmons y Rossie se miraron consternados. Otras cuatro horas de camino en una búsqueda que sabían sería infructuosa.

Esta vez el detective en jefe y la periodista viajaban en uno de los cinco coches patrulla. Llevaban la orden de allanamiento. En esta oportunidad rastrearían como era debido.

Cuando llegaron a la casa, agotados de ver y comentar la turgencia del paisaje, fueron detenidos por el casero, un hombre de color que les cortó el paso.

— Traemos una orden de allanamiento. Soy el detective en jefe Kolstack. Abra.

— No encontrará a nadie. La casa está vacía.

— No se lo he preguntado. Abra o le echamos el portón abajo y usted se viene con nosotros por desacato a la autoridad policial.

Las enormes puertas de Cedar Grove se abrieron de par en par. No hay nada como el ejercicio de la dialéctica, dijo el detective en voz alta antes de impartir la orden. Los coches policiales entraron en la finca por un acceso bordeado de alamedas y farolas.

Kolstack y Ana bajaron. El detective impartió órdenes y fue rodeado el casco de la casona. En el instante en que un agente se disponía a romper la cerradura, el casero llegó corriendo con las llaves en la mano.

Adentro, la casa parecía dormir. Impecables y relucientes, las distintas habitaciones se fueron abriendo al paso de los investigadores. El gran recibidor daba a distintas estancias suntuosas y de gran imponencia. El escritorio estaba cerrado. La enorme puerta de roble repujado, parecía inexpugnable. El casero no tenía las llaves de las habitaciones interiores.

— Soy nuevo, estoy a cargo de la casa desde la madrugada de ayer...

Los hombres de Kolstack rompieron la cerradura con una barra.

La habitación estaba en penumbras. Un olor dulzón impregnaba el aire. Ana sintió que el estómago se revolvía antes de poder ajustar la vista a la semioscuridad.

Junto al escritorio, tumbado hacia atrás como si un sueño fulminante lo hubiera hecho sucumbir, se encontraba el cuerpo de un hombre con una escopeta de caño recortado entre unas manos laxas. Tenía destrozado el rostro y parte de la cabeza, de la que quedaban unos mechones de cabello plateado y lo que veía de él era tan sólo una masa sanguinolenta que comenzaba a descomponerse.

— ¡El juez Wilson! —exclamó el casero en medio de arcadas que le provocaban las náuseas.

•••

Gran conmoción provocó la noticia de la muerte del juez. Los diarios, con grandes titulares, ocuparon las primeras planas con el asunto.

**SE DISPARÓ UN BALAZO EN LA BOCA
CUANDO IBA A SER DETENIDO.
SE SUICIDÓ EL JUEZ ALFRED WILSON**

Se encontraba prófugo de la justicia tras ser considerado el principal sospechoso de instigar el asesinato del fotógrafo Michael Cicconi.

La confesión de la mujer de uno de los principales custodios, el policía retirado Pelliza, declaró que éste trabajaba para Wilson. Tras recibir el golpe del knock-out cuando las fotos del affaire con la modelo fueron publicadas, Wilson tardó algo, demasiado, en comprender cabalmente que había sido puesto fuera de combate. Traicionado y abandonado, tal vez amenazado para que no abriera la boca, un Wilson al que habían persuadido de poner bajo la titularidad de otros o vendido las empresas que nunca tuvo a nombre suyo ni había reconocido, seguía confiando en amigos. Hasta que al llegar aquella partida de policías a la casa de campo en la que se ocultaba, comprendió que estaba perdido. Las amenazas habían sido claras: la familia sufriría las consecuencias. Y él no podía imaginarse amedrentado en una celda, temiendo cada día el momento de ir a la ducha. Y tampoco podía imaginarse sucio, ni sufriendo humillado, por lo que, según la mujer, puso drástico fin a esa carrera, evitando el escándalo.

De la misma manera en la que el nombre e imagen habían irrumpido en los medios, monopolizando portadas, de repente desaparece dejando decenas de interrogantes sin respuesta.

El juez penal Joe Louis Margueritte, que investiga el asesinato del fotógrafo Cicconi, había ordenado el viernes la captura de Wilson, al recibir testimonios de que fue Wilson quien instigara el homicidio.

A partir de ese momento Wilson, de 52 años, acusado reiteradamente de actividades mafiosas, se había ocultado. Varios procedimientos policiales para capturarlo habían fracasado.

Los titulares y espacios dedicados a la muerte del magistrado, fueron incontables.

El juez actuante, sin detenerse a hacer demasiadas investigaciones, caratuló el caso

SUICIDIO

Y lo dio por cerrado, a pesar de que diarios y personalidades de la oposición dudaban que realmente aquél hubiera sido el cuerpo del magistrado. Se especuló con que Wilson había partido al extranjero y que en lugar suyo habían colocado un cuerpo de otro, en un claro manejo al mejor estilo de la mafia con la que alguien alguna vez había relacionado al magistrado. Empero, las cosas quedaron cerradas y el caso no volvió a reabrirse más: Michael Cicconi había expuesto a Wilson y éste, acosado ante la sociedad y la familia, abrumado y deprimido, se había volado la cabeza. Punto final.

•••

El agente Barton se tomó el trabajo de pasar en limpio el informe de las llamadas que se habían recibido relacionadas con El Carnicero. Eran casi un centenar y seguían llegando. En la mayoría se trataba de casos inmediatamente desechables pues en cuanto se los interrogaba, aparecían datos que desestimaban la información. En las grandes ciudades existe una increíble cantidad de personas deseosas de acceder de algún modo a la notoriedad.

De todo el informe, leyó Vittorio, quedaban tres personas que decían conocer a El Carnicero y cuyos testimonios había que verificar.

La primera de ellas era de un hombre que había llamado desde Scarborough. Aseguraba conocer al asesino. Vittorio se había trasladado hacia el domicilio, un shelter, un edificio del gobierno para asistencia de ancianos, agrisado por los años. El sospechoso había resultado ser Ronald Davis, ex-convicto que gustaba aterrorizar a los vecinos de departamento con historias de crímenes y atrocidades. Había hablado, en rueda de amigos, sobre los asesinatos cometidos por El carnicero, atribuyéndoselos. Cuando Vittorio fue a verlo, se encontró con un delgadísimo y pálido anciano de ochenta años, con mal de Parkinson y un rancio olor a alcohol, prácticamen-

te inmovilizado, ya que una lesión en una de las piernas le afectaba el caminar y cuando lo hacía, debía ayudarse con un trípode. El hombre no salía del edificio desde hacía varios años.

El segundo de los testigos era un niño de 10 años, Bobby Driscoll, que había contado al agente que lo atendió por teléfono, que conocía a El Carnicero, que era amigo suyo y que solía frecuentar un campo de juegos de béisbol al que él mismo asistía. Cuando fueron a investigar, la madre de Bobby había desestimado la versión dada por el hijo. Bobby era muy conocido por la manía de contar historias inventadas. La mitomanía del niño le ocasionaba constantes problemas no sólo en casa sino en la escuela. La madre aseguró que todo era una invención, no sólo la de un amigo asesino sino también la del campo de juegos, que no existía. Bobby tenía una afección cardíaca que le impedía hacer deportes, por lo tanto la historia se vino estrepitosamente abajo.

Finalmente, la tercera persona, era la señora Maclearens, conocida por charlatanería y divagaciones acerca de enemigos existentes e inexistentes. De todos modos, Vittorio se llegó hasta allá.

La mujer vivía en una casa miserable, rodeada de una veintena de gatos. Con los felinos de todo aspecto, color y tamaño pasándole por encima, el detective se había tomado la limonada que la mujer se empeñó en convidarle.

Vittorio sacó la libreta de notas y sin mucho entusiasmo se preparó para nada.

— Yo conozco al asesino, de veras, detective... —la voz atiplada de la señora Maclearens restallaba de entusiasmo, haciéndola ahogar de emoción. Nada había que le produjera más satisfacción que un agente policial escuchándola atentamente.

El detective sorbió el jugo, que venía bien luego de los horribles cafés de la oficina.

— ¿Sabe quién es, cómo se llama? —la pregunta sonó desgana.

— Sí, claro que lo sé... He investigado debidamente, como que me llamo Dana, como la de...

— Sí, la de los Expedientes X, la escuché los otros días.

— Exacto, detective... Yo conozco a ese muchacho, lo reconocí

por el diario. No es nada simpático. Pasa por aquí para comprar el pan todos los días... Una vez él pasó y me dijo que si no quería regalarle alguno de mis mininos, que él sabía que yo tenía muchos. Y así lo hice, le regalé a Moisés, uno de mis favoritos. Un atigrado de ojos verdes, precioso. Se lo di porque en ese momento me pareció un chico bueno, tan limpio, tan educado...

— ¿Y qué pasó entonces, señora? —inquirió casi indiferente Vittorio sacándose de encima un gato amarillo que se empecinaba en subírsele hasta el hombro.

— Que a la semana vino y me pidió otro, porque Moisés se había escapado, me dijo.

A ella le había parecido raro, contó la mujer, pero la gatita había tenido cría y le dio otro. A los pocos días el muchacho llegó diciendo que también se había escapado. Pero luego le pidió otro más, siempre con la misma historia de que se le escapaban. Así le dio tres, no, cuatro. Hasta que un día pasó la madre y le pidió por favor que no le regalara más gatos porque, en verdad, todos se le habían muerto. Unos envenenados, otros despanzurrados, otros degollados.

— Ese carnicero mató a mis gatitos. Hice averiguaciones en el vecindario, por mi cuenta y pude confirmarlo...

Los ojos de la mujer se humedecieron y las lágrimas se precipitaron por el rostro. Vittorio se aburría ya demasiado.

— Está bien, señora, cálmese, por favor. ¿Sabe usted el nombre del muchacho?

— Sí, se llama Johnny Birman. Vive dos cuadras al sur, en esta misma calle, en el 1465, en el piso diecisiete.

Vittorio se despidió de ella y salió de la casa sacudiéndose los pelos de gato que tenía por todos lados. Subió al coche atajándose con los dedos un estornudo y se dirigió al 1465 de Dufferin Street. El edificio estaba rodeado de un parque bien cuidado. Para acceder a él se decidió por la primera de las entradas. Bajó del coche y se dirigió al intercomunicador. Apretó el que estaba marcado como administración. Esperó y la voz ahuecada de una mujer con escasez de buenos modales preguntó quién era. La policía, espetó Vittorio.

Le abrieron.

La encargada lo miró con cierto temor reverencial. Hay personas que ven un policía y husmean líos, pensó Vittorio.

— Busco el departamento de la familia Birman.

— Es el 1706, pero ella no está...

— ¿Ella?

— La madre... Tal vez esté el hijo, Johnny, pero...

— Subiré...

— No le abriré. Es un chico enfermo, la madre no le deja abrirle a nadie.

— Lo intentaré, de todos modos.

— ¿Es por el asunto de los gatos? Aparecían por todos lados, en pedazos... Un asco le cuento.

Algo así, dijo Vittorio dirigiéndose al ascensor.

Ya en el pasillo no demasiado pulcro, Vittorio buscó el 1706. Golpeó.

Adentro se escucharon unos pasos caminando sobre la alfombra mullida.

El policía volvió a golpear.

— ¿Quién es? —dijo una voz trémula desde adentro.

— La policía...

Silencio. Vittorio se acercó más a la madera de la puerta.

— Mi mamá no está... —la respuesta fue nerviosa, apenas audible.

— Ábreme, sólo quiero hacerte algunas preguntas...

— ¡Le he dicho que m... m... mi mamá no... no está!

Por la voz, el hombre parecía a punto de llorar, a punto de sufrir una crisis nerviosa.

— Va... váyase, váyase...

Vittorio tenía sobrada experiencia para saber cuándo un asunto se ponía espeso. Decidió consultar con la jefatura para no llegar a mayores con el muchacho. Si el chico estaba enfermo podía haber problemas. Y todo por unos estúpidos gatos.

— Mira, Johnny... ¿Te llamas Johnny, verdad?

De adentro solo llegó una respiración entrecortada y anhelante.

— Sssí...

— Volveré cuando llegue tu madre... Sólo queremos hacerte unas preguntas... ¿Me escuchas?

Adentro, Johnny Birman sintió que el cielo y la tierra se juntaban para aplastarlo. De esto era de lo que le hablaba el doctor. El jadeo se hizo áspero y sólo comenzó a regularizarse cuando escuchó los pasos del policía alejándose rumbo al ascensor. Transpirado y nervioso corrió al baño a lavarse exasperadamente las manos.

Vittorio llegó al hall del edificio y se dirigió a la oficina de administración.

La mujer lo miró somnolienta.

— ¿No le abrió, verdad?

— No, pero dígame, señora... ¿Este rostro le parece familiar?

El corpulento policía había sacado un papel y lo desplegaba ante las narices de la mujer.

— Sí, claro, qué buen dibujo... Es Johnny, Johnny Birman, el muchacho del diecisiete...

DIECINUEVE

María Méndez parecía una mujer joven aún para la edad. Había llegado a Toronto tres años atrás, procedentes de Guatemala, con la hija Yolanda y Aarón, el hijo de ésta. Como todo recién llegado habían entrado por Estados Unidos por la frontera de Fort Erie, donde habían pedido refugio. Las dos mujeres habían aceptado el sistema de welfare que les habían ofrecido y durante unos meses vivieron, aunque económicamente apretadas, saliendo del paso. Aarón estaba concurriendo a la escuela católica y comenzaba a insertarse en la nueva sociedad canadiense. En la escuela había una numerosa comunidad latina o hispanohablante, de modo que no había sido traumático para él aceptar, al igual que muchos de los compañeros, las reglas de juego en las que la primera premisa sería aprender el inglés.

Así estaban hasta que Yolanda, la madre de Aarón, había conseguido un trabajo en una casa de familia española, en la que vivía de lunes a viernes. Aarón se acostumbró a no ver a la madre y a convivir solamente con la abuela, con la que tenía una excelente relación.

— ¿Quieres tortilla? —había preguntado la mujer amorosa, deleitándose de antemano por la mirada ávida que siempre aparecía tras esa palabra.

Pero el gesto del niño, indiferente, le alcanzó un rostro pálido y tristón. Aarón no resplandecía como tantas veces. Aquél era un Aarón que ya no rebotaba por la pieza sazonándolo todo con naranjas y travesuras o con besos de gusto a caramelo.

— Me duele la cabeza, abuela. Aquí. No tengo hambre.

Rechazó el plato amorosamente colocado frente suyo y pidió permiso con la mirada. Todo él fue un lento, lentísimo caminar, casi un transcurrir hacia la pieza.

¿Cómo podía ser eso si el médico de guardia anoche lo había mandado de vuelta con la sola prescripción de Tylenol?

Este chico está enfermo, yo digo que está enfermo, se preocupó María.

Aarón se había acostado. La abuela se sentó al lado y le acarició despacito ese mechón que se empecinaba en caer sobre la frente querida. Presa de la preocupación dispuso el desfile usual de remedios caseros. Hicieron aparición las tisanas, las compresas, el yuyo que sirve para cualquier cosa. Pero al besarlo para darle las buenas noches, antes de acostarse en la camita de al lado, María sintió que la fiebre del niño le quemaba los labios.

En la pequeña habitación que ambos compartían se escurrió un tiempo cargado de sombras y silencios, ese tiempo que siempre pasa lento cuando hay un chico enfermo.

Y María fue nuevamente madre, una madre que velaba el sueño inquieto de un niño que no pidió, como todas las veces, ese cuento que lo llevara de la mano al país encantado de los globos de color, de los héroes del espacio, o de la magia de los tres príncipes encantados con caras de sapo.

La madrugada estiraba ya unos brazos pálidos que llenaron la habitación de gotas de luz. Y las sombras se habían retirado hacía bastante ante la llegada de los primeros murmullos de los pájaros. Un quejido desde la otra cama la sobresaltó. Aarón se estremecía presa de una convulsión. Tenía los ojos apretados, la boca convertida en una línea soltaba entre las comisuras un fino encaje de espuma, el cuerpo arqueado en una posición irreal. María pidió ayuda a los gritos. Los vecinos llamaron al 911.

La ambulancia que atravesaba la mañana como queriendo vencerla, se insertaba con la sirena en el febril movimiento de la hora, pero hería como una oscura premonición el corazón de María.

Los ojos del médico de guardia cargados de impotencia, el gesto grave, le indicaron a la mujer que no todo está bien.

— ¿Desde cuándo está así?

Le explicó. Le dijo que había estado la noche anterior en la guardia, de cómo había estado triste y dolorido. Incluso de los yuyos y ungüentos le habló.

— Creo que es una meningitis, señora. Se hará todo lo posible.

La terrible palabra que cayó como un mazazo sobre los hombros, la obligó a sentarse. No podía ser. Ese nieto suyo no podía tener eso, ese médico exageraba.

Aarón Méndez, 8 años, guatemalteco, status de refugiado, es pasado a las once de la mañana a Cuidados Intensivos. Está inconsciente, con 39,8 de fiebre, con principio de deshidratación.

El médico de guardia lo revisa. En el examen neurológico hay síntomas de encefalitis. Rigidez de cuello, obnubilación, parálisis de los músculos faciales, vista fija, no reacciona ante los estímulos.

Análisis. Sangre, orina completa. Se indica punción lumbar.

Lori, la encargada de enfermería recibió el escrito de la guardia junto con el niño. Inmediatamente llamó al médico encargado del piso, Tom Blanstein y le preparó todo para la punción.

Cuando el médico llegó, convenientemente vestido y colocándose los guantes, ya Aarón estaba colocado de costado, inclinado hacia adelante, con la cabeza casi tocándose las rodillas, semiinconsciente. Lori pasó al médico la jeringa con el trocar, una aguja especial para realizar la maniobra.

La punción lumbar está indicada cuando hay riesgo encefálico. La necesidad de que el paciente esté sentado o inclinado hacia adelante es porque de ese modo se palpa mejor el canal intervertebral del que va a extraerse el líquido cefalorraquídeo.

A Blanstein esta práctica siempre le resultaba angustiante, sobre todo cuando el paciente era un niño. Una punción implica riesgos, es cruenta, dolorosa. La maniobra debe ser limpia, efectiva para no dañar al enfermo. El médico observó bien la zona, palpó con el dedo el espacio intervertebral y colocó la aguja. Cuando estuvo bien seguro de que estaba en el lugar correcto, quitó la jeringa. Lori le alcanzó entonces el tubo que recogería el líquido, que comenzó a salir naturalmente por la aguja.

El líquido cefalorraquídeo debe ser transparente como cristal de roca. Si apareciera purulento, opaco, opalescente, con o sin

burbujas, sería un dato característico de una infección bacteriana. Si apareciera con sangre podía ser cualquiera de dos cosas: una hemorragia cerebral o una mala extracción.

Con la certeza de que el cuadro era riesgoso, Blanstein pasó a Lori el frasco con un líquido lechoso, opaco, amenazadoramente dañino. La enfermera enseguida lo selló y lo colocó en un recipiente refrigerado para que se lo llevara el personal del laboratorio que ya esperaba tras el vidrio. Al menos no había sangre visible en él.

El médico quitó cuidadosamente la aguja de la espalda de Aarón, que se quejó más por reflejo que por otra cosa. Lori lo acomodó amablemente y lo cubrió con la manta. Los ojos del pequeño permanecieron cerrados.

•••

Kolstack estaba en el coche cuando recibió la llamada de Vittorio.

— Creo que lo encontramos, jefe. Tengo una identificación positiva.

— Bingo.

Que no se moviera de allí fue la orden. Kolstack dispuso por radio que los móviles que estaban en los alrededores confluyeran y pidió una patrulla de refuerzo. Llamó a Ana y puso primera rumbo a Dufferin Street 1465.

Una vez en el lugar, las calles aledañas se cortaron mientras agentes entraban en el edificio dispuestos en escaleras y estacionamientos. El edificio era grande pero sólo tenía dos salidas hacia la calle.

Impuesto de la situación, Kolstack, Rossie, Simmons y Vittorio se dispusieron a subir. En ese momento llegó Ana.

— Usted se queda, Reyes, pero creo que lo tenemos.

— Ni lo piense, yo quiero subir. Quiero verle la cara a ese miserable. No puede dejarme acá...

— No hay trato. No puedo arriesgarla. No sabemos con qué saldrá este chiflado. Recordemos todos que si es él, vamos a encontrarnos con un tipo peligroso.

Un revuelo entre el grupo de vecinos que comenzaba a juntarse, hizo que el detective se volviera. Una mujer rubia, de algo más de cuarenta años llegó corriendo hasta el grupo y los agentes le impedían el paso.

— Es la madre del muchacho, yo le avisé al trabajo... —dijo la encargada a Vittorio.

— Tráela.

Megan Birman, con la cartera apretada contra el pecho se acercó al grupo.

— ¿Qué pasa, oficial, de qué se trata todo esto? ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

— Soy el detective Kolstack, señora...

— Mucho gusto... —la voz quebrada de Megan se sintió atravesada por el miedo.

— Sólo queremos hablar con su hijo.

— Pero, de qué, mi Johnny no ha hecho nada.

— Tal vez no sea nada, señora, le ruego que colabore. Necesitamos interrogarlo.

Sin más, el detective se dirigió a los ascensores. Vittorio apretó el 17. El silencio solamente fue roto cuando Megan se sonó la nariz en un pañuelo de papel.

Cuando llegaron y las puertas se abrieron, Rossie y Simmons se colocaron al lado de la puerta, con las armas reglamentarias en la mano.

— ¿Qué es esto? —los ojos de Megan se abrieron de terror— No voy a abrir si intentan hacerle daño a mi chico.

— Guarden las armas, pero manténganse expectantes... —la voz de Kolstack sonó más opaca y oscura que de costumbre— Abra, señora...

Megan Birman buscó las llaves en la cartera durante unos minutos. Se le cayeron unos papeles que Vittorio recogió y en medio de miradas de recelo, la mujer metió la llave en la cerradura.

— ¿Mamá? —se escuchó una voz aniñada y temblorosa— ¿Eres tú?

— Sí, soy yo, pajarito... —la cerradura hizo clic y Megan empujó la puerta.

Kolstack y los demás irrumpieron detrás de la mujer, que avanzó con paso vacilante.

— ¡Mamá!

— No te preocupes, hijito, no es nada... Estos señores sólo quieren hablarte...

— No, no... —dijo Johnny antes de salir corriendo a encerrarse en una habitación.

Los cuatro oficiales conformaban un grupo muy compacto dentro del pequeño recibidor de la casa. Kolstack miró a Rossie y le hizo un gesto de asentimiento que ella entendió. Era el del retrato. Solamente que mucho más joven, más frágil, pensó la detective.

— Lo han asustado, ¿vieron ustedes?

— Señora, llámelo.

—No saldrá si los ve a todos... Le teme a la gente, le aterran los desconocidos.

—Está bien —dijo Kolstack—, Chedar conmigo, Simmons y Vittorio, quédense junto a la puerta, sin cerrarla. Chedar, no, siéntese allá.

Kolstack puso la mejor cara angelical, personaje que no le cuadraba mucho, y mirando a Megan le preguntó:

— ¿Está mejor así?

La mujer, que no había dejado aún la cartera, se dirigió a la habitación en la que se había encerrado el muchacho.

— Johnny, pichoncito —el silencio se cortaba—, querido, contéstale a mamá, sabes que no me gusta que no me respondas cuando te llamo...

La voz de la mujer, si bien quebrada y doliente, trascendía autoridad y hasta un cierto grado de enojo.

— Ma... ma... ¿mamá?

— Ven acá, Johnny Birman... ¿O tendré que llamar al doctor Vanderverd para que salgas?

Se escuchó la llave en la puerta del cuarto. La puerta se abrió lentamente. Unos pasos vacilantes recorrieron el pasillo. Johnny Birman estaba ante el grupo de investigadores, con los ojos desmesuradamente abiertos y con el espanto pintado en el rostro. Un hilo de saliva le brillaba en la comisura de la boca, que se abría y se cerraba como evidenciando falta de aire.

Megan corrió hacia el hijo y lo abrazó enternecida, acomodándole el cabello y la ropa como a un bebé.

Johnny Birman era un joven de aproximadamente un metro setenta y cinco, de musculatura escasa sin llegar a ser demasiado delgado. El cabello rubio se pegaba al cráneo transpirado. El rostro era como el del retrato hablado, enjuto y lacio, sólo que los ojos, los ojos eran los de un animal lastimado, dispuesto a lanzarse ante el menor síntoma de riesgo.

Kolstack y Rossie estaban sentados en sillones separados en medio de los cuales había una mesa de centro con una estatuilla de porcelana fría en la que se veía a una niña con una flauta. Frente a ellos, de espaldas a un gran ventanal que tenía las cortinas corridas, había un sillón de tres cuerpos con almohadones de diferentes colores. Tras la ventana podía observarse la baranda del amplio balcón que se abría al estacionamiento y parque del edificio.

Megan trajo al hijo hasta el sillón grande donde ambos se sentaron muy juntos y tomó con las suyas las manos las de él. De golpe, Johnny se levantó de un salto y presa de una gran exaltación, corrió hacia el interior.

Kolstack y Vittorio se lanzaron tras él, pero la madre los tranquilizó. Va a lavarse las manos, les dijo, lo hace constantemente, sobre todo cuando está nervioso.

Kolstack iba anotando mentalmente los rasgos de la personalidad de Birman. Mientras le hacía una seña a Simmons de que no lo perdiera de vista, se dijo que el perfil psicológico iba cuadrando lenta y dolorosamente. Pero, ¿sería ése El Carnicero? ¿Podía ese muchacho aniñado, pusilánime, blandir un cuchillo y masacrar a una víctima indefensa, dejarla en un charco de sangre y volver a la casa sin más, a refugiarse en los brazos de mamá?

Cuando el agua del grifo del baño dejó de escucharse, Johnny Birman volvió. Kolstack le miró las manos enrojadas de tanto frotárselas.

— Johnny, tengo que hacerte unas preguntas...

— Ma... má... —había una súplica en los ojos de niño de Johnny.

— ¿Fuiste alguna vez al laboratorio de la doctora Sinekópolis?

La cabeza del muchacho bajó ostensiblemente como negándose a seguir escuchando.

— Los lobos, los lobos... —las palabras salieron como en una cantinela.

Kolstack sintió que los pelos de la nuca se erizaban. Lobos. *“Tal vez se la comió el lobo”*

— ¿Qué lobos, Johnny?

— Los lobos vendrán, me dijeron, los lobos me comerán... Mamá, imamá! —se arrojó en los brazos de Megan estremecido de temblores— ¡No dejes que me coman, por favor, mamá!

— Tranquilízate, Johnny, nadie te hará daño —el detective sentía que la entrevista se estaba yendo de cauce y que podía llegar a convertirse en un imposible— ¿Quieres que llamemos a alguien para que te tranquilices? Solamente quiero que conversemos...

— Tal vez al doctor Vanderverd, hijo, él te ayudará.

La cabeza de Johnny se movió afirmativamente sin dejar el hombro de la madre.

— ¿Recuerdas el número, pichoncito? —Megan recibía ya el teléfono que le pasaba Kolstack.

— Cu... Cuatro dieciséis... seis ca... ca... torce dos cuatro... cuatro...

Todos estaban expectantes. Rossie parpadeó temiendo que le faltara el aire. Kolstack no dejó de mirar a Johnny. Ella tomaba nota.

— ¿Doctor Vanderverd? —la voz de Megan sonó tan infantil como la del hijo— Es una emergencia, un momento, por favor, Johnny necesita hablar con usted...

Birman se soltó mirando con recelo alrededor y con la avidez de un devoto tomó el teléfono. Tenía el rostro congestionado y las lágrimas le mojaban el rostro y se mezclaban con la saliva que se escurría, brillante, por la barbilla temblorosa.

— ¿Doctor? Ayúdeme, han venido... Están acá... Los lobos... Poli... policías...

Johnny se quedó en silencio escuchando lo que le decía el médico. Simmons carraspeó y Rossie lo reconvino con un codazo. Kolstack no se movió.

— Est... Está b... b... bien..., lo... lo haré... —se limpió la transpiración debajo de la nariz y colgó lentamente.

Johnny miró a Kolstack fijamente. Los ojos ya no son los de recién, se extrañó el detective. El joven miró a la madre, a Rossie, al resto que se movió nerviosamente en el sitio.

El muchacho se puso de pie. Kolstack lo siguió con la mirada. Está creciendo, se transforma, es otro, se dijo.

— Tengo que lavarme las manos... —musitó como pidiendo permiso.

Kolstack iba a responder, cuando, sorpresivamente, Johnny corrió hacia la puerta que daba al balcón y sin mediar un sólo segundo, hizo pie en una silla y saltó al vacío.

El grito desgarrado de Megan fue lo único que acompañó a Johnny Birman en el vuelo hacia el pavimento. Kolstack movió el pesado corpachón para alcanzar al muchacho. El corto tiempo que medió entre la carrera del joven y la llegada al balcón, fueron suficientes apenas para que con los ojos espantados viera cómo el cuerpo de Johnny Birman se estrellaba allá abajo.

VEINTE

Fran Stevenson había leído con detenimiento las historias médicas de los dos casos de fallecimiento: Jacqueline Chávez y Janet Hernández. Los diagnósticos habían sido shock endotóxico agudo en una, y neumonía por infección de pseudomonas la otra. En ambos casos, las niñas habían sido diagnosticadas a tiempo y medicadas con tino, ambas habían entrado en coma y fallecido. Una había sido una infección hospitalaria, la otra no. El único punto de coincidencia había sido el coma. Y que ambas eran hispanas.

Nada.

Algo se le escapaba.

Últimamente se habían presentado casos con diversos diagnósticos, varios de ellos con cuadros comatosos que luego se habían revertido. Y habían tenido muchos decesos. Claro que el quinto piso solo recibía a pacientes en estado crítico, intentó justificarse Fran. No en vano algunas bromas descarnadas habían dejado como mote al servicio como “el piso de la muerte”.

Metió las carpetas en el cajón del escritorio y se dispuso a recorrer el servicio. Como jefa, Fran supervisaba todos los casos y ella estaba tranquila, ya que el plantel de médicos y residentes era excelente. Pero había otros que personalmente llevaba ella en calidad de docente. Sólo se hacía cargo personalmente de los casos que le interesaban por alguna razón en especial.

Aarón Chávez, el niño que ingresara hacía unas horas, por ejemplo, estaba en el último grupo. Había decidido ocuparse de los pacientes que llegaran en coma o en riesgo de hacerlo. Tal vez estaba sensibilizada con las muertes recientes, se dijo cuando decidió atender personalmente al chiquito.

Uno de los médicos de planta había realizado la punción del niño, y los análisis del material extraído, tanto como los de sangre y orina, ya se estaban procesando.

Los pasos de Fran fuertes y seguros resonaron en el pasillo. Asomándose a enfermería, la jefa pidió a Lori que la acompañara hasta la sala número siete.

— Los análisis no han llegado aún, doctora.

Lori respetaba en grado sumo a la jefa. Fran se destacaba entre médicos a cargo de servicios que habían hecho de equipo de trabajo un grupo inteligente, respetando los espacios de cada uno, permitiéndole hacer el trabajo y crecer como profesional. Por esa razón a Lori le gustaba atenderla personalmente cuando ella se hacía presente en las salas.

Pidió que la comunicaran con el laboratorio e inmediatamente Fran hablaba con el Departamento de Bioquímica. Cuando le pasaron el teléfono solicitó información sobre el material del niño recién ingresado.

— Efectivamente, doctora, lo estamos procesando. Espere un minutito.

No tenían mucho para decirle, lamentablemente. Era una bacteria, los frotis y la tinción de Gram del líquido y de la sangre habían sido contundentes. Mañana podrían asegurar qué tipo de bacteria era. Para el antibiograma, ella lo sabía, necesitaban al menos veinticuatro horas.

Veinticuatro horas. Demasiado tiempo para actuar, se dijo Fran.

Aarón se veía pálido e inconsciente. La carita regordeta que alguna vez debió ser rozagante lucía ahora gris y opaca. Los ojos cerrados, las manos flojas junto al cuerpo, el negrísimo pelo sin brillo, partían el alma. Aarón había entrado en coma una hora después del ingreso. Le estaban asistiendo la respiración y proveyendo una batería de antibióticos, tranquilizantes para evitar las convulsiones y líquidos para tratar la deshidratación que avanzaba.

Sin el antibiograma, la médica estaba atada de manos. Sólo había que rogar que esas horas pasaran rápido, que el sueño del niño fuera nada más un atravesar el tiempo que necesitaba para saber qué

diablos había en él y poder luchar con las armas correspondientes.

La médica se acercó a Aarón y le levantó el párpado para constatar los reflejos. La pupila estaba en midriasis, totalmente dilatada. No hubo, una vez más, reacción ante la luz de la linterna que le puso delante.

Con un gesto de desaliento, acarició la mejilla macilenta del niño.

— ¿Contra qué o contra quién estamos peleando, Lori?

Las dos mujeres salieron embargadas por la tristeza. Las dos sabían que ambas estaban haciendo todo cuanto podían, pero ambas también tenían la certeza de que eso era insuficiente.

— No sé, doctora, solo puedo decirle que esta criatura me rompe el corazón. Tan pequeño, tan indefenso... —Lori suspiró tragándose la emoción— Tanto que lo hemos pinchado, pobrecito. Espero que no sea en vano...

— ¿Cómo es eso de que lo hemos pinchado tanto? —Fran se detuvo y miró a Lori— La medicación está siendo suministrada por vía parenteral, por el suero...

— Eso sí, doctora, pero es que le sacan sangre a cara rato.

— ¿A cada rato? ¿Quiénes le sacan sangre a cada rato?

•••

La muerte de Johnny Birman, El Carnicero, había sido, como todo suicidio, impredecible, y había dejado en el ánimo de los investigadores la sensación de que, de alguna manera habían tenido algo de culpa en el desarrollo de los acontecimientos.

Megan Birman sufrió una crisis de la que tuvo que ser asistida. No la dejaron acercarse al hijo que falleció casi instantáneamente al golpearse contra el suelo. El cuerpo estaba en medio de un charco de sangre. Y el rostro de John se ofrecía con el rostro cruzado por una extraña sonrisa que no era de felicidad. Los azules ojos abiertos habían dejado de ser aquellos llorosos y aterrados que todos vieran durante la entrevista, para convertirse ahora en dos duras piedras cáusticas.

Hubo que buscar entre las ropas del muchacho para sacar la llave y poder acceder al cuarto.

— Nunca permitió que entrara alguien...

La voz de Megan llegó como en hilachas que parecían cortarse en cualquier momento. Junto a ella se quedó Rossie Chedar tomándole declaraciones. Abajo estaban Simmons y Vittorio, supervisando la llegada del forense y el equipo y hablando con la gente.

Kolstack y Ana entraron al dormitorio. El detective le pasó unos guantes de goma a la periodista al tiempo que se colocaba él otros iguales.

La habitación de Johnny Birman parecía una maqueta exenta de vida. El aire estaba cargado de olor a antisépticos. Una manta, que de tan blanca parecía no haber sido usada nunca, cubría la cama impecable. Ni una sola arruga rompía el terso acolchado. Junto a ella, en una mesa de luz, el velador escueto se posaba sobre un piso tejido al crochet. Había unos libros de cómics. Ni una mota de polvo se colaba por allí. En el cajón, hileras de lápices, alineados con las puntas perfectamente afiladas, todas apuntando hacia el mismo lado. Había además unos pañuelitos de papel doblados con sumo cuidado, una libreta de teléfonos casi sin uso en cuyo interior se leían algunos números. Una cajita atada con una cinta roja exhibía en el interior un grupo de figuras de las que coleccionaban los niños en los años '90 aún en los envases de plástico originales.

En las paredes no habían cuadros ni adornos, nada que evidenciara la menor emoción, sólo un marco que debió ser de espejo pero sin la superficie del cristal y un equipo de música con discos de pasta con obras de Bach, Mahler, Beethoven. Como algo extravagante en un dormitorio como aquél se veía también un lavamanos con agua fría y caliente, una jabonera y un toallero correspondientes. Las toallas, todas blancas, estaban dispuestas en una estantería sobre el lavamanos. Había más de una docena de ellas.

Hicieron la recorrida en silencio. Buscaban pruebas, datos. Ambos se sentían abrumados.

— La vida es una mierda, Reyes —Kolstack mordió las palabras—. Odio a los suicidas. Siempre le cuelgan el muerto a los que quedan.

— A mí me producen una sensación de ahogo... Me quedo con el sentimiento que ellos debieron sentir al decidir hacer lo que hicie-

ron: una tristeza abismal.

— ¿Qué sabe usted de eso?

Algún día le contaré, le respondió abriendo el placard.

— ¡Joder con el tío! —Kolstack se puso los brazos en jarra— Si me lo hubieran contado, no lo hubiera creído.

— Obsesionado por la limpieza y el orden...

Ana recorrió con la mirada las distintas hileras perfectamente dobladas, de prendas de vestir, agrupadas por color y por estación. Cada uno en una funda de plástico, hasta la más simple de las remeras. En el estante superior había jabones sin abrir y pañuelos descartables. Los pantalones estaban colgados, también agrupados por color y cada uno en la respectiva bolsa. Y en perchas, varios monos de trabajo, todos naranja y cada uno todavía con las etiquetas de la tintorería.

— Ropa de trabajo, ¿para qué la usaría? ¿Tintorería? Esta no es ropa que se mande a la tintorería —Ana miró expresivamente a Kolstack—, salvo que deseen quitarse manchas especiales...

— ¡Un chiflado de la limpieza! —el detective contó las pastillas perfumadas— Mire estas cosas, hay más de un centenar de ellas... ¿Qué clase de tipo era éste? Mi amigo Santana se mearía de gusto de estar acá.

Aquella habitación era la cabeza de Johnny Birman, dijo Ana, la que lo identificaba, la que lo describía. Estaba allí la forma de pensar, de ver, de sentir.

— Haré venir al equipo de forenses. Debe haber algo que nos lleve hasta El Carnicero.

Kolstack tomó el teléfono e impartió la orden.

Ana continuó la recorrida, absorta en los detalles. Algo le llamó la atención: el marco de espejo sin espejo no concordaba con el resto de las cosas. ¿Por qué dejaría, una persona como él, un pedazo de madera feo y opaco, colgado en aquel cuarto aséptico y carente de emociones?

Kolstack la miró y se acercó. Miró detenidamente la madera terciada como si buscara encontrarse reflejado en ella. Con un pañuelo movió el marco, que se balanceó fácilmente. Lo levantó y miró debajo.

— ¡Carajo!

En la madera, pegadas cuidadosamente atrás, estaban las fotos de las víctimas. Allá estaban la doctora Mayra Sinekópolis, el correo Robert Foster, Olimpia, Michael, todos en más de una pose, en recortes de diario, en grupos familiares.

— Dios mío

Ana se llevó la mano a la boca al ver la fotografía de Michael sonriendo en una foto de grupo tomada durante un festejo en el diario, con un círculo con marcador rojo sobre la cabeza. Sobre la foto del muchacho, una de las ampliaciones de una de las playas soleadas.

— El muy hijo de su madre...

— Pero faltan fotografías, Kolstack, no están todas las víctimas...

— Tal vez no estaba previsto matarlas y tuvieron la mala suerte de cruzársele en el camino.

— Pero, ¿de dónde sacó él estas fotografías?

— Buena pregunta, Reyes, buena pregunta...

El detective dio una vuelta en redondo y repasó cada una de las cosas que habían visto.

— Aquí hay algo incorrecto, debe haber algo más. ¿Este era todo el mundo que tenía?

Se acercó al ropero y tratando de no tocar la ropa para no cambiar el escenario, palpó la pared del fondo en busca de un escondite o falsa pared. Nada.

Miró los zapatos, colocados en taburete adosado a la pared. Golpeó. Tiró de la madera del frente que se abrió como una puerta.

— Te encontré, hijo de puta...

Adentro había un bolso azul. Kolstack lo sacó. Miró a Ana y vio los ojos anhelantes de ella. Ninguno se atrevió a decir nada. La mano firme del investigador corrió el cierre.

Adentro había un mono naranja, varios pares de guantes y una toalla blanca. Kolstack sacó la toalla, que se desenrolló. El cuchillo de El Carnicero cayó sobre el parquet, con un ruido sordo y seco, y quedó allí, brillante y bruñido, restallando luces y contraluces, ajeno a ese destino de sangre al que lo empujaran.

VEINTIUNO

Ana iba en el coche hacia el diario. La tarde se insinuaba. Habían sucedido tantas cosas en ese día. Haber encontrado el cuchillo de El Carnicero significaba tal vez el final de la historia. En el suelo junto a la acera, había quedado la mancha de sangre que dejara el cuerpo al caer. Johnny Birman estaba ya libre de todo, de la memoria, de la esperanza ilimitada, libre del futuro que lo aterraba. Y ya no era más la muerte. No acecharía más tras la ventana pensando en una próxima víctima. Nadie sería tampoco soñado por él. No había quedado suyo, ni el color, ni las obsesiones, ni la palabra. En el pasado quedaban las sombras del cuchillo hendiendo el aire, socavando las entrañas, cortando en pedazos un Universo que no lo tenía en cuenta. Recordó aquella página de Borges en *El Puñal*: *“A veces me da lástima. Tanta dureza, tanta fe, tan impasible o inocente soberbia, y los años pasan, inútiles”*.

El Subaru rojo de Ana avanzaba lento, atrapado por la rush hour, la hora pico de Toronto, temido momento del tránsito vehicular. Apresada en los propios pensamientos, no vio que las calles de la ciudad se abatían bajo un temporal que transformó el mundo en una masa plomiza y desdibujada. Ana recién se percató de que llovía cuando sintió sobre el rostro las oleadas de agua. Subió rápidamente el cristal y puso el limpiaparabrisas que trabajó inútilmente para posibilitar la visibilidad. Un relámpago encendió de rojo la tarde y un trueno se descargó sobre el mundo como un enemigo poderoso e implacable. La ferocidad de las ráfagas de la tormenta era tal que Ana se obligó a colocarse a un costado de la carretera 401 y tomar un camino secundario para ponerse a resguardo hasta que amainara la inclemencia.

Llegó hasta Black Creek y se metió por allí. Un par de centenares de metros más adelante, en Lawrence, se apartó de la vía y detuvo el auto.

Miró la hora. Se le había hecho tarde, había dedicado bastante tiempo a redactar la crónica anunciando la muerte de El Carnicero. Miró preocupada cómo la lluvia arreciaba a cada instante con más furia. Puso la radio y una música suave la acompañó. Sacó la libreta de apuntes y se preparó para completar, con los datos que ya tenía, el gráfico de la investigación. Habían quedado cosas por hacer. Para ese día tenía previsto realizar una entrevista con la joven que compartía el departamento con Doreen McDouglas, la psicóloga víctima del asesino del cuchillo.

Cuando se puso a escribir percibió que la mano le temblaba de forma considerable. Se miró las palmas y vio que estaban mojadas de transpiración y recién cuando el temblor le pasó al cuerpo, cayó en la cuenta de que habían pasado muchas horas desde que se levantara de la cama. Rápidamente, buscó en la guantera, revolvió, y presa de un creciente nerviosismo, vio que no le quedaba ninguno de los caramelos. Estaba sufriendo un ataque de hipoglucemia. Claro, esa mañana apenas si había desayunado, un café y ya estaba en la calle tras el llamado de Kolstack. Había alterado la dieta de equilibrio de hidratos de carbono y proteínas. Luego no había comido nada en todas esas horas que estuvieron en casa de Birman. Tengo que encontrar un caramelo, bendito sea Dios, se dijo. Buscó en la cartera, en los bolsillos. Nada. Sintió que comenzaba a marearse, que la visión se le desenfocaba. Iba a perder el sentido. A esa hora, en ese lugar alejado, con la tormenta, cuando la encontraran podía ser ya demasiado tarde.

Sin pensarlo dos veces, marcó un número en el teléfono celular.

— Hola...

— Hola —apenas si podía balbucear—, es una emergencia...

— ¿Qué diablos...?

— No hable, estoy en calle Culford y Lawrence, tráigame caramelos...

— Por Dios, Reyes, no estoy para bromas...

— No hable, caracho... Y venga antes de que me desmaye...

•••

Una vez terminado el oficio religioso en el sepelio de Olimpia Minopolus al que asistieron muchos de los amigos de la muchacha, Fran saludó a los afligidos padres y se aprestó a pasar por el hospital. No podría irse a casa sin saber cómo evolucionaba el niño. Se dirigía al auto estacionado sobre una de las calles laterales del cementerio griego, cuando vio que Nick, el camillero de Clínica Médica, avanzaba a grandes trancos hacia ella.

— ¿Cómo estás, Nick?, ¿necesitas que te arrime a algún lado?

Nick, con el rostro aún húmedo por las lágrimas, miró hacia todos lados con un gesto que ella supuso de aprensión.

— Doctora Stevenson —habló rápido, urgido—, necesito hablar con usted. Urgente.

— Bueno, sube a mi coche, vamos al hospital.

— ¡No! No en el hospital.

Nick estaba irreconocible, lejos de aquel muchacho risueño y bromista de todos los días. Ella sabía que era amigo de Olimpia, pero no había imaginado cuánto podía afectarle esa muerte.

— Bueno, dime tú...

— En el bar de Lawrence y Keele, el de la plaza.

— No conozco mucho el lugar, pero iré.

Por la calle avanzaba caminando vivamente el director técnico del hospital, William Cook. Nick lo vio, metió las manos en la chaqueta gastada que llevaba y dijo rápidamente:

— No comente con nadie, con nadie, doctora, esta entrevista. Tiene que ver con Olimpia. Es un asunto de vida o muerte —los ojos de Nick se desencajaron—. La espero allí a las nueve de la noche.

Fran se sobresaltó. ¿Qué era aquello? Nick actuaba como un poseso, como un personaje de las novelas de John Le Carré. El joven se desapareció en el preciso momento en que William se acercaba a ella.

— Fran querida, ¿cómo estás?

— Pasando el mal rato...

— Sí, lo entiendo. ¿Qué quería ese muchacho?

No comente esto con nadie... Un asunto de vida o muerte. Las palabras de Nick resonaron en la cabeza.

— Nada en especial, sólo quería saludarme y darme el pésame...

Se sintió mal ocultándole la verdad, pero no podía dejar de recordar la mirada desesperada del muchacho. En aquellos ojos, ella había visto miedo.

— ¿Tienes algún plan para esta noche? Me gustaría invitarte a cenar, los dos solos, en mi casa...

Cómo le hubiera gustado decirle que sí, pero tenía una cita con el joven. Lamentó la mala suerte. Si William hubiera llegado unos minutos antes...

Que lo sentía, William, que debía pasar por el hospital, que allí había un niño que la preocupaba.

Pero que para eso estaban los médicos de guardia, le había replicado él.

— Es un caso mío, lo superviso yo.

¿Un caso suyo? William había sonreído. Caramba, Fran, ¿se había enterado *ella* que era la jefa del servicio?

— Es una encefalitis, un coma, William. He decidido ver personalmente los casos de coma. He tenido varias muertes...

Sí, lo sabía. La voz de William sonaba despreocupada. Un servicio de pacientes de alto riesgo el suyo, ¿era así?

La boca de Fran iba a replicar y William levantó las manos a la defensiva.

— Está bien, está bien, me rindo, ve al hospital —dijo riendo suavemente, para agregar con voz insinuante— ¿Y después del hospital?

No, respondió Fran mordiéndose los labios, no podía, tenía otro compromiso. Mañana hablarían.

Vio irse a William, caminando con paso atlético, las altas espaldas bien plantadas, aquella nuca impecable. Lo vio inclinarse y saludar al pasar, afable, elegante, a la gente del hospital que asistiera al oficio. Lo extrañaba. Extrañaba los besos, esa sensual forma de hacer el amor, las cenas plenas de pequeños detalles. Mañana lo llamaría. Se lo prometió a sí misma cuando puso la primera y arrancó. Un

hombre como William Cook era un premio en la vida de cualquier mujer y ella se daba el gusto de estar perdiéndoselo.

•••

Fran llegó al hospital, se cercioró de que el niño seguía igual. Ni mejor ni peor: igual. Eso no la tranquilizó pero al menos, el pequeño estaba superando una lucha muy dura hasta que llegara la mañana siguiente, en que la bacteria sería identificada y pudieran comenzar la terapia de antibióticos.

Aprovechó para dar una recorrida por el piso. Todo estaba controlado. Volvió a bajar al estacionamiento y cuando subió al auto accionó rápidamente el seguro de las puertas, asaltada por una imprevista sensación de temor. Si Olimpia se hubiera apurado, si hubiera logrado entrar al auto y asegurarse, si... Pero ya no tenía caso pensar en eso.

Le costó ubicar el bar del que le hablara Nick. Estacionó frente al Wal-Mart y caminó bajo la galería techada buscando el lugar.

Nick estaba sentado en una de las mesas del final, cerca de la barra, entre los billares y el sector del restaurante. El local estaba iluminado con lámparas de vitreaux de colores opacos, colocadas a baja altura, que daban al sitio una amena sensación de privacidad. Bajo el cono de luz que daba en el centro de la mesa, Nick se le antojó pálido y ojeroso.

— Gracias por venir, doctora... —el muchacho habló bajo y con la voz cortada.

— Me preocupas, Nick, ¿qué sucede?

— Yo estaba con Olimpia la noche que la mataron.

— ¿Cómo has dicho? —las manos se aferraron al borde de la mesa.

— Estaba en el hospital con ella, ayudándola con el informe que tenía que presentarle a usted sobre infecciones intrahospitalarias.

Una fina uña de hielo recorrió la espina dorsal de Fran.

Nick, con voz entrecortada por momentos, le contó sobre la tarde de trabajo con Olimpia, la búsqueda de coincidencias, las comparaciones que hicieron juntos, los números de las estadísticas. Le

dijo paso a paso cómo habían avanzado y cómo se habían regocijado juntos con lo que encontraron. Le habló de la torpeza suya al dejarse el CD y tener que volver a buscarlo y cómo Olimpia había ido sola hasta el estacionamiento.

— Habíamos quedado en que yo la esperara en la puerta. Para ganar tiempo ella sacaría el coche después de entregar unos informes. Esperé más de una hora. Jamás se me ocurrió que podría pasarle algo. Creí que se había ido, que no le interesaba ir a bailar, que estaría cansada, qué sé yo. Hasta me enojé con ella —Nick se limpió las lágrimas del rostro—. Si hubiera pensado un poco, si hubiera ido al estacionamiento, tal vez, tal vez...

— Nick, hijo, de nada vale ya que te atormentes...

— Podría haberla salvado... —Nick la miró a los ojos— Yo la quería mucho, creo que hasta me estaba enamorando de ella. Era tan inteligente, tan hermosa, nos reíamos tanto juntos...

Fran puso una mano sobre las de él y lo dejó llorar, sintiendo que las lágrimas le quemaban también a ella el rostro.

Pero aquello que le había dicho Nick sobre las infecciones en el hospital, era grave.

— Entonces, tú debes saber, Nick, qué pasó con ese material para el informe.

— Quedó en la computadora, doctora. ¿No lo vio usted?

— No, la computadora estaba limpia, vacía, no había actividad de ese día...

— ¡No puedes ser! Olimpia misma lo preparó para el informe. Trabajamos toda la tarde, hicimos juntos la redacción del parte, los gráficos, las estadísticas. Y luego, mientras ella llamaba a usted, yo hice una copia para presentar a la universidad...

Fran pegó un salto.

— Quieres decir que el informe estaba... Pero, ¿dónde fue a parar?

— Doctora, tengo miedo de decirlo, pero creo que si como usted dice, la computadora evidenciaba que ese día no se había trabajado en ella, esa misma noche borrarón todo para no dejar huellas. Alguien no quería que esos datos fueran revelados.

Aquello era inaudito, no podía pensar que alguien se metiera a la oficina. Cualquiera lo hubiera visto, un hospital es una zona restringida, sobre todo de noche.

— No si la persona que lo borró pertenece al mismo hospital, doctora...

— ¿Te parece que ese material sea tan importante, Nick?

— Creo que sí, usted misma podrá verlo... Pienso que es tan importante, que por *esto* —Nick puso el CD en las manos de Fran—, mataron a Olimpia.

VEINTIDÓS

Kolstack acompañó a Ana hasta la casa luego del ataque de hipoglucemia. El detective insistió en entrar con ella para cerciorarse de que comiera algo y se repusiera.

Ana no se resistió: se sentía débil e insegura aunque ya se encontraba mejor. Kolstack había aparecido con una bolsa de caramelos y en cuanto comenzó el dulce a disolverse en la boca, ella se repuso. Como en una especie de milagro había visto aparecer el rostro firme y recortado de Kolstack, inclinado hacia ella, instándola a tragar.

Ana sabía que el control de la diabetes constituye un requisito indispensable para evitar o retrasar la aparición de las complicaciones crónicas de la enfermedad. Se practicaba ella misma el automonitoreo para controlarse las determinaciones repetidas de los niveles de glucemia, por punción digital. Para llevarlo a cabo empleaba las tirillas reactivas y los resultados se visualizaban directamente en el glucómetro o autoanalizador de glucemia.

Por esto, en cuanto estuvo en la casa, Ana se midió el azúcar. Tenía 0,50 y el valor normal era de 0,90 a 1,10. Estaba muy bajo.

Kolstack presenció con cierta unción el autoexamen y luego corrió a preparar un café bien azucarado que la repuso casi del todo.

— Pero eso no será todo, señora periodista, a usted le hace falta olla, como decía mi abuelo. Hoy sabrá qué bien saben unos buenos maccaroni al pesto que preparará el viejo Kolstack. Ya me cercioré de que tuviera albahaca y ajo. Vamos, Rizo, indícame dónde están las cosas.

La casa le pareció distinta a Ana. El sonido de cacerolas que chocaban entre sí, los golpes de cuchillo contra la tabla, los maulli-

dos del gato y una canzoneta italiana que improvisaba Kolstack, daban al entorno características distintas. No sonaba mal y comenzaba a oler mejor aún, se dijo aprovechando la oportunidad para darse una ducha y ponerse algo más cómodo.

Afuera, el golpe de la lluvia ya mansa y suave al estrellarse contra los cristales, aportaba a la hora el toque necesario para hacer de todo aquello un instante para compartir. Ana se sintió bien.

El detective, con una servilleta a modo de delantal y otra doblada en el hombro, encendió la televisión. Era la hora de los chismes de Telejournal.

“... no se presentó en el desfile que reuniera a las top models del momento. A Malena Heyers no ha podido vérsela desde que el juez Alfred Wilson pusiera fin a su vida. Las marquesinas, que brillaron en Ottawa, no lucieron como otras veces...”

El radiante rostro del conductor pasó de inmediato y sin el menor cambio o inflexión en la voz, a otro segmento de la información. *“La Fundación Kymer aportará diez millones de dólares para la Campaña de Lucha contra el SIDA. La donación se hará entrega durante la cena de gala de la mencionada entidad benéfica...”*

Del suicidio de El Carnicero no había información. Kolstack se había cuidado de llamar a la conferencia de prensa informando lo acontecido, para la mañana siguiente. Bien se merecía Ana Reyes la primicia.

— ¿Sabes tú, gato mirón, dónde guarda tu patrona los manteles?

Rizo maulló.

— No te entiendo, muchacho...

— Dice que en el cajón que está debajo de los cubiertos —dijo riendo Ana.

En ese momento sonó el teléfono. Rizo corrió hacia el aparato y se sentó junto a él, impaciente y curioso.

— No se demore demasiado, Reyes, la pasta casi está lista.

Kolstack escuchó a Ana hablar y colgar.

— Agregue más pasta, Kolstack, viene Fran con un muchacho.

Esa noche las nubes habían ocultado casi a las estrellas que suelen brillar poco en el cielo de Toronto. Una débil opacidad había modificado el azul intenso de los atardeceres, transformando todo en un gris pizarra que desdibujaba los contornos de los edificios circundantes a la zona de Lake Shore. Los bosques sombríos, estáticos, soñolientos, parecían custodiar la ausencia de la luna. El lago, en la lejanía de la neblina, semejava un pantano, pero de plata.

El yate surcó elegante y cansino las profundas aguas del Lago Ontario. A simple vista era una más de las tantas lujosas embarcaciones que pasean plácidas y con molicie por las aguas marrones que bañan las costas del Downtown, el corazón de Toronto.

Si no hubiera sido porque en la oscuridad de la noche, dos hombres arrojaron un pesado bulto al agua, nadie hubiera pensado que en la nave podía haber alguien despierto.

Las estrellas, pequeñas y lejanas detrás de la niebla de nubes, ya dijimos, no iluminaban demasiado. Las aguas formaron una serie de círculos concéntricos y tragaron lo que cayera desde la embarcación. Las ondas en la superficie transmitieron ese movimiento en forma casi interrumpida hasta la arena de la playa.

Después, nada.



Durante la cena, Nick desplegó el gráfico impreso del informe sobre las infecciones hospitalarias y la gran incidencia de inmigrantes dentro de las estadísticas que habían elaborado con Olimpia.

— Encontramos varios lugares comunes. El primero es que la mayoría de las muertes se produjeron después de un coma. Otra cosa interesante fue que no todos los diagnósticos coincidían, pero había muchas infecciones. Tomamos los últimos seis meses como campo. Sobre un total de mil ochocientos casos, el diez por ciento fueron infecciones intrahospitalarias.

— ¿Eso es mucho? No entiendo mucho de estadísticas hospitalarias.

Ana le pasó el plato a Kolstack para que le sirviera más linguini pues los maccaroni habían resultado poco.

— Muchísimo —el rostro de Fran denotaba preocupación—. Se supone que los hospitales están para curar a los enfermos aunque también son fuentes de infección. Irónicamente, los avances en la medicina son en cierta medida responsable de que hoy, en algunas partes del mundo las infecciones hospitalarias sean una de las principales causales de muerte.

— Pero todo hospital debería desarrollar políticas de control de las infecciones.

— Claro que sí, Kolstack. Yo estoy al frente del Departamento de Epidemiología. El éxito depende de aspectos tales como una cuidadosa capacitación en prácticas de higiene, instalaciones que garanticen el aislamiento, estrictas condiciones de esterilización, desinfección, limpieza y eliminación de residuos, y pautas para los médicos y otros miembros del personal de la salud, sobre el uso de medicamentos para reducir o impedir la resistencia a los antibióticos.

¿Entonces por qué se producen? Ana preguntó alejando el plato, ya satisfecha.

Las infecciones intrahospitalarias responden tanto a factores propios del individuo como a deficiencias en la atención de los recintos de salud, explicó Fran.

— Y aquí entramos nosotros —Nick golpeó la hoja con un dedo—. Las infecciones se originaron porque los pacientes venían predispuestos.

— ¿Cómo es eso que ciento ochenta pacientes van a predisponerse a pescar una de esas infecciones? Qué idea más loca, joder...

— Bien loca, sí, detective... De los ciento ochenta pacientes los diagnósticos fueron: ochenta y ocho por Síndrome Febril Prolongado con deshidratación, veintinueve encefalitis bacterianas, veintinueve neumonías focalizadas, diez bronquitis obstructivas, doce shocks por anemia y otras infecciones como las genitourinarias, dieciocho.

— Demasiadas *itis* para mi gusto. No entiendo nada, muchacho.

— Eso mismo dije yo cuando lo vi por primera vez.

— Lo que quiere decir Nick —dijo gravemente Fran—, y esto es lo delicado: el lugar común entre todos fue una inmunodepresión por un lado, y una cobertura total del gobierno por otro.

— ¿Por qué la palabra inmunodepresión me suena a SIDA?

— Porque para tener SIDA hay que tener una inmunodepresión, Kolstack. Pero la cosa es que ninguno tenía SIDA. Los pacientes con inmunodeficiencia y HIV positivo son tratados en Infectología, otro servicio.

Fran se sirvió un poco de agua.

Bueno, hasta ahí todo claro, todos con inmunodepresión, estaba bien, pero ¿cobertura total del gobierno? Ana inquirió con pliegues en la frente y preocupación en la voz.

— Exactamente. El gobierno presta cobertura total en salud a los inmigrantes, mejor dicho, a los que piden refugio, que no es exactamente lo mismo.

Ana volvió a fruncir el ceño. Kolstack se levantó y comenzó a levantar los platos encolerizado.

— ¿Qué es esto, a ver si entiendo? ¿Alguien intenta hacernos pasar el río con botas? ¿Qué corno tienen que ver los inmigrantes con las infecciones hospitalarias? ¿Me perdí de algo en la explicación o me quedé dormido?

Que no se enojara.

— Cómo no voy a enojarme. Hoy encontramos al tipo que se despachó siete personas y ahora usted me dice que ese renacuajo loco de mierda mató a Olimpia porque ella descubrió que los inmigrantes se morían como moscas en el servicio —Kolstack tomó al gato y salió hacia la sala ofuscado—. ¡Joder!

Todos se trasladaron hacia donde estaba el enojado detective. Ana desplegó el gráfico de la investigación.

Veamos, dijo, y todos se inclinaron para mirar mejor. Kolstack se acercó también.

Estaban allí los nombres de las víctimas, con el denominador común del hospital. Ana sacó una flecha de la lista de los siete y la unió con los ciento ochenta pacientes del hospital.

— A ver si entendí, Reyes...

Todos miraron con atención al detective, cuya voz había sonado atronadora y seca.

— Usted puede hacer todos los dibujos y puentes que quiera. Muy Bonitos. Pero hay cosas elementales en criminalística y una de

ellas es la pregunta ¿Quién se beneficia con la muerte? Ahora pregunto yo, ¿a quién le interesan las muertes de estos inmigrantes?

— Refugiados, aún no son aceptados... —aclaró Nick.

—... perdón, de estos *posibles* refugiados. ¿Y quién gana algo con eso?

Buena pregunta, pensaron todos. Pero la noche recién comenzaba. La reunión atando y desatando cabos, se prolongó un largo rato más.

...

A la mañana siguiente, Toronto amaneció envuelto en una bruma gris que desdibujaba los contornos, que afantasmaba a las personas y las cosas. Era sábado, un día de gran movimiento en las playas del lago Ontario. La gente paseaba los perros, sacaba fotografías, miraba las exposiciones de artistas plásticos y fotógrafos que siempre se exponían para esa época a lo largo del Exhibition Place.

Unos pescadores improvisados caminaban a lo largo de la rampa, comentando la escasa suerte que esa mañana les había deparado. Unos golpes sobre los pilones del muelle flotante en el que se enganchaban lanchas, botes y otras embarcaciones, los detuvo a observar. Un bulto era mecido acompasadamente por las aguas. Un bulto que había llegado desde el centro del lago traído por la marea durante la noche. Un extraño bulto que por la forma, los hizo alertarse y llamar cuanto antes a la policía.

Kolstack, un rato más tarde, recibía un llamado desde Lake Shore: habían encontrado un cuerpo flotando en el lago. El cuerpo tenía un horrible golpe en la cabeza y una identificación: Malena Heyers.

...

Una vez que el cuerpo fue llevado a la morgue forense para la autopsia procedente, Kolstack se dirigió al hospital, al que Ana había concurrido para hacerse un chequeo que le indicara Fran Stevenson cuando se enteró del episodio de hipoglucemia. Los tres se encontraron en la cafetería del hospital.

— Con razón ella no aparecía, Kolstack —Ana se veía mortificada por la noticia sobre la modelo que traía el detective.

— Hacía varios días que estaba evaporada. Qué notorio, ¿no? Las dos personas de la foto de Cicconi están muertas.

— Pero había más fotos, por lo que Ana comentó anoche... —intervino Fran.

— Sí, pero nadie sabe que existen esas fotografías.

— ¿Nadie, Kolstack? ¿Y el sobre que debería haber estado en el escritorio de Marcos?

Entre tragos de café con edulcorante y agua mineral, los tres llegaron a la conclusión de que quien había robado las fotos del escritorio no quería que éstas fueran vistas por nadie. Y que las muertes de Wilson y la modelo, tenían que ver con todo eso.

— Entonces —Fran se preguntó absorta—, ¿qué tiene que ver la muerte de Cicconi con las otras muertes, y por qué lo mató el mismo asesino?

Kolstack resopló. Ana miró pensativamente el fondo de la taza vacía. Fran se quejó: Estaban en pañales aún.

VEINTITRÉS

A la mañana siguiente, cada uno tenía un plan de acción a llevar a cabo.

Ana debía concertar dos entrevistas: una era con la compañera de cuarto de Malena Heyers y la otra con una hermana de Doreen McDouglas, que la había llamado hacía ya tres días para mostrarle algunas cosas que tal vez le interesaran, según dijo.

Fran buscaría información acerca de los antecedentes médicos de los refugiados que habían concurrido al hospital por cualquier causa, llegaron o no a la hospitalización.

Y Kolstack iría a ver al doctor Vincent Vanderverd, médico psiquiatra que había tratado a Johnny Birman los últimos años de vida.

Antes de salir para la primera reunión, Ana decidió pasar por la redacción del diario a dejar algunas cosas preparadas de la crónica diaria. Acababa de dar el último vistazo al material cuando vio que a través de cristal, Marcos le hacía señas de que se acercara.

— Siéntate, querida — Marcos la miraba con la más resplandeciente sonrisa—, hace varios días que no sé de ti, Ana. ¿Cómo andan tus cosas?

— Bien, bien, sabes que he estado muy ocupada...

— Sí una vez más, debo decirte que tus materiales son estupendos. Es más, yo creo que ese puesto tuyo te queda chico ya.

— ¿Qué quieres decir?

— Que me parece que estás lista para hacerte cargo de la secretaría de redacción.

— ¿Secretaría? No, debes estar bromeando, Marcos.

— No, para nada, es un ofrecimiento formal que quiero hacerte. Me gustaría que te hicieras cargo mañana mismo. Es hora de que dejes la calle...

— Marcos, sabes que esto es lo que me gusta, lo que mejor hago.

— Pero si es por eso que te estoy premiando, Ana querida, para que hagas escuela, para que dirijas, para que establezcas tus pautas a la redacción... Materiales que se traspapelan, gente que no cumple, ideas viejas, todo eso debe revertirse y nadie mejor que tú para hacerlo bien. Además, trabajaríamos más en contacto.

— Déjame pensarlo, ¿sí, Marcos? Estoy haciendo una investigación sobre las recientes muertes, tengo asuntos pendientes que no me gustaría dejar sueltos.

— Bueno, como quieras, pero sabes que a la oportunidad la pintan calva —el rostro de Marcos evidenció una pequeña decepción, pero enseguida se repuso—. Y con respecto a lo que estás trabajando, estoy a tu disposición, te ruego que me tengas al tanto.

— Así lo haré. Gracias, Marcos, eres un encanto.

Ella se levantó y se dirigió a la puerta.

— Ana...

— ¿Sí?

— ¿Cenamos un día de éstos? No me digas también a eso que no...

Ella pensó que Marcos tenía razón, era tan comprensivo con ella, tan galante, tan contemporizador. Con una sonrisa le dijo que la llamara cuando quisiera que comieran juntos. Iba a salir y se volvió.

— Ah, Marcos...

El levantó la mirada de los papeles.

— ¿Nunca aparecieron las fotos que te dejó Michael?

— Nunca... —Marcos la miró a los ojos— Creo que ese material jamás llegó hasta mi escritorio, Ana. Tal vez Michael pensó en dejarlas, se olvidó o cambió de opinión. Nunca lo sabremos. Olvídalo ya...

No sólo no lo olvidaré, Marcos, sino que estoy dispuesta a rastrear esas fotos. Lo pensó. Pero sin saber por qué, no lo dijo. Demasiados secretos, demasiadas oscuridades para el gusto suyo. Últimamente, la vida había dado un cambio de rumbo que la llenaba de desasosiegos.

Fran Stevenson entró a la sala donde estaba Aarón Méndez. Acababan de higienizar al niño, que lucía impecable y perfumado, pero pálido y macilento. El pequeño estaba en el mismo estado de inconsciencia de los últimos días y proseguía con la nueva terapia de antibióticos. La Haemophilus Influenza, la bacteria que se encontraba, había provocado una diseminación hemática y el niño estaba en shock séptico. El coma parecía irreversible.

Mientras se encontraba escribiendo el informe en la tablilla de la historia clínica, entró una técnica de laboratorio con un equipo de extracción.

Lori miró a Fran. *Le sacan sangre a cada rato, pobrecito... Me da una pena... Ni en la noche dejan de venir...*

Fran dejó trabajar a la mujer y observó cómo, con eficiencia, llenaba varios tubos, los tapaba y ponía un esparadrapo sobre la zona en que había pinchado el bracito de Aarón.

— Buena técnica la suya... —dijo sonriente Fran.

— Gracias, doctora. Hacemos tantas extracciones al día que ya tenemos acostumbrada la mano. Es casi mecánico.

— Sí, lo imagino...

•••

Kolstack estacionó el coche en el enorme parking del edificio de J.G. & Partners Building, lujoso condominio de oficinas que se levantaba frente a la CN Tower y miraba majestuosamente a las serenas aguas del Lago Ontario.

— Vamos, Rossie, quiero verle la cara al doctor éste.

— No te dejes llevar por tu antipatía a los psiquiatras, Sam, dejarás de ser objetivo.

— Los loqueros me superan. Tienen el complejo de creerse Dios, o mejor dicho, dioses.

Atravesaron el brillante hall de enormes columnas de mármol. Kolstack buscó en el cartel anunciador.

Dr. Vincent Vanderverd
Psiquiatra
Piso 25

El silencioso elevador de paredes cromadas que los reflejaba casi ignominiosamente, llegó con apenas un zumbido a destino.

Al abrirse las puertas se encontraron con un lujoso estar de mullidas alfombras y plantas selváticas muy bien dispuestas. Una puerta vidriera daba a lo que sería una sala de espera, que a Kolstack se le antojó más una pecera que otra cosa, por lo sofisticado de la decoración.

La puerta de acceso estaba cerrada. Cuando la empujaron infructuosamente, una voz melodiosa los saludó y les preguntó si tenían cita.

— Detectives Kolstack y Chedar, del Departamento de Policía de Toronto...

— Disculpen, ¿el doctor los espera?

— No creo...

— Perdonen, pero deben pedir cita.

— No sé si escuchó bien, señorita, venimos por un asunto oficial. ¿O prefiere que citemos al jefe a declarar a la seccional?

Hubo un breve silencio, enseguida se escuchó el zumbido invitándolos a pasar.

— A buen entendedor... —Kolstack hizo un gesto galante a Rossie para que ella pasara primero.

Vangelis sonada quedamente. Timbales y cuerdas lograban un ambiente relajado y amable. Gómeros, ficus y palmeras concordaban con el imponente mirador hacia el lago. Los mullidos sillones que invitaban a sentarse y las revistas estéticamente acomodadas completaban un escenario de lujo y esplendor.

— Este sillón es más cómodo que mi cama...

En ese preciso instante apareció una muchacha que parecía recién salida de la tapa de Vogue por lo espectacular de las formas y por la elegancia del atuendo que lucía.

— Señores, el doctor los espera...

La voz no era la misma. Pero Kolstack pensó que si a esa mujer le ponían la voz que los había atendido por el intercomunicador, el número de infartados aumentaría de tal modo que sería merecedor de aparecer en el programa de Aunque usted no lo crea. Siguió a la cimbreada recepcionista hasta el consultorio del médico.

— Detectives...

Una mano blanda como una babosa se extendió hacia cada uno de ellos y les indicó una silla frente a él.

El doctor Vincent Vanderverd era un hombre más bien pequeño, de hombros estrechos y una incipiente calvicie que el peine pretendía infructuosamente disimular. Labios prietos, nariz con una leve reminiscencia a ave de rapiña y anteojos oscuros de marco de oro tras los que se escondía la mirada, componían un conjunto con un halo de misterio.

La luz que llegaba desde afuera por una gran ventana, estaba amortizada con una cortina tipo americana. El ambiente proporcionaba una semi penumbra. En el escritorio del médico una lámpara con pie del mismo mármol que el de las paredes, arrojaba la luz exacta y necesaria para provocar una sensación de intimidad, precisa seguramente para el tipo de pacientes que allí concurrían. En la otra esquina del escritorio, un móvil de aceite y luces dejaba ver sensuales arabescos de colores.

— Johnny Birman. Queremos que usted nos cuente algunas cosas de él, doctor Vanderverd.

El rostro del médico se ensanchó con una sonrisa que lo embelleció un poco. Los dientes brillaron. Este hombre gasta mucho en sí mismo, se dijo Kolstack fascinado por los relumbres de la porcelana dental. Bueno, en realidad gasta en todo, a juzgar por el entorno en que vive.

— Detective...

— Kolstack.

—... Kolstack, sí, Kolstack... —la voz de barítono logró un espectacular medio tono— Bien sabe usted que los médicos nos amparamos en el secreto profesional. No está bien hablar de un paciente. Lo prohíbe nuestra ética profesional.

Kolstack reprimió un improperio. En cambio ensayó una sonrisa que más bien pareció una mueca.

— No quiero que me cuente detalles íntimos ni siquiera técnicos. Pero verá usted, este particular paciente suyo era un maldito asesino —esto último lo dijo con los dientes apretados—. Póngase usted en mi lugar, me interesa saber quién era, qué pensaba, qué

quería ese chiflado, perdone usted si lo molesto demasiado.

— Bueno, mientras yo lo traté, jamás supuse...

— ¿Y qué supuso, doctor? ¿No querrá hacerme creer que usted sospechaba que era un angelito?

Vanderverd cruzó las manos sobre el escritorio. Se tomó unos instantes para responder.

— Era un enfermo mental, detective, una personalidad esquizoide, un obsesivo-compulsivo. ¿Me sigue usted?, cuya conducta era impredecible... Yo lo veía una vez al mes, lo medicaba, nada más. Era un pobre muchacho, sin salida, ya ve cómo terminó, saltando al vacío...

— Sí, le sigo, doctor. Le habló instantes antes de morir. ¿Qué le dijo usted?

— Prácticamente nada, que se tranquilizara, que se lo tomara con calma, lo noté alterado, en medio de una crisis...

— ¿Qué medicación tomaba?

— Litio, antidepresivos, antipsicóticos. Medicación adecuada para bajarle el nivel de ansiedad, para calmarlo.

— Específicamente...

— Haloperidol, stelazine y clorpromazina, un cóctel que yo mismo iba manejando, con el que controlaba los ataques de angustia y fobias recurrentes.

— Y si usted notó, disculpe, doctor Vanderverd, si usted *notó*, repito, que Birman estaba en medio de una crisis, ¿no hubiera sido más lógico pasarle el teléfono a la madre e indicarle un calmante?

Vanderverd apretó los labios ante la pregunta del detective que recalca expresamente algunas palabras para hacer más enfática la ironía. La luz de la lámpara hizo foco en los lentes negros y los espej. Kolstack hubiera jurado que el médico había afilado la mirada. Los músculos de la cara se le tensaron.

— Lo siento, detective, no tengo por qué discutir con usted mis indicaciones. No lo creí conveniente por muchas razones, pero fundamentalmente porque Johnny tenía una mala relación con la madre. Juzgué que sería perjudicial.

— ¿Más perjudicial que tirarse por el balcón, doctor?

La sonrisa esta vez salió forzada en la cara de Vanderverd, que se puso de pie con afectada elegancia, al decir:

— Lo siento, detective, pero mi tiempo se termina. Tengo pacientes que atender. Usted sabe, gente sensibilizada, nerviosa, afligida.

— Está bien, doctor, pero antes de irme, me gustaría preguntarle algo, algo..., cómo decirlo, peculiar, una tontería tal vez, sabe usted, esto de la psiquiatría es un mundo que me apasiona...

El médico hizo un gesto que pareció de condescendencia.

— Dígame usted, detective...

— ¿Qué significaban los lobos para él?

Un pequeño tic en la comisura de los labios de Vanderverd evidenció un principio de asombro.

— ¿De dónde sacó usted esa información, detective? Esa era una de las fobias que presentaba —pensó detenidamente antes de proseguir—. El pensaba que había lobos esperando detrás de cada esquina, listos para saltar sobre él, dispuestos a despedazarlo. Una fantasía, sólo eso...

— Bien, doctor, ha sido muy amable. Volveré si lo creo necesario.

— Cómo no, detective, cuando usted quiera —hizo una pausa—. Y, de veras, le digo que esto de Johnny Birman realmente me afligió mucho. Nunca tuve entre mis pacientes algún otro antecedente parecido. Estoy desolado, créalo. Era un chico tierno y solitario, llegué a tomarle cariño.

— Las siete víctimas a las que despanzurró no alcanzaron a amarlo de esa manera, créame usted a mí esta vez, estimado doctor Vanderverd, no sé si me entiende.

El psiquiatra los miró salir. Enseguida, todavía de pie, ordenó por el intercomunicador que no lo molestaran por diez minutos. Dicho esto, se derrumbó sobre el coqueto sillón. Se quitó los anteojos y con un pañuelito de papel tisú se limpió una transpiración muy fina que le había aparecido sobre el labio superior. Respiró hondo y marcó un número en el teléfono.

— Soy yo. Sí, lo sé, déjame explicarte la razón de mi llamada... —escuchó atentamente lo que el interlocutor decía desde el otro

lado— Estuvo Kolstack, el detective. Me hizo preguntas sobre Birman... —hizo una pausa— No te preocupes, pasé bien. Este Kolstack es peligroso... —escuchó con atención— No, el remplazo de Birman todavía no está listo... Ya te dije que Claude Sanders no es como el muchacho. No es un tipo fácil de manejar... Sí, lo estoy induciendo... Claro, con el mismo cóctel, sé hacer mi trabajo. Está bien, lo apuraré. Kolstack puede convertirse en una piedra en el zapato...

VEINTICUATRO

Malena Heyers vivía en Brampton, a unos cuarenta minutos de Toronto. Ana manejó hasta allá pensando cómo enfocaría la entrevista con la roommate, la compañera de casa de la modelo, con quien había acordado el encuentro.

Patricia Santarone resultó ser una joven simpática y sencilla, estudiante de Letras. El departamento en el que las dos jóvenes habían vivido era luminoso, amoblado con detalles de buen gusto. Un enorme retrato de la modelo se imponía desde cualquier lado de la sala en el que uno se encontrara.

— Malena y yo éramos muy amigas.

El solo nombre de la amiga hizo que los ojos de Patricia se humedecieran, pero se había propuesto no llorar, aunque todo lo que había en el departamento le recordaba a la bella y glamorosa Malena.

Patricia y Malena se habían conocido en la escuela secundaria en Richmond Hill. Desde aquella época ambas habían continuado saliendo juntas e incluso se habían inscripto en el mismo curso de Literatura Francesa en la Facultad de Letras. Decidieron compartir el departamento cuando los padres de Malena se trasladaron a Vancouver donde habían comprado un pequeño hotel. Eran jóvenes, libres, se llevaban bien, tenían el mundo por delante.

— Malena siempre fue la más linda del colegio.

Estaba acostumbrada, contó, a que el entorno rindiera culto a la belleza que ostentaba, que en verdad era esplendente y jamás pasaba desapercibida. Fue en uno de los bailes de la facultad que conoció a un agente de modelos que la convenció de que la pasarela era lo que necesitaba para catapultarse. Después vendría lo demás.

— ¿A qué te refieres?

— A las salidas, a los viajes, a la fama.

Realmente, el éxito llegó enseguida. Patricia miró casi abstraída la taza de café humeante que tenía entre las manos.

— ¿Tenía novio, amigos?

Miles, dijo Patricia sonriendo. Ella jamás andaba sola. Había llegado a tener hasta dos citas por noche. El representante le exigía esa actividad tan febril, porque decía que era en las altas esferas donde estaba el poder, para arribar a donde ella quería llegar, al cine. Ella iba cuando llegaban empresarios, personajes importantes, extranjeros destacados.

— ¿Es decir que el agente le preparaba las citas?, ¿podría decirse que era una especie de acompañante?

Podría decirse, dijo Patricia suavemente. Fue una condición sine qua non del agente: si ella no aceptaba, debería seguir sola. Pero al mismo tiempo, era muy redituable porque cada vez que la llamaban para esas salidas llegaba un cheque jugoso a vuelta de correo. Ella ayudaba a pagar con eso la hipoteca del hotel de los padres, sin que éstos supieran de dónde venía el dinero.

— ¿Una de esas personalidades era el juez Wilson?

No lo sabía. Malena llevaba una vida social muy intensa. Entre desfiles, ejercicios diarios y salidas, ella casi no la veía en la casa. Sabía que estaba saliendo con alguien importante, pero nunca le había dicho el nombre. En ese sentido era reservada.

La joven se fue hasta el cuarto y regresó con una pequeña agenda de piel entre las manos.

— Ella anotaba acá todos los compromisos.

Ana tomó la agenda y la abrió. Al parecer la modelo era organizada y muy requerida, a juzgar por la gran cantidad de citas que tenía anotadas.

— Hay varias fechas que tienen una W marcada... ¿Quién era W?, ¿Sería Wilson?

— A veces era yo quien le tomaba los datos cuando ella no estaba. No sabría decirlo a ciencia cierta. Nunca sabía con quién sería el encuentro. W era la agencia.

El dedo de Patricia señaló un número de teléfono atravesado en toda una página, rodeado de un círculo con marcador.

Ana sacó de la cartera un sobre con fotos y las esparció sobre la mesa. Eran las tomas de la playa tomadas por Michael.

— ¿Reconoce a alguien?

Patricia las miró detenidamente. En más de una se veía a Malena.

— No, nadie me parece conocido. Ese conjunto le quedaba tan lindo... Cuando salió de aquí con él puesto, jamás pensé que sería ésa la última vez que la vería...

Ana miró fijamente a la joven. Aquello que había dicho era muy importante.

— ¿Quiere decir que ésa fue la última cita, Patricia?

— Claro que sí, ahora lo sé, yo recibí el aviso por ella... Acá está... Con una W...

Ana partió de vuelta hacia Toronto con la entrevista grabada y la agenda de Malena Heyers bien guardada. Mientras conducía recordó la entrevista, la casa de la modelo, la historia que la amiga de la infancia había contado. Que no difería en gran medida de la de muchas otras jóvenes agraciadas, que por acceder al cine o a la fama debían prosternarse a los pies de hombres poderosos. La sociedad tenía varios rostros, la mayoría ignotos, un puñado públicos. Y muchos de los estos últimos convivían con las sombras y con la marginalidad sin que lo sospecharan siquiera quienes seguían expectantes en revistas y medios, las historias del falso brillo de los personajes del jet set.

— Encuentre a quien la mató, señorita Reyes, Malena no merecía morir así.

...

Kolstack se dirigió al hospital a hablar con Fran, respondiendo a un mensaje que la médica le dejara en la delegación. Ana no se había comunicado con él ni estaba en el diario, de modo que pensó que estaría con la amiga Fran.

Cuando llegó al despacho de la doctora Stevenson, Marilyn le informó que la jefa lo esperaba en la oficina de Olimpia.

— Mire esto, Kolstack —la voz de Fran sonaba entusiasmada aunque en el rostro se evidenciaban trazas de cansancio—. He estado repasando todas las historias clínicas de estos seis meses atrás.

— Con razón tiene usted los ojos enrojecidos...

— Es que he dormido poco. Uno de mis pacientes, el niño del que les hablé, se descompensó anoche y me llamaron. No regresé a casa y aproveché para estudiar estas carpetas.

Recién entonces se percató el detective de que el piso del despacho estaba lleno de pilas de historias clínicas.

— Se confirma que la mayoría de los comas se debieron a inmunodeficiencias...

¿Y?

— No se apure, detective, hay *otro* dato que los mete en la misma bolsa...

— ¿Y cuál es ese dato? —el rostro de Kolstack se frunció con un gesto de cansancio— No me venga con cuestiones demasiado técnicas, por favor, doctora...

No eran cuestiones técnicas. Eran nombres. Los nombres de los médicos de familia de los pacientes con inmunodeficiencias.

— Ahora sí que no le entiendo...

— Los nombres se repiten, Kolstack, una y otra vez. Son cinco los médicos que atendían a estos pacientes. Nada más que cinco.

— Bueno, bueno, habrá que hablar con ellos. Espero que no me encuentre con algún otro Vanderverd. Odio los médicos que usan anteojos negros en la consulta...

Cuando Kolstack se hubo ido Fran se dirigió al laboratorio. Quería ver confirmar ella misma cómo evolucionaba Aarón.

En la mesa de entrada de Serología había un empleado atendiendo una larga fila de pacientes que solicitaban turno. Saludó y pasó de largo.

— Hola, ¿hay alguien aquí?

Nadie respondió. Seguramente estaban todos los técnicos en los distintos servicios haciendo extracciones. Se resistía a venir nuevamente, tenía poco tiempo. Miró alrededor.

La amplia sala tenía largas mesadas de mármol en la que se veían microscopios, ordenadores. En uno de los costados había heladeras con las gradillas sosteniendo los tubos con las diferentes muestras. Abrió una de las heladeras. Las gradillas tenían el nombre del servicio adonde correspondían las muestras. Leyó los nombres.

No estaba en esa heladera la correspondiente a Cuidados Intensivos. Se dirigió a otra. Allí estaban. Los tubos, perfectamente herméticos, estaban rotulados y los urgentes tenían una marca especial. Leyó cada uno de los nombres. Aarón no aparecía. Sin embargo, ella sabía, por el informe de Lori, que habían estado tres veces, con él, el día pasado y dos veces el actual. Cerró la puerta y se volvió hacia el libro de diario de informes. Tal vez las muestras no estaban en la gradilla porque ya habían sido procesadas.

El libro llevaba en detalle el día, hora, servicio, detalle y nombre del agente que había participado. Buscó el día de ayer. Recorrió con el dedo los procedimientos llevados a cabo en la mañana. En Cuidados Intensivos se habían realizado cuatro extracciones, pero ninguna de ellas era Aarón. Siguió con la tarde. Igual. Nada, lo mismo que la noche. ¿Qué pasaba allí?

Casi a sabiendas de que el día en el que estaban tampoco aparecería el nombre del niño, terminó por recorrer la lista.

Nada.

Salió del servicio preocupada y llena de preguntas.

•••

Ana llegó casi en tiempo al encuentro con Lucy McDouglas. Se habían citado en hall del Quality Hotel Midtown, al 280 de Bloor Street West. Cuando Ana traspuso la escalinata de acceso, se encontró en los sillones rojos de la recepción a una mujer de alrededor de cuarenta años, largo cabello negro y piel muy blanca. Llevaba una falda que le llegaba a los pies y una chalina al cuello haciendo juego. Si no hubiera sabido que era ella, la hubiera tomado por una legendaria actriz de teatro. Todo en Lucy McDouglas indicaba distinción.

La voz de la mujer saludándola se sumó a la conjetura de que se encontraba frente a una dama cultivada y fina.

— He seguido con sumo interés las notas tuyas, señorita Reyes, y creí importante conversar con usted sobre algunas cosas que le dije a la policía pero que no vi del todo reflejadas en los escritos.

— ¿Puedo grabar nuestra charla, señora McDouglas? —dijo Ana sacando el grabador.

— Claro que sí. Y llámeme Lucy, por favor... Cuando mataron a mi hermana Doreen, junto a las otras tres mujeres..., yo creí que aquél había sido un ataque fortuito destinado a otra persona y que infortunadamente Doreen estaba en el medio.

— Eso pensó la policía cuando se sucedieron los otros asesinatos...

— Pero cuando se descubrió todo, el suicidio del asesino y todo lo demás, me di cuenta de que ustedes no conocían un dato muy importante.

Ana se removió inquieta en el sillón. ¿Cuál sería ese dato?

La voz de Lucy se hizo más baja.

— Mi hermana amaba lo que hacía. Desde que estudiaba gustaba comentarnos los casos, lo que podía contarse, claro, nos hablaba sobre los pacientes a los que enseguida aprendía a querer —la mujer titubeó—. Doreen había conocido a Johnny Birman cuando éste era un jovencito aún. Ella se dedicaba a niños y adolescentes...

Ana se erizó.

Lucy se mordió los labios e hizo un silencio antes de proseguir.

— Doreen tenía un profesor de quien se enamoró perdidamente. Estuvieron saliendo un tiempo aunque nosotros no aprobábamos esa relación, no nos gustaba ese hombre, no creíamos que fuera para ella. El era, es, psiquiatra. Muchos de los casos de ella, cuando dejaban de ser adolescentes, pasaban al consultorio de él. Ella le tenía una confianza ciega.

— Y ese psiquiatra es...

— El doctor Vanderverd... Doreen le pasó a Johnny Birman a la terapia de Vanderverd. A Johnny Birman, el hombre que la asesinó.

•••

Ana regresó a la casa al anochecer, atiborrada de conjeturas. ¿Qué conexión había entre los asesinatos y Vanderverd? Si en realidad había alguna relación, a Doreen McDouglas no la asesinaron porque se encontrara accidentalmente en el lugar, sino porque sabía algo. Pero, ¿qué?

Por otro lado, a Malena Heyers también la mataron porque estaba al tanto de alguna cosa más. Pero, ¿qué razón había para ma-

tarla si el juez Wilson, presumiendo que el cuerpo encontrado con la cabeza volada fuera el de él, ya no existía?

¿Y si el suicidio del juez no hubiera sido tal, si lo hubieran hecho callar al igual que silenciaron a la modelo?

¿Y si el cuerpo encontrado no fuera el de Wilson, qué razón tan grande había detrás para fingir un suicidio y hacer desaparecer a una persona del prestigio social del juez? ¿Qué se escondía, quién había detrás?

Y todo esto, ¿qué tenía que ver con las estadísticas de inmunodepresiones e infecciones hospitalarias?

Eran demasiadas preguntas, se dijo desanimada. Demasiadas muertes, demasiadas sospechas, demasiados hilos sin atar.

Dejó el bolso y las llaves sobre la estantería y seguida celosa y amorosamente por el gato, se dirigió a prepararse un necesario y reconfortante baño de inmersión.

En la sensualidad del agua algo más que tibia, envuelta en espuma perfumada, trató de no pensar. Pero le fue imposible.

El timbre de la puerta la sorprendió. Salió presurosamente, envuelta en la bata de toalla, con el cabello todavía chorreando. Seguramente era Kolstack. Necesitaba hablar con él.

Pero no era el detective.

El rostro sonriente de Marcos con una botella de vino en una mano y bombones en la otra, le produjo una sensación de calidez más reconfortante que el baño de espuma del que acababa de salir.

— No me digas, por favor, por qué no te llamé antes. Y no me preguntes a qué vengo, querida Ana.

Todo sucedió vertiginosamente. Sin saber cómo, Marcos había dejado lo que traía sobre la mesa de centro, se había vuelto hacia ella, y con los brazos alrededor de la cintura de la joven, le había musitado apenas:

— Qué bien hueles...

Después, ya Ana no pudo precisar cómo se sucedió todo. Pero los besos de Marcos le habían hecho perder la conciencia al punto de olvidar los acontecimientos pasados. La boca y las manos del hombre fueron el dique que ella necesitó para bajar viejas defensas y entregarse al placer. Y la voz masculina soltándole palabras de amor al

oído se le metió en la sangre y culminó meciéndola en un compás de palpitante delicia.

Un largo rato estuvieron así, ocupados uno en el otro, sin nada alrededor que significara otra cosa que un escenario que potenciaba los sentidos. Marcos había descorchado la botella y entre risas, vino y bombones, en la semi penumbra del living, se dejaron estar satisfechos y envueltos aún por el tibio agotamiento de una buena jornada de placer.

El teléfono sonó sorprendentemente.

Ana estiró el brazo y atendió.

— Hola...

Una respiración entrecortada le respondió.

— Hola... ¿quién es?

La respiración se hizo más áspera, más malsana. Y luego, una voz que a ella se le antojó como con ciertas estridencias, le dijo:

— *La próxima serás tú, si no dejas de meter las narices donde no te importa...*

— ¿Qué? —rápidamente, Ana accionó la tecla para grabar— ¿Quién es?

— *Lo dicho: iré a buscarte...* —la respiración se escuchó esta vez casi obscena—. *Y te encontraré.*

Ana escuchó el clic del colgado. Sin atinar a nada, se paralizó de pánico. Tenía el rostro pálido y los labios le temblaban.

— ¿Quién era, qué tienes, Ana, por Dios?

Marcos le sacó el teléfono de la mano y con una mirada de honda preocupación le sacudió los hombros para hacerla volver en ella. Ana parpadeó y mirando fijamente a Marcos, dijo:

— Me amenazaron... Una voz horrible, horrible...

Automáticamente dio marcha atrás al grabador y pulsó play.

“*Lo dicho... iré a buscarte...*” La voz del hombre era baja, enfermiza, y una entrecortada respiración se dejaba oír claramente para luego agregar como una oscura premonición: “... *y te encontraré...*”

— Hay que avisar a la policía —expresó Marcos sin pensarlo demasiado—. Esto es grave.

VEINTICINCO

Esa mañana el hospital amaneció adornado con cintas de colores y racimos de globos. Los equipos de mantenimiento habían desembarcado de madrugada y si de rigor y diariamente la limpieza era una cosa de gran importancia, se había impartido la orden de que todo se viera diez veces aún más resplandeciente.

La razón de este inusual movimiento era que el Toronto Central Hospital recibiría esa noche una donación de diez millones de dólares de manos de los directivos de Kymer Laboratories Inc., una industria farmacéutica especializada en el desarrollo e investigación de medicamentos y reactivos antivirales.

Kymer tenía una línea de investigación sobre retrovirus de la familia del SIDA, y la empresa farmacéutica se había dedicado de lleno a la exploración del comportamiento de estos virus. El prestigio de la empresa se veía constantemente reflejado en revistas especializadas y boletines médicos que especulaban, entre otras cosas, conque en breve, la entidad daría con la vacuna contra el SIDA. Esta importante tarea se estaba llevando a cabo con el aporte privado de los directivos, quienes a la vez incentivaban la implementación de campañas, con donaciones como la que esa noche se haría efectiva al hospital.

Todo había sido meticulosamente preparado. El acontecimiento se llevaría a cabo en el auditorio del nosocomio. El Departamento de Relaciones Públicas había recibido orden de cursar invitaciones a los medios, a personalidades de prestigio del gobierno y del empresariado, así como también a investigadores y autoridades universitarias.

William Cook sería el encargado del discurso de apertura y bienvenida que daría curso a la cena de gala durante la cual se entregaría la donación. Los directivos de Kymer, expresamente, habían solicitado una cierta reserva en cuanto a actitudes de agradecimiento que consideraban grandilocuentes e innecesarias en el campo de las ciencias de la investigación en medicina.

William había encarecido a los médicos responsables de servicios que no faltaran a la cena. En el salón se dispusieron mesas individuales y una cabecera donde se ubicarían directivos de Kymer Laboratories y del hospital mismo. Fran estaría en la mesa con Dan Moldison, la jefa de enfermeras de Cuidados Intensivos, Lori Anderson, Ana y Marcos Aguirre.

•••

En la delegación policial Kolstack estaba reunido con el grupo de investigadores repasando los últimos acontecimientos. En la sala se encontraban Simmons, Rossie, Vittorio y Ana, que había venido a informarle a Kolstack sobre las entrevistas con la amiga de la modelo y la hermana de Doreen McDouglas.

En la pared continuaban aún las fotografías de las víctimas de El Carnicero y habían agregado las muertes de Malena Heyers y el juez Wilson. Falta cerrar el círculo, dijo Kolstack a modo de inicio de la charla.

— Informantes no identificados de la oficina del fiscal aseguran que hubo una orden de arriba de poner punto final al caso del juez Wilson.

Simmons se estiró sobre a silla para acomodarse mejor.

— ¡Ya me parecía a mí que el juez Margueritte se había apurado un poco!

— Es que si no se apura, se deshoja. Dicen que tiene propensión a hacerlo, pobrecito...

Todos rieron del comentario de Vittorio. Rossie, que estaba junto a él, le pegó un codazo.

— ¡Vittorio!, ¿nunca se puede hablar en serio en este lugar?

— Es que me gusta verte reír, preciosura...

El grupo prorrumpió en silbidos, abucheos y risas. Kolstack los miró conforme. A esos muchachos les hacía bien reír un poco. Además el ánimo se había descomprimido al descubrir a El Carnicero. Aunque quedaban los móviles y algunos cabos sueltos, él sabía que todos habían puesto lo mejor de sí mismos para llegar adonde estaban. Pero todavía no se los diría, no fuera a ser cosa que se sentaran en los laureles.

— Bueno, basta ya, qué tanto jolgorio, qué va a decir la prensa de nosotros, que estamos siempre de joda...

— De usted, ni soñarlo, porque con esa cara, con todo respeto, jefe...

Esta vez la carcajada fue general. Simmons le dio la mano a Vittorio, felicitándolo por la chanza.

— Está bueno, está bueno, señores, no se suban al piano...

La voz de Kolstack volvió a retomar un tono normal.

— Vittorio, complete lo que estaba diciendo.

— El juez Joe Louis Margueritte, *al parecer*, recibió una reprimenda por haber dado por concluido el caso demasiado ligeramente con la carátula de suicidio.

— Seguro que no era el juez al que encontramos en la finca —dijo Rossie.

— Lo extraño es que ni siquiera se pidiera una prueba de ADN —comentó Ana.

— Es que hay más... —Vittorio hizo una pausa y miró a todos con cara de circunspección— Hay noticias de la INTERPOL que ha habido extracciones en los últimos días en una cuenta personal en Suiza de Alfred Wilson.

Kolstack silbó. Tal vez nunca lo sabremos, dijo.

Enseguida Vittorio informó sobre las entrevistas realizadas en el vecindario de Johnny Birman.

— El muchacho era un loquillo desde hacía rato. La gente le temía. No se mezclaba con nadie, no tenía amigos. El asunto de los gatos era cierto. Durante más de un mes aparecieron restos de gatos por los alrededores del edificio. Primero una pata, después la cola, enseguida la cabeza. Hay gente que creía que había algo de satánico en esa conducta. La madre era una pobre víctima.

— Sí —agregó Kolstack—, tuvimos una entrevista, Chedar y yo, con el psiquiatra que lo trataba. Vanderverd, la persona que habló con él un segundo antes de arrojarse por el balcón. Ese tipo se trae algo. Vamos a tenerlo en la mira. Quiero volver a echarle una mirada a esa elegante clínica —señaló hacia la detective—. Chedar.

Rossie pasó a comentar que había rastreado el teléfono que le pasara Ana. Sin resultado: era una línea privada.

— Creo, jefe, que sería bueno conseguir una orden judicial para que NetCom, la compañía que suministraba el servicio nos diera el nombre del cliente.

Kolstack asintió y Rossie tomó nota enseguida.

— ¿De dónde salió ese número?, ¿de quién es?

— Reyes, turno suyo. Ahora se lo explican, Simmons.

Ana contó que había entrevistado a la compañera de departamento de Malena Heyers y a la hermana de Doreen McDouglas.

De Patricia Santarone, la compañera de cuarto de la modelo, contó Ana. Y describió cómo había obtenido la agenda en la que estaba el número. Al parecer, Malena trabajaba en un servicio de acompañantes de alto nivel. La agencia que la contactaba tenía ese número del que hablaban.

— ¿Nombres, fechas, domicilios, algo que podamos investigar?

— No mucho, Kolstack. Aquí está la agenda. —Kolstack hojeó y se la pasó a Simmons, que la miró con los otros dos— No hay datos, sólo fechas. Y como ven, hay varias veces repetida una W junto a las citas. Dijo Patricia que era un servicio muy bien pagado y que con Wilson, al parecer, había salido varias veces. Malena no le había dicho el nombre, pero le había contado que salía con alguien muy importante de la Corte.

— Una W... ¿Sería ése el nombre de la agencia? Vittorio, haga una recorrida por las agencias de acompañantes de Toronto.

— ¿Por qué los mejores trabajos siempre te tocan a ti? —Simmons chanceó con el amigo, que sonreía ufano de antemano.

Sigamos, dijo Kolstack. Y Ana completó el informe: Doreen McDouglas había sido terapeuta de Johnny Birman, y una vez que éste creció se la pasó a la pareja de ella, el doctor Vanderverd.

— ¡Miren al doctorzuelo! Ni una palabra acerca de Doreen. Ese tipo tiene, al parecer, el cuero muy duro o esconde algo —Kolstack se refregó las manos con entusiasmo—. Lo dicho: vamos a volver a visitarlo para preguntarle por los amores. Quiero verlo sudar otro poco —golpeó las manos—. Vamos, manos a la obra, cada uno a lo suyo.

—Falta algo, Kolstack... — dijo Ana mirando al detective con rostro contrito.

— Diga, Reyes...

— Anoche recibí una amenaza.

•••

Claude Sanders era un hombre de 40 años. Había pertenecido a la marina canadiense en la juventud. Una rebelión en la tripulación del barco durante un temporal en altamar había desatado en él un ataque de pánico que desencadenó una paranoia y lo obligó a retirarse de la fuerza. “Como si las criaturas de Dios se hubieran convertido en demonios y el infierno se hubiera apoderado de la tierra”, dejó escrito en un diario de viaje que llevaba. Conviene detenerse en este episodio, porque constituyó, según los médicos, un verdadero punto de inflexión en la vida del capitán Sanders, que a partir de este momento se hundiría irremisiblemente en la demencia.

Del barco bajó para ingresar en un manicomio de Toronto como enfermo ambulatorio. Dieciocho meses más tarde, el Ejército lo declaró inútil para el servicio y le concedió una pensión vitalicia. Para escapar de los demonios, según propios delirios, durante varios años hizo incursiones al Polo Norte, llevando provisiones a poblaciones de Northwest Territories y Nunavut. En estos parajes, cuyo nombre quiere decir “nuestra tierra” en inuktitut, lengua de los inuit, antiguamente llamados esquimales, se aficionó a la caza de osos e hizo algún dinero vendiendo pieles, para lo cual solía pasar largas temporadas en la soledad de la tundra polar. A los pocos meses cometió un crimen infame que llenó las páginas de los periódicos: mató a Richard A. Kusugak, un natural de esas tierras, maestro, padre amantísimo de siete hijos. Sanders fue confinado

de por vida en una prisión para enfermos mentales peligrosos, en Winnipeg, Manitoba. El trastorno antisocial de la personalidad, la depresión y la ansiedad, así como las fobias y ataques de violencia se incentivaron, y debió ser alojado en los pabellones especiales.

Allí lo conoció Vanderverd como paciente.

Vanderverd le había diagnosticado una alteración de la conciencia y lo había seleccionado para trabajar con él en la aplicación de un nuevo cóctel lítico, para lo que fue necesario trasladarlo, por expresa indicación del psiquiatra, a instalaciones de la Clínica Vanderverd, donde había pasado ya siete meses.

Vanderverd trabajaba con drogas hipnóticas con las que provocaba inducciones a los pacientes. Desaparecido ya Johnny Birman, con quien trabajara en este campo, el psiquiatra había centrado toda expectativa en Sanders, quien comenzaba a mostrar rastros de ser receptivo a las órdenes que le llegaban bajo el efecto de las drogas.

Durante la sesión de esa mañana, Sanders había sido llevado a la sala de inducción. Una vez colocado en la camilla, luego de recibir el cóctel de medicamentos, fue convenientemente atado de pies y manos. A continuación lo conectaron a pequeños conductores de corriente eléctrica que estimularían determinados centros nerviosos y harían le convulsionar el cuerpo por muy breves minutos. Estas convulsiones eran de cortísima duración, tan sólo lo suficiente como para que el cerebro recibiera la orden.

Sanders convulsionó. Y en ese mismo instante, la voz de Vanderverd aprovechó para pronunciar una sentencia de muerte.

...

Marcos Aguirre pasó a buscar a Ana a las seis y media de la tarde. La recepción en el Toronto Central Hospital estaba prevista para las siete. Estaban en tiempo.

Ana se veía cansada pero deseosa de poder pasar un momento de solaz. La velada, según le había adelantado Fran conminándola a no faltar, sería un éxito. No había podido olvidar las palabras del desconocido. Aquella voz extraña, sin matices, con estridores,

había dejado en ella resonancias desapacibles. Se sacudió el recuerdo.

— ¿Todo bien, querida?

— Todo bien, Marcos, todo bien. Esta mañana estuve en la delegación de policía. Kolstack hizo un repaso de las últimas investigaciones.

— ¿Le contaste de las amenazas?

— Sí, claro.

— ¿Y qué dijo? Me imagino que le habrá dado la importancia debida. Ana querida, estoy muy preocupado. Tienes que terminar con todo esto. No soportaría si algo te sucediera...

Ana miró a Marcos, tan elegante, tan mundano. Tocó con la mano la nuca varonil y rememoró los instantes que pasaron juntos. Todo él rezumaba sexualidad, atracción. Le parecía mentira que ahora le perteneciera, que fuera sólo suyo. La soledad había partido para siempre.

Marcos, con los ojos fijos en el tránsito de la calle, respondió a la caricia apretando sensualmente la mano de Ana entre el hombro y el cuello.

— Hermosa mía, dime qué piensas...

— Que te pareces a mi gato...

•••

En la delegación, Rossie prosiguió trabajando con la lista de compañías de teléfonos. Había intentado comunicarse con el número de la agenda de Malena pero una contestadora le pidió que dejara un número y sería contactada. No funcionaba. Debía salir a hablar desde un teléfono público por si el que respondía tuviera un identificador de llamadas, cosa que casi sucedería con seguridad. No podía arriesgarse a que supieran que llamaba la policía.

Había conseguido la orden del juez y se la escaneó a NetCom, ordenándolos a enviar de inmediato el nombre de la persona a quien pertenecía el citado número.

Se estiró con necesidad de darse un respiro. Llevaba horas sentada ante el ordenador. Ya eran las siete. Compraría algo para

comer, una botella de algún buen vino e invitaría a Kolstack a disfrutarlo a la casa. Desde que apareciera El Carnicero con ese reguero de sangre, ella y él no habían tenido oportunidad de pasar un rato juntos. Y Rossie extrañaba eso.

Apagó el ordenador y buscó el bolso. Se disponía a salir cuando sonó el teléfono.

— Detective Chedar, escucho...

— *Hola, detective, preste atención... Tengo información que puede interesarle.*

Rossie tomó un lápiz y un papel en forma mecánica, tal como hacía siempre que recibía este tipo de llamadas.

— ¿Quién habla, de qué se trata?

— *Mi nombre no le dirá nada, no nos conocemos... —el hombre hablaba atropelladamente, con cierta urgencia— Pero sé que lo que tengo que decirle le interesará. ¿Le dice algo el nombre Clínica Vanderverd?*

Rossie se alertó. Escribió.

— Lo escucho.

— *No, tenemos que vernos personalmente. No me fío del teléfono. La espero en Steeles y la carretera 27, a las diez de la noche. ¿Conoce la zona?*

— Sí, la conozco.

— *Ojo, venga sola, no confío en nadie y la información que le daré es de vida y muerte. Si veo que no cumple, no me verá y perderá la oportunidad de saber toda la verdad. No intente engañarme, detective Chedar...*

— No lo haré.

— *Confío en usted.*

El clic dio por terminada la conversación. Debería avisarle a Kolstack, pero él no la dejaría ir sola. Estaba acostumbrada a manejar este tipo de situaciones. Llevaría el coche policial para estar comunicada.

Arrancó el papel del anotador y lo metió en el bolsillo. Confío en usted, había dicho el hombre de la voz chirriante, ripiosa.

Fran Stevenson llegó al hospital una hora antes de la recepción. Quería pasar por el servicio y dar una recorrida a los pacientes. Pero, fundamentalmente, quería ver a Aarón.

Lori se acercó a Fran, diligente.

— Lori, ¿qué haces a esta hora en el hospital? Deberías estar en la recepción, mujer...

— Lo mismo digo yo de usted, doctora —la enfermera en jefe la miró con los ojos llenos de intención—. Pero por nada del mundo me quería perder su cara cuando vea a Aarón.

Fran sintió un nudo en el estómago.

— No me digas, Lori, que...

— Sí, sí le digo... —Lori la tomó de la mano y ambas casi corrieron hasta la sala— Usted ha hecho el milagro...

Aarón estaba casi sentado en la cama. Junto a él, la abuela le leía un libro de cuentos. Las mejillas del niño habían perdido la palidez y un cierto color comenzaba a insinuarse debajo de aquella piel cetrina.

— Buenas tardes, hijo —la emoción embargó las palabras de Fran—, soy la doctora Fran... ¿Entiendes lo que te digo?

La cabecita del muchacho se movió afirmativamente. Y haciendo un esfuerzo a pesar del respirador, los labios se curvaron en una especie de sonrisa reverente.

María se levantó y abrazó a Fran.

— Gracias, doctora, gracias por devolverme a mi nieto...

Fran solo atinaba a sonreír. Con los ojos brillantes revisó los reflejos del muchacho. Todos estaban allí, de vuelta en el cuerpito adelgazado por la fiebre y la infección.

— Te sacaré esto que te molesta tanto... Pero necesitábamos ponértelo, ¿entiendes, querido? —el niño volvió a asentir— Muy bien, hombrecito, has sido muy valiente, te mereces un premio— miró a María que sonreía enternecida—. Abuela, ¿qué postre es el que más le gusta a Aarón?

— Los melocotones con crema, doctora, se vuelve locos por ellos...

Los ojos del niño se abrieron de alegría.

— Entonces, jefa Lori, habrá que ordenar una doble ración para Aarón. Te costará comer pues tu garganta aún está dolorida por el respirador, pero un premio es un premio...

•••

La gente había comenzado a ocupar las mesas, orientada por jovencitas de protocolo que sonrientes y amables guiaban a los invitados hasta el lugar destinado para cada cual.

Ana y Marcos llegaron hasta el sitio que ocuparían con Fran y otras personas. Frente a ellos ya se hallaba ubicada una mujer muy elegante, de modales finos, que en cuanto ellos se hubieron sentados, se presentó a sí misma.

— Encantada, soy la doctora Ethel Morgan —estrechó la mano de Ana y de Marcos mientras sonreía amablemente—. Ustedes deben ser la señorita Ana Reyes y el señor Marcos Aguirre, del diario Los Soles. Tenía sumo interés en conocerla, señorita Reyes, sigo columnas tuyas con mucho interés...

— Ana es una pieza fundamental en el diario para todos nosotros...

Marcos la abrazó y le besó la mejilla con orgullo.

En ese momento llegó a la mesa el doctor Moldison seguido por Fran.

— ¡Doctorcita!, qué bien que se la ve... —un sonoro beso en la cara de Fran rubricó el afecto con que fueron dichas las palabras.

Fran, que llegó acompañada por Lori, realizó las presentaciones del caso. Se sorprendió de ver en la mesa a Morgan, la jefa de laboratorio del hospital, pero pensó que tal vez se había debido a un cambio de última hora.

El ambiente era distendido, todos estaban alegres y propensos a pasarla bien. Profesionales, empleados, administrativos se reunían para festejar y lo lograban, pensaba Ana sin perder uno solo de los detalles de todo cuanto pasaba alrededor.

En la concurrencia se veía a personalidades de la política, del arte, de la industria farmacéutica. Entre la gente, William Cook, elegante y solícito, con una sonrisa que no desaparecía de los labios, iba y venía de una mesa a otra. Como pez en el agua, se dijo Fran

recordándolo durante la velada en la casa del magnate.

Marcos sirvió el vino, las copas se levantaron y enseguida los platos fueron servidos. En primer lugar apareció un salmón ahumado con espárragos, generosamente cubierto de crema. Si el plato levantó comentarios de aprobación, la segunda entrega con el bistec relleno con salsa roja al malbec, arrancó exclamaciones.

La comida se llevó a cabo entre charlas distendidas y brindis. Marcos atendió a Ana en todo momento sin esfuerzo y ella lo dejó hacer, feliz y entregada.

La charla se generalizó. En más de una oportunidad, Fran estuvo tentada a preguntarle a la doctora Morgan por las muestras de Aarón, pues aunque se sentía feliz por la excelente evolución del niño, aún le preocupaba que las extracciones no hubieran sido registradas convenientemente, pero se abstuvo de tratar temas del hospital durante la velada.

Las luces parpadearon y decrecieron lo suficiente para que los mozos comenzaran a repartir el postre.

Una mano levantó la cereza que coronaba un platillo de cremas heladas con glaseado de chocolate, y un polvo blanco se disimuló en el abundante copete de crema. Con la cereza nuevamente sobre el adorno, el plato resultaba deslumbrante y apetecible.

Un cenital iluminó la mesa cabecera y aplaudiendo él mismo, William Cook se puso de pie.

— Señoras y señores, colegas, amigos, hoy es día de fiesta para el hospital pues nos honramos con recibir en nuestra casa a destacados representantes de Kymer Laboratories Inc., una entidad científica, que como todos sabemos, trabaja y lucha por logros y objetivos nobles...

Sonrisas y cabeceos se observaron entre los directivos de Kymer. Ana se detuvo, por primera vez en la noche, a mirarlos detenidamente. Mientras la voz de William proseguía el discurso de agradecimiento, ella fue reconociendo a la mayoría de los que ocupaban los lugares de la mesa cabecera.

— Mira, Marcos —dijo por lo bajo—, es Dan Anguzzi...

— ¿No te lo había dicho, querida? Es uno de los dueños de Kymer...

Los ojos de Ana se fueron abriendo cada vez más. Allí estaba junto a Anguzzi, el senador Robert Petersen. Ambos intercambiaban expresiones de simpatía entre sí.

— Solo falta el juez Wilson y Papá Tino Sargado —comentó Ana en voz baja.

— ¿Qué estás diciendo, Ana, de qué hablas?

Marcos la miró seriamente.

Ana se mordió los labios, había metido la pata, pensó. Jamás debía haber pronunciado esos nombres ante Marcos.

— Nada, se me ocurrió una tontera... —comió distraídamente la cereza y probó una generosa cucharada de postre que alguien había puesto delante de ella sin que se percatara— ¿Quién me dejó esta delicia? —comió otro bocado más y luego retiró el plato— No debo, Dios mío, perdóname mis pecados... —dijo mirando histriónicamente hacia lo alto.

Marcos rió algo nervioso, al igual que Moldison. La doctora Morgan la miró con simpatía mientras sacaba una polvera con incrustaciones de nácar y se miraba la nariz.

— ¿Está usted siguiendo alguna dieta? No parece necesitarla...

— No, es decir sí... Soy diabética, debo alejarme de los dulces. Y eso me cuesta horrores.

Pasé, pensó Ana aplaudiendo a la mesa cabecera. William había finalizado el discurso y Dan Anguzzi se disponía a hacer lo propio.

— Tendremos que ir a saludarlo, Ana... —dijo Marcos por lo bajo.

— Si te parece...

— Es un alto honor para mí representar a Kymer Laboratories Inc. en este acto de entrega de nuestra colaboración al Toronto Central Hospital...

Anguzzi era un hombre alto, fornido, más bien grueso. De impecable cabello cano peinado cuidadosamente hacia atrás, no disimulaba ni intentaba hacerlo, la incipiente y casi elegante calvicie. Una clase de distinción natural le permitía llevar los setenta y cinco años con dignidad. Tenía en la forma de decir una impronta de exceso de autoestima, en la que se traslucía el orgullo de llevar

en los rasgos, rastros de ancestros pioneros en Canadá. Gustaba de adoptar poses majestuosas y desde esa óptica estaba hablando: con la benevolencia, solvencia y dignidad de un viejo patriarca que se siente amado por todos.

—... esta colaboración es un premio, un premio a la dedicación y al trabajo del hombre que rige los destinos de este centro asistencial, modelo de eficiencia en atención médica, y ese hombre es mi amigo, nuestro amigo, el doctor William Cook, a quien hago entrega del cheque con nuestra donación, para que siga bregando por el bien de nuestra comunidad.

Un cerrado aplauso rubricó el abrazo entre los dos hombres, que se palmearon las espaldas mutuamente en un gesto de cálida amistad.

Fran, que había regresado de una recorrida por las mesas y se había sentado junto a Ana, le dijo a ésta por lo bajo:

— Vamos a ver qué dice William cuando se entere, pobre, de que este querido hospital tiene estadísticas escalofriantes...

Ana asintió y fue a contestar cuando una náusea muy profunda la envolvió. Trató de recomponerse y escuchó con atención a Fran.

— Ya vengo, Ana, debo saludar al doctor Favaro, el jefe de la cátedra de Serología de la Facultad de Medicina... —la miró atentamente— ¿Te sientes bien?

— No es nada, debo haber comido demasiado una vez más...

Tranquilizada, Fran dejó a la amiga, no sin antes de decirle maternalmente a Marcos que la observara. Atravesó las mesas y caminó elegantemente entre los comensales. William la miró pasar junto a él y le sonrió admirativamente. Ella le devolvió la sonrisa. Se sintió orgullosa de ser algo más que una buena amiga de William Cook, la estrella de la noche.

El doctor Santos Favaro era amigo de Fran desde la época en que ella estudiaba, y había asistido especialmente invitado a la reunión faltando a una costumbre inveterada de vivir encerrado entre las cuatro paredes del estudio atestado de libros.

— Qué bueno verla, doctora Stevenson... ¿Me cree usted que sólo he venido por usted? Necesito comentarle algunas cosas.

Sin más, el anciano le contó de la relación epistolar con una bioquímica, “la infortunada doctora Mayra Sinekópolis”, que le había hecho llegar un material para confirmar una hipótesis de trabajo. Fran pensó que los hilos del destino podían tejerse fortuitamente y que si no hubiera sido por aquella ocasión, ella y el doctor Favaro tal vez jamás hubieran hablado de ese tema.

— La doctora Sinekópolis estaba investigando una serie de casos que tenían una raíz común: inmunodeficiencias —dijo Favaro circunspectamente—. Yo le corroboré esa hipótesis luego de tomarme el trabajo de revisar todas y cada una de las muestras con los respectivos antecedentes.

— ¿Muestras de qué, doctor?

— De sangre, de sangre entera, por supuesto.

— Claro, entonces, usted contaba con las muestras y con los anticuerpos también...

— Exactamente. Tenía, tengo, mejor dicho, los anticuerpos y las células infectadas de dichos pacientes...

Infectadas. Fran pegó un respingo. ¿Quería decir que todas las muestras presentaban una infección?

El rostro rubicundo y casi ingenuo del catedrático se iluminó. La pasión encendió las palabras y con grandes muestras de entusiasmo, explicó a la interlocutora lo que había descubierto.

— Eso es lo que me extrañó, doctora. Todas las muestras estaban infectadas y con una clase de virus semejante al HIV, pero todos, todos, doctora, eran HIV negativo.

— Bueno —dijo Fran aliviada—, al menos, no era SIDA.

— No, era algo peor, algo desconocido.

Y la voz de Favaro bajó decibeles y se volvió confidente, casi confesional.

El virus que él había encontrado tenía un alto porcentaje de semejanza con los retrovirus, pero a la vez, presentaba facetas nuevas, por lo que la batería de pruebas para identificar al HIV no se había ajustado en la totalidad. Por estimaciones, el investigador había llegado a conclusiones sobre la naturaleza desconocida de ese virus, que atacaba a los glóbulos blancos y producía inmunodeficiencias. Favaro había descubierto que dicho virus no podía sobrevivir al aire

libre por más de cinco segundos, por lo cual, la transmisión estaba totalmente controlada.

— Menos mal. Eso lo hace menos peligroso a los fines epidémicos...

— Pero, déjeme terminar... Sólo infectaba al ingresar en el torrente sanguíneo.

— ¿Y cómo se produjo el contagio?

— De la forma más simple y más terrible: inoculándolo directamente al paciente. No pudo haber otra manera...

Fran creía estar ante una proyección de fantaciencia. Los ribetes de aquello podían llegar a ser increíbles.

— ¿Y cómo encontró usted ese virus, doctor?

Los ojos celestes de Favaro se abrieron a la maravilla del mundo en que vivía, húmedos de emoción.

— ¿Se ha detenido usted alguna vez a contemplar un linfocito sano? —el hombre suspiró entusiasmado— Es una gota de cielo fresco, de un celeste diáfano, con un ojo intenso, una laguna, un lago profundo, de un azul increíblemente bello... Dudo que haya algo igual en este mundo que represente de forma tan perfecta la belleza —la voz se hizo algo más dura—. Esa belleza se trastoca, doctora, en presencia de un virus... El celeste del citoplasma presenta manchas pálidas, y el azul del núcleo se agruma, se agrieta, se rompe. Es un claro indicio de que ese linfocito está siendo invadido.

Fran lo escuchaba absorta. Parecía una fantasía pero no lo era. Los pacientes que llegaron hasta el servicio tenían nombre y apellido. Cada uno de ellos luchó y sucumbió ante aquel invasor que alteraba la perfección del universo que maravillaba al viejo maestro.

— Doctor, esto es muy grave... ¿Hasta dónde ha llegado usted en este momento?

— Estoy probando una nueva batería de test que he diseñado experimentalmente para conocer a este nuevo organismo... He conseguido el 90% de la identidad. Es un muchacho genéticamente modificado in vivo... O sea, que es un producto de laboratorio diseñado estratégicamente para cumplir un determinado fin.

Ella sintió que le faltaba el aire. La única explicación de crear una criatura tan monstruosa podía encontrarse en un arma biológica.

Aterrador.

— Doctor Favaro, ¿alguien más sabe de todo esto?

— No, ¿cuándo ha visto usted a un joven entusiasmado con un microscopio? Ahora los biólogos sólo usan la computadora y los ordenadores. Yo trabajo en soledad, porque nadie les lleva el apunte a los viejos chiflados. Estudiantes como usted fue ya no caminan por los claustros. Todos andan apurados, corriendo, como si la hecatombe del Tercer Milenio fuera a producirse mañana mismo...

— Nadie más debe saber de esto, doctor, nadie, prométemelo... Yo me comunicaré con usted, nadie más que yo... Es una cuestión de vida y muerte.

El viejo la miró atentamente. Conocía a la doctora Stevenson. Ella no hablaría así si el asunto no fuera muy serio.

— Se lo prometo, Fran... —y cerrando los ojos, recordó— Con razón, pocos días después de recibir las muestras, la doctora Sinekópolis me llamó para hablar del caso personalmente. En la voz sonaba muy preocupada. Ella hablaba de una red de profesionales involucrados —los ojos miopes del médico se fijaron gravemente en los de Fran—. ¿Tenía usted conocimiento sobre eso, doctora? Lo pregunto porque según la doctora Sinekópolis, los casos recalaban finalmente en este servicio suyo...

Fran se mordió los labios. No hable con nadie de esto, puede ser cuestión de vida o muerte. Recordó la frase de Nick, que Kolsack y Ana habían corroborado. *No se sabe con quién puede encontrarse, doctora, cuídese.*

— No, doctor, es la primera vez que escucho sobre esto... — Fran lamentó tener que mentirle al viejo y querido maestro a quien sabía dedicado a una pasión por enseñar— ¿Y los resultados a los que usted llegó, doctor Favaro? Tal vez si me los enviara, yo podría revisarlos...

— Se los envié a la doctora Sinekópolis al otro día de conversar con ella. Por correo privado, por Velox Delibery. No sé adónde pudo haber ido a parar el sobre con mis conclusiones. La empresa me envió una carta disculpándose, me explicaron que el material se había perdido, no sé bien...

Velox Delivery. Eso era lo que el muchacho iba a entregar.

Tengo que decírselo a Ana.

El rostro de Fran se tensó, pero no le dijo nada al viejo maestro. Seguramente nunca sabría que el envío del material le había costado la vida a un jovencito.

— ¿Nunca supo qué había pasado con el material, doctor?, ¿sigue con esa costumbre suya de no leer los diarios?

— Por supuesto —se ufanó—. Jamás los leo, lo sabe usted, por una razón de principios. Me enteré de la muerte de la pobre doctora Sinekópolis un mes después. ¿Encontraron al asesino, doctora Stevenson? —los ojitos vivaces se afligieron con la pregunta.

— Sí, doctor Favaro, lo encontraron...

•••

Rossie Chedar llegó conduciendo hasta la zona industrial donde la citara el hombre del teléfono. Ya era noche cerrada. Los contornos de los edificios, chatos y carentes de belleza, se veían peor en medio de las sombras. Un viento casi helado se había llevado las nubes y con ellas la posibilidad de lluvia.

Hubiera preferido agua en vez de estas ráfagas, dijo Rossie deteniendo el motor del vehículo. El sitio tenía escasa iluminación, Rossie se tocó con el brazo la pistola para asegurarse de que todo estaba controlado. Hay locos por todos lados, nunca se sabe.

Un coche se acercaba por detrás con las luces altas encendidas. Escuchó el motor que quedaba encendido, mientras la puerta del coche se abría. Unos pasos se acercaron sobre el pavimento. Las luces la enceguecían.

— Hola, detective Chedar...

•••

Fran Stevenson se despidió del doctor Favaro y se dispuso a buscar a Ana para contarle lo que había conversado con él. Para llegar hasta la mesa, tenía que enfrentar un grupo en el que estaba William enfrascado en una charla. En cuando William la vio, la llamó.

— Fran, justamente, hablaba de ti... Señores —dijo al grupo de hombres en el que estaba también Marcos Aguirre—, ésta es la doctora Fran Stevenson, de quien les estábamos hablando...

Mientras tanto, Ana comenzó a sentirse realmente mal. Sin duda alguna había comido algo indigesto. Una náusea la acometió y el mundo se le dio vuelta. Se levantó sintiendo que el piso era de algodón y que tal vez no podría llegar al baño.

— ¿Se siente usted bien?

La voz de la doctora Morgan le llegó desde lejos

— No..., tengo que ir al tocador...

— La acompaño y de paso me acomodo el maquillaje.

Solícitamente, la mujer la tomó del brazo y la escoltó.

Cuando entraron, Ana se zambulló hacia el baño pugnando por impedir el vómito que le quemaba la garganta. Una serie de arcadas la sacudieron. Se sentía morir. Las piernas no la sostuvieron y la visión comenzó a hacerse nublada, borrosa, mientras las paredes del baño ondularon.

La doctora Morgan se acercó a la mesada del tocador y abrió el bolso que traía. La petaca estaba allí. Del compartimiento del delineador de ojos, sacó la jeringa de tuberculina llena de insulina.

— Pobrecita mía...

La voz cercana de la doctora Morgan la sorprendió. Estaba segura de haber cerrado la puerta. Como pudo se volvió. La mujer, que parecía tener facciones desdibujadas por la visión borrosa, estaba en el vano de la puerta con una mano levantada. Y en la mano tenía la jeringa.

— No, ¿qué piensa...?

Todo sucedió muy rápidamente. Cuando sintió el pinchazo en el brazo ya era tarde y el mundo desaparecía poco a poco.

VEINTISÉIS

Cuando Fran llegó a la mesa, el doctor Moldison dijo que Ana había ido a los sanitarios y que no parecía sentirse bien. Inmediatamente partió en busca de la amiga. La primera puerta estaba cerrada. Iba a empujarla cuando un empujón desde el interior de la habitación la hizo trastabillar. La puerta terminó de abrirse y, muy apurada, salió Ethel Morgan, que en la corrida, llevó a Fran por delante. La mujer no se detuvo y cuando vio a Fran emprendió carrera.

— ¡Eh!, ¿qué es esto?, ¿qué pasa aquí?

Fran atinó a tomarla del brazo cuando pasaba, pero la otra se sacudió para soltarse y al hacer esto, el bolso salió disparado desparramando todo el contenido alrededor. La bioquímica apuró más aún el paso sin importarle la pérdida de las cosas. Fran se quedó mirando. No comprendió lo que estaba sobreviniendo.

— Sí que tiene apuro, doctora Morgan...

Recogió las cosas, metió todo en la cartera y entró en el baño. El silencio era absoluto.

— Ana..., Ana, ¿estás aquí?

Nadie respondió. Iba a salir pero lo pensó mejor y decidió cerciorarse. Se acercó a las puertas. Una de ellas estaba abierta y Ana estaba adentro, tirada en el suelo, pálida e inconsciente.

Fran comenzó a los gritos, el lugar se llenó de gente, y con la gente llegó Marcos, que vio a Fran arrodillada junto a Ana intentando volverla en sí con reanimación cardiopulmonar.

...

Rossie conducía en silencio el coche patrulla. Junto a ella, Sanders la miraba con ojos glaucos y sin vida mientras empujaba la punta del cuchillo contra el hígado de la policía.

Qué tonta había sido, se dijo. Cómo podía haber caído en la burda trampa de aquel loco. Kolstack se pondría furioso cuando se enterara de que había entregado el revólver. “Cuando un policía entrega el arma, ha dejado de ser policía”, solía decir él, y la mujer sintió que tenía razón una vez más. Pero ella le demostraría que todavía era una policía. Tenía que pensar. Debía tranquilizarlo, hacerle bajar la guardia y con un buen golpe en el pecho, lo inmovilizaría. Mientras tanto no podía por ahora pensar en pedir ayuda. Si tan sólo se descuidara. Esperaría. Todos se descuidan.

Iban por Avenida Lawrence West y estaban llegando a Keele. Ya llegarían a la estación de bomberos y luego venía el Amesbury Park.

— Entre por aquí —la voz de Sanders le rechinó en los oídos—. Y no intente hacerse la heroína. He luchado contra osos cinco veces más grandes que usted, que ahora se pasean por alguna calle convertidos en tapados.

La gente que vio internarse el coche policial entre las lomas y contra lomas del parque, pensó posiblemente que los uniformados estaban patrullando la noche en esa zona que en los últimos tiempos había comenzado a tornarse algo peligrosa.

El coche se detuvo junto a un pequeño bosquecillo de abedules y de pinos plateados. La luna no existía y el viento había vuelto a traer un manto de nubes que hacía la noche aún más ominosa.

— Escúcheme...

Sanders le asestó un puñetazo que le partió el labio a Rossie.

— Silencio, bruja..., hablarás cuando yo te lo ordene, y por ahora no quiero escucharte decir nada, ¿entiendes? —la empujó contra la puerta con el cuchillo esta vez contra la garganta— Bájate del coche cuando yo esté a tu lado...

El salió y rodeó el coche por delante sin dejar de mirar a Rossie, cuyo rostro había comenzado a hincharse por el golpe recibido. Cuando la puerta se abrió, ella le soltó una patada que dio en el plexo solar de Sanders. El hombre se sostuvo de la puerta para no caer

e inmediatamente se repuso y ahogando una maldición, cerró con fuerza la puerta, que dio contra la pierna de Rossie con un golpe seco. Felizmente no se escuchó el ruido de ningún hueso roto, pensó ella intentando reponerse del exquisito dolor.

Ambos maltrechos, se lanzaron el uno contra el otro como animales en la oscuridad de la noche. Rossie volvió a golpear a Sanders, esta vez con el filo de la mano abierta. El golpe fue en el cuello y luego, con las dos manos de plano, arremetió contra los oídos. Esto lo hizo caer de rodillas. Rossie casi no podía verlo pero lo oía resoplar. Debía estar casi liquidado, pensó, esos golpes siempre son efectivos.

Iba a sacar las esposas que llevaba atrás, en la cintura, cuando sintió que la cabeza de Sanders le estallaba contra el estómago. Esta vez ella fue la que cayó sin posibilidad de respirar. El hombre se le tiró encima y Rossie, defensivamente alzó las manos. Sanders, dueño de sorprendentes reflejos, lanzó un feroz golpe de cuchillo desde afuera hacia adentro. La filosisima hoja le cercenó cuatro dedos de la mano izquierda de la detective. El dolor fue intenso, apabullante. Instintivamente se tocó la mano, y cuando se cercioró de que ya no tenía allí los dedos, un golpe sordo en la cabeza hizo que todo se tornara más oscuro aún que la oscura noche que la había visto defenderse sin posibilidades.

Sanders se levantó. Estaba acostumbrado a manejarse en la oscuridad. Los niveles de adrenalina lo llenaban de satisfacción. Esa perra golpeaba duro y no había nada como un buen contrincante en la lucha, pensó. Pero aquella detective no era suficiente presa para él. Debía conseguir al otro. Esa sí sería una buena piel para vanagloriarse.

Levantó a Rossie, que estaba exánime sobre el césped, empapada por la abundante sangre que brotaba de los dedos. Debía apurarse o se desangraría.

La colocó en el asiento del conductor del coche y le puso las esposas en las manos. Luego sacó del bolsillo un alambre de metal muy fino y lo pasó por la cabeza de la mujer, que comenzaba a quejarse. Ya no molestaría más.

Sanders dio una vuelta al auto y subió junto a ella. Sacó una petaca de cuero. Lo habían provisto bien, pensó. Desenroscó la tapa

y le dio un trago a la bebida. Luego acercó a los labios de Rossie la botella y la obligó a beber. Ella tosió ahogada y sacudió la cabeza: el whisky le hacía arder las heridas del labio.

Sanders emitió una risita.

— ¿Te gusta, eh? —quiso darle más y ella se resistió— Te necesito despierta... Bebe...

Una violenta arcada provocó el nuevo trago.

Alcanzó a decir que no y él se le echó encima sacudiéndola.

— Necesito que despiertes, ¿entiendes? —y soltó un chorro de whisky sobre las manos esposadas.

Esta vez el grito de Rossie fue desgarrador. El le cubrió la boca.

— Grita, estúpida, nadie te escuchará en estas soledades...

Rossie tragó e intentó respirar hondo. Un dolor afilado le impidió completar la respiración. Debía tener una costilla quebrada por el golpe. Pero el sordo dolor en la mano la superó, haciéndola casi perder el sentido. No, no debía desmayarse. Tenía que saber hacer frente a la situación.

— Qu... ¿Qué... es lo que quiere? —la voz era un hilo lamentable.

— ¿Qué dices, perra?, no te oigo bien...

— Qué... —Rossie no podía articular bien las palabras, ateneada por el dolor —... qué es lo que quiere...

La voz de Sanders chirrió contra la oreja.

— Eso es, preciosa..., así me gusta, que hables fuerte, porque necesito que hagas una llamada...

El miedo la paralizó.

— ¿Una... una llamada? ¿A quién?

— A tu jefe, encanto, ¿a quién va a ser?

— ¿Qué quiere con él? —la sola idea de que Kolstack llegara en medio de la noche, a expensas de ese loco, la aterrorizó— ¿No es suficiente con que me tenga a mí?

La carcajada de Sanders le heló la sangre.

— A ti... —la risa se cortó de golpe— ¿Quién eres tú para que yo me ocupe de ti, pequeña puta? A quien quiero es al gran Kolstack. Dicen que es un oso muy difícil de cazar... Me gustan esas propuestas...

— Kolstack te hará pedazos, infeliz...

A pesar de la debilidad que sentía por la hemorragia que no cesaba de fluir de los dedos, la voz de la detective salió aguda de furia.

Otro chorro de whisky cayó sobre las heridas y el nudo del alambre se tensó sobre el cuello haciéndola toser convulsivamente por la súbita falta de aire.

— Basta ya, pedazo de bofe... —dijo él sin conmiseración alguna— Y escúchame bien: quiero que hagas una llamada a Kolstack, obligándolo a venir. Pero le dirás exactamente lo que yo te dicte... No soportaré trampas, ni códigos o mensajes velados. De lo contrario, te cortaré la garganta aquí mismo y cuando te encuentren sólo serás historia...

•••

Kolstack había pensado llamar a Ana al celular para comentarle algunas cosas, pero pensó que tal vez fuera mejor dejarla en la velada del hospital, junto a capitolos del arte de curar y flanqueada por ese moscardón de Marcos Aguirre.

Cada vez me gusta menos ese tipo, se dijo a sí mismo. Aunque en realidad, pensándolo bien, no le había hecho nada malo, sólo que esa postura de sabelotodo, ese don de dueño del mundo que nunca se equivocaba, lo hacía insoportable a los ojos. Además estaba aquello de las fotografías de Cicconi, que no le había cerrado del todo. Ese tipo había escondido las fotos por algo. Y aunque ese *algo* sólo fuera cuidarle las espaldas al jefe Anguzzi, eso bastaba para convertirlo en un correveidile, un alcahuete, un chupamedias. Y eso era suficiente para revolverle el estómago.

Todo aquello iba pensando cuando sonó el teléfono celular.

— Kolstack al habla... ¿quién es?

La voz de Rossie le llegó desfigurada, como si le costara hablar.

— Hola... Sam...

— ¿Qué pasa, Chedar, ¿estás bien?

— Estoy en Amesbury Park..., junto al bosque... Entra por Lawrence Avenue...

Rossie Chedar jamás le decía Sam. Ella estaba en problemas y se lo estaba comunicando...

- ¿Estás en problemas, quieres que vaya por ti?
- Sí..., ven pronto, Sam..., pero debes venir solo...
- ¿Hay alguien contigo?
- Solo, no lo olvides... Sí, pronto, por fav...

La comunicación se cortó. La voz había sonado como ahogada, como sin aire.

- Rossie...

...

Sanders chasqueó la lengua. Ya iba siendo la hora. Habían transcurrido ya casi diez minutos desde que hicieran la llamada. Tenía que actuar rápido. Miró a Rossie. Le quedaba poco ya. Había perdido mucha sangre y hacía rato que casi no se movía. Sujetó al apoya cabeza el alambre que tenía en el cuello y lo tensó bien. Sintió las manos empapadas de sangre y percibió que el auto se había llenado de aquel olor dulzón que a él tanto le atraía.

Bajó del coche como un gato, sin hacer el mínimo ruido. El doctor estaría contento con él y lo premiaría. Esto lo hacía porque se lo había ordenado Vanderverd, pero sobre todo, porque odiaba a Kolstack, aún sin conocerlo, lo odiaba. Era un sentimiento irracional, una sensación desenfrenada la que sentía por él, que le nacía desde adentro, que le subía por las piernas lentamente, le alcanzaba las manos haciéndoselas arder, y luego le llegaba hasta el pecho para finalmente estallarle en la cabeza convertido en una sola idea: matarlo, masacrarlo, convertirlo en nada. Tal como había sido ordenado.

La noche estaba menos oscura. Nuevamente las nubes se habían esfumado dejando que la claridad de las estrellas apenas se percibiera entre el cielo brumoso.

El motor de un coche entrando por el parque alertó a Sanders.

Kolstack vio el coche patrulla junto al bosque. Una funesta sensación se le asentó en el estómago. Detuvo el motor a unos veinte metros del otro vehículo. Fijó bien los ojos. Había alguien en lugar del conductor, que gracias a Dios, parecía ser Rossie. Desenfundó la Kolt .45 y avanzó cautelosamente, aunque urgido por llegar. Estaba a diez pasos. Cinco. Luego tres. Al parecer no había nadie con

ella. Kolstack apenas si podía ver el cabello, oculta la cabeza por el asiento.

Se acercó al coche por detrás. No había nadie en el asiento trasero. Lentamente avanzó hacia la detective que seguía inmóvil, inquietantemente inmóvil, pensó Kolstack.

Finalmente se aproximó. Abrió la puerta. Lo que vio fue a una Rossie escalofriantemente pálida, con el rostro deformado por los golpes y las manos esposadas.

— ¡Rossie, por Dios!, ¿qué ha sucedido?

Guardó el revólver y se abalanzó a socorrerla. Estaba helada, embebida en sangre, con un enorme tajo en la garganta provocado por el alambre que la sujetaba firmemente.

— ¡No, no, por Dios, Rossie, no te vayas a morir!

La abrazó sintiendo que se ahogaba de tristeza. Rossie no podía dejarlo así, no era justo. Se dispuso a quitarle el alambre, pronunciando el nombre con desesperación, cuando sintió el frío de una pistola sobre la nuca.

— Pobrecita, ¿no?, murió nombrándolo...

Un gruñido subió por la garganta de Kolstack mientras se volvía instintivamente buscando la .45.

El clic de la pistola de Sanders le hizo volverse.

— Yo no haría eso, detective...

Kolstack miró al tipo. Las manos se le iban solas dispuesto a saltar sobre él.

— ¿Quién demonios es usted?, ¿por qué hace esto?

— Las manos en la nuca, Kolstack. Le traigo un mensaje de un amigo suyo...

— ¿Un mensaje?, ¿de quién, pedazo de mierda?

— De Vanderverd, ¿de quién más? —la Smith & Wesson de Sanders apuntó a la cabeza de Kolstack— Y no me gusta que me llamen mierda.

El disparo sonó en el silencio de la noche haciendo escapar a los pájaros nocturnos de los árboles.

Kolstack cerró los ojos en una especie de reacción al reflejo condicionado ante un peligro inminente. Sanders le cayó encima e instintivamente, el detective se lo quitó de arriba de un empellón.

Los ojos del otro, rojos de furia y de asombro, se abrieron desmesuradamente al mirarlo fijamente y un segundo más tarde, se derrumbaba como un saco de papas sobre el césped.

— Un demonio, demoró bastante, Simmons...

El joven investigador apareció de golpe de la nada, de una nada en medio de la sombra.

— Lo tenía controlado, jefe... —el joven sintió empero que la voz flaqueaba mientras avanzaba hacia el coche— ¡Mierda! Rossie...

Kolstack jadeante, miró fieramente a Sanders, cuya cabeza comenzaba a disolverse en un río rojo que fluía del balazo en la nuca con orificio de salida que le diera Simmons. Y luego se había vuelto y abrazaba a Rossie con ternura, como queriendo devolverle el calor que ya nunca más tendría.

Simmons se apartó temblando para dar la orden de que se acercaran los refuerzos que se encontraban en las cercanías. Pero en realidad, lo que hizo fue dejar que el jefe se despidiera en privado de Rossie, la compañera.

VEINTISIETE

Fran nunca olvidaría los momentos dramáticos que se vivieron mientras intentaba reanimar a Ana. La había encontrado tirada en el suelo, desmayada. En un principio creyó que sería una simple lipotimia, y mientras gritaba a voz en cuello pidiendo ayuda, la tomó de los brazos y la arrastró hacia el piso del ante baño en busca de más espacio.

Una vez allí la giró boca arriba y le tomó el pulso en el cuello. Suspiró porque aunque débil, allí estaba el latido. Acercó la mejilla hacia la boca y nariz de Ana, mientras miraba si había movimientos respiratorios en el tórax. No los percibió. Inmediatamente, sin detenerse a pensar en la propia desesperación que la abismaba, le dio dos veces respiración artificial. Ana comenzó a respirar por sí misma, aunque todavía sin despertar.

En ese momento comenzó a llegar la gente respondiendo a los gritos de Fran. Entre ellos estaba Marcos, que cuando vio a Fran intentando despertar a Ana, se arrojó sobre las dos mujeres.

— Ana, Ana... ¿qué sucedió, por Dios?

— Levántala... Ayúdame a llevarla a la guardia —urgió Fran sin responderle siquiera.

Marcos tomó a Ana y la levantó sintiendo que no pesaba casi nada, que se había hecho casi incorpórea. No, a Ana no podía sucederle nada, no ahora.

El equipo de emergencias ya venía pero ellos no detuvieron la corrida rumbo a los consultorios de la guardia, en el mismo piso.

— ¡Pronto, una camilla! —exclamó Fran mientras recibía el estetoscopio que le pasaba un interno.

Luego de eso, todo fue premura. Marcos se sentó, luego de que cerraran la cortina aislando a Ana y a los médicos y enfermeros

que la atendían. Vio entrar aparatos, resucitadores, oxígeno. Vio salir enfermeras y las vio regresar una y otra vez con medicamentos. Vio rostros de consternación y gestos dictados por la urgencia. Y, derrumbado en una silla, impotente y desesperado, se dio cuenta de que Ana se estaba muriendo.

•••

El parque se había llenado de luces y voces que dictaban órdenes. Las cintas amarillas que demarcaban la muerte, significaban esta vez que los límites habían sido atropellados y que dentro de ese espacio destinado ahora a los forenses, había, además, uno de ellos.

Kolstack tuvo abrazada largo rato a Rossie. “No permitas que me muera sin decirme al oído los versos del Bardo Thödol”, le suplicó alguna vez en la intimidad. Y él había estado lejos cuando la muerte la encontró, ella no había contado con la ayuda que necesitó. Las palabras del Libro Tibetano de los Muertos no habían llegado a tiempo, y Rossie, debería hacer frente al Gran Pasaje sólo con la valentía que siempre la caracterizara.

Cuando vio que el vehículo forense partía llevándose el cuerpo de la detective, Sam Kolstack juró por lo bajo que la vengaría a costa de cualquier cosa. Aunque tuviera que vender el alma al diablo, la vengaría.

En los bolsillos de Sanders encontraron un frasco con Stelazine, la medicación antipsicótica. Y claramente, en el rótulo, podía leerse: “Clínica Vanderverd”.

Te voy a hacer tragar todos tus dientes, infeliz. Uno a uno, por cada dolor que le infligiste a Rossie. Kolstack, rumiando odio, dejó al equipo encargado del levantamiento de pruebas y huellas y partió con Vittorio y Simmons hacia el consultorio de Vanderverd.

La madrugada se insinuaba ya. El sol se levantaba imperioso, tiñendo las nubes de un rosa casi irreal. El frío de la mañana fustigó los rostros de los tres hombres agotados y ojerosos luego de toda una noche sin dormir. El silencio fue un pasajero más en el auto. Cada uno de los tres masticaba las propias emociones pero la misma impotencia.

— Lo quiero vivo.

La voz de Kolstack sonó sorda y baja.

— Sí, jefe.

Llegaron al edificio de calle Front y aparcaron en silencio. Los coches patrulla se alistaron estratégicamente detrás y en la puerta de acceso. Los tres investigadores bajaron y entraron resueltamente al hall de acceso. El portero intentó cortarles el paso, pero Kolstack lo empujó de un manotazo mientras Simmons le mostraba la placa y le hacía un gesto de mudez.

Subieron en silencio al elevador, que llegó con un zumbido hasta el destino.

Kolstack apretó el intercomunicador.

Nadie contestó.

— Tal vez es demasiado temprano, jefe...

Kolstack sacó la pistola y utilizándola como cachaca, dio un poderoso golpe al cristal, que no se rompió.

— Blindex... —Vittorio miró hacia adentro con el rostro fruncido— Parece que no hay nadie acá.

Kolstack comenzó a darle puntapiés, uno tras otro, enfurecido

— ¡Malparido, malparido! —aquello era inexpugnable— Pero volveré, te juro que volveré y tendrás que verme la cara, hijo de puta...

Cuando bajaron, Simmons se adelantó a buscar al portero. El hombre estaba borrando el nombre de Clínica Vanderverd del anunciador.

— Se fueron anoche..., se llevaron todo. —dijo simplemente el encargado.

•••

Fran se pasó toda la noche junto a Ana, viéndola debatirse entre la vida y la muerte.

Conectada solamente al suero, intubada al respirador artificial, había que esperar que los gases en sangre se normalizaran, por lo que lo único que se indicaba era un chequeo de esa sangre cada dos horas.

Marcos tampoco se había separado de ella en todo el tiempo. Se lo veía pálido, desenchajado, ruinosamente venido a menos. Del

hombre elegante de la noche anterior, que contaba anécdotas hilariantes de viajes y hablaba de historias recogidas a lo largo de una interesante vida de periodista y hombre de mundo, no quedaba casi nada. Solamente los ojos cargados de un llanto que no cesaba, hablaban del amor que ese hombre sentía por Ana, un sentimiento que no había pasado desapercibido para ninguno de los comensales la noche anterior.

— Hay que esperar, Marcos, vamos a mi oficina a tomar un café...

— No, no quiero dejarla, no quiero que despierte y se vea sola — Marcos sostenía la mano de Ana entre las suyas.

— Está en coma, Marcos, todavía los niveles de glucosa están muy bajos... La inyección que le pusieron tenía una dosis mortal.

— ¿En serio crees que fue un intento de asesinato, Fran? — él miró a una y otra mujer con el rostro tensado por la incredulidad.

— ¿Y qué otra cosa pudo ser? La doctora Morgan salió corriendo del baño, me llevó por delante...

— Tal vez se asustó de verla tirada en el suelo...

— Se le cayó la cartera en el apuro por correr. Y en el suelo encontré la petaca de maquillaje con la jeringa adentro.

El rostro de Marcos se demudó. Algo en los ojos cambió del dolor a la furia poniendo hielo en la mirada.

— Pero eso es terrible... ¿Has avisado a la policía?

— Ahora voy a hacerlo, llamaré a Kolstack.

Fran salió de la habitación de Ana. Por la ventana vio a Marcos que se paseaba furioso a grandes zancadas hasta detenerse a los pies de la cama y apretando los puños con impotencia, sacar el celular y marcar un número.

Fran se acercó a la puerta. ¿A quién llamaba con tanta urgencia Marcos? ¿Qué pensaba del intento de asesinato?

— Soy yo... ¿qué has hecho? ¿Cómo te has atrevido a hacerle esto a Ana?

...

— No... Escúchame tú a mí... Esto no estaba planeado...

...

— No, no..., sabes que la tenía controlada, que no representaba ningún peligro. Consentimos en amenazarla solamente, pero asesinarla...

Marcos se silenció un momento

— Está bien, no quieres entender... Hablaremos de esto personalmente. Voy para tu casa, William...

Se escuchó el clic del corte de la comunicación.

— Ya vuelvo, Ana querida, El canalla que te hizo esto lo pagará muy caro.

Fran corrió hacia la enfermería y de reojo vio pasar a Marcos casi corriendo rumbo a los ascensores.

La médica se apoyó sobre la pared. ¿Qué era lo que había dicho Marcos? William implicado en eso. No podía ser. ¿Qué necesidad podía tener William, que lo tenía todo, prestigio, dinero, juventud, de hacer una cosa así? Estas preguntas sólo me las puede contestar él, se dijo mientras marcaba el teléfono de Cook.

— Hola...

— Fran, mi cielo, qué buen despertar me has proporcionado... ¿Me crees si te digo que soñaba contigo?

La voz del hombre se le metió bajo la piel. Estaba usando exactamente el tono que se instalaba entre ellos en los momentos de intimidación. Pero estaba mintiendo. La llamada suya no era la que lo había despertado pues acababa de hablar con Marcos.

— William..., necesito verte —Fran se lamentó de que la voz hubiera aparecido quebrada y debilitada por sensaciones que no quería demostrar ante él.

— Mi vida —suspiró él—, ven y desayunemos juntos... Tomémonos el fin de semana para nosotros dos solos. Tú y yo. Nadie más...

— Espérame, William, hago unas cosas en el hospital y salgo para allá.

— Tómate tu tiempo. Me quedaré remoloneando en la cama. Daré orden de que te dejen pasar. Ardo en deseos de abrazarte y tenerte sólo para mí...

•••

Kolstack volvía de la clínica de Vanderverd cuando sonó el teléfono. Vittorio había partido en busca de la orden de allanamiento que debería expedir el juez, tanto de la clínica como de la casa particular del médico. Sabían que se hacía imperioso revisarlo todo, aún a sabiendas de que no encontrarían nada.

— Kolstack aquí —bramó con la peor voz.

— *Tengo malas noticias, Kolstack...*

— ¿Qué pasa, doctora?, ¿qué más ha podido suceder?

— *Se trata de Ana. Se está muriendo...*

Kolstack escuchó las explicaciones de Fran en medio de una nube de abotargamiento. También eso, no sólo se habían llevado por delante la vida de Rossie, sino que la misma noche habían atentado contra Ana.

— Vamos al hospital. Han intentado asesinar a Reyes... Estos tipos no tienen límites... —Kolstack puso la sirena y el coche partió como alma que se la lleva el diablo.

Antes de que terminara de frenar el coche, Kolstack estaba corriendo rumbo al quinto piso. Llegó al ascensor y había ya gente esperando. Decidió subir por las escaleras. Los cinco pisos le supieron a diez pero finalmente llegó, con el corazón en la boca y temeroso de que toda esa carrera hubiera sido inútil.

— Kolstack —Fran lo abrazó sintiendo que era la única persona en que la podía confiar.

— Dónde está, doctora, quiero verla...

Desde la ventana miró a Ana, pálida y ojerosa, conectada a tubos y catéteres, con las manos laxas al costado, abandonada de la fuerza que la caracterizaba.

— Estamos haciendo todo lo posible... Ahora sólo cabe esperar —Fran lo tomó de la mano—. Venga, Kolstack, tenemos que hablar...

•••

Marcos entró resueltamente a la casa y atravesó el amplio estar hasta llegar al salón anterior al escritorio. William Cook lo estaba esperando con una bandeja de desayuno con café, frutas y jugo delante de él.

— Buenos días, Marcos... ¿Gustas?

Este se abalanzó casi sobre él.

— Eres un canalla hijo de puta, William Cook...

William levantó el cuchillo con que trozaba la fruta. Marcos se detuvo.

— Siéntate, amigo mío. Conversemos civilizadamente como siempre lo hemos hecho.

La voz de Cook sonó fría y sin matices, mientras con el mismo cuchillo que había levantado contra Marcos, pinchaba un pedazo de sandía y se lo comía golosamente.

•••

Fran había dejado a Kolstack inclinado sobre la cama de Ana. El detective musitaba palabras que no se alcanzaban a distinguir. Las pronunciaba quedamente, junto al oído de Ana. Por la posición de las dos cabezas, muy juntas, desde lejos se percibía una conexión especial entre ambos, a tal punto de que se veía a Ana como pendiente de lo que el hombre le dictaba junto a la almohada.

La médica condujo vertiginosamente hacia la casa de William. Había salido corriendo del hospital luego de hablar largamente con Kolstack. La muerte de Rossie y el intento de asesinato de Ana eran una prueba más que concluyente de que debía actuarse rápidamente.

¿Qué le diría a William, cómo conduciría la conversación? Sentía que muy dentro de ella se libraba una batalla dura y desigual. Los sentimientos para con él eran verdaderos. Era el hombre que había elegido para continuar juntos toda la vida. Y la química que William despertaba en ella no era moco de pavo. Fran sabía perfectamente que en cuanto él pusiera los brazos a alrededor de ella, las defensas caerían y sería muy difícil cuestionarlo.

Eres una tonta, Fran Stevenson, se dijo. Y lo corroboró al ver que junto al bolso suyo había cargado el de Ana.

Llegó a la mansión y un hombre de seguridad le franqueó la entrada solícitamente.

— Buenos días, doctora Stevenson, el doctor la espera. La hago acompañar.

Con la sonrisa más seductora, Fran le respondió que conocía el camino. El hombre le dirigió una mirada que pareció de complicidad y le dejó el paso libre.

Subió la amplia escalinata con los nervios a flor de piel apretando el bolso de Ana. Tráeme suerte, amiga.

Una vez adentro se orientó inmediatamente. Voces alteradas la alertaron. William casi gritaba. Se acercó en puntillas a la puerta entreabierta que daba al salón interior.

Marcos estaba de pie junto al escritorio de William, que daba grandes pasos alrededor mientras vociferaba.

— Todo esto estaba previsto, lo sabías... ¿A qué viene toda esta histérica actuación a estas alturas?

— Te repito que lo de Ana no estaba en los planes, nunca lo estuvo. Había que amenazarla. Pero, matarla... ¡Adónde hemos llegado, William, esto es demasiado!

— ¿Qué es demasiado, Marcos? —William se acercó a Marcos y lo empujó hasta el sillón— Siéntate y escucha...

— ¿Qué me vas a decir que yo no sepa?

— Te voy a refrescar la memoria, amiguito mío... Cuando todo esto comenzó, cuando creamos Kymer Laboratories, cuando conformamos la hermandad, sabíamos que habría muertes —William se paseó delante de Marcos mientras reflexionaba—. La muerte siempre estuvo prevista en toda investigación, sobre todo en una de esta naturaleza.

— Sí, pero...

— ¡Cállate ya! —la orden cayó como una pedrada sobre Marcos, que se encogió, a la defensiva. Entonces volvió a ser melifluo el tono impostado— ¿Sabes adónde hemos llegado, imbécil? Hemos conseguido casi el virus, el más maravilloso de los virus que nos llevará a la victoria final y de allí a la cumbre del mundo.

— Pero toda esas muertes...

— No seas necio, Marcos, no hagas que me arrepienta de haberte invitado a ser uno de nosotros. ¿Qué son un puñado de muertes sino apenas una estadística? ¿Y de dónde hubiéramos conseguido la sangre fresca para usarla en la fase de experimentación, si no hubiéramos recurrido a los miles de refugiados que llegan a este

país? Fueron los cobayos más baratos de la historia de la ciencia.

—No hablo de éstos. Ellos estuvieron siempre contemplados... Hablo de los otros, de Doreen, de Mayra, de Cicconi...

Cook rió malévolamente.

— Pobres idiotas que se metieron en el medio. Felizmente contábamos con Vanderverd y un semillero de locos, con Birman y Sanders a la cabeza... Nosotros tenemos las manos limpias. Hemos hecho bien las cosas.

Fue hasta el bar y se sirvió un whisky.

— Ven tomémonos un trago... Olvidarás a esa entrometida de Ana Reyes. Con el dinero que tendremos podrás tener a cientos de muchachas a tu disposición. Fue un buen golpe lo de la inyección de insulina...

Marcos se levantó y se acercó a William. Tenía el rostro crispado, con manchas rojas diseminadas en las mejillas y en el cuello, como a punto de sufrir un infarto.

—No quiero tragos tuyos, William.

— Bah, tómate uno... Vamos, hagamos las paces...

—¿Piensas prepararme un trago como el que le preparaste a tu padre, William? Bien sabes que yo —la voz de Marcos era sombría—, yo, te ayudé en aquella oportunidad...

William Cook hizo estallar el vaso en las manos y soltó ante los ojos de Marcos:

— Lo de mi padre fue un ajusticiamiento por lo que le hizo a mi madre. Lo tuyo sería eutanasia... No sirves, Marcos, no sirves para esto. Como no sirve Ana. Por eso está donde está...

Marcos gruñó como un perro herido y lanzó las manos sobre el cuello de William. Este, tomado de imprevisto, se tambaleó y quedó apoyado en el escritorio. Marcos se subió a horcajadas de él, enfurecido y ciego.

— ¡Muere, maldito..., muere en tu propia salsa!

William se convulsionó emitiendo unos horribles sonidos que llegaron a Fran como en cámara lenta. Iba a entrar para detener la pelea, cuando sonó el disparo. Al instante se escuchó un cuerpo que caía. Era Marcos, que se tomaba el estómago retorciéndose de dolor.

Un nuevo disparo, esta vez directo a la cabeza, terminó de inmovilizarlo.

Fran retrocedió hasta llegar al recibidor y de ahí sin saber cómo, se metió en el coche. Cerró justo la puerta en el momento en que dos hombres de seguridad llegaban corriendo.

Fran no podía detener el temblor que se le había apoderado del cuerpo. Los dientes le castañeteaban haciendo un ruido que atronaba en la cabeza. Respiró hondo, tenía que pensar. Si William se enteraba de que había escuchado todo estaba perdida.

Como en un sueño, Cook apareció en la puerta, haciéndole señas mientras sonreía esplendorosamente.

— Baja, querida... Ya desesperaba con tu tardanza... El desayuno nos está esperando...

•••

Kolstack se quedó junto a Ana durante todo el tiempo. Fran había dado la orden de que a la sala no entrara nadie más que él. Lori, la enfermera había puesto el cartel de

PROHIBIDA LA ENTRADA

Unas voces alteradas se escucharon junto a la puerta. Kolstack se levantó y fue a ver qué estaba pasando.

— ¿Qué pasa aquí?— masculló por lo bajo.

Uno de los médicos, rojo de rabia, enfrentaba a Lori. Ambos se veían contrariados y nerviosos.

— ¡Esto es inadmisible, enfermera Lori! Usted sabe que estoy a cargo del piso, quítese de en medio o pediré una amonestación para usted, a pesar mío. Pero, ¿qué se ha pensado usted?

— Lo siento, doctor Romero, quiero que entienda, la doctora Stevenson...

— La doctora Stevenson no está y es mi deber recorrer el piso para saber cómo evolucionan los pacientes...

Kolstack se adelantó y se plantó delante del médico.

— ¿Qué pasa, doctor?

— ¿Y usted quién es, si puede saberse?

Kolstack, sabía que en todo interrogatorio, nada mejor que responder a una pregunta con otra pregunta. Además no estaba de humor para charlas sociales.

— ¿Y usted? Aquí el que hace las preguntas soy yo.

— Pero, habráse visto tamaña insolencia... Ya mismo llamaré a seguridad, en este piso todos están locos... —Romero tartamudeaba de la rabia— Lo... Lori..., llame a la guardia policial.

— Ja.

— Doctor Romero, usted *está* ante la policía... —Lori lo miró como diciendo que otra vez sería.

— Detective Kolstack. Estoy a cargo del caso...

— ¿De qué caso? —Romero abrió los ojos desmesuradamente.

— Del caso de intento de asesinato que ha sufrido la señorita que está ahí adentro...

— Oh, no sabía nada. Sólo leí los antecedentes médicos: coma hipoglucémico...

— Coma provocado por una jeringa con una sobredosis de insulina que alguien, no creo que por descuido, inculó a una diabética... Un caso de intento de asesinato es cosa seria, doctor... ¿cómo me dijo que se llama usted? —Kolstack chasqueó los dedos en el aire.

— Ro... Romero..., doctor Romero.

—...sí, eso, doctor Romero... Como le decía, es una cosa seria, por eso estoy yo aquí... Todo el que intente trasponer esa puerta será considerado sospechoso... —y agregó con a mejor cara de inocencia— ¿Le interesa a usted todavía entrar a esa sala, doctor?

— Pero, pero..., esto es inaudito... Esto es un hospital, caramba, detective... , los médicos debemos ver a nuestros pacientes...

Kolstack se volvió para entrar nuevamente a la habitación de Ana, y antes de trasponer la puerta, miró a los ojos al médico con la peor mirada que tenía: la de cancerbero.

— Error, doctor..., *error*... Usted no está a cargo de esta paciente. La enferma ya tiene médico: la doctora Stevenson. Y mientras ella no regrese, nadie, nadie, a no ser por sobre mi cadáver, pasará por esta puerta —y antes de cerrar, espetó con una voz más civilizada—. Gracias, enfermera Lori, no ha hecho usted más que cumplir con el deber... Cualquier problema, por favor, no dude en comunicármelo...

El comedor de William estaba inundado por una penumbra amable producida por la luminosidad de la mañana atenuada con los altos cortinados. La brisa suave y fresca se percibía sólo por los movimientos de los árboles y las flores del jardín, porque en el interior, la casa estaba cordialmente cálida.

En el centro de la mesa dispuesta para desayunar, una enorme fuente con frutas cortadas en trocitos daba un toque de color a la elegante estancia. Completaban el servicio una tetera, otra cafetera con cappuccino, bandejas de bombones de chocolate y trufas, un plato con brownies y panecillos calientes. Sándwiches de miga y jugos de frutas hacían del conjunto una apetitosa y atrayente propuesta de aromas diversos y exquisitos.

William, silbando algo parecido a Summertime, con una fina servilleta sobre una impecable robe de chambre de seda verde con bordados en las solapas, oficiaba de dueño de casa.

— Pero William...

— Nada, nada, mi querida, usted es mi invitada...

Fran se dejó guiar. El se comportaba como si nada de lo que presenciara ella unos instantes atrás, hubiera ocurrido. Aparentemente no sospechaba que la doctora había escuchado todo. Le seguiría el juego, caviló Fran, y mientras tanto, pensaría cómo actuar.

— Está bien, acepto encantada...

Una vez que todo estuvo en el sitio correspondiente, William sirvió la fruta en platillos de fina porcelana, el café, los jugos, y se sentó, mirándola con la ansiedad pintada en los ojos.

— Mi amor, qué falta que me has hecho estos días...

— Y tú a mí... — ella eligió con cuidado las palabras— Pero he venido aquí a hablarte de...

— Te escucho.

Fran lo miró llevarse un trozo de fruta, saborearlo exageradamente, masticarlo, tragar. Actos simples que en él trasuntaban aquella pagana sensualidad que la había turbado siempre.

— Creo que voy a dejar el hospital...

— ¿Cómo es eso, Fran, de qué hablas?

William la miró preocupado.

— Es que me han ofrecido un cargo en el Ministerio de Salud, la Dirección de Hospitales. Y con todas las cosas que han ocurrido en los últimos tiempos...

Los ojos de William parpadearon varias veces. Eso no estaba en los planes.

— ¿La Dirección de Hospitales, Fran? Eso significa mucho... Manejarás la salud pública hospitalaria, la conexión con las prestadoras de salud, con las mutuales y sindicatos —los ojos del hombre brillaron—. Podríamos hacer muchas cosas juntos...

— ¿Podríamos...?

— Digo..., juntos, pues yo siempre estaré a tu lado. Y dime, ¿quién te ofreció el cargo?

— Me hablaron anoche de parte del ministro. Tengo que contestar esta tarde...

— Sí, te vi conversando con Anguzzi. Dan es muy amigo del ministro Portabella... Esa será una gran oportunidad para ti. Es hora de que dejes de ver enfermos... Ya no te va...

— Sí, estoy cansada de eso... —Fran le siguió el juego, Anguzzi era el nombre que necesitaba— Además... no quiero seguir en el “Pabellón de la Muerte” —Fran hizo en el aire los dibujo de comillas mientras torcía el rostro en un aparente gesto de complicidad—. Se lo dije a Anguzzi y me dijo que quiere que vaya a verlo a Italia donde me adelantó, me contará los planes que tiene para mí...

— Excelente, querida. Es la oportunidad de tu vida... Estás para otra cosa.

Ella untó un panecillo con manteca y se obligó a comerlo, masticándolo muy despacio. Sentía un nudo en el estómago pero debía reponerse.

— *Nosotros* estamos para otra cosa... —William habló con entusiasmo y convencimiento— Hace mucho que decidí que era más inteligente que muchos y que debía sacarle provecho a esta capacidad que Dios me dio...

— Has hecho una carrera formidable de todos modos. Habías llegado a ser un buen investigador —Fran lanzó la idea sin saber muy bien adónde quería llegar—. Hubieras llegado a conseguir un Nobel, no tengo dudas...

— Ojo, que no estás muy alejada de la realidad. Pero gracias, te lo agradezco aunque sé que tienes mucha razón en lo que dices. Hicimos bien en elegir esta carrera. Es la única de las actividades que te permite tocar la vida y la muerte de los otros. De ahí el prestigio que te procura en la sociedad, por el privilegio de decidir, en el momento en que la gente pone en tus manos lo único que realmente posee: la vida.

— Es bueno decidir, curar, sanar...

— Pero no sólo eso, podemos escalar posiciones, subir hasta el techo del mundo y desde allí, mirar a todos, pequeñas hormigas trabajadoras e inútiles.

A Fran le parecía estar soñando. Por momentos, William se-
mejaba un poseso, un hombre fuera de sí. Pero era necesario hacerle hablar, decir cosas.

— Para eso hay que tener tu habilidad —le dijo ella con la voz más neutra—. Yo siempre he trabajado más horas de la cuenta y sólo eso. Y la verdad, he decidido ponerle fin a eso. Quiero algo más.

William se levantó y la tomó de la mano, llevándola hasta el sillón más próximo.

— ¡Esa es mi chica! —la atrajo y la besó— Yo puedo darte todo eso que anhelas...

Los brazos de él la envolvieron y ella se entregó. La boca cono-
cedora del hombre se movió ávida en busca de las zonas sensibles de Fran, luego bajó hasta el cuello y desde allí hasta el escote. El olor a colonia inglesa mezclada con la piel del hombre la inquietó haciéndole perder momentáneamente la noción del tiempo.

Se repuso. Le colocó las manos en los hombros separándolo suavemente de ella. William apoyó un codo en el respaldo del sillón y la miró divertido.

— ¿Qué pasa, querida, no te gusta que te bese?

— ¡Me encanta? Sabes que tus besos me hacen... No, no es eso, William, te miro, nada más... Ana siempre me dice...

Ana, Ana, siempre Ana. William se envaró: que ya se olvidara de ella.

— No me has preguntado cómo está...

Tenía informes.

— Muy tosca la actitud de la doctora Morgan... —Fran buscó un tono despectivo—, muy desprolija...

William se tensó. ¿Qué sabía ella de eso?

— Una sobredosis de insulina a una diabética, es intento de asesinato, mi amor, pero dejar tirada la evidencia en el suelo, es estupidez.

— ¿Qué, cómo?, ¿qué quieres decir con eso de *la evidencia*?

Fran entonces le explicó cómo se había encontrado con Ethel Morgan en el momento en que ella escapaba del baño y que se le había caído la cartera con la jeringa adentro.

— ¡Qué mujer imbécil! —William mordió las palabras y luego se dio cuenta de lo que decía— Digo, qué cosa, ¿no?

— Has dicho bien, William querido —Fran le acarició la barbilla, los labios—, esa mujer siempre se comportó como una inepta... —los ojos del hombre se fijaron en los de ella con dureza, pero Fran devolvió la mirada con una sonrisa— Todo ese asunto de las extracciones de sangre no asentadas en los libros...

— ¿Qué sabes tú de eso?

— Lo que ella me contó cuando fui a verla para preguntarle por unos informes... Me dijo lo que hacían en el hospital, lo que había descubierto Mayra Sinekópolis a quien ella había remplazado...

Fran tiraba nombres al azar, al voleo.

— Pero, entonces, ¿desde cuándo lo sabes, por qué nunca me dijiste nada?

Ella se movió hasta donde estaba el abrigo y trajo con ella el bolso, sacó un pañuelito de papel tisú y volvió a sentarse. Lo miró con ojos de clara ingenuidad.

— Hace tiempo que espero que me lo digas *tú*, que sepas que puedes contar conmigo porque yo también estoy de tu lado.

William la abrazó, exultante. Se levantó, fue hacia un mueble y sacó una botella de whisky y unos vasos. Sosteniendo con las dos manos los vasos, sirvió la bebida generosamente para ambos. Le pasó uno a Fran, que miró al hombre caminar rodándose el frío del cristal por la frente mientras sonreía apenas. La expresión era la de quien hace cálculos, conexiones, especula. De golpe se detuvo y la miró interrogativamente.

— ¿Estás dispuesta a seguirme en lo que sea?

— Sabes que sí...

Fran necesitó un largo trago para no comenzar a temblar.

— Pues, entonces, escúchame bien... Esto que voy a decirte es un secreto, un secreto que nos hará millonarios.

Entonces, ante la médica se desgranó la historia más inverosímil que jamás hubiera pensado escuchar. Fueron atándose los hilos, juntándose los nombres, entendiéndose las situaciones por las que todos habían vivido, creyendo que cada una de ellas pertenecía a una realidad distinta. Todo encajó, todo se armó como un maquiavélico puzzle cuya sola visión hubiera bastado para dejar sin sueño al planeta entero.

— Y Kymer Laboratories Inc. se conformó a partir de mi descubrimiento, el Helen-2000, le puse así en honor a mi hermana. Es el retrovirus más poderoso jamás diseñado —el rostro de William era de éxtasis, transfigurado ante la posibilidad de contarle todo a ella—. Les vendí la idea de desarrollarlo usando a los refugiados como sangre fresca, que es la única manera de observar el comportamiento retroviral: en personas vivas.

— No se me hubiera ocurrido nunca usarlos a ellos... ¿Cómo pudiste pensar en algo así?

— Necesitábamos un campo experimental manejable. Y pensé que quienes llegan hasta acá y aplican como refugiados tienen asegurada, por lo menos, una estada en el país de dos años. Después de eso, se van de vuelta rechazados en la gran mayoría. Se quedan los que son aceptados. Durante ese tiempo, el gobierno ofrece cobertura en salud, es decir, en hospitales públicos. Dos años es el tiempo justo para observar la conducta del Helen-2000 en los huéspedes forzosos, a quienes se les inocular el virus en el momento de hacer la primera consulta con los médicos de familia cuando recién llegan, médicos de toda la lista, de los cuales seleccionamos unos cuantos para incorporar al proyecto, por supuesto —William se jactó—. Fácil y barato.

—Maravilloso —Fran trató de imponerle el mayor énfasis a las palabras— ¿Y cómo se lo inoculaban, en qué momento?

— ¿En qué momento?, ¿cómo crees? —William abrió las ma-

nos como quien va a decir una simpleza pero tenía los ojos vacíos y carentes de toda emoción— Con la vacuna de la gripe, por supuesto...

Fran sintió que había que digerir toda esa información, había que colocarla en el lugar adecuado para que no la espantara ostensiblemente, para que no la dejara sin habla y le impidiera actuar en consecuencia.

— ¿Qué te parece, mi querida? ¿No soy un genio?

— Eres más que eso... Mucho más...

— Tienes razón, yo, William Cook, soy mucho más, soy casi Dios. Porque a partir de ahora, Kymer Laboratories Inc. cerrará un trato que nos producirá billones de dólares, pero sobre todo, nos dará algo que no tiene parangón en la Tierra: un poder absoluto sobre el mundo, un poder que ya nadie podrá detener.

Las frías palabras de William Cook calaron hasta los huesos de Fran. Temiendo lo que iba a escuchar, preguntó:

— ¿Y cuál será ese trato?

William iba a responder, mareado por el momento, pero se contuvo y miró atentamente a Fran.

— ¿Cómo sé que no me traicionarás, Fran querida? —la pregunta estuvo cargada de una fría determinación.

— Pruébame, William.

Está bien, dijo él. Pensó unos instantes y luego agregó:

— Hay que terminar con el asunto Ana Reyes.

— ¿Qué quieres que haga?

— Mátala. Quiero verte hacerlo. Vamos hasta el hospital si prefieres. Esa será la única prueba que te pediré.

Fran pensó rápidamente. Se dirigió al teléfono.

— ¿Para qué ir hasta el hospital por una tarea menor? ¿No has dicho que estamos para otras cosas? Además —la voz fue seductora para terminar de convencerlo—, además, tenemos planes tú y yo para las próximas horas...

Marcó un número ante la expectante mirada de William, que no sonreía.

— Hola, soy la doctora Stevenson... Quiero hablar con la señorita Anderson... —Fran esperó con el rostro impassible y los ojos fijos en un arabesco del mármol de la mesa— Señorita Anderson, soy yo,

la doctora Stevenson... Preste mucha atención, quiero que vaya hasta la sala de Ana Reyes, y le ponga en la guía la cantidad acordada de insulina... No lo anote, Lori, usted ya sabe... Y me llama a mi celular cuando lo haya hecho.

Fran colgó y miró a William. Este le devolvió la mirada sosteniéndosela unos instantes.

— Me sorprendes, Fran. Ana es tu amiga...

— Ya no tengo amigas. Estoy de tu lado, te lo dije.

El avanzó y la abrazó. Estuvieron un largo rato abrazados. Fran sintió las manos de William recorrerla como en trance mientras le musitaba cosas ininteligibles. Iba a besarla cuando sonó el teléfono de Fran en el bolso que había sobre sillón.

— Hola... Entiendo. Bien —ella cerró el teléfono y miró a los ojos a William—. Hecho. Ana acaba de morir.

Una sonrisa de satisfacción ensanchó el bello rostro de Cook.

— Si es así, déjame a mí corroborarlo...

Esta vez fue él quien marcó.

— Habla el doctor Cook... ¿Quiere pasarme usted con el doctor Romero, de Cuidados Intensivos? Gracias

Le mandó un beso con los labios.

Romero. También Romero. ¿Cuántos más habría en el hospital?

— Romero, vaya de inmediato a la sala de Ana Reyes e infórmeme del estado en que se encuentra... Lo espero.

Los dedos tamborilearon sobre la mesa de mármol. El silencio se hizo denso, pesado.

— Hola, sí, entiendo... Gracias.

Se volvió hacia Fran, que esperaba expectante. Se acercó lentamente, le puso los brazos sobre los hombros.

— La preparan para llevarla a la morgue en este momento...

Una carcajada siniestra, infernal, llenó el ambiente y rebotó en las paredes de la mansión.

Fran sintió que las piernas le flaqueaban. William estaba totalmente desquiciado, y ella estaba con él, a expensas de él.

— Ahora te toca a ti... —le dijo Fran casi sin voz— Cuéntame cuál es el proyecto con los retrovirus...

Nuevamente enfervorizado por la visión de lo que vendría, William habló. Habló y habló.

— Los retrovirus —dijo finalmente— son la mejor arma biológica del mercado... Y Tino Sargado, hábil negociante en el campo de la compra y venta de armas, nos la adquirirá para introducirla. Las fotos de Cicconi corresponden al día en el que se firmó el acuerdo. Comprenderás que no podíamos dejar que nadie las viera. La guerra siempre ha sido el negocio más lucrativo. Y los clientes sobran en estos tiempos de conflictos permanentes y sucesivos de este loco y querido planeta nuestro...

Fran no podía articular palabra. Aquello era más de lo que había podido imaginar. El doctor Santos Favaro tenía razón: aquello era una grieta en el Paraíso, con Helen-2000 como arma, el cielo que él contemplaba fascinado desde el microscopio, se teñiría de rojo para siempre.

En ese momento, unos golpes a la puerta los sorprendieron.

— ¿Quién es?— dijo duramente el dueño de casa.

— *Disculpe, doctor..., es... soy Sergio...*

— Te dije que no me molestaras...

— *Es que..., hay alguien que quiere verlo...*

— ¿Verme a estas horas? No espero a nadie... ¿Quién diablos es?

La puerta comenzó a abrirse.

— Yo, doctor, el detective Kolstack... —el detective avanzó hasta quedar frente a ellos.

William instintivamente se abrazó a Fran. Kolstack miró a la médica con un gesto de asombro en los ojos.

— ¿Y se puede saber qué busca usted acá?

La voz del hombre había vuelto a ser dura y fría.

Fran se desprendió con suavidad. Abrió el bolso.

— Tal vez esto... —apretó la tecla del grabador de Ana— *“La guerra siempre ha sido el negocio más lucrativo... Y los clientes sobran en estos tiempos de conflictos permanentes y sucesivos de este loco y querido planeta nuestro...”* La voz de William llegaba nítida desde la cinta.

Él la miró sorprendido, estupefacto, abismado. Con los ojos desorbitados intentó abalanzarse sobre ella, pero Kolstack dio un paso al frente y ese sólo gesto lo detuvo.

— Me engañaste, me traicionaste como la más vil de las criaturas... ¿Cómo has podido, Fran? ¿Cómo has podido hacerme esto a mí, a mí?

— Simplemente porque te mostraste tal cual eras: un pequeño hombre con un falso dorado —Fran se miró las manos un largo rato y el silencio pesó entre los tres—. ¿Sabes, William?, en este momento recuerdo una anécdota de mi primer día de facultad. El doctor Santos Favaro nos miró a cada uno de aquellos nuevos alumnos y nos dijo: “A partir de este momento, ustedes son dioses. Porque van a tener en las manos la vida y la muerte de los demás. Esta vocación los llevará por dos grandes y diferentes caminos: el de aquéllos que se *creen* dioses y el de los otros que lo *son* en realidad” —Fran se enjugó el llanto que ya fluía libremente por el rostro—. Tú elegiste estar entre los primeros y ése fue tu error. Los dioses son quienes tienen la capacidad de dar la vida, de devolverla, de dignificarla, no de cercenarla o de apropiarse de ella. No se trata de poder, sino de la capacidad de ver la diferencia entre ambas categorías.

William la miró un instante sin comprender del todo, pero después, bajando los brazos sin defensa dijo:

— Touché... —se acercó a Fran pero ésta se replegó— Hubiera sido muy hermoso sin embargo, Fran... Tú y yo, dueños del mundo... No hay caso, los mejores proyectos fracasan por los imbéciles que no saben ver una proyección en el futuro...

— Todo ha terminado, doctor, acompáñenos.

La actitud de William Cook se había modificado. Ya no era el elegante dueño de todas las actuaciones. Se lo veía desaliñado y hasta sucio. El cabello se había desacomodado aportando al rostro, pálido y desvaído, un aspecto lamentable.

— Está bien... Permítame cambiarme al menos, detective Kolstack, no puedo ir en bata a la calle, no sería elegante. No es mi estilo además.

— Está bien, pero le aconsejo que no intente nada, mis hombres tienen rodeada la casa y el sistema de comunicación ha sido

desconectado y la guardia de seguridad ya no existe. No tiene escapatoria, Cook...

— Ya lo sé. Juego bien a ajedrez. Sé aceptar un jaque mate...
— hizo una media reverencia a Fran, y en el bello rostro masculino rostro pareció una máscara inexpresiva— Permiso, querida, voy hasta mi cambiador.

El hombre se retiró caminando muy tieso, altivo como un rey al que acaban de destronar pero que sigue atento a las reglas de protocolo y dignidad suntuosas que alguna vez les fueron conferidas. Tras él iba Simmons.

— Por Dios, Kolstack, creí que jamás llegaría...

— Le dije por teléfono que me esperara, y yo jamás faltó a mi palabra, doctora —Kolstack le apretó la mano fraternalmente—. Brillante lo suyo, Stevenson.

— ¿Cómo está Ana?

— Ya lo verá por usted misma...

En ese instante un disparo atronó en la casa silenciosa. Inmediatamente se escuchó el ruido inconfundible de un cuerpo al caer. William Cook había cerrado el capítulo final de la vida. La sangre serpenteó entre las losas del piso y llegó, aún caliente y burbujeante, hasta los pies de Fran, como una especie de rendición definitiva.

Simmons apareció en lo alto. Abrió los brazos en actitud de sorpresa: William Cook le dijo que iba al baño.

Fran sintió aliviada que el corazón se encogía de dolor. Eso significaba que ella seguiría viva.

VEINTIOCHO

Esa tarde, a la hora dispuesta para las visitas, Kolstack y el grupo entraron a la habitación que Ana ocupaba en Cuidados Intensivos.

Los tres hombres se agregaron a las demás visitas, reunidos alrededor de la cama de Ana, quien debilitada aún por los difíciles días que permaneció en coma, se veía ávida de conocer en detalle los momentos finales de la historia. Ella ya sabía de la muerte de Marcos y todavía le costaba imaginar al hombre que días atrás la tuviera entre los brazos como parte de un plan tan maquiavélico como inadmisible.

— Cuéntenme todo con pelos y señales... No omitan detalle, por favor.

Kolstack había hecho venir al hospital a los colegas Simmons y Vittorio, y Fran invitó a Nick a la reunión alrededor de la cama de Ana, a quien le había recomendado unos días más de hospital para observarla mejor. Al pie de la cama, rodeado de los demás, que se hallaban sentados, Kolstack se sintió otra vez en la salsa en la que le gustaba nadar.

— Tuvimos, por un lado..., Simmons, por favor... —el joven, al sentirse nombrado, prestamente desplegó un rotafolios con el gráfico de Ana— como ve, Reyes, hemos hecho los deberes y logramos completar ese diagrama suyo del caso.

Todos rieron algo cohibidos, pero contentos de poder vivir la distensión del momento.

— Hubo, dije, cuatro víctimas... —señaló los nombres al comienzo del gráfico. Doreen McDouglas, Mayra Sinekópolis, Rosalind Chester y Shirley García. A estas dos últimas las mataron por accidente. El centro del ataque era en realidad Sinekópolis. La bio-

química había descubierto una serie de coincidencias extrañas en las muestras de sangre que recibía día a día desde el hospital. Envío, por cuenta propia, el material a la universidad, comentó el caso con la psicóloga McDouglas y le adelantó datos a Olimpia, quien preparaba estadísticas privadas para la investigadora. Esto hubiera pasado desapercibido si Doreen no se lo hubiera contado al amante, el doctor Vanderverd.

— A Vanderverd, que atendía a Johnny Birman, El Carnicero... —Simmons intervino desde el rincón— Tal vez ésa sea la explicación del ácido acético: un ataque agregado a Doreen, que lo había dejado en manos de Vanderverd.

—Exacto —agregó Ana—. Doreen conocía a Birman desde que él era un jovencito y le había pasado al paciente a Vanderverd para que éste aplicara en él una terapia nueva que experimentaba para la psicosis obsesiva. Doreen y Vanderverd eran amantes desde hacía años.

— Y en la cama de ella fue donde Vanderverd conoció el nombre de la bioquímica a quien le dieron la orden de quitar de en medio... —Vittorio seguía los datos con las anotaciones que él había realizado en la gastaba libreta de hule.

— Pero —Kolstack hizo un gesto de atención—, Birman iba con ese mandato cuando se topó con la psicóloga suya de antaño y no tuvo más remedio que despanzurrarla a ella también, pues podía reconocerlo. Por eso usó el vinagre como venganza. Muy bien, Simmons.

El joven sonrió ampliamente al resto del grupo. El jefe estaba contento, de otra forma jamás haría un cumplido a nadie y menos en público.

— Mayra Sinekópolis le mandó las muestras a Santos Favaro — complementó Fran—, quien a la vez completó la investigación hasta llegar al descubrimiento de que se trataba de un retrovirus más poderoso que el SIDA, que provoca inmunodeficiencias de diversa índole —Fran tomó un respiro y prosiguió—. Favaro dejó en el contestador de Mayra el aviso de que le enviaría la respuesta por Velox Delivery. Felizmente, mi viejo maestro no dijo quién hablaba, por eso puede ahora contarlos...

— Y así se produjo la nueva víctima: el correo Robert Foster...
—Kolstack marcó el nombre con el dedo.

Luego vendría Olimpia, dijo con tristeza Fran poniendo una mano sobre la de Nick.

— Con ella encontramos las coincidencias de todos los casos y ésa fue la punta del ovillo... —la voz de Nick fue un dulce murmullo.

— Fue más que eso, fue la punta del iceberg, Nick —Kolstack sonrió con cierto pesar—. Porque puso por primera vez el asunto de los refugiados sobre la mesa.

— Refugiados que fueron utilizados como conejitos de Indias por Kymer Laboratories Inc. —intervino Fran—, la empresa que desarrolló el virus diseñado genéticamente por William Cook, pensando convertirlo en un arma biológica, en una temible e indestructible arma biológica.

Simmons colocó una de las fotos de la reunión en la playa en la que se veía el grupo completo.

— “Papá” Tino Sargado sería el encargado de comercializar el arma. Es uno de los bandidos internacionales más buscados. Se lo conoce en el mundo como un narcotraficante además experto en la compra y venta de armas.

— Con razón las fotografías de Michael los asustaron... — Ana miró la foto y sufrió un repeluzno— El grupo estaba con el capo mafia en persona... Seguramente fue la reunión durante la cual se firmó el acuerdo.

— Así es Reyes. Kymer, al mismo tiempo, estaba dirigida por personajes poderosos de la sociedad, personajes que ocupaban espacios de gran importancia en la sociedad. Cuando Telejournal “descubrió” —Kolstack hizo las señas con los dedos simulando comillas y todos se rieron— a Alfred Wilson, Malena Heyers, puesto en la opinión pública por la foto que enviamos anónimamente al programa de televisión, fueron sacados del paso... O al menos eso quisieron hacer creer con el supuesto suicida de la cara borrada.

— Insisto —intervino Vittorio—: ese pajarraco debe andar por el sur, en Buenos Aires, en Brasil, en alguna estancia perdida... Lo voy a encontrar, no me gusta quedarme con sangre en el ojo, les juro que voy a ponerle las manos en el cogote y... — esto último lo dijo el

detective con los dientes apretados y con todo el aspaviento de tener entre las rodillas la cabeza del juez y apretar el cuello entre las manos. Todos rieron por la histriónica representación.

— Haga, haga, Vittorio..., está autorizado. El caso se ha aclarado, pero quedaron hilos sueltos que hay que atender...

— Marcos Aguirre era el entenado de Dan Anguzzi, en este momento en Italia con inmunidad diplomática...

— ¿Inmunidad diplomática?

— Sí, Reyes, es cónsul honorario de Italia. Estamos tramitando la extradición. Esperemos que no se le ocurra meterse un tiro de escopeta doble recortada y borrarse la cara como el amigo Wilson.

— Serán dos a los que habrá que buscar en la misma estancia. Vittorio se mordió el dedo índice doblado, en señal de vendetta.

— Bueno, Vittorio, no sea payaso...

— Perdone, jefe, pero es que la impunidad me sobrepasa, me subleva.

— La impunidad es una figura de nuestros tiempos. Una actitud del autoritarismo, que ha pasado a ser un adjetivo más de gobiernos y políticos con la que nosotros, los jóvenes, hemos aprendido a convivir —la voz de Nick se oyó nítida en el silencio con que todos escucharon—. Lo hemos discutido mucho en la universidad...—terminó con una semi sonrisa a modo de justificación.

— Pues, hijo, hay mucha gente que lucha contra eso... —Kolsack habló pausadamente— Y en este cuarto, todos los que están a tu alrededor, han dado muestra de ello —hizo un pequeño silencio y retomó el informe.

— Finalmente, doctora, señores, gente de prensa, estudiantes...

— El jefe se está cansando...

Simmons habló en voz baja lo suficientemente alta como para que todos lo escucharan.

— Tiene razón, Simmons, me estoy cansando de escuchar bromas infantiles —lo miró seriamente y luego le guiñó el ojo—. Finalmente, decía antes de ser interrumpido, todo se desencadenó con el suicidio de El Carnicero.

— Yo..., yo —dijo Ana con el brazo levantado.

— Está bien, Reyes, hable usted...

— Birman era un paciente de Vanderverd, también parte de la banda. Vanderverd les inducía a los pobres enfermos mentales la idea de matar y les daba fotografías y señas personales que le eran proporcionadas por Kymer —hizo un alto y respiró hondo—. Cuando Birman se vio cercado, se le ordenó matarse.

— Y así aparece en escena Sanders, que mata a Rossie...

Kolstack pronunció este nombre en voz muy baja.

Ana lo miró con gran tristeza. Hubiera querido apretarle la mano muy fuerte, pero estaba lejos e impedida de hacerlo.

— Pero en realidad, a quien querían reventar era a usted, jefe —intervino Simmons—. Usted y la señorita Reyes eran los próximos elegidos para cerrarles la boca.

— Yo sólo recuerdo de aquella noche, haberme sentido muy mal, ir corriendo al baño a vomitar, y ver, de golpe a Ethel Morgan a mi espalda, con una jeringa en la mano.

— Apomorfina..., eso deben haberte puesto para ponerte mal y obligarte a ir al lavabo. Hasta allí te siguió Morgan y te inyectó una sobredosis de insulina.

— ¡Boom!!! —el sonido que hizo Nick sobresaltó a todos— Perdonen, pero eso fue: una bomba que le produjo el coma.

— Eso mismo, una bomba... —Fran miró a Ana con gran afecto— una bomba que felizmente desactivamos.

— En singular, doctora, dígalo en singular —Kolstack la miró respetuosamente—. Porque es importante decir que la última fase de la historia se llevó a cabo con una heroína: la doctora Stevenson. Sí, no diga que no... Usted se metió en la boca del lobo, ese lobo creador de todo el plan, un lobo que no dudó en matar a un amigo de años, Marcos Aguirre, y que no hubiera dudado en acabar con usted sin miramientos: William Cook.

— Es verdad —Fran había hecho gestos de que no merecía los halagos, pero cuando Kolstack dijo las palabras finales, el rostro se le llenó de tristeza—. Es verdad que era un lobo rabioso disfrazado de benefactor.

Con lentitud, pausadamente, Fran rememoró los detalles de todo lo sucedido en casa de William. Habló de la conversación entre Marcos y William, y de cómo éste lo había asesinado. De los planes de Kymer para apoderarse del mundo, del sueño de Cook de convertirse en Dios. Del suicidio cuando vio que los planes fracasaban y que iría a la cárcel con aquellos sueños de grandeza y de gloria.

— Un hombre pequeño... Siempre supe de la pequeñez humana, pero hasta hoy no sabía cuán pequeño se puede llegar a ser. Nuestros sueños y aspiraciones están más cerca del polvo y del cieno que de lo que el destino ha dispuesto para nosotros. William se enorgullecía de esa ambición, de esa Babel que estaba creando, pero al final lo único que le quedó es ser enterrado y profundamente olvidado por todos. —Fran suspiró hondamente—. Nunca contó con que los que estábamos alrededor podíamos querer otra cosa: pensar... El padre, Marcos, yo misma...

— Con lo que nunca contó ese miserable es con la valentía suya, doctora: eso fue lo que lo apabulló —miró a todos y cada uno de ellos y prosiguió—. La doctora, así como la ven, hizo gala de un valor sin límites. Habíamos planificado que en determinado tiempo ella debería llamarme, y cuando el tiempo pasó, y pasó, y nada, comencé a ponerme nervioso.

En medio de silencios y de expresividades, Kolstack contó cómo, al llamar a “la señorita Anderson”, en lugar de Lori, como la llama desde hace años, al estar ella en conocimiento de todo, le pasó el teléfono. El, Kolstack, había recibido las palabras de Fran ordenando la muerte de Ana. *Espero una llamada*, había agregado Fran cuando escuchó que quien contestaba no era Lori sino Kolstack. Y ésa había sido la señal para dirigirse a la casa de Cook.

— Simmons, cuente qué sucedió cuando quedó a cargo de la seguridad de Ana.

— Claro, eso fue divertido dentro de todo... —el joven detective resplandeció con el recuerdo— Colocamos un escucha en el teléfono y cuando el doctor Romero recibió la llamada, la interceptamos. Si vieran la cara con la que respondió “Va camino de la morgue”, mirando hipnotizado el caño de mi Beretta, señores, era para mearse de la risa... Disculpen, damas.

Todos rieron contentos. Fran llamó a Lori para agradecerle la ayuda que había prestado en todo el plan.

— Yo me perdí la historia del cheque... Fue en el momento en que me descompuse cuando se lo entregaron a William... ¿Qué pasó con él, Fran?

— Los diez millones habían sido depositados esa mañana de la recepción, el cheque que le entregaron a William era simbólico. Ocuparemos ese dinero para remodelar el hospital, para optimizar la atención médica, para mejorar la calidad de vida de quienes llegan hasta aquí en busca de ayuda, de cura, de calma —todos rompieron en aplausos—. Espere, esperen, que hay más... Están ustedes hablando a la nueva directora del Toronto Central Hospital...

Ana se levantó de la cama de un salto y abrazó a Fran feliz, mientras Kolstack ordenaba con vivos gestos a los hombres que miraran hacia otro lado. La bata de Ana era suficientemente corta como para que dejara mostrar las piernas y parte de la espalda. No era cosa de aprovecharse de la efusividad de la periodista.

EPÍLOGO

Los hechos de violencia y sangre que ejercitaran el profesionalismo de Kolstack, le habían dejado en la boca un regusto amargo. Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres, leyó alguna vez. Y eso es lo que sentía, vergüenza, la vergüenza de pertenecer al género humano contaminado por los hechos de Kymer y esos secuaces. Le abochornaba que aquellos hombres pertenecieran a la misma especie suya, a la misma escala biológica. Yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres, decía Schopenhauer. Shakespeare era entonces el genocida de William Cook. Comprendió que el empeño de sintetizar en un informe el loco acontecer de los hechos dictados por ese grupo de megalómanos con aspiraciones a un orden superior, era una experiencia injusta y tan inútil como escribir en la arena. El fracaso era inevitable. Se juró a sí mismo olvidar.

Olvidar esos cuerpos destrozados, olvidar los ríos de sangre, olvidar el dolor de la pérdida. Lo que sí sabía que sería difícil de desprender de la retina era la imagen de Rossie con la garganta abierta, con los ojos ya para siempre espejados por el suplicio de una muerte injusta.

El temido invierno de Toronto se avecinaba, instalándose sobre la ciudad y sobre la gente, con una impronta de grises. La mañana se había presentado con una brisa helada que despersonalizaba a los paseantes, haciendo que cada uno de ellos se metiera en sí mismo, envuelto en ropas en una propia búsqueda de tibieza.

El Toronto Central Hospital había retomado el ritmo habitual luego de que la comidilla acerca de los últimos acontecimientos había decrecido. La semana se colmó de comentarios, habladurías y

corrillos. El suicidio de William Cook había suscitado mil historias, la mayoría a kilómetros de distancia de la realidad.

Kolstack avanzó a grandes trancos por la escalinata del hospital, achicando la distancia hasta el piso de Cuidados Intensivos.

— ¿Flores, señor?

Miró las caléndulas, las rosas y claveles, las orquídeas multicolores envueltas en primorosos papeles crepitantes. Se detuvo un momento y luego apuró el paso. No, lo mirarían con ojos suspicaces. El no estaba para ramitos de flores. Paciencia.

Ana, fresca y rozagante, estaba sentada en la cama. Tenía delante de él un plato de arroz con leche con frutas cortadas.

— Coma, coma, Reyes, el mundo la necesita... —dijo él a modo de saludo.

El rostro de Ana resplandeció.

— ¡Kolstack...!

Ana estiró los brazos y el hombre, cohibido y laxo, se inclinó sobre la cama.

Ella lo miró a los ojos con sana alegría.

— Acerque una silla, Kolstack... Quiero contarle un sueño. Pero antes que nada, ¿sabe usted qué habrá sido de Rizo?

— Veamos... —dijo él aproximándose a la cama— El gato está bien, me lo llevé conmigo. Anoche comimos tarteleti con salsa picante. Nos servimos dos veces los dos. Luego le ofrecí un whisky pero se negó. A ese gato va a tener que enseñarle a beber, periodista, se pierde lo mejor del huevo.

Ana rió agradecida y aliviada.

— Ahora, cuénteme ese sueño...

— Fue un sueño raro, por eso no quiero que se me escapen las imágenes —dijo Ana alejando un poco el plato y entrecerrando los ojos.

Estaba en un lugar oscuro, comenzó diciendo. Una especie de túnel negro y húmedo. Sentía terror de estar en un lugar tan inhóspito. El único sonido que se escuchaba era un latido, un latido bajo y lento como un tambor. A poco de andar, descalza sobre esa superficie rocosa, se había percatado de que el sonido que oía era el del propio corazón. Se obligó a andar, impelida por la urgencia de

salir de ese sitio amenazante, ominoso. El túnel era largo y aunque ella no las veía, había en él presencias terroríficas. Tenía que encontrar la salida que se perfilaba en una pequeña luz a la distancia.

— Pero yo estaba sin fuerzas... —la voz de Ana era apenas un susurro, imbuida de las imágenes oníricas que intentaba rescatar— Quería rendirme, sentarme, dormir para despertar en cualquier otro lugar —miró a los ojos a Kolstack—. Hasta que le escuché la voz.

La voz de Kolstack diciéndole cosas ininteligibles, la voz bronca y baja de Kolstack, que había obrado como una especie de hilo de Ariadna para sacarla del túnel, para guiarla hasta la luz, para calmarle los terrores.

— Esa voz suya me salvó, Kolstack...

El detective tuvo que disimular la emoción profunda que lo embargaba. Se vio a sí mismo días atrás, inclinado ante la cabeza de Ana en coma, recitando los versos del Bardo Thödol, El Libro Tibetano de los Muertos. Los versos que permiten que quien esté por morir, pueda atravesar el Gran Túnel y llegar a la Luz sin conflictos. Los versos que no pudo citarle a Rossie, que murió sin la ayuda de una voz amiga en ese trance.

— ¿Conoce usted el Bardo Thödol, Reyes?

— ¿Bardo Thödol? ¿Qué es eso, Kolstack?

— No importa, le regalaré ese libro, periodista. Dicen los que saben que uno se encuentra con él en la vida cuando lo necesita o cuando está maduro para leerlo. O tal vez, mejor: el libro la busca a usted —Ana lo miró interesada—. Buen sueño, Reyes... Más que interesante.

En ese momento, unos golpes a la puerta anunciaron la presencia de Simmons y Vittorio. Este último traía un ramo de coloridas flores.

— ¡San Antonio bendito, qué buen aspecto tiene hoy, señorita Ana!

Se abalanzó sobre ella y mientras estampaba dos sonoros besos en las mejillas de Ana, le dio el ramo.

— ¡Vittorio..., que aún está convaleciente! —dijo Kolstack mirando las flores con cierto malhumor.

Simmons y Ana rieron. Ella aspiró intensamente y soltó el aire con fuerza.

— Si hay algo que hubiera lamentado perder, es el aroma de las flores, el olor del mundo...

•••

Pero mientras todo esto sucedía, en algún otro lugar de Toronto, alguien levantaba el teléfono y daba una orden.

FIN

GRIETAS EN EL PARAISO

Libred editorial

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR

EN DICIEMBRE DE 2016

EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE ESPACIO COLOR

RIVADAVIA 76 / 3ºB / MENDOZA CAPITAL